



## Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XXXVII, Vol. CCXVII, Núm. 2 (marzo-abril de 1978).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

***CUADERNOS***

**AMERICANOS**

MEXICO

**2**

# **CUADERNOS AMERICANOS**

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)  
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035  
México 12. D. F.  
Apartado Postal 965  
México 1, D. F.  
Teléfono 575-00-17

DIRECTOR-GERENTE  
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE  
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA  
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.  
Av. Coyoacán No. 1035

*AÑO XXXVII*

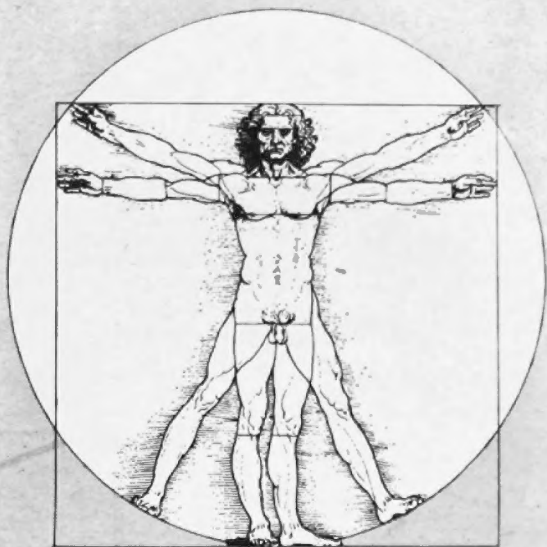
**2**

MARZO-ABRIL  
1978

INDICE

Pág. 3

*La razón  
de nuestra empresa:*  
**EL HOMBRE**



**GRUPO BANCARIO**

*...para las empresas del hombre*

FABRICAS DE PAPEL  
DE TUXTEPEC, S. A.

CONTINUA CON MADERAS DE LOS  
BOSQUES DEL ESTADO DE OAXACA  
SIRVIENDO AL PUEBLO DE MEXICO  
PRODUCIENDO PAPELES PERIODICO  
Y PARA CUADERNOS DE LOS LIBROS  
DE TEXTO UNICO.

ADEMAS DA OCUPACION a 5 000 ME-  
XICANOS EN SU UNIDAD INDUS-  
TRIAL Y EN SUS EXPLOTACIONES FO-  
RESTALES Y ASERRADEROS.

**PROBLEMAS DEL DESARROLLO**

*Revista Latinoamericana de Economía*

Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas  
de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F.

Año VIII, No. 31

Agosto-October de 1977

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*

Secretario: *Juvencio Wing Shum*

**C O N T E N I D O :**

**OPINIONES Y COMENTARIOS**

David Ricardo

*160 años de Principios de Economía Política*

Fernando Alvear Ramírez

*Sobre la renta del suelo*

Alfonso Anaya Díaz

*David Ricardo y la teoría clásica de los salarios*

Irma Manrique Campos

*Cuantitativismo ricardiano*

Benjamin Retchkiman Kirk

*David Ricardo y la teoría fiscal*

**ENSAYOS Y ARTICULOS**

James F. Petras

*Cambios en la estructura agraria de América Latina provocados por la burguesía y el imperialismo. Sus implicaciones sociales y políticas.*

Antonio García

*El problema de la tierra en la economía latinoamericana. Reflexiones sobre el latifundio y el sistema capitalista del mercado.*

**TESTIMONIOS**

F. H. Beck:

*Cómo controla la agroindustria la producción de verduras en el noroeste de México.*

Victor Bernal Sahagún

*La publicación: Economía y política de los "medios masivos".*

**DOCUMENTOS Y REUNIONES**

Ma. Teresa Gutiérrez-Haces

*Primera reunión regional de consulta de la Biblioteca Ayacucho.*

**RESEÑAS DE LIBROS**

**DOCUMENTOS**

**SUSCRIPCIONES:** República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado y 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) anuales al Continente Americano y 22 dólares (EUA) anuales a otros continentes.

Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

**PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS.** Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

Una guía fundamental,  
sencilla y actual



- Las exportaciones
- Las importaciones
- Los organismos de control
- El régimen jurídico fronterizo
- La interpretación de la terminología
- La oferta de mercancías
- Modalidades de pago
- Seguro de crédito y financiamiento
- El contrato de compraventa internacional
- El arbitraje comercial internacional

\$ 150.00

Para el exterior **Dls. 10.00**

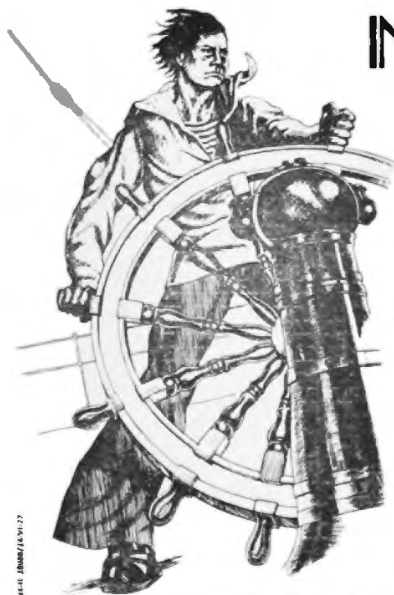
Envíe cheque o giro postal al

**Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.**

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES  
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.



# UN BUEN RUMBO PARA SU INVERSION



Antes, la decisión de invertir era sencilla. Hoy en día, las alternativas de inversión son más amplias y, por lo tanto, requieren de asesoría, mediación, estudio.

En una palabra, hay que planear.

Para cumplir esta tarea, nuestros especialistas financieros ponen a sus órdenes todos sus conocimientos y experiencia en implementar diversos planes de inversión, de acuerdo a su capital y a sus necesidades actuales y futuras, para que usted elija el más conveniente, aprovechando las nuevas tasas de interés que van hasta el 18.52% anual bruto\*

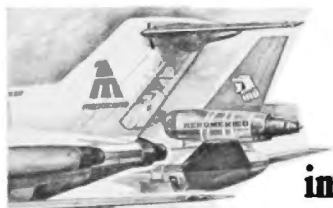
Acuda a cualquiera de las sucursales del Banco del Atlántico.



**BANCO DEL ATLANTICO S.A.**  
Institución de Banca Múltiple  
todo un océano de posibilidades

O bien para su comodidad nuestras unidades de información financiera operan por las tardes en:  
Central Venustiano Carranza 48, Tel. 521-20-28 or 512-30-08, Lindavista: Av. Monnevedes 313 Tel. 586-34-14;  
San Ángel: Insurgentes Sur 1993, Tel. 548-22-31, Polanco: Emerson 251, Tel. 543-83-88.

\* Tasa máxima autorizada por el Banco de México S.A. para préstamos libres plan de inversión, a partir del 23 de Mayo de 1977.



# 100,000

**inversionistas fortalecen  
nuestro desarrollo...**



**...y multiplican su dinero**



**que les produce hasta 13.44% anual neto**

Es un fondo de inversión que genera un rendimiento anual neto de hasta 13.44% anual neto. El fondo de inversión que genera un rendimiento anual neto de hasta 13.44% anual neto. El fondo de inversión que genera un rendimiento anual neto de hasta 13.44% anual neto.

Así como el valor de los bienes de capital de alto grado.

— 1987 —



**nacional financiera, s. a.**

— Calle de la Libertad 11, Bogotá, D. C. — P.O. Box 1000 (Plaza Universidad)

realizan las grandes operaciones nacionales



ETLA, S. A.

FILIAL DE

FABRICAS DE PAPEL  
DE TUXTEPEC, S. A.

ASERRA MADERAS OAXAQUEÑAS EN  
EL ASERRADERO DE MAS CAPACIDAD  
DEL PAIS Y ELABORA CABAÑAS DES-  
MONTABLES, MUEBLES ESCOLARES,  
ESCRITORIOS, BANCAS Y SILLAS PARA  
USOS RURALES, PARQUET Y LAMBRI-  
NES.

COLECCION DE FOLLETOS PARA LA HISTORIA  
DE LA REVOLUCION MEXICANA DIRIGIDA  
POR JESUS SILVA HERZOG

LA CUESTION DE LA TIEIRRA

TOMO 1o.—1910-1911.—De Oscar Braniff, Alberto García Granados, Lauro Viadas, Pastor Rouaix, Gustavo Durán, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez y Rómulo Escobar.

TOMO 2o.—1911 a 1913.—De Carlos Basave y del Castillo Negrete, Felipe Santibáñez, Antenor Sala, Rafael L. Hernández, T. Esquivel Obregón, José L. Cossío, Roberto Gayol, M. Marroquín y Rivera, Juan Sarabia, Miguel Alardin, Adolfo M. Isassi, José González Rubio, Gabriel Vargas y Luis Cabrera.

TOMO 3o.—1913-1914.—De José Covarrubias, Roberto Gayol, Telesforo García, Cesáreo L. González, Zeferino Domínguez, Paulino Martínez, Manuel Bonilla, José L. Cossío, Antonio Sarabia, M. Mendoza López Schwertfeger, Pastor Rouaix y José I. Novelo.

TOMO 4o.—1915-1917.—De José Domingo Ramírez Garrido, Francisco Loria, Salvador Alvarado, Rafael Nieto, Plutarco Elías Calles, J. M. Luján, Fernando González Roa, Miguel Angel Quevedo, Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gamio.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES  
ECONOMICAS



Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035  
México 12, D. F.

Apartado Postal 965  
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

# AMÉRICA NUESTRA

la nueva colección de  
SIGLO VEINTIUNO EDITORES 



- ▲ américa antigua
- américa colonizada
- ◆ caminos de liberación
- los hombres y las ideas



Apdo. postal 20 626  
Mexico 20, D.F.  
Tel. 550 30 11

Favor de enviar información sobre su producción editorial

nombre \_\_\_\_\_  
dirección \_\_\_\_\_  
ciudad \_\_\_\_\_



Renault 17



Renault 15

## ¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (RENAULT 4, 6, 8, 12 y 12 guayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

nene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula **TT** española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT 12** paga ... 32.525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

**AUTOS FRANCIA, S. A.** Serapio Rendón 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.



# BIENAL IBERO AMERICANA DE PINTURA

La participación en esta Bienal está abierta a todos los pintores de los países de habla hispana y portuguesa, sin importar sus lugares de residencia o de origen.

La inscripción se hará personalmente en el Instituto Cultural Domecq, A.C. Comunal Oriente No. 7, Villa Obregon San Angel Mexico 20, D.F. o por correo certificado antes del 31 de marzo de 1978.

La recepción de obras estará abierta a partir del 2 de enero de 1978 y quedará cerrada el 31 de marzo de 1978.

Los gastos de empaque y de transportación de las obras hasta que lleguen al Instituto Cultural Domecq, A.C. corren por cuenta exclusiva de los artistas.

La Dirección de la Bienal devolverá sus obras a los artistas participantes en un plazo no mayor de 30 días a partir de la clausura de la muestra.

La muestra será inaugurada el 22 de junio de 1978 y se clausurará el 21 de julio del mismo año.

Se otorgarán los siguientes premios de adquisición:

1 - \$ 500.000,00 M.N.    2 - \$ 200.000,00 M.N.    3 - \$ 100.000,00 M.N.

A cada uno corresponderá además Diploma de Honor de la Primera Bienal Iberoamericana de Pintura.

Las bases pormenorizadas para participar en este evento se enviarán a vuelta de correo si las solicita a Instituto Cultural Domecq, A.C. Comunal Oriente No. 7, Villa Obregon San Angel Mexico 20, D.F.

Patrocinada por el

Instituto Cultural Domecq, A.C.

con la asesoría del

Instituto Nacional de Bellas Artes  
de México.

Premios de adquisición

1 \$500.000000 Moneda Mexicana

2 \$200.000000 Moneda Mexicana

3 \$100.000000 Moneda Mexicana



INSTITUTO CULTURAL DOMEQC A.C.

# CUADERNOS AMERICANOS

## SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	México Precios por ejemplar Pesos	América y España Dólares
1942	.....	110.00	5.20
1943	.....	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5 .....	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5 .....	110.00	5.20
1946	.....	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6 .....	110.00	5.20
1948	Número 6 .....	110.00	5.20
1949	.....	110.00	5.20
1950	.....	110.00	5.20
1951	.....	110.00	5.20
1952	Número 4 .....	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6 .....	110.00	5.20
1954	.....	110.00	5.20
1955	Número 6 .....	110.00	5.20
1956	Números 4 al 6 .....	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6 .....	90.00	4.35
1958	Número 6 .....	90.00	4.35
1959	Números 1 al 5 .....	90.00	4.35
1960	.....	90.00	4.35
1961	Número 5 .....	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5 .....	90.00	4.35
1963	.....	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6 .....	90.00	4.35
1965	.....	90.00	4.35
1966	Número 6 .....	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6 .....	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6 .....	90.00	4.35
1969	Números 2 y 6 .....	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6 .....	90.00	4.35
1971	Números 2 y 4 .....	55.00	2.65
1972	Números 1, 3 al 6 .....	55.00	2.65
1973	Números 1, 3 al 6 .....	55.00	2.65
1974	Números 2 y 6 .....	55.00	2.65
1975	Número 1 al 5 .....	55.00	2.65
1976	Números 1 al 3 .....	55.00	2.65
1977	Números 1, 3 al 6 .....	55.00	2.65

### SUSCRIPCION ANUAL

México .....	250.00	
Otros países de América y España .....		15.50
Otros países de Europa y otros continentes .....		18.25

### PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México .....	50.00	
Otros países de América y España .....		3.10
Otros países de Europa y otros continentes .....		3.65

### LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035  
México 12, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

Apartado Postal 965  
México 1, D. F.

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS





# EDICIONES DEL

## FONDO DE CULTURA ECONOMICA

9020

MILLARES CARLO, AGUSTIN  
INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL  
LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS

\$ 125.00

9022

DUMEZIL, GEORGES  
DEL MITO A LA NOVELA

\$ 75.00

17127

FOPPA, ALAIDE  
CONFESIONES DE JOSE LUIS  
CUEVAS.

(RUSTICA) \$ 50.00

(EMPASTADO) \$ 150.00

4021

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH  
LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DE  
LA FILOSOFIA (3 TOMOS)

\$ 270.00

9026

MORETTA, EUGENE L.  
LA POESIA DE XAVIER VILLAURRUTIA

\$ 75.00

13116

ZAID, GABRIEL  
CUESTIONARIO

\$ 100.00

13039 13040

MARTINEZ, JOSE LUIS  
EL ENSAYO MEXICANO MODERNO  
(TOMO I Y TOMO II)

\$ 80.00 C/U

14257

PHILLIPS, RACHEL  
LAS ESTACIONES POETICAS DE  
OCTAVIO PAZ

\$ 65.00

17134

CARDOZA Y ARAGON, LUIS  
POESIA COMPLETA Y ALGUNAS  
PROSAS

\$ 150.00

14266

JONES, W. T.  
LAS CIENCIAS Y LAS  
HUMANIDADES

\$ 80.00

De venta en las librerías FONDO DE CULTURA ECONOMICA  
y en todas las buenas librerías.

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

## INDICES

## CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y actores— abarcan los primeros 30 años de la vida de "Cuadernos Americanos", de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

## Precios:

	Pesos	Dólares
México	180.00	
América y España . . . . .		9.00
Europa y otros continentes . . . .		9.35

## Distribuye:

## CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

## SIN NOMBRE

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

o

Cordero No. 55

Santurce, Puerto Rico 00911

SUMARIO: VOLUMEN VIII, NO. 1 ABRIL-JUNIO 1977.

IRIS M. ZAVALA: *Puerto Rico SIGLI XIX: Literatura y sociedad*. KATALIN KULIN: García Márquez: "El otoño del patriarca". JUAN ANTONIO CORRETTIER y JOSE FERRER CANALES: *Juan Marinello*. EDMUND BURKE III: *Franz Fanon: un enfoque retrospectivo*. JUAN LOVELUCK: *Pablo Neruda en Oriente*. CARLOS ROBERTO MORAN: *Los lenguajes, la dependencia, el intento liberador*. LOS LIBROS: LUCE LOPEZ BARALT, JUAN CARLOS LERTORA, CARLOS MENESES, EFRAIN BARRADAS, FRANCISCO CAUDET. COLABORADORES.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS: Volumen VII No. 2 Certámenes 1975. Volumen VII No. 3 La Mujer. Suscripción Anual \$10.00. Estudiantes P. R. \$6.00. Números extraordinarios \$5.00.

## REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

*Director:* Alfredo A. Roggiano, Universidad de Pittsburgh. *Secretario-Tesorero:* William J. Straub, Universidad de Pittsburgh. *Comité Editorial (1975-1977):* Thomas Colchie, Brooklyn College; Roberto González Echeverría, Cornell University; Keith McDuffie, University of Pittsburgh; Emir Rodríguez Monegal, Yale University.

Vol. XLII, 100-101 (Enero-Junio 1977)

*Número especial dedicado a Jorge Luis Borges.* Colaboran los siguientes autores: Ana María Barrenechea, Rodolfo Borello, Nicolás Bratosevich, E. Caracciolo Trejo, Marta Gallo, Oscar A. Haln, John Inledon, Monique Lemaitre, Sylvia Molloy, José Miguel Oviedo, Edelweis Serra, Eileen M. Zeitz, Gerardo Mario Goloboff, Luiz Costa Lima, José Muñoz Millanes, Julio Ortega, Alicia Borinsky, Zunilda Gertel, Tamara Holzapfel y Alfred Rodríguez, Roslyn Frank y Nancy Vosburg, Alfred Mac Adam, David W. Foster, Julio Ortega, Walter Mignolo, Jaime Alazraki, James E. Holloway, Arturo Echavarría Ferreri, Emil Volek, María Luisa Bastos, Jorge A. Schwartz, Roberto González Echeverría, Suzanne Jill Levine, Emir Rodríguez Monegal, Eduardo González, Donald Yates, Humberto Rasi, Saúl Sosnowski, Oswaldo Romero.

Suscripciones y Ventas: William J. Straub. Canje: Lillian Seddon Lozano. Suscripción anual en América Latina: 10 Dls. Otros Países: 20 Dls. Socios Regulares: 25 Dls. Socios Protectores: 30 Dls. Dirección: 1312 C.L., Universidad de Pittsburgh, Pittsburgh, PA. 15260. U.S.A.

***CUADERNOS***  
**AMERICANOS**

AÑO XXXVII

VOL. CCXVII

**2**

*MARZO-ABRIL*

1 9 7 8

MÉXICO, D. F. 1º DE MARZO DE 1978

---

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN  
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.  
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

**JUNTA DE GOBIERNO**

**Rubén BONIFAZ NUÑO**

**Pablo GONZALEZ CASANOVA**

**Manuel MARTINEZ BAEZ**

**Arnaldo ORFILA REYNAL**

**Javier RONDERO**

**Jesús SILVA HERZOG**

**Ramón XIRAU**

**Agustín YAÑEZ**



**Director-Gerente**  
**JESUS SILVA HERZOG**

**Edición al cuidado de**  
**PORFIRIO LOERA Y CHAVEZ**



**Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista**  
**sin indicar su procedencia**

# CUADERNOS AMERICANOS

Número 2

Marzo-Abril de 1978

Vol. CCXVIII

---

## INDICE

### NUESTRO TIEMPO

	<i>Pág.</i>
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA VEGA. Dos caras de una misma moneda . . . . .	7
JOSÉ FERRER CANALES. Marinello: Relieves de su mensaje . . . . .	15
LEOPOLDO PENICHE VALLADO. Evolución y actualidad del diálogo en teatro y cine . . . . .	25

### AVENTURA DEL PENSAMIENTO

MARTHA ROBLES. Educación Mexicana: Una incógnita y tres programas . . . . .	51
ADALBERTO NOYOLA VÁZQUEZ. La voluntad como elemento jurídico en la contratación colectiva de trabajo . . . . .	68

### PRESENCIA DEL PASADO

GABRIELA MISTRAL. La cajita de Olinalá . . . . .	81
FERNANDO ORTIZ. La "Leyenda Negra" contra Fray Bartolomé . . . . .	84
RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA. La mujer española a través de la historia. . . . .	117
PAUL RIVET. Reflexiones sobre la América Latina . . . . .	141

### DIMENSION IMAGINARIA

BETTY TYREE OSIEK. Ramón López Velarde: poeta vanguardista . . . . .	151
--	-----

	<b>Pág.</b>
LILVIA SOTO-DUGGAN. <i>El Acoso</i> : Análisis de motivos y correlatos . . . . .	158
LUCILA INÉS MENA. Estructura narrativa y significado social de <i>Pedro Páramo</i> . . . . .	165
ROMUALDO BRUGHETTI. Naturaleza y belleza en la pintura latinoamericana . . . . .	189
IVÁN A. SCHULMAN. La dialéctica del centro: Notas en torno a la modernidad de Ricardo Güiraldes . . . . .	196
BERNARDO VERBITSKY. Copérnico (cuento) . . . . .	209
MANUEL ANTONIO ARANGO L. Aspectos estructurales en la novela " <i>Al filo del agua</i> " de Agustín Yáñez . . . . .	215
La ironía y el mito en " <i>La Comparsa</i> " de Sergio Galindo, Nota por ANGEL MANUEL ENCARNACIÓN . . . . .	222

#### INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

ALFREDO S. DUQUE. Intelectuales de nuestro idioma y " <i>Cuadernos Americanos</i> ". . . . .	229
--	-----



# *Nuestro Tiempo*



## DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

Por *Francisco MARTINEZ DE LA VEGA*

LA diplomacia brasileña tiene una prestigiada, tierna pero bien firme raíz. Desde el siglo pasado el mundo conoció los mejores aspectos profesionales de la diplomacia de Itamaraty. Al dominio del oficio, de acuerdo con sus cánones tradicionales, unieron los embajadores del Brasil la música de su lengua, ese portugués afinado y dulce que es la primera fiesta que el oído del viajero recibe al llegar a ese fascinante país sudamericano y la espontánea cordialidad, el trato suave, la sonrisa y el "cafeshiño" prodigados. Profesionales de una pieza, los graduados en Itamaraty, salvo excepciones realmente notables, no parecen preocuparse mucho por discriminaciones de carácter ideológico. Entienden el patriotismo —y esto es respetable en todo caso— como la entrega de sus capacidades al país independientemente de solidaridades o diferencias de carácter político con el gobierno en turno. Este reportero recuerda, con admiración que el tiempo no borra, la intervención del entonces Canciller de Brasil, Santiago Dantas, en la Reunión de la Organización de Estados Americanos en Punta del Este, en 1962, cuando la Cuba Revolucionaria fue expulsada del seno de la OEA por "incompatibilidad de un régimen marxista" con los sistemas de una democracia representativa que tenía todavía, en ese entonces, al régimen de Somoza y al de Idígoras como arquetipos supremos. En aquel bochornoso trance latinoamericano, donde se inició el proceso dirigido por el Tío Sam y secundado por la mayoría de nuestros países, proceso que culminaría con el boycott acordado en Washington dos años después y la suspensión de relaciones de las naciones latinoamericanas con la nueva Cuba, punto sólo rechazado por el gobierno mexicano, entonces presidido por Adolfo López Mateos, el Canciller Dantas tuvo dos intervenciones magistrales, realistas, plenas de serena cordura que contrastaba con los temblores y las vacilaciones de los representantes de los gobiernos de Perú y de Colombia, muy especialmente.

Con los primeros días de este año de crisis, 1978, México tuvo oportunidad de comprobar hasta dónde ha cambiado la diplomacia brasileña. El Presidente Geissel y una comitiva en la cual figuraban

el Canciller Azeredo y otros ministros, además de un numeroso personal, estuvo cuatro días en la capital mexicana, en correspondencia protocolaria a la visita que hace tres años hiciera a Brasil el entonces Presidente de México, Lic. Luis Echeverría Alvarez, también acompañado por una numerosa y heterogénea comitiva. En esta oportunidad, la diplomacia brasileña mostró unos signos diametralmente opuestos a su imagen tradicional. Jactancia, lenguaje directo sin precauciones excesivas de forma, substitución de la sonrisa y la mano tendida en saludo cordial por un aire de respuesta airada al ambiente, inevitablemente hostil, creado por la prensa mexicana al recordar que el régimen brasileño actual y el propio estadista visitante, eran usufructuarios del golpe castrense que rompió el orden constitucional en el Brasil y derrocó a João Goulart, suspendió sus derechos políticos a miles de ciudadanos brasileños, condenó la existencia y la función de los partidos políticos y puso a su país en la vanguardia de los violadores sistemáticos de los derechos humanos. No podemos decir, si procuramos ser veraces, que México haya abierto los brazos al viajero Geissel y a sus acompañantes, como lo hiciera, tan espontánea y fraternalmente, cuando la visita de João Goulart durante el régimen de López Mateos. Esa hostilidad que saturaba el ambiente, no pudo ser anulada por la profesional cortesía y atenciones del gobierno que recibía la visita.

Después de un comunicado conjunto cuyo texto fracasó, ostensiblemente, en su patético esfuerzo por ocultar el hecho de que no había habido arreglo alguno ni en petróleo, ni en los otros proyectos de intercambio comercial e industrial. Los voceros de la Delegación brasileña no se empeñaron en ocultar esa real incompreensión con México. Encontraron el petróleo mexicano muy caro, con lo que coincidieron con uno de los puntos más conflictivos en la actual relación México-EE. UU. por el derrumbe de las negociaciones para las ventas mexicanas de gas a su rico y poderoso vecino, quien utiliza sus máximos recursos de presión para obtener el gas mexicano al precio más bajo posible. Durante todos los días de la estancia en el país azteca, los huéspedes brasileños parecían concentrados en la tarea de defenderse de las alusiones al origen de su gobierno. Fue una larga, monótona polémica que reaparecía en casi todos los diálogos, aunque el lenguaje intentara desorientar con alusiones a los diversos puntos concretos. Pero en todo caso, la hostilidad, la defensa obsesionante del carácter castrense del régimen y de su desdén por los derechos humanos, fueron permanentes. El propio Presidente Geissel en la Conferencia de Prensa, aseguró que a su juicio, esos decantados derechos humanos tienen muchísimo menos impor-

tancia y jerarquía que los arreglos comerciales e industriales entre dos países.

Quizá la alusión que más elocuentemente expresa la actitud de los brasileños durante su estancia en el país es la respuesta dada a los periodistas por el Canciller Azeredo, a propósito de si era fácil, difícil o imposible la compenetración entre dos países con regímenes gubernamentales tan diferentes como Brasil y México. El diplomático visitante contestó que las situaciones de nuestros países en América Latina son bien difíciles y por ello cada cual se las arregla como puede sin que por esa necesidad pueda un país censurar a otro. Ustedes mismos, dijo dirigiéndose a los periodistas mexicanos, deben saber que México no es visto desde lejos como ustedes quisieran.

Esto, desde luego, puede ser una verdad incontrovertible si se refiere a como dicen que se ve México desde adentro los funcionarios públicos. No es la democracia de un partido prácticamente único, con una escenografía opositorista y una generalizada corrupción administrativa y política, un modelo de país democrático. Pero los mexicanos saben ver sus realidades, sobre todo en los últimos años y no sueñan, como quizás lo hicieron hace varios lustros, con repetir en México, complicando su problemática y desmintiendo una lucha larga y desventajosa con su vecino del norte, en un "milagro mexicano" como los políticos de Washington hicieron circular por el mundo, como modelo a seguir, en el caso de este Brasil dirigido por los militares férreos y enérgicos contra su pueblo y sumisos servidores de las consignas y de los intereses norteamericanos. A pesar de estas modificaciones radicales del estilo diplomático del Brasil de hoy, sería falso la conclusión de que se ha perdido el espíritu fraternal que une a los pueblos de ese hermoso, fascinante país, con el pueblo mexicano.

En un tiempo, allá por 1962, se puso en marcha una alianza efectiva, noble, entre Brasil y México. La opinión, casi siempre unificada, de sus voceros respectivos en la Organización de los Estados Americanos abría caminos muy prometedores para la unidad y solidaridad de los pueblos de nuestra América y el esfuerzo democratizador de sus fórmulas políticas. Por demás está decir que la acción imperial, tan poderosa siempre, sabotó esa alianza brasileño-mexicana y poco después alentó el golpe militar contra el gobierno de Goulart y mantuvo, como ahijado consentido en el continente, la ayuda militar y económica. A pesar de ello, el Brasil de hoy ya no es el milagro envidiado, sino una suma de problemas y una latente crisis política que más pronto o más tarde reventará. Ahora, con Carter, el Brasil parece dejar de ser ese ahijado mimado por sus padrinos. Arreglos nucleares con la Alemania Occidental y las de-

claraciones del huésped de la Casa Blanca por la defensa de los derechos humanos, obviamente violados en Brasil, endurecen la situación de este gigante en proceso de desarrollo, importador del 80-85% de los combustibles minerales que consume.

El imperialismo inicia una conversión estratégica en su política continental. Empieza a poner mala cara a los regímenes militares, que ayudó decisivamente a tomar y mantenerse en el poder. En la hora de escribir estas líneas, un terremoto diferente al que destruyó Managua hace dos años, en el que la burguesía nicaragüense, animada por el gobierno americano, rompe sus alianzas con la dinastía Somoza para así evitar que la caída del dictador se convierta en la oportunidad propicia para que los militantes del Frente Sandinista ocupen el vacío de poder. Ese es, visto desde este momento y esta lejanía, el sentido de que el comercio y las fábricas nicaragüenses proclamen hoy un anti-somocismo que nunca tuvieron.

Este abandono de sus responsabilidades del patronato, hace que ahora los gobiernos surgidos de un golpe de cuartel en nuestra América empiecen a ver con desconfianza al Tío Sam, hoy enérgico juez que reprueba los excesos que durante tantos años protegió abierta y eficazmente.

Esto explica, un poco, las expresiones del Presidente Geissel en México, en el sentido de diversificar su comercio y sus fuentes de crédito exterior, hasta hace poco monopolizados por Norteamérica.

Ese despego del viejo padrino, ¿explica que ahora la diplomacia brasileña abandone sus tradiciones de suavidad, buen trato y sonrisa franca por el estilo rudo, claridoso, lleno de jactancia y de hostilidad que no se disimula?

### *El Otro Visitante Vino del Norte*

**A**PENAS llegaban al Valle de Anáhuac las críticas de la prensa brasileña y suscitaban los comentarios y reacciones inevitables, cuando el Aeropuerto de la capital azteca registraría, otra vez, el conjunto de funcionarios, reporteros, policías y no pocos ciudadanos sin excesivas ocupaciones para dar la bienvenida al Vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Walter F. Mondale. Como, en este caso, no se trataba de un Jefe de Estado, sino sólo de un Vicepresidente, el titular del Poder Ejecutivo estuvo ausente y la máxima jerarquía en el comité de recepción estuvo personificada en el Secretario de Gobernación, Lic. Jesús Reyes Heróles, ideólogo destacado, brillante estudioso del Liberalismo Mexicano y considerado como el más destacado de los teóricos del sistema político de este país. Acompañaba

al Srio. de Gobernación el canciller Roel, de quien no se puede decir lo mismo que de Reyes Heróles, pues llegó a la titularidad de la Cancillería sin el menor antecedente de estudio o preocupación diplomática y son muy famosos en el México de hoy su lenguaje despreocupado y áspero; su desenfado y su melomanía, pues organiza con frecuencia conciertos en el salón de actos de la Cancillería a su cargo.

En esta ocasión, el señor Mondale sorprendió a reporteros y a los funcionarios que lo trataron o, por lo menos, lo escucharon. Aunque su visita coincidía —sorpresivamente— con una hora de tensión incierta y desagradable entre los dos países vecinos, Mondale no mostró, salvo el momento en que se negó, eso sí, con mucha cortesía, a que se le formularan preguntas en la así deformada conferencia de prensa, una obvia, notoria cordialidad mezclada con algo así como humildad personal que los latinoamericanos no estamos acostumbrados a encontrar en los representantes del todopoderoso gigante continental. En ese papel, que corresponde a las nuevas tácticas de Washington —lenguaje suave, mayor firmeza en el fondo— recibió la cooperación muy eficaz de su señora esposa, enamorada de historia, leyenda y expresiones artísticas de las razas indígenas que ya eran viejas residentes en el hemisferio cuando aventureros, capitanes y misioneros españoles traían el caballo, el arma de fuego, la lengua de Castilla y la obsesión del oro. Si de lo que se trataba era de evitar toda alusión a los candentes problemas de la hora en la relación México-EE.UU. ello se logró con verdadera maestría por el Vicepresidente Mondale, quien reiteró seguridades de buena armonía, comprensión y cooperación amistosa de Washington hacia México, con ofrecimiento de apoyo desinteresado del Fondo Monetario Internacional y con grandes elogios para la persona de José López Portillo y su política, elogios que rebasaron en mucho los requerimientos de la cortesía del huésped hacia su anfitrión.

Sin embargo, desde antes de la visita, durante ella y posteriormente, los periódicos de ambos países recogían inquietudes, resistencias y presiones en torno a dos problemas fundamentales entre vecinos tan aparentemente cordiales. El problema de la expulsión masiva de varios cientos de miles de trabajadores indocumentados y de otra cifra muy elevada de trabajadores documentados pero ya no necesarios en los trabajos de recolección agrícola en vista del creciente desempleo en el sur y oeste norteamericanos, argumento que presiona cada día más directamente al místico pero sonriente presidente Carter, impide al gobierno norteamericano hacer congruente esa expulsión masiva, que multiplicaría de la noche a la mañana no

sólo el nivel ya alarmante de la desocupación en México, sino todos los demás capítulos de la crisis profunda que apenas vislumbra esperanzas de solución lenta y a base de sacrificios, con el aire cordial, respetuoso y noble que el actual huésped de la Casa Blanca pretende caracterizar su política en el continente, sobre todo antes de que el Senado le apruebe el convenio sobre el Canal de Panamá.

No es ese, sin embargo, el factor principal en las preocupaciones mexicanas en la siempre delicada, difícil y martirizadora vecindad con el Tío Sam. Hay otra cuestión que, como suele suceder tratándose de las cosas del petróleo y sus derivados, no huele bien. Se trata de la hasta hoy frustrada compra de gas mexicano. Como todos saben, los descubrimientos de Tabasco y Chiapas y en otras partes de la República han multiplicado la producción de crudo y de gas. En la crisis económica que sufre México, ese hallazgo constituyó una sólida esperanza de rehabilitación. Así empieza a ser, aunque de momento, para lograr aprovechar esa riqueza petrolera se necesitan más y mayores créditos. Pero la producción se eleva día con día y, en general, no hay problema de mercado para el crudo ni para los derivados petroquímicos primarios. El problema está en el gas. Se creía solucionado con el intercambio de una "Carta de Intenciones" que concertaba un contrato de compra por parte de varias de las grandes compañías petroleras de los EE.UU. a un precio determinado: 2 dólares, sesenta centavos el millar de pies cúbicos. Esa operación convertía en fuente de ingresos un producto que PEMEX no podía aprovechar sino a costa de muy grandes inversiones, para licuarlo y poderlo ofrecer sin limitaciones en el mercado mundial. La operación con los EE. UU. resultaba ideal pues se construiría un gasoducto desde los campos de Chiapas hasta la frontera con Texas, sin necesidad de licuarlo ni de erogar los otros muchos gastos de transporte. El gasoducto exigió muy fuerte inversión, pero se pagaría en unos cuantos meses de función real del convenio. México pidió créditos a varias fuentes, entre ellas, naturalmente, al Banco Mundial, para realizar el gasoducto, ya en proceso de construcción. Pero resultó que el gobierno americano encontró incompatible o sólo inconveniente autorizar esa operación antes de que consiga ver aprobado su plan general de energéticos, una de las más esperadas e inquietantes realizaciones del gobierno de Carter. ¿Influyó en esa actitud la influencia negra de grandes intereses opuestos a la importación a buen precio del gas de México? Lo real es que la operación está rota, frustrada. Si esa frustración es definitiva o temporal, sólo el tiempo lo dirá. El gobierno americano sostiene que esa medida no es hostil para México sino obligada espera mientras se define y aprueba el plan energético. En México se hicieron ya



grandes inversiones y se concentran nuevos créditos para terminar, de todas maneras, el gasoducto, aunque la desautorización oficial a los compradores del gas mexicano se complementó con la negación del crédito solicitado al Banco Mundial. Se tiene la seguridad de que más pronto o más tarde, ese gasoducto hará entregas interminables de ese producto vendido a buen precio.

De todo este lío no se habló una sola palabra que se hiciera pública, durante el viaje de Mondale. Pero no pudieron ser muchos los mexicanos que creyeran, sin reservas, que el motivo verdadero de esa visita fuera, como se pretendió hacer creer, una demostración de fina cortesía de vecinos y satisfacer el interés del matrimonio Mondale por la cultura y el arte de las tribus precortesianas en nuestro país.

Poco después se supo, por diferentes conductos, que efectivamente Mr. Mondale fue requerido por el Presidente López Portillo para hablar sobre el interrumpido trato de gas pues, según expresó el Presidente de México, nadie podría creer, cuando menos en México, que ese tema no se había tocado. La dosis de información fue homeopática y sólo unos cuantos bien enterados o excesivamente imaginativos pudieron aumentar esa dosis con la indiscreta afirmación, de origen oficialista, de que todo se arreglará muy pronto, México venderá bien su gas y los clientes norteamericanos estarán muy satisfechos o, de fuentes opositoras, que la presión será mayor y que la solución al problema de los indocumentados braceros y muchos otros puntos de conflicto o de simple negociación entre Estados Unidos y México sólo encontrarán solución adecuada y justa, si el gasoducto en construcción se termina, surte de todo el gas que se necesita en los Estados Unidos sin exigencias de precios.

Los trámites diplomáticos, como vemos, han de volver tarde o temprano a sus viejos procedimientos. Ahora se sabe que los contactos personales entre Jefes de Estado sólo son útiles —y Sadat podría teorizar mucho sobre esto— cuando las cancillerías han agotado y fundamentado los preparativos y sólo las sonrisas y los saludos de los jefes de Estado den material publicitario a los arreglos que, antes, fueron discutidos con detenimiento y sin excesivas cortesías.

No mejoró la imagen del Brasil de hoy con la visita de Geissel. Y, por añadidura, tampoco la de México en Brasil, lo que puede comprobarse con la lectura de la prensa brasileña a propósito del viaje de Geissel. Tampoco se ha logrado modificar la imagen represiva e intolerante del imperialismo en las cuestiones de vital interés para México con la visita del cordial, amistoso Mr. Mondale y la gracia fina y preocupación cultural de su esposa.

Episodios rutinarios en la vida de nuestra América y su relación con el todopoderoso Gigante Imperial, las visitas de Geissel y Mondale a una nación mexicana tan agobiada por los problemas nacionales como por los de su monstruosa, contaminada y cara capital, a la cual López Velarde, en tiempos de menor crecimiento, describió como: "Ojerosa y Pintada. . ." y que en esos días estiraba los nervios de sus habitantes con un impuesto adicional de 15% sobre todos los derechos y servicios oficiales.

Diplomacia de hostilidades con Geissel; de escenografía que ocultó todo el drama en el caso de Mondale.

Y en el fondo, las realidades persistentes: "el tiburón y las sardinas", que dijo Arévalo antes de su conversión.

México, D. F., 7-II-78.

## MARINELLO: RELIEVES DE SU MENSAJE\*

Por José FERRER CANALES

**T**RAIGO a este homenaje mi sencilla palabra que quisiera transmutada en verde laurel, en himno o cántico encendido de admiración, para ofrendarlo a quien —entrañable voz de solidaridad humana y figura multifacética—, es poeta, ensayista, revolucionario, abogado de la cultura, la paz, la libertad y la justicia universales, y maestro de pueblos y juventudes. ¡Porque muchas son las facetas que la historia glorifica en esta egregia personalidad!

Siento en Marinello la presencia de la serenidad y la llama, al artista del verso y de la prosa con raíz clásica y sabor moderno, que le aplaudió José Antonio Portuondo. Su decir es arco de imágenes y concepto iluminador, peleador por crear —derrotados el imperialismo y la barbarie— una morada de libertad, de justicia y de armonía.

Desde aquel verano de 1947, hace treinta años, cuando generosamente sin ser yo más que un estudiante, me recibió en La Habana; desde antes, en 1946, cuando le escuché por vez primera el verbo poético y libertador en Nueva York, hasta las horas de emoción histórica en 1975, cuando él presidió la Primera Conferencia Internacional de Solidaridad con la Independencia de Puerto Rico, y hasta principios de 1977, Marinello ha sido uno de los hombres magnos —*homagno generoso*, anotaría Martí; *cubano universal*, escribe Alfonso Reyes— que más me han conmovido por su sentido humano y humanístico, por su vocación de bien y libertad, por su ciencia y conciencia, por encarnar los valores que postula.

Frente a este escritor y hombre extraordinario, hay que repetir lo que él mismo afirmara a propósito del poeta y revolucionario Rubén Martínez Villena: "Su vida no cabe en un discurso".

No caben en un discurso su heroísmo y generosidad, su visión y varonía, su *eros pedagógico*, su cubanidad, antillanismo y universalidad, su agonía, su lucha por la *América mestiza* de que habló Martí. Su pugna por adecentar la república cubana, mediatizada y neocolonial, y por llevar al triunfo definitivo la Revolución, su acti-

---

\* Palabras leídas en el Homenaje a Marinello auspiciado por el Consejo Puertorriqueño de la Paz, el 2 de noviembre de 1977, en el Colegio de Abogados, San Juan, Puerto Rico.

tud alerta, su defensa de hombres y pueblos en la geografía que va desde el Vietnam a Chile y desde España al corazón del Africa, y su vigilancia por la independencia de Puerto Rico, no caben en una elocuente pieza oratoria. Ni aquello tan admirable y característico en Marinello que describió el poeta religioso Cintio Vitier: "la invariable cortesía, suavidad y elegancia" fundidas con la "llama fija de su idea", con "el hierro de su martillo y su yunque", es decir, su fineza y su vigilancia revolucionaria.

Pero sí merece esa vida el homenaje, la evidencia de que hay mujeres, hombres y pueblos con sentimiento de gratitud para este escritor y rector moral, por su actitud y por su altitud permanentes. Y este homenaje nuestro, este agradecimiento de nuestro pueblo es también para aquélla —Lazarillo de amor, oasis, estímulo, aroma y amparo moral—, la esposa de Marinello, su *Pepilla*, doña María Josefa Vidaurreta. Recordemos, para honrarla, el *Soneto imperfecto para su frente*, que escribió el poeta Marinello en 1961:

Aquella frente tuya, rumbera,  
hecha de luna y caracol marino  
fue la dueña absoluta de la rosa  
cuando emprendimos, juntos, el camino;

aquel erguido vaso peregrino  
que encendió su presencia numerosa  
ante cada dolor, y a toda cosa  
impuso la pasión de su destino,

es esta misma frente conmovida  
y quieta en su clamor, lumbre nacida  
en las sombras mortales de la hora,

que vuelve en tiempo y luz y en alborada  
toda flecha enemiga, disparada  
sobre su fiel planicie vencedora.

Los hombres libres del mundo nos aprestábamos a ofrendar a Marinello en 1978, cuando alcanzara sus ochenta años, un *Libro-homenaje*, ya que el ilustre cubano nació el 2 de noviembre de 1898, en Jicotea, Las Villas. Bachiller del Instituto Provincial de Santa Clara, será Doctor en Derecho Civil, en Derecho Público y en Filosofía y Letras, de la Universidad de La Habana. *Alumno eminente*, becario, amplía su formación en la Universidad Central de Madrid. Pero lo significativo de aquel viaje a Europa es el venir en contacto, convivir con el pueblo español de Federico García Lorca y Antonio Machado.

Cuando retorna a su Cuba, aires nuevos le revelan el surgimiento de una juventud con capacidad para renovar la vida nacional y universitaria. Se vincula a la lucha por la cultura y la libertad. Juan Marinello sí sabe *qué es sudar la patria* en la cárcel de El Príncipe e Isla de Pinos, en el clandestinaje, en el periodismo, en la creación. *No sudan la patria* los que la desconocen, los que ignoran cuál es su verdadera nación, los que cotidianamente van destruyendo los fundamentos de nuestra nacionalidad, y tienen por ideal una *estadidad jibara*, una anexión a los Estados Unidos, que sería la definitiva sepultura de nuestra patria y de nuestra cultura —no el orden de derecho, de justicia y de libertad que defiende, para nuestro pueblo, el generoso pensador antimperialista Juan Marinello.

## II

**Y**A anotamos la relación personal entre Marinello y la mejor España. Asistirá al Congreso por la Defensa de la Cultura, que en 1937, se reúne en Valencia, Madrid, Barcelona y París. Alaba al pueblo "cuya intacta grandeza (calibra) . . . en los días de la pelea heroica contra la reacción interna y el fascismo internacional". Aflo- ran a su memoria nombres cual los de García Lorca, Rafael Alberti, María Teresa León, Miguel Hernández, León Felipe, Pedro Garfias y Emilio Prados. Antonio Machado es para nuestro ensayista, "el hombre más universal de la España de su tiempo". Conoce también, por entonces, al poeta de *Heraldos negros*, César Vallejo. Y le acompañarán con su fraternidad y admiración intelectual, entre otros, Manuel Altolaguirre, la *Pasionaria*, el escultor Compostela y el inolvidable Juan Chabás.

En nuestros días, viviría verdadero júbilo al releer estas, sus frases de ayer: "Algún día se abrirán los ojos desolados para contemplar la España libre y creadora que fue dolor esperanzado en el canto de Antonio Machado".

## III

**E**L tema de la Universidad nos toca muy de cerca. En el discurso que pronuncia el 7 de marzo de 1974 para agradecer el título de *Profesor Emérito* de la Universidad de La Habana, deja valiosos testimonios sobre la vida académica.

Pasan en cinta cinemática estampas de la vida en la colina universitaria: la llegada de Marinello al Patio de los Laureles cuando allí "no había señales de magisterios verdaderos" y luego, tras el

viaje a Europa, el encuentro con Julio Antonio Mella, quien había de proclamar la necesidad de "hacer primero una revolución social para hacer (después) una revolución universitaria".

Vive La Habana por entonces, ecos de la Reforma iniciada en Córdoba en 1918. Y se reúne el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, el que, de acuerdo con Mariátegui, quería "una verdadera democratización de la enseñanza, una verdadera renovación pedagógica y científica y una verdadera popularización de la función educadora".

Ocasión es ésta para que Marinello nos deje los perfiles de Julio Antonio Mella —cuyas cenizas un día traerá de México donde este héroe fue asesinado—, y de otros jóvenes. Ejemplos:

... la invalidez invencible y la sensibilidad numerosa de Rubén Martínez Villena, el ímpetu candoroso y viril —sabio y primitivo— de Pablo de la Torriente Brau, la vigilancia lúcida de Gabriel Barceló, la hombría entera y sonriente de Rafael Trejo, el razonar riguroso y certero de Leonardo Fernández Sánchez.

(No olvidemos que Pablo de la Torriente Brau, héroe que cae frente a las balas fascistas en Majadahonda, es de raíz puertorriqueña, porque, nieto del historiador D. Salvador Brau, nació en San Juan, en 1901.)

Tras la república neocolonial, tras las dictaduras de Gerardo Machado y Batista, gracias a un puñado de héroes, guiados por Fidel Castro, gracias al pueblo y debido a concretas condiciones socio-económicas, nace una nueva Cuba y con ésta, la Universidad revolucionaria. El Dr. Juan Marinello es elevado a la merecida jerarquía de Rector en 1962.

Ahora evoca palabras como estas:

Cuando tuve el honor de promulgar desde la Escalinata y como rector... la Reforma Universitaria dictada por la Revolución y también el día feliz en que se inauguró la Facultad Obrera y Campesina, me pareció bien decir que la tarea de traer el pueblo a la Universidad no era la más ardua, ya que, destruidas las barreras del origen social y la diferencia económica, quedaba la enseñanza superior como patrimonio asequible a quien quisiera recibirla. Cosa de mayor complejidad estaba en llevar la Universidad a todo el pueblo.

Apunta que un día Mella entrega a la recién constituida Federación Estudiantil Universitaria el lema de esperanzas: "Todo tiempo futuro tiene que ser mejor".

Marinello hace también un hermoso *Elogio del estudiante* que puede leerse en la *Revista Avance*. A los estudiantes antillanos, iberoamericanos, latinoamericanos, tantas veces vejados, a los revolucionarios que han enfrentado sus pechos a los esbirros de la dictadura y a múltiples formas del despotismo, la colonia y la tiranía, a los que creen en la autonomía universitaria y en la independencia nacional, los comprende y los alaba el Maestro Juan Marinello.

Con su sensibilidad y comprensión expone este juicio:

El estudiante es el hombre libre. Un pueblo de estudiantes llevaría en sus entrañas el germen de un ilimitado perfeccionamiento, porque cada individuo pondría, sobre su apetito de bajas satisfacciones, la sed de todos por altas conquistas... No habría, en un pueblo de estudiantes —afirma—, *ni libertad en peligro, ni periódico en amenaza, ni urna de sufragio en riesgo*.

Tiene fe en el estudiantado y en la "conciencia de las nuevas generaciones".

#### IV

**M**ARINELLO es un patriota que sirve a su Cuba con la palabra, con el ejemplo, con la acción. Aquí recordamos como evidencia de ese amor y patriotismo algunas de las popularísimas *Coplas de Pancho Alday* que escribe en octubre de 1962, después de Playa Girón:

Cubano: dale tu amor  
a quien funda el tiempo nuevo;  
y guarda para el traidor  
guásima, cabuya y sebo.

Los caminos siguen rojos  
de la sangre de la Sierra;  
si se atreven a venir  
van a ver temblar la tierra.

El tiro que no tiró  
mi abuelo en Ceja del Negro  
lo tiro yo.  
El planazo que no dio  
mi padre en Cacarajícara  
lo suelto yo.

Cubano: dale tu amor  
a quien funda el tiempo nuevo;  
y guarda para el traidor  
guásima, cabuya y sebo.

Pero la mirada de Marinello abarca a todos nuestros pueblos. El es uno de esos hombres descritos por Martí, como los montes, "con entrañas de nación o de humanidad". Sus múltiples misiones lo llevan al Uruguay, el Brasil, Venezuela, México, Nueva York, Viena, Berlín, Moscú, Burdeos, París. Hondamente le preocupa toda una serie de temas y problemas como la soberanía de Panamá, la lucha contra el discrimen racial (contra la postergación del negro y del indígena), la liberación de la América Latina, del Caribe, el triunfo de la auténtica democracia y del socialismo, la educación popular —los modos para acabar con lo que Martí llamó *la gran pena del mundo: la esclavitud de los hombres*.

Lo que explica sobre Chile, el valeroso pueblo educado, entre otros, por Andrés Bello y Hostos, el que Bolívar soñó libre, y cuyo presidente, Dr. Salvador Allende, asesinan el fascismo y el imperialismo, es altamente revelador e indicativo de su interés por el destino de todos los pueblos.

Saluda Marinello a un grupo de críticos literarios en la Casa de las Américas, en 1974, aclarando:

No debemos ocultar, en la victoria. . . , sucesos desdichados en la vía de nuestra liberación. Muchos pueblos de nuestra América están regidos por gentes a las órdenes del imperialismo y constituidos, por ello, en verdugos de sus hermanos(;). . . no podemos silenciar la indignación por la barbarie desatada contra el hermano pueblo de Chile. Sobre el pueblo de O'Higgins, de Recabarren y de Allende se ceba en estos momentos la más cruel, la más incalificable de las represiones reaccionarias.

## V

Así como podemos derivar una perfecta semblanza, un perfil ético de Martí, aprovechando textos escritos por el Apóstol acerca de Cecilio Acosta, Emerson, Luz y Caballero y otros, podemos también hacernos una imagen de Marinello si estudiamos las etopeyas, las descripciones que él traza, de figuras como Rubén Martínez Villena, Aníbal Ponce, Alfonso Reyes, Martí y otros maestros de las letras, las artes, las ciencias y el patriotismo.

A veces, cuando nos habla sobre Alfonso Reyes se identifica a sí mismo. Ha anotado, por ejemplo: "Por ser poeta es tan cabal en-



sayista. . . Porque un gran ensayista es eso: un pensador con poesía". Y alaba en el humanista mexicano *la virtud lírica, vigilante, bajo la rica escritura, la expresión tan justa, la sabiduría tan honda, la sed de rigor y la sed de vuelo.*

Igualmente cuando dibuja la estampa de Martínez Villena está develando aspectos de su propia personalidad. Lo presenta como *eloquente y valeroso, lírico y realista, universal y cubanísimo.* Y juzga —es el caso de Marinello, poeta—: *su adiós a la poesía no fue sino aplazamiento de un encuentro.*

Al trazar el retrato de Aníbal Ponce, nos entrega dimensiones de sí mismo.

Por encima de la esencial coincidencia en las ideas y más allá de la coyuntura que circunda el diálogo, la imagen de Ponce se me define en el recuerdo como un caso de sabiduría libertadora, inserto en un hombre nacido para ejercerla. . .

Fue (Ponce) escritor por nacimiento y voluntad, por ímpetu y disciplina; lo que quiere decir escritor con estilo. Su cláusula indagadora nace, sin excepción con arranque luciente, dispuesta a probar su verdad con garbo peculiar. . . Su prosa quedará como uno de los momentos más felices de la literatura latinoamericana de su tiempo.

Elogia al artista-pensador Ponce, cuya virtud lo mueve a darnos su meditación con *perseguida y lograda belleza.* Y ahora, cuando físicamente no está con nosotros el egregio escritor cubano, creemos tener mayor razón al puntualizar acerca de Marinello lo que éste expone sobre el comportamiento del prosista argentino en sus días postreros: "Su tránsito final fue como su vida, sereno, noble, elegante, esclarecido".

Sumemos a todas esas virtudes particulares, al pensamiento y sentimiento que él descubre en otros —espejos de sí—, aquel valor que él percibió al convivir con el compositor Silvestre Revueltas, en México, y llamarlo: *Hombre de una sola pieza.* Lo mismo, en esencia, que dijo Vicentina Antuña al aludir a *la unidad invulnerable* de Marinello; lo que sin pretender compararlo con Martí, advierte Fernández Retamar:

Quando nos describe la agonía martiana, . . . cuando nos dice de la existencia de Martí, que *una vida de esta categoría es mucho más que una vida: es un hecho moral,* ¿cómo no sentir que estamos, a la vez frente a José Martí y a Juan Marinello?

## VI

CON tiempo podríamos detenernos ante algunos juicios que le merecen personalidades de América y Europa, a quienes rinde honores como: Varona, Alfonso Reyes, Noël Salomon, José Carlos Mariátegui, Gabriela Mistral, P. Henríquez Ureña, E. González Martínez, Sanín Cano, Raúl Roa, Antonio Maceo, Salvador Agüero, Nicolás Guillén, Navarro Luna, Neruda, Picasso, Siqueiros, Orozco, Diego Rivera.

A Martí le consagra múltiples meditaciones. En el libro, el ensayo, la conferencia deja la honda huella de su culto al Apóstol. Ya tenemos estudios como el de Roberto Fernández Retamar, *Martí en Marinello*, y el de Cintio Vitier, *Marinello en dos libros* (ambos en *Casa de las Américas*, 1977, núm. 103), que son excelentes guías para reconstruir la progresiva interpretación que hace Marinello de la creación y la personalidad del Héroe y Mártir. Queden aquí, en abreviatura, sólo estos testimonios de nuestro intérprete:

Creo, sin ingrediente de vanidad cubana, que nuestro Apóstol es el escritor más importante de la lengua española en su día, y ciertamente el más poderoso de la América Latina. . .

Martí es un héroe y un escritor viviente capaz de congregarnos a recordarlo a mucha distancia de su isla liberada por haber sido, encarnizadamente, un representante cabal —y excepcional—, de su época. . .

Se ha ido abriendo paso, entre resistencias a escala de su imparidad, el caso sorprendente de una criatura en quien la expresión soberana. . . nace del fuego en que quemó sus alas para alumbrar el camino de los hombres. . .

Valora definitivamente al pensador y *reedor* Martí como: *el más influyente y moderno, el más vivo y útil de los grandes fundadores americanos.*

Con gusto y ánimo de divulgar de modo directo ideas de Marinello, cito estos aforismos —saetas libertadoras—, tomados al azar de su obra, tan rica en conceptos:

1. El sabio verdadero —aquel que sabe para libertar a los hombres— es el que posee, en medida pareja, capacidad de sintonía y libertad de entendimiento.
2. Nunca tuvieron razón las torres de marfil, pero en los días que hemos vivido ni siquiera pudieron asentar los cimientos aisladores en la tierra removida cada amanecer.
3. El artista no muere, no puede morir; asiste con sus reflejos al saber generoso, alumbrando con sobria fidelidad la afirmación magistral.

4. Cuando se mide, con buenos instrumentos el poder del imperialismo... , se impone la evidencia de que la liberación de los pueblos es la tarea de nuestro tiempo y de que nada podrá contra ella.
5. Una revolución socialista... rompe la alienación del individuo, inseparable de la sociedad capitalista, haciéndolo dueño de poderes que estaban... impedidos de manifestarse.
6. Los pueblos, con los trabajadores al frente, alcanzarán su liberación.
7. No puede existir una convivencia pacífica, verdadera, sin el fortalecimiento y soberanía de cada nación y de la libertad de cada pueblo.

## VII

TENEMOS los puertorriqueños una deuda moral contraída con este pensador y patriota que durante medio siglo —cincuenta años— es abanderado de nuestro derecho a la entera independencia y defensor de nuestra cultura nacional. Es nuestro abogado desde 1927, cuando visita La Habana el Maestro Albizu Campos y se constituye allí la Junta Nacional Cubana Pro Independencia de Puerto Rico, que preside Varona, y de la cual Marinello es Tesorero, hasta 1977. Lo es plenamente mientras cumple sus deberes como Senador de la República, Co-director de la *Revista Avance*, Embajador del Gobierno Revolucionario en la UNESCO y Presidente en 1975 de la que he llamado Primera Asamblea Ecueménica por Nuestra Soberanía, celebrada en La Habana. "Sólo el día en que Puerto Rico sea libre —escribió— será libre nuestra América..."

He recordado en otra ocasión que Marinello honra la memoria de los puertorriqueños Betances y Albizu Campos, Hostos y José de Diego, Baldorioty y Zeno Gandía, Francisco Gonzalo Marín y Modesto Tirado. Le escuché en La Habana mencionar con sentido admirativo a Juan Antonio Corretjer, Margot Arce, Concha Meléndez, Concepción de Gracia, Enamorado Cuesta, J. A. Lanauze Rolón.

Y hoy, cuando nos conmueve la presencia, el alma vivificadora de Andrés Figueroa Cordero, puntualicemos que la voz de Marinello exige, en 1975, la libertad para Lolita Lebrón y sus compañeros: Figueroa, Oscar Collazo, Irving Flores, Rafael Cancel Miranda, "los presos más antiguos en un continente donde todavía la cárcel es el premio de la acción heroica".

## VIII

**E**L pensador mexicano, D. Antonio Caso, rinde homenaje al Maestro de Bonn, arquitecto de inmortales sinfonías, Beethoven, cuya vida es lección perenne y fecunda para la humanidad, con una singular, con una felicísima metáfora. Escribe el sabio D. Antonio Caso: "Beethoven desbarató el Dolor con su heroísmo. ¡Le partió el corazón con la *espada del canto!*"

Digamos nosotros: Marinello desbarató la muerte con su heroísmo. ¡Le partió el corazón con la espada de su vida y su arte, de su humanidad y su humanismo, de su consagración al bien, a la libertad, a la justicia social, a la armonía! Y, simbólicamente, con esa espada, nos acompañará a obreros y estudiantes, a intelectuales y artistas, al pueblo todo, a la conquista de la independencia, a la defensa de la cultura nacional, a la afirmación de los supremos valores y derechos! Y como ayer volverá a clamar: "*¡Por un Puerto Rico libre, en una América libre y en un mundo libre!*"

## EVOLUCION Y ACTUALIDAD DEL DIALOGO EN TEATRO Y CINE

Por *Leopoldo PENICHE VALLADO*

**P**RIVÓ en el diálogo del teatro de los viejos tiempos, un lenguaje llamado convencionalmente teatral, es decir, prefabricado para el escenario. Los personajes de un drama, de una tragedia o de una comedia, no hablaban, no podían ortodoxamente hablar, como hablamos las gentes en la vida real, antigua o moderna, y el autor que los hiciera expresarse así incurría en desaliño literario, imperdonable para la severa crítica de entonces.

Desde luego había un inconveniente insuperable para que el habla de los personajes teatrales fuera a imagen, semejanza y reflejo del de la vida real: la versificación obligatoria del diálogo. Las leyes del verso, que los viejos retóricos identificaban con la poesía, imponían moldes formales de los que el dramaturgo no podía apartarse, sino a riesgo de incurrir en prosaísmo, pecado capital que ni la más acendrada contrición bastaba para borrar en quien lo cometía.

Don Antonio Gil de Zárate, conspicuo preceptista español nacido en las postrimerías del siglo XVIII y muerto en la segunda mitad del siglo XIX, ya hablaba en su tiempo de escena natural y escena artística, y definía el drama como "la representación de una acción humana" pero, enfatizando, "representación poética". Admitía que el teatro es imitación de la verdad, pero que no debe confundirse con la verdad misma. "El artista —escribía— aleja de nosotros sensaciones que en la realidad nos desagradarían; excita al propio tiempo otras que tal vez no tendríamos con la presencia del original."

Dentro de este criterio, se explica la erección de la impropiedad imitativa en canon artístico invulnerable, "en gracia de los mayores placeres que proporciona, los cuales compensan el disgusto que siempre causa la impropiedad de una mala imitación. Así —concluía— impropio es que los personajes de un drama hablen en verso; pero el encanto de la armonía poética nos lo hace ver sin disgusto".

Llegaba de esta manera a lo que llamaba una "regla esencialísima" de la poesía dramática enunciada así: "Toda impropiedad que se pueda cubrir con una belleza, con un placer verdadero, será tolerada, permitida: toda aquella que no se llegue a paliar de este

modo, merece reprobación y desfigura la obra. En esto estriba la diferencia. . . entre la verosimilitud material y la verosimilitud moral: la primera es susceptible de estos paliativos, de estas concesiones respecto del auditorio; la segunda no lo es, al menos en presencia de un auditorio ilustrado.<sup>1</sup>

**A**CERCA de la conveniencia de mantener la forma versificada en el lenguaje teatral, cabe decir que ha sido exaltada muy calurosamente por destacados escritores modernos que forman una corriente nada despreciable, aun cuando en cierto modo representan los resabios de las viejas preceptivas que encerraban al teatro en el ámbito de la poesía genéricamente considerada en su triple clasificación tradicional: lírica, épica y dramática. Si la dramática era el teatro, obviamente debía construirse en verso para hacer honor a la alta jerarquía que presidió su nacimiento a la vida imponderable de las letras.

Es verdad que hubo en la antigüedad un teatro concebido en prosa, nacido de la entraña del pueblo español —Lope de Rueda, Juan de Timoneda, Rodrigo Cota, Fernando de Rojas, etc.—; que este teatro evolucionó después al verse, por vía de afinamiento, de cultificación, en Lope de Vega y los hombres de teatro de su generación y aun de las inmediatamente posteriores. El uso del verso terminó por crear una realidad convencional en los diálogos teatrales, y la persistencia del mismo hizo que la forma rimada arraigara en el gusto de las épocas transcurridas —lo testimonia Gil de Zárate— sin excluir en alguna proporción a la actual. ¿No hay todavía entre nosotros legiones de espectadores de habla hispana, que se deleitan hasta la emoción año a año, asistiendo a las aventuras relatadas en rimas grandilocuentes por el Don Juan de Zorrilla?

Del fenómeno no están excluidos los públicos de habla extranjera. Todavía en 1935 el dramaturgo norteamericano Maxwell Anderson se quejaba amargamente de que los escritores teatrales del presente —hablaba de su época, naturalmente, que en rigor no es la que se vive cuarenta años después— hubieran dejado de ser poetas, como lo fueron los del pasado, y exponía su convicción de que la prosa no es más que un lenguaje convencional del teatro de hoy, como lo fue ayer el verso, y de que un día no muy remoto, las cosas volverían a su antiguo cauce. Externaba así su esperanza, más vo-

<sup>1</sup> Estas y las demás citas de Zárate corresponden al libro "Manual de Literatura. Principios generales de poética y retórica, y resumen histórico de la Literatura Española." Duodécima edición corregida y aumentada. Casa Editorial Garnier Hermanos, París, 1912.

luntariosa que lógica, de que el verso volviera a enseñorear la escena universal desplazando a la prosa.

"El teatro es aún una catedral —decía— pero los grandes sacerdotes que hoy offician en ella, le han impuesto una arquitectura periodística, no ofreciendo otra cosa que lo inmediato de nuestra vida política, social o económica." Sobre esta base romántica, afirmaba: "Esta característica, como toda condición de existencia, ha de cambiar necesariamente, aun cuando tenga apariencias de permanencia indefinida." La opinión es irrefutable en cuanto a su contenido didáctico, pero no lo es tanto la conclusión a que conduce a quien la expone: "Una vez más a la edad de la razón seguirá una edad de la fe en un mundo invisible. La catedral será entonces de nuevo, el escenario de los sagrados misterios, con juglares y vendedores de mágicos lentes de color de rosa."

Cae en seguida Anderson en un desahogo de tipo metafísico: "Yo no sé cuál será la fe de la humanidad, cuando haya perdido la esperanza de salvarse mediante los alambiques y retortas de los laboratorios: la única fe que yo tengo es que habrá una fe. Tampoco dudo de que ella entrañará grandes ansias de poesía como compensación de las largas privaciones en que de ella hemos vivido."

A continuación espeta un viejo y convincente lugar común: "El hombre no ha cambiado, a pesar de la invención de la radio y del aeroplano." Esto nos obliga a pensar: ¿es que el hombre se apartó extralógicamente de "toda condición de existencia" que lleva "a cambiar necesariamente"? ¿O es que sólo se ha demorado el cambio inevitable, y esta demora ha creado la extraña situación de un hombre inalterable conviviendo con un ámbito alterado, una forma vieja en un molde nuevo? Dejemos este intríngulis para ser desentrañado por los iniciados en los apasionantes misterios de la vida y del destino de los hombres, llámense filósofos o más simplemente orates.

Anderson sigue diciendo: "El (el hombre) se siente aún inerme, aterrado y solo en su lucha eterna por defender su frágil e incierto derecho a existir, frente al acecho constante y terrible de las misteriosas fuerzas cósmicas de un mundo adverso. La ciencia puede resolver al hombre algunas incógnitas de importancia, pero en último término, la misma ciencia se ve forzada a reconocer que el espíritu crea la materia y no ésta a aquél. Nuestros sabios más eminentes —aunque lo hagan a regañadientes y se sorprendan a sí mismos— ya se aproximan a esta conclusión".<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Estas y las demás citas de Anderson corresponden al ensayo "Preludio Sobre la Poesía en el Teatro", que antecede al texto del drama "Bajo el Puente" (W'interset) de Maxwell Anderson, traducido al español por Santiago Quevedo M. Edición de "Excélsior", revista semanal de literatura publicada en Santiago de Chile (Ercilla). Mayo 5 de 1937.

Diremos —de paso, ya que el asunto no entra dentro del objetivo de estos renglones— que no creemos en la existencia de sabios, dignos de este nombre, en trance de desandar lo andado en el camino de la ciencia, que tampoco es —digámoslo con los ímpetus iconoclastas que ella, misma puso en nuestra sangre y en nuestra mente— la panacea imaginada por los fanáticos del cientismo, para la solución de todos los problemas de la actividad humana. ¡También la ciencia, para ser consecuente con su línea dialéctica, se equivoca, falla! Pero sabios que erijan el anticientismo en artículo de fe, como pretende Anderson, no son concebibles, aunque obren a regañadientes, en ningún momento de la vida del mundo.

MAs dejemos estas disquisiciones marginales, y volvamos a nuestro tema teatral. De Ibsen, al que hay que considerar como punto de partida de la modernidad —sin perder de vista que el teatro moderno es producto del Renacimiento— pasando por las etapas subsiguientes de desarrollo del género, influidas por el noruego, el diálogo en prosa, instrumento realista de la comunicación en todo arte escénico coetáneo, ha sufrido muchas transformaciones en su morfología.

A veces se muestra denso, hermético, a veces fluido, fácil, o bien recargado, barroco, literario, como es esa forma dialogada a que tan dados fueron los dramaturgos románticos y postrománticos. Por otra parte, los diálogos del naturalismo fueron ajenos a todo ornamento: directos, libres, sin preocupaciones estilísticas, antes bien con intenciones realistas, perceptibles en el retorcimiento de la sintaxis dentro de los moldes del habla popularizante.

Tomemos algunos ejemplos del teatro español, que es el más cercano y afín a nosotros. Además, porque en algún momento de la vida de España nada ha podido gloriarse tanto a esa nación prócer como su teatro.<sup>3</sup> Pues bien, allá por la segunda década de este siglo, Benavente, heredero directo del realismo antideclamatorio galdosiano, tan injustamente preterido por los estudiosos de los gérmenes de renovación teatral vigentes en la producción dramática hispanoamericana de hoy —hizo hablar a muchos de sus personajes conforme a las tradiciones originales, en lo que éstas tenían de ese espíritu realista que nutre al arte y especialmente al teatro contemporáneo; los hizo hablar el lenguaje rudo de los pueblos castellanos, abandonando el convencional, falso y afectado del echeagarayismo,

<sup>3</sup> Federico Carlos Sainz de Robles, "El Teatro Español, Historia y Antología". (Desde sus orígenes hasta el siglo XIX). Tomo I. Introducción, M. Aguilar Editor. Madrid, 1942.



que se venía hablando en los escenarios del romanticismo europeo desde el siglo XVIII.

El estilo benaventino hizo escuela, y el diálogo teatral ágil de "Señora Ama" y de "La Malquerida", cuyos personajes rurales hablan igual que en la vida real, se extendió a todo el teatro producido en España en la primera mitad del siglo XX, con las deformaciones inevitables, como los largos y elaborados parlamentos de las comedias urbanas de Benavente, y los modos peculiares de hacer de otros de los autores del momento.

El paso de un modo a otro no tuvo dificultades, ya que la tendencia al habla llana, sin retorcimientos retóricos, sin aspavientos cultistas que oscurecen el pensamiento coloquial, está en el genio de la raza y ha pasado a la literatura a través de conductos próceres. En un diálogo de "La Celestina", el desolado Calisto, sorbido el seso por el amor de Melibea, dice a sus criados estas frases de anticipado sabor culterano, para reforzar su propósito de no admitir calma para su desesperación, a menos de contar con la presencia consoladora de la sagaz alcahueta:

No tornaré a casa hasta que me llaméis pidiéndome las albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina. No comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen cuando han dado fin a la jornada.

Al adobar este giro extravagante, dijérase que Fernando de Rojas insinuaba que sólo cabría en labios de un hombre perturbado de sus facultades mentales, como pinta a Calisto presa de devaneos amorosos, pues que ningún ser humano en su cabal juicio, habría de ser capaz de pronunciarlo. Por eso hace que el criado Sempronio, con esa gracia rústica y esa causticidad de crítica de que da tantas muestras en sus intervenciones, se apresure a ripostar a su amo:

Deja, señor esos rodeos, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di "aunque se ponga el sol" y sabrán todos lo que dices.

Menos de un siglo más tarde, Cervantes pone en boca de D. Quijote este paternal consejo dirigido no particularmente a Sancho, ni a ningún otro personaje de la historia del manchego —porque éste siempre habló para el mundo, para el género humano, para la posteridad, aun cuando tuviera un interlocutor concreto— sino al genio de la raza, compendio de ese ritual ecumenismo que lo ha hecho inmortal:

Llaneza, muchacho, llaneza, que toda afectación es mala. . .

Estos dos ejemplos de tan entrañable proceridad hispánica, dan la pauta de que las ideas de que están anecdóticamente nutridos, pasaron del genio de la raza al dominio del arte, y fue así como rigieron la evolución hacia el realismo, del diálogo escénico, limpiándolo de altisonancias verbales, de hinchazones pseudoliterarias, hasta dejarlo como lo vemos hoy: ceñido, exacto, fotográfico. ¡No caigamos, por lamentable hipérbole, en la ponderación de estos méritos al extremo de favorecer, con la inmoderación del uso, un descenso cualitativo que trocaría la evolución en involución!

**A**UN decadente, el teatro español del postbenaventismo, no puede negarse que modeló el teatro hispanoamericano en su nacimiento, y fue a través suyo que éste asimiló la influencia europea que aquél había recibido de Benavente y de sus epígonos. Claro que poco después los dramaturgos americanos de lengua ibera volaron con alas propias y se alejaron de los modelos de la decadencia española erradicada en los años de García Lorca, y construyeron sus mimesis europeístas o norteamericanistas con buena fortuna no pocas veces.<sup>4</sup>

En todo ese teatro, abigarrado por la pluralidad de temas, tendencias e influencias que van de Ibsen a Brecht —algunas se remontan más en el tiempo— indiscriminadamente, hay un denominador más o menos común: el diálogo aliterario, popular, directo —no pocas veces populachero genuino— concebido con un sentido realista hiperbolizado en la reproducción del habla vulgar de las gentes.

Para los autores de este teatro, han perdido vigencia los preceptos retóricos que imponían en el pasado la necesidad de hacer hablar a las gentes de acuerdo rígidamente con su extracción social o cultural: ninguna palabra gruesa, ningún giro plebeyo en el habla de los reyes y gentes de elevada posición o clase social; ningún prurito purista, ningún concepto refinado, elegante, delicado, pulido, afiligranado, en el del humilde hijo del pueblo.

Así de estricta y cerrada lucía la preceptiva del teatro antañón, que hogaño fue tirada por la borda, al darle los dramaturgos in-

<sup>4</sup> Tenemos a la vista un repertorio nada desestimable, contenido en dos volúmenes antológicos, en los que figuran piezas teatrales de autores de nacionalidades diversas: argentina, uruguaya, chilena, peruana, colombiana, puertorriqueña, ecuatoriana, venezolana, cubana, dominicana, panameña, nicaragüense, salvadoreña y guatemalteca. El libro se titula "El Teatro Hispanoamericano Contemporáneo", antología preparada por Carlos Solórzano y editada por el Fondo de Cultura Económica en el año de 1964. De él aparece ausente el teatro mexicano porque —explica el antólogo— "el Fondo de Cultura Económica dedicó ya, con anterioridad, tres volúmenes a los autores mexicanos de este siglo.

novadores de nuestra época a los diálogos teatrales variados matices, de los que está obviamente ausente esa rígida concepción discriminatoria, que ponía una línea divisoria infranqueable entre los modos de hablar del populacho de los bajos fondos y los del también populacho de las altas esferas sociales.

Y no es que la nueva ola le negara conveniencia y procedencia lógicas al precepto; es que la preocupación realista había nacido en ella dominante e influyente por la vía de la razón consuetudinaria irrefutable. ¿Acaso en la realidad más lata, las gentes ilustradas acostumbra sujetar la expresión de sus pensamientos, y sus explosiones verbales, a normas exclusivistas e inalterables de urbanidad? Tal vez así lo hagan excepcionalmente, en cumplimiento de una formalidad de tipo puramente sociable que no puede abarcar la intimidad del pensamiento, ni veda las caídas espontáneas en el lenguaje trivial, chabacano y bajo. ¿Acaso este género de lenguaje no resulta siempre mucho más expresivo, onomatopéyicamente considerado, para dejar en el ánimo del que escucha el efecto vulnerante que se persigue, en los momentos coloquiales de exaltación, externados a través de vocablos —o voquibles— desterrados de los estiramientos saloneros y de los prontuarios gramaticales?

La palabra fuerte, la palabrota, la frase obscena no son —está ampliamente demostrado por la experiencia— patrimonio exclusivo del lenguaje del pueblo bajo; las dicen también los señoritos cultos, los catedráticos, los eclesiásticos, y en nuestros días hasta las damas más remilgadas en sus círculos de confianza. ¿Por qué, pues, soslayarlas en los diálogos teatrales, con mayor razón si éstos se desenvuelven en ambientes de bajos fondos rurales o urbanos? ¿Es que lo que se oye decir en la vida, no debe ser oído en el teatro que es su reflejo? ¿Debemos revivir las reglas del Sr. de Zárate que postulan que el artista creador debe alejar de los gustadores o contempladores aquellas sensaciones que en la realidad desagradan? ¿Hasta qué punto es lícito poner diques de contención entre la vida y el arte? Cuestiones son todas éstas viejas como la vida misma, y no se crea que las repetimos aquí con el aire triunfalista de quien ha descubierto los paradisiacos usos de la hoja de parra adánica.

**P**ERO ya que aludimos a las relaciones vida-arte, conviene señalar que la revolución expresionista, que vino a romper todos los moldes tradicionales que estas relaciones han guardado, buscando crear un arte nuevo para un mundo nuevo, más allá de la psicología, de la historia, del realismo, de la naturaleza misma, volcó su teatro en un lenguaje que no se aparta mucho del diálogo naturalista, por lo

desordenado, a base de giros breves de tipo telegráfico, nada cuidadoso de morigeraciones en el pensamiento, sin esquivar el empleo de vocablos tenidos como obscenos y frases francamente escatológicas.

Un personaje de Brecht —autor que tan sólo asimiló las derivaciones sociales del expresionismo— dialoga así:

Orge me decía que el lugar que más estimaba en el mundo no era ni el banco de césped, cerca de la tumba de sus padres, ni el confesional, ni el lecho de la puta. . .

Y más adelante:

Orge me decía: el lugar que sobre la tierra le fue más querido, es el water. Decía que es un lugar donde uno se satisface de tener sobre sí a las estrellas, y debajo de sí a los excrementos. . .

Otro personaje brechtiano dice en diálogo con su prometida:

¿Por qué tienes el aire de leche vomitada? . . . Estás poniendo cara como de orinar sobre ortigas.<sup>5</sup>

Escatolalia que haría ruborizar al retórico Gil de Zárate, sostenedor de la impropiedad en los diálogos escénicos bajo el signo del "encanto de la armonía poética".

La conclusión, pues, es obvia: ni las reacciones antitraduccionistas más violentas han logrado desvincular radicalmente el arte, de la realidad que lo genera —ni vieja ni nueva, la realidad eterna— y que en la esfera literaria, especialmente el teatro, como estamos viendo, tiene en la reproducción más o menos artística del lenguaje, su cordón umbilical.

**P**OR desgracia, partiendo de premisas racionalísimas y correctísimas como las antes enunciadas en abono del realismo expresivo, o realismo lingüístico, santo y seña del teatro de hoy y del arte en general —pese a ciertas desviaciones que no han pasado de un estrecho ámbito elitista— y que constituye un valioso factor de agilización y desentumecimiento del arte de nuestro tiempo —cada tiempo tiene el arte que merece— por desgracia, repetimos, se incurre —específicamente en el teatro— en un lamentable abuso que convierte

<sup>5</sup> Las versiones de estas tres citas son de Juan Guerrero Zamora en su "Historia del Teatro Contemporáneo". Barcelona, 1960.

al factor agilizante, real, desentumecedor, en elemento desestabilizador (como hoy se dice en el calor de la política andante), de ese encauzamiento salvífico —prestamos el vocablo a los teólogos— del arte de hoy, hacia los canales expresivos normales, limpios de toda hojarasca retórica y de toda hipocresía esteticista que, como hipocresía que es, siempre oculta intenciones depravadas, humana y artísticamente hablando.

El abuso que señalamos resulta de equivocar los caminos, abandonando el del realismo artístico para seguir el del realismo *real*, valga el pleonasma, lo cual resulta a su vez deplorable y mortal. No es que realismo estético y realismo real se repelan definitivamente; es que entre ambos hay un punto de unión muy sutil y ponderado que no puede ni debe rebasarse, porque la extralimitación produce esos estados caóticos de crisis como el que vive el arte contemporáneo, y que parece haberlo convertido en un callejón sin salida para los gustadores de los placeres estéticos.

El realismo artístico es hijo y producto de esas normas que no prevé ninguna preceptiva antigua o moderna, sino que viven implícitas en la sensibilidad de la época, en la calidad moral de los apreciadores, en la formación social y hasta humana de éstos. Nos referimos a las normas de esa sustancia espiritual, un tanto aérea e inconsútil que llamamos el buen gusto, que no nos atrevemos a decir que sea inmutable, porque para los materialistas nada hay inmutable sobre la faz de la tierra, pero sí que está gobernado por un aliento de superior inspiración cultista, en el mejor sentido de este vocablo tan asendereado.

Nos explicaremos mejor: el buen gusto en la apreciación de las obras de arte, puede muy bien estar en el criterio de personas que sin contacto con la cultura convencional de su medio, muestran no obstante capacidad de juicio, perceptible en la admisión o el rechazo, espontáneos y atécnicos, de moldes expresivos, tendencias ideológicas o pruritos éticos revelados en las obras que contemplan. Se da en esas personas ese fenómeno psicológico que constituyen las reacciones personales o colectivas producidas, no por la posesión de bases rutinarias de conocimiento, sino por desbordamientos intuitivos.

Además, hay siempre una atmósfera educativa llamada tradición, que conforma los patrones del buen gusto personal y colectivo, en la función valorizadora de las obras estéticas, y cuanto éstas se sus traen al ámbito de aquella atmósfera y chocan con ella, surge el desacomodo del juicio y el inevitable rechazo de la modalidad causante del desajuste, susceptible de sobrevenir en la medida del debilitamiento del campo tradicionalista que las "nuevas olas" tratan de desplazar.

Pero siempre, por causas virtuales que detectamos —aunque no explicamos o interpretamos satisfactoriamente en muchos casos— hay una pauta sutil de buen gusto literario o artístico en el juicio de las multitudes, que prevalece a veces contra la decadencia misma de los moldes sociales de educación comunitaria, y esa pauta es la que salva y ha salvado siempre al arte, aun en los periodos históricos de más terrible decaimiento espiritual.

Las expresiones del mal gusto en el arte, devienen modas y como tales, son pasajeras, en tanto que hay un arte perdurable que sobrevive a través de los siglos en obras que, habiendo sido también el producto de eso que llamamos moda, nacieron dotadas de un aliento de inmortalidad que las sustrae a toda transitoriedad, y las dota de una permanencia secular en la preferencia de los públicos educados. Son estas obras las que dan a los hombres y a los pueblos la medida del auténtico buen gusto, y los inclinan a rechazar todo lo que no se ajuste al espíritu, y aun a las calidades formales configurativas y específicas de las obras modelo, sin que éstas generen forzosamente mimetismos sistemáticos y sobre todo extralógicos y anacrónicos.

Sería necio pedir que los dramaturgos del próximo siglo XXI compusieran dramas como los compuso Shakespeare en el siglo XVII; ni siquiera como Ibsen en el siglo XIX. Pero hay una pauta shakespeareana, como hay una pauta ibseniana que señalan a los dramaturgos de todos los siglos —formados en la tradición cultural occidental que es nuestra atmósfera educativa— el rastro que deben seguir —no copiar— para la dignificación del arte teatral eterno, en espíritu, en forma, en esencia humana, y ese rastro estará sin duda vigente, mientras el mundo no produzca un genio capaz de superar, en la sensibilidad y admiración de los públicos de nuestra atmósfera cultural, el legado de aquellos singulares artífices que nunca "pasaron de moda" en opinión de la crítica autorizada.

Shakespeare, Calderón, Lope y todos los demás gigantes del teatro del Renacimiento europeo, tampoco escribieron como lo habían hecho veinte siglos antes, en la Grecia venerable, cuna del teatro, Esquilo, Sófocles y Eurípides, pero es evidente que de ellos tomaron el gran aliento que los singularizó, y que sus normas humanistas fueron también las suyas, salva la diversidad de civilizaciones y de épocas. Asimilaron lo asimilable, lo eviterno, lo insenescente, en fin.

¿Alguien se atrevería a negar que en Hamlet está el espíritu de Esquilo? ¿Acaso no un romántico alemán calificó a Calderón como el "dramaturgo más grande de todos los tiempos, seguido del idealista Sófocles y del realista Shakespeare?"<sup>6</sup>

<sup>6</sup> F. C. Sainz de Robles, *op. cit.*

Las anteriores disquisiciones sobre las normas del buen gusto en los juicios aplicados a las obras de arte, tienen obviamente en nuestro ensayo un solo punto de referencia: el teatro, y dentro de él, un aspecto de su morfología: el diálogo. Estamos tratando de enfocar el teatro de nuestros días —o el cine, su hijo adulterino— y pretendemos catalogar y enfatizar los vicios y desaciertos en que los creadores de este arte incurren, bajo el signo absorbente de las modas, en la composición de su medio expresivo por excelencia: el lenguaje de los personajes teatrales.

Para lograr nuestra pretensión, nos importa señalar los procedimientos que se emplean con el fin de darle accesibilidad y contacto con los auditorios, siempre disímiles, que presencian desde sus butacas el desarrollo de acciones escénicas con entrega de sus reservas emocionales —para eso va fundamentalmente la gente al teatro— y abrigando el secreto deseo de encontrar en esa acción, una lección de vida al mismo tiempo que una lección de arte.

Pensar en públicos que vayan al teatro despojados de caudales emotivos, a encontrar sólo incitaciones intelectualistas dinámicas para alimentar su espíritu, es una de las contadas utopías que restan en un mundo tan avanzado, tan práctico y tan vencedor como es el que vivimos. Quienes lo han pretendido, han tenido que sufrir graves decepciones, y hasta cantar la palinodia.

Obsérvese que toda la sustancia renovadora que nutre el teatro de Brecht, entrañablemente antirrealista, no ha logrado que éste arraigue en la sensibilidad de los públicos contemporáneos, quizá porque Brecht huye de provocar toda tensión emotiva en aras de la comprensión del mensaje didáctico de sus obras por el público, y creemos que pasarán muchos siglos antes de que los públicos del teatro pierdan su facultad de emoción, tan vital en todo ser viviente.

Por otra parte, esta condición brechtiana ha hecho errar, en su teatro, a actores de fuerte y dominadora personalidad, por incapacidad de comprensión de la dinámica llamada épica. Allan Lewis refiere que el famoso Charles Laughton, que conquistó muchas palmas en la interpretación del "Galileo" de Brecht en Nueva York. "fue elogiado por su actuación expansiva, lo que era abiertamente opuesto a lo que Brecht había escrito". Y añade: "De acuerdo con las especificaciones épicas, los autores y directores deben dar énfasis al contenido intelectual y al punto de vista social de la obra."

El que esto escribe vivió una experiencia muy interesante, el día que tuvo oportunidad de aplaudir a la gran trágica mexicana María Tereza Montoya, en su personalísima interpretación de "Madre Co-

---

<sup>7</sup> Allan Lewis, *El Teatro Contemporáneo*. Imprenta Universitaria, México, 1957.

raje", y constatar un triunfo impresionante del "montoyismo", es decir, de la tremenda fuerza temperamental de la actriz, encauzada para encarnar el personaje brechtiano dentro de los moldes dramáticos tradicionales, con desprecio de las novísimas teorías del dramaturgo bávaro, dirigidas a escindir esa mezcla emocional de actor y personaje tan respetada por Stanislawski.

¿Debe ser considerado Brecht como un innovador fallido? No, definitivamente, 21 años después de su desaparición. Tampoco lo fue Piscator. En 1957, Lewis postuló que la influencia del teatro épico ha sido más amplia de lo que generalmente se cree, pero enfocó así la personalidad de Brecht:

El teatro épico está todavía en su infancia y, como muchos niños precoces, ha sido culpado de exageración y pedantería. Brecht ha sido criticado por ignorar el carácter, por eliminar la poesía, por estar absorbido con temas, por ignorar a la gente, por dar consejos teóricos que él mismo ha violado en sus propias obras. El mejor teatro épico, a pesar de sus frecuentemente histéricas requisiciones, ha tomado parte de lo emocional y de lo convencional, más de lo que él mismo admite; pero de cualquier modo ha sido un momento estimulante de la historia del teatro. Cuando la humanidad se enfrenta a una época de crisis, el teatro épico devuelve a la escena su derecho a participar activamente en el juicio de sus problemas. Su madurez habrá de suavizar este estilo teatral, y lo hará mezclarse con las formas existentes. De cualquier modo, ha abierto un camino y sentado un precedente.<sup>8</sup>

Vale decir: el teatro de Brecht no logró plenamente los ambiciosos objetivos que se propuso su creador, pero como experimento de renovación, tiene un extraordinario valor, una vigencia indiscutible y un firme y positivo porvenir en la suavización de sus rigideces estilísticas, que le permita fusionar sus formas con las de la mejor tradición teatral, la eterna, la inmanente.

El crítico ibero Juan Guerrero Zamora es más explícito y concreto en su juicio sobre Brecht:

La personalidad de Brecht, para ser entendida en sus calidades y también sus limitaciones, ha de ser despojada del mito que la encubre con una aureola marginal a la estética. La fórmula y preceptiva del teatro épico ha quedado, en la obra del escritor y según él lo sabía sobradamente, como un ensayo aún contradictorio, inconciliado aún con el carácter occidental y probablemente inconciliable, en pura categoría hipotética, aunque, eso sí, cargado de sugerencias hacia complejas posibili-

<sup>8</sup> Allan Lewis, *op. cit.*



dades. Las derivaciones sociales del expresionismo hallaron en él su recto cauce y, por vez primera en la historia de las dramáticas, un teatro pudo agrupar en sí armónicamente dos sustantivaciones: la neoconvencional poética y la social, haz opuesto al realismo efectista que siempre fue vehículo de aquella segunda dirección. Una nueva compatibilidad se hizo posible gracias al arte brechtiano: entre la afirmación de una ideología y el respeto al hombre objetivamente considerado y no, por responder a aquélla, idealizado o por enfrentarla degradado, compatibilidad que Brecht realizó obligándose a un sutil análisis de agravantes y eximentes, despejando con la mayor imparcialidad que hasta la fecha se haya desplegado en las literaturas sociales, en la compleja ecuación de la humana urdimbre, lo confundido y lo confuso, lo maleado y lo malo, la debilidad y la entereza y, concatenando causas, remontándose así a las primeras inocencias o culpas. Tal fue el efecto de que, en él, el poeta no se subyugara al sociólogo y, consecuentemente, vemos cómo en sus obras mayores, en el contenido ideológico discutible, sobrepuja una potencia poética incuestionable.<sup>9</sup>

Del desarrollo dramático de las dos vertientes de su teatro, la artística y la filosófica, resultó un patente desequilibrio que restringió las posibilidades de acceso de sus obras a la sensibilidad de la masa a que Brecht aspiraba, aspiración en la que puso toda la fuerza de su enorme capacidad creadora. Concluye Guerrero Zamora:

En esta definición general de su talla, varios puntos, sin embargo, le sirven de lastre y demérito. En el orden del pensamiento, aquella dirección social fue, al par que su cauce, su límite, límite que se estrecha más con los imperativos de su ideología. El materialismo marxista y, a veces, no siempre, comunista, por decidido que fuera el antidogmatismo del dramaturgo germano, amputó a su obra toda proyección metafísica, redujo su ética a una economía, y le llevó a confundir, en el frente de sus antagonistas, el abuso con el uso, el vicio con la sustancia, atacando o negando el hecho por atacar o negar su indebida apropiación o su degradación involuntaria. Es laudable el esfuerzo que realizó por conciliar el carácter *personal* que el teatro exige al personaje y el carácter *coral*, en función de la masa, que le exige el socialismo, pero justo es reconocer que no siempre mantuvo este equilibrio y que sus avances en las regiones del ser no sobrepasaron el término de un psicologismo naturalista —al que por otra parte desdeñaba— o realista, sin alcanzar nunca la cifra de lo metafísico. La consecuencia, en el orden del pensamiento, de tales premisas, fue una debilitación de su obra, cuya filosofía es evidentemente menos rica que la de otros gran-

---

<sup>9</sup> Juan Guerrero Zamora, "Historia del Teatro Contemporáneo". Juan Flors, Editor, Barcelona, 1961.

des dramaturgos de la actualidad —Claudel, Eliot, Saroyan, Strindberg, valgan por caso— y hasta por imposición socialista precaria. En aquella y estas razones se contienen la grandeza y pobreza de Bertolt Brecht.<sup>10</sup>

LA moda literaria que concibió el realismo para lograr una reproducción excitante y cruda de la vida, olvidadas las viejas pragmáticas de la preceptiva antañona que, como hemos visto antes, sancionaba la impropiedad en las reproducciones de la realidad, si con ella se contribuía a embellecer la obra artística; esa moda, repetimos, se ha impuesto en todas las formas de la literatura contemporánea. ¿La adoptó la novela primera, y la admitieron después la poesía y el teatro? No sirve a ningún interés vital, a ninguna finalidad primordial, el deslinde de esta cuestión. El caso —insistimos— es que el llamado realismo expresivo se ha adueñado de todas las formas literarias, y vamos a ver hasta qué punto esta circunstancia afecta adversamente al teatro, que es el tema de nuestro comentario ahora.

Lo inconveniente de las formas realistas del diálogo en el teatro y el cine modernos, no radica en la adopción generalizada de tipos de lenguajes corriente, populachero y hasta lépero, en medida que rebasa las preceptivas del realismo convencional; ni siquiera en el deslizamiento en él, desusado antes, de vocablos y giros clasificados como definitivamente pornográficos u obscenos.

Lo inconveniente en verdad, lo engorroso y hasta repulsivo, es el uso desmedido en el diálogo teatral, de estos ingredientes bajos; el salto de la barrera, si no infranqueable, sí digna de algún respeto, del buen gusto, único patrón admisible en la valoración estética de las concepciones tradicionales, aun las de mayor sustancia libertaria —nunca liberticida— como es lo que prevalece en el arte de nuestro tiempo.

En la vida misma, que está muy lejos de sujetarse a leyes estéticas, la escatología tiene medidas y proporciones más o menos justas. Esta afirmación no intenta negar la proliferación del hábito en todas las esferas sociales, particularmente las de escaso nivel educativo; ni mucho menos pasa por alto su contaminación inmanente a los otros, alcornicos por el nivel escolástico que fortuitamente alcanzaron. No puede negarse que la reproducción fiel del habla escatológica, tan generalizada en el teatro y cine de hoy, obedece a las leyes del realismo que han invadido evolutivamente todas las formas literarias y artísticas en nuestros días.

<sup>10</sup> Juan Guerrero Zamora, *op. cit.*

Lo que sí consideramos pertinente objetar, es el afán reproductivo inmoderado de la proliferación coprolálica en los patrones dialógicos de la escena, mediante la cual se somete al espectador a la tortura de pasarse dos horas frente a una representación, escuchando leperadas que pudieran ahorrarse, en una proporción tal vez mayor en que son escuchadas en los muelles, las barriadas, los burdeles y demás centros de reunión habituales de gentes de trueno, que actúan y hablan despojadas de la más elemental presión moral impuesta por la sociabilidad, como factor moderador de las normas de la conducta humana.

Hacer que los personajes del teatro hablen "como en la vida", no debe llevar al dramaturgo a desestimar las leyes de esa óptica teatral de que hablaba hace muchos años un gran polígrafo español —otro injustamente olvidado— Andrés González-Blanco quien, apoyando las pragmáticas realistas que comenzaban a imperar en su tiempo —primer cuarto del siglo XX— con función agilizadora y desentumecedora de las arcaicas y pesadas pautas del lenguaje escénico heredadas por el romanticismo ya agónico, sujetaba tales pragmáticas a proporciones convencionales de moderación y de sobriedad.

Decía González-Blanco en su obra de crítica "Los Dramaturgos Españoles Contemporáneos", más o menos (citamos de memoria) que trasladar literalmente a la escena las conversaciones de las gentes, tal como se desarrollan en los medios naturales de éstas, no sólo es antidramático, sino un tanto antinatural, aunque parezca paradójico. Pensamos que le asiste la razón: lo primero, porque el autor que tal hace está limitando su creatividad y el uso de sus facultades intelectuales y críticas, a cuya acción somete los hechos de la vida que trata de interpretar o reproducir estéticamente. Para este tipo de reproducción fotográfica, no se necesita el auxilio o la intervención de la propia función analística o exegética aplicada al estudio psicológico de los moldes expresivos de las gentes: le bastaría al presunto creador aprovechar los artificios taquigráficos y los mecanismos camarográficos de la tecnología contemporánea, para retratar lo retratable audiovisualmente de las vivencias humanas, y construir con estos elementos esa infraestructura escénica que es el diálogo teatral.

Decimos que el procedimiento es además antinatural porque dentro de un concepto semánticamente recto del naturalismo en el sentido de acercamiento a la naturaleza, no puede existir éste en hechos que falsean las cosas naturales, como ocurre cuando se convierte al escenario, nacido para asiento de una concepción estética, en vehículo del antiestetismo más lato, cual tiene que ser el producto de una reproducción fotográfica monda y lironda, privada del toque mágico del genio equilibrador del literato. El escenario

es instrumento sugeridor de sensaciones y emociones estéticas; la realidad, servilmente fotografiada, es factor de desequilibrio emotivo las más de las veces. El puente que une lo estético con lo real, lo construye el creador de arte, o no hay impacto.

Sería, pues, muy cómodo hacer del teatro —del arte en general— una visión mecánica de la realidad: sobraría el talento de los dramaturgos, de los novelistas, de los pintores; una cámara y una grabadora serían los instrumentos supremos para la creación estética, y un artesano que las manejara sería bastante.

Por desestimar estos cánones imprescindibles de la óptica teatral, imbricados en la tradición inmanente del buen gusto generacional, el diálogo surrealista —surrealista, aunque no llegue a caer en las aberraciones del automatismo y la abstracción desconcertantes, características de la corriente de pensamiento de postguerra que adoptó esta denominación— ha derrumbado muchos productos teatrales valiosos social y estéticamente, aparte de contribuir a colmar los repertorios de las empresas comerciales, de cantidades industriales de bazofia literaria, destinada a cumplir la misión de repletar los bolsillos de sus autores y promotores, a cambio de cerrar a los primeros todo acceso, no digamos a la gloria que es una entidad metafísica y dudosa, pero sí a la consideración justiciera de la posteridad, logable a través del juicio sereno de la crítica solvente, esa crítica de no muy frecuentes apariciones, pero cuya existencia no se pone en duda, que no hace ídolos de barro ni convierte las fortunas pecuniarías que dan los best-sellers oportunistas, en virtudes meritorias dignificantes de la personalidad creadora.

En las esferas más modestas de la producción teatral —la comedia intrascendente, de circunstancias— no es remoto dar con productos de un ingenio muy estimable, rico en recursos de buena ley, cualidades estas que se malogran a causa de las versiones dialogales que se les adjudican, nutridas de pacotilla pornográfica —giros licenciosos, sugerencias sicalípticas, "mentadas de madre", etc.— que provocan la carcajada zafia de cierto público cuya numerosidad corre parejas con su descomedimiento educativo.

Esta lamentable medalla tiene un doliente reverso: la porquería en que, al son de la moda enfermiza de los diálogos léperos, se convierten no pocas obras de alto coturno, de la mejor tradición del teatro universal, y otras de valores notables dentro de la producción moderna, desfiguradas éstas y aquéllas por directores y arreglistas —o desarreglistas— sin conciencia profesional y sin pudor espiritual, con la finalidad bajuna de proporcionar alimento teatral a la avidez de las mesnadas del morbo sexista y del mal gusto artístico que, eso sí, saben pagar muníficamente los servicios que se les prestan.

Dos ejemplos nada más —hay muchos, desde luego— para no hacer demasiado prolijo este ensayo; dos ejemplos tomados al azar del cine mexicano reciente —ya sabemos que el cine, desde que perdió su expresiva y chapliniana mudez y adoptó la palabra como medio comunicativo normal, se convirtió en hijo adulterino del teatro y esto hace que lo que se diga de los diálogos de éste, sea lógicamente aplicado y aplicable a los diálogos de aquél.

Corre todavía por las pantallas de las salas de exhibición de la República, y seguramente también del extranjero, una versión de "La Celestina" frente a la cual estamos seguros de que el bachiller Fernando de Rojas, si por ensalmo volviera a las andadas mundanales, haría lo que no hizo ni tenía por qué hacer en su tiempo: entregarse a la justicia para ser juzgado como reo del delito de atentado contra las buenas costumbres estéticas de la sociedad moderna. Si en el siglo XVI alguien pudo incriminarle como impúdico y deshonesto por haber alumbrado en aquel parto ¿unigénito? de su privilegiada Minerva, enredo tan escabroso, sobre todo en aquellos sombríos días del medioevo español agonizante, de tan injusto cargo fue liberado por la serenidad y ecuanimidad crítica de posteriores juzgadores de la talla de Menéndez y Pelayo, quien considera a "La Celestina" como la obra más importante de la literatura española medieval.

La verdad es que tales escabrosidades del tema hoy resultan inocentes y blancas referencias a aspectos de la vida común y corriente, cuya exhibición no sonroja a nadie, ni siquiera a las nenas impúberes que se divierten "a chorros" en el cine moderno, presenciando escenas aleccionadoras de fornicios y desvergüenzas llevadas a enésimas potencias, todo crudamente real y sazonado con procacidades en el talante y en el lenguaje de los actores y actrices, ocupados más que en su menester artístico, en dragonear de cínicos y descocadas para dejar contento a "su" público.

Quienes adaptaron a la pantalla la tragicomedia de Calisto y Melibea, no tan sólo se apartaron del humor negro que el bachiller y sus probables antecesores, pusieron en el tratamiento de la historia de la vieja alcahueta y de sus truhanerías; relegaron el ingenio con que estos autores manejan los hilos de la trama, y desterraron el código de moral a que ajustan la didáctica de su obra, sino que rebajaron —pensamos que deliberadamente, para estar a tono con las demandas del público que paga— el dibujo de los personajes, la esencia de sus caracteres, y como consecuencia deformaron también las imágenes y los diálogos, hasta hacer de éstos un vehículo hediondo de trivialidades y discretos de sordida lubricidad.

De los diálogos originales no se conservaron sino giros y palabras sueltas con los que se da el timo de respeto y adhesión a la fuente del arreglo; se abusa de las leperadas, de los vulgarismos y de los voquibles de zafia obscenidad. En suma, recibimos la impresión de que se compuso un diálogo *ad-libitum*, a compás con las mórbidas sugerencias impuestas por los gustos del público inmerso en la pornografía ambiental.

Otro cantar —que no entonaremos en el presente ensayo, por cuanto éste sólo trata de enfocar analíticamente la forma dialogal— es el distorsionamiento de la imagen literaria, de los valores escénicos específicos de la tragicomedia original. La gracia consubstancial de los constructores de ésta radica en las descripciones dialogadas, con su caudal de barroquismos frescos y llenos de saludable ingenio. De estos diálogos, mucho más que de la acción misma, esto es la objetivación cruda de los hechos, surgen los maravillosos tipos humanos puestos a vivir en la escena con sus psicologías de trazo magistral: Celestina, personificación de la sagacidad puesta al servicio de las más sucias modalidades del practicismo vivencial; Sempronio y Parmeno, prototipos de criados del feudalismo decadente, falsos, hipócritas, voraces, deshonestos; Calisto y Melibea, amantes de la más pura y entrañable cepa humana, precursores de Romeo y Julieta y de los desbordamientos de la pasión romántica; Elicia y Areusa, ramerías de ayer y de hoy, tipos dotados de robusta insenescencia; Crito, prudente putaño también de todos los tiempos, y Pleberio y Alisa, y Lucrecia y Tristán, y Sosia y Centurio, todos ellos creaciones de una humanidad incoercible y eviterna.

Sin embargo, los arreglistas redujeron los diálogos no tan sólo por espíritu de actualización, como para enfatizar la acción misma a base de largos silencios y sugerencias licenciosas, en los que vieron un espléndido filón aprovechable para el halago barato del público morbosos. Y así saturaron el filme de escenas groseramente realistas de sexo, que apenas si aparecen sugeridas en el curso del diálogo original; hicieron abundar los incidentes de cama con transportes lascivos, encueramientos y demás ingredientes del sexismo cinematográfico a la moderna.

Para tener una idea de lo contradictorio de las metas dadas al filme, respecto de las de la obra teatral, tan mal comprendida —deliberadamente o no— por los filmadores, basta recordar el contenido de las tres octavas con las que "concluye el autor aplicando la obra al propósito porque la acabó". La última de las tres es la más expresiva:

Y así no me juzgues por eso liviano;  
mas antes celoso de limpio vivir,

celoso de amar, temer y servir  
 al alto Señor y Dios soberano.  
 Por ende, si vieras turbada mi mano,  
 turbias con claras mezclando razones,  
 deja las burlas que es paja y granzones,  
 sacando muy limpio d'estrellas el grano.

Si se quieren otros testimonios de la intención nada desenfadada del bachiller, al componer esta joya de la literatura universal, falseada por la adaptación a que nos estamos refiriendo, reproduzcamos la opinión del ilustre hispanista alemán Karl Vossler que encuentra vivamente expuesta en "La Celestina", no la alegría de vivir, ni la desaprensión o la entrega a los placeres mundanales, cediendo a los incentivos del vicio y de la lujuria tan gráficamente objetivados en la película, sino "el sentimiento de ultratumba" tan impresionante y tan tétrico:

No tiene esta obra nada de estudio psicológico, tal como pudiera suponer el lector moderno, sino de una fábula que debe ser con "acción mímica", tal como lo piden los versos del autor: Si amas y quieres a mucha atención / Leyendo a Calisto, mover los oyentes, / Cumple que sepas hablar entre dientes. / A veces con gozo, esperanza y pasión: / A veces airado, con gran turbación: / Finge leyendo mil artes y modos, /Pregunta y responde por boca de todos, / Llorando y riendo en tiempo y sazón. Esta mimesis, copiada del natural, o, mejor dicho, ilusionista, no ofrece ninguna alegría, ni fe en la bondad y belleza de los sentidos, ni tampoco aspiración alguna a alcanzar felicidad ni perfección en esta vida. Por el contrario, el autor lo considera todo con sentimientos que están muy lejos de esto: siente la atracción de lo repugnante, la curiosidad de lo horroroso, el misterio de la corrupción y los encantos de la culpa, envuelto todo en una fantasmagoría pavorosa. No se encuentra en "La Celestina" traza alguna de la alegría y sano optimismo de Boccaccio, que, sin duda, inspiró a su autor. Algunas escenas de "La Celestina" pueden ser divertidas, siendo espantosas otras; pero su tono no llega a ser nunca tranquilo ni sereno. Un espíritu malo tergiversa los propósitos de los hombres y da con su ligereza en el crimen, arrastrando a todos los personajes, criaturas del instante, de la comedia de la vida, a la tragedia. La realidad cotidiana es reflejada y perseguida, en todo momento, como algo sospechoso, constituyendo el conjunto un realismo de lo demoníaco, al que las leyes naturalistas e ilusionistas vienen a servir de prólogo y epílogo."<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Karl Vossler, "Algunos Caracteres de la Cultura Española". Espasa-Calpe Argentina, S. A. Colección Austral, 1942. (El verso citado en el texto

Hacer, pues, de una tragicomedia nutrida por tan poderosas y abigarradas fuerzas anímicas, y producto de la fusión y el desplazamiento de las mismas, un patrón de humor sicalíptico, es desnaturalizar los valores literarios de la obra original, aplebeyando su calidad sugeridora y su propio mensaje estético.

No se interprete nuestra valoración crítica como un postulado defensor a ultranza de la integridad del diálogo original, a fuer de expresión del respeto que todo autor de altas polendas debe merecer de quien se aventura a adaptar o a actualizar sus obras.

Habría de ser absurdo presentar ante los públicos de hoy, una versión literalmente respetuosa de "La Celestina", al extremo de conservar su estructura teatral de 21 actos, los giros idiomáticos arcaicos de sus diálogos, su rudimentaria composición dramática, y todas esas especificaciones que son productos de realidades vitales y artísticas inexistentes ya, y por lo tanto incomprensibles y hasta intolerables para el gusto de los auditorios que concurren a los teatros del siglo xx.

Pero toda gran obra de arte tiene una sustancia superior que la hace inmune a los estragos del tiempo, a los cambios de realidades, y es esa sustancia invulnerable la que le da permanencia en la comprensión y estimación de las generaciones sucesivas, y la mantiene viva y actuante a través de los siglos, siempre que cuente, a su vez, con fuerzas creativas externas que sepan extraer la vitalidad artística extraordinaria de esa sustancia superior, para hacerla accesible, en lo que tiene de inmortal, a la admiración y al gusto evolucionista de los públicos del día.

Esto no se logró —ni se intentó tal vez— en la versión cinematográfica de "La Celestina"; no se extrajo de ella la sustancia inmortal, el *quid humanum* que emerge de la anécdota, modelo "en el trazo de los caracteres, el desarrollo lógico y gradual de la fábula y el señorío y dominio con que el bachiller Rojas se mueve dentro de ella", según suscribe Menéndez y Pelayo, para quien "La Celestina" es la base más firme de la dramática española.

En realidad, se caricaturizó en el cine la gran obra, y se empobrecieron sus calidades dramáticas de mayor riqueza humana, para transformar la historia narrada y vivida escénicamente, en una mala imitación de los desmanes alegres de Boccaccio, que si bien se considera fuente de inspiración del bachiller, como modelo se aleja "La Celestina" del natural frívolo y picaresco característico de las narraciones del Decamerón.

---

está tomado por Vossler de "Comedia de Calisto e Melibea", ed. Fritz Holle. Bibl. Románica, Straßburg, p. 269.)



EL segundo ejemplo atañe a una realización muy estimable de la moderna producción teatral mexicana: "Los Albañiles" de Vicente Leñero. Novela originalmente —merecedora de un premio internacional (de la Editorial Seix Barral de Barcelona, 1963)— cambió de estructura a manos de su propio autor, al componer éste una versión teatral, también muy afortunada, pues obtuvo un galardón nacional como la mejor obra mexicana presentada en 1969.

Independientemente de que esta versión hubiera cumplido o no el propósito del autor que éste hace consistir en "una sincera reconsideración temática original y de sus implicaciones simbólicas", es decir, que el nuevo tratamiento no resultara ser una "simple tarea de traducción de lenguaje novelístico a lenguaje teatral",<sup>12</sup> el producto escénico obtenido sí reúne valores específicos bastantes para hacerse acreedor al alto honor que le adjudicó el consenso de los críticos teatrales mexicanos.

Dentro de ese canon contemporáneo de expresión realista, libre, que no excusa las formas más procaces del lenguaje coloquial convencional, Leñero compuso sus diálogos —en novela y pieza teatral— con proliferación de vocablos soeces y de abierta obscenidad. Pues bien, en la adaptación cinematográfica, aparece fuertemente superada esa tendencia escatológica, al extremo de que puede asegurarse que en todo el transcurso de la trama, los personajes, cualquiera que sea la clase social a que aparezcan adscritos, profesionales y menestrales, cínicos y busconas, y cualquiera que sea también su nivel de educación, se aprecian unidos espiritualmente por el denominador común del lenguaje lépero habitual, de baja intención pornográfica.

Y se advierte que no siempre este tipo de lenguaje soez se acomoda al sentido escénico presentado —cuando hay acomodo de lenguaje y circunstancia, se justifica el habla desbocada— sino que el deslizamiento extralógico de las palabrotas se ve un tanto traído por los cabellos al diálogo, para halagar el morbo de cierto público incivil, pero profuso y económicamente pingüe.

Esta insistencia dialogal en el empleo deliberado y oficioso de las palabras obscenificadas por el uso corriente, de los giros coloquiales trascendentes a grosería común, de las leperadas de germanía pelafustanesca, se convierte en una verdadera tortura para el oído del espectador poseedor de un buen gusto medianamente formado, a través de hábitos culturales afinados por la acción de los medios educativos que han podido influir en él.

Claro que si a esto añadimos la visión repetitiva a que ese es-

<sup>12</sup> Vicente Leñero, "Los Albañiles" (versión teatral). Introducción. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1970.

pectador es sometido, de las escenas de sexualidad excitante, fornicios escenificados al natural, actitudes descaradas de personajes zafios, y demás ingredientes con que se aderezan muchos ejemplares exitosos del teatro y del cine de hoy, se comprenderán y justificarán las reconvenções de cierta crítica austera minoritaria, a eso que se ha dado en llamar la evolución de las formas artísticas hacia lo que vulgarmente se califica de realidad nueva, que imperativamente demanda, según el criterio nuevaolero, esa calidad de expresión literaria descoyuntada.

En realidad, el concepto evolucionista de las formas artísticas y literarias que esgrimen los adictos a la nueva ola, no es nuevo, como tampoco es nueva la realidad que lo impone. Una simple ojeada a la historia del desarrollo de dichas formas habrá de demostrarnos que esos signos de renovación, esos sesgos hacia la libertad sin taxativas éticas en la creación artística, están en todas las etapas de la producción del arte y la literatura, y han prevalecido en la medida en que han respetado cierto canon de buen gusto que rige la facultad de apreciación de la crítica y del público mismo.

Cuando esto no ha ocurrido, cuando el artista creador no ha sido dotado por los dioses de las virtudes insondables del genio que propician su pervivencia, las presuntas producciones "evolucionistas" han pasado a engrosar los nutridos archivos del olvido, sin dejar huella de su existencia en la sensibilidad de las generaciones. Sobra citar nombres de autores y de obras que un día brillaron, y acabaron hundidos por inconsistentes, en los abismos del vacío más tenebroso; tales nombres están en la conciencia del lector medianamente informado del fenómeno de la creación artística a través de los tiempos.

No es, pues, remilgo de moralista chirle, no es desbordamiento de preterición espantadiza, ni entrega sistemática a consignas retardatarias, lo que gobierna la oposición de la crítica cauta de nuestra época, a esa morfología escatológica que en los últimos tiempos domina en las producciones teatrales y cinematográficas, como efecto de la tendencia general que se advierte en la novela, la plástica, y todos los modelos de la expresión estética, desde los días dadaístas de Tristán Tzara, con extensión a los actuales, plagados de incertidumbres y de confusionismos esotéricos.

Es nada más —pretendemos— una actitud oposicionista sencillamente realista —aunque suene a paradoja— al servicio del comedimiento, la moderación, la limpieza moral, como supremos orientadores, en el acto creador, de la buena disposición anímica de los públicos, para admirar y admitir el magisterio educativo —entendido este magisterio en un sentido que nada tiene que ver con didactismos y pedagogías— de las obras de arte dondequiera que éstas hagan

sentir su presencia constructora de los incentivos espirituales más altos de la vida de la humanidad.

**B**ERNARD Shaw acusó un día a los ingleses de no respetar su idioma y de no querer enseñar a sus hijos a hablarlo. Obviamente, el gran irlandés juzgaba desde el ángulo de la apreciación fonética exclusivamente. "Lo pronuncian tan abominablemente —escribió— que nadie puede aprender por sí solo a imitar sus sonidos. Es imposible que un inglés abra la boca sin hacerse odiar y despreciar de otro inglés." Y pontificalmente concluía: "El reformador que hoy le haría falta a Inglaterra, es un enérgico y entusiasta conocedor de la fonética."<sup>13</sup>

Los críticos hispanoamericanos modernos deberían atreverse a declarar, parafraseando al creador de "Pígalión", que el reformador que ameritan las letras y el arte continentales —tan subyugados por influencias de extramuros, no siempre edificantes— habría de ser un preceptor de casticismo idiomático —desde luego sin sujeciones académicas rígidas y limitantes— que encauce el uso de las formas coloquiales del lenguaje hacia las mejores finalidades sugestivas del arte, liberado de cargas mórbidas que lo depriman.

Es posible depurar el diálogo del teatro y el cine, en busca de pulcritud idiomática y ética, sin incurrir en ampulósidades retóricas, ni en falsificaciones expresionistas de la naturaleza del habla social que se trata de reproducir. Nada es imposible para la función estética bien dirigida y convenientemente medida.

---

<sup>13</sup> George Bernard Shaw, "Pígalión; Androcles y el León" (Prefacio de Pígalión). M. Aguilar Editor, Madrid, 1920.



# *Aventura del Pensamiento*



## EDUCACION MEXICANA: UNA INCOGNITA Y TRES PROGRAMAS

Por *Martha ROBLES*

A la pregunta ¿cómo educar? se antepone una incógnita insoslayable: ¿para qué? Al antecedente filosófico del contenido de la enseñanza precede el de las necesidades y el de los compromisos nacionales para conformarse, al fin y al cabo, en la estructura política que la sustenta. La búsqueda de alternativas educativas, posibles a nuestros recursos y problemas actuales, nos conduce a elaborar una revisión cuidadosa de nuestro pasado: comprender de dónde venimos y sobre qué bases fuimos conformados es un factor fundamental si queremos consolidar nuestra identidad nacional y, con ella, sus aspiraciones. Tres programas, o etapas educativas del periodo post-revolucionario, merecen nuestra atención por lo significativo de sus postulados y la trascendencia de su realización: el ascenso de la pedagogía vitalista de Vasconcelos, durante el obregonato; el Plan de Once Años y los ajustes de la educación para la industrialización y, por último, la crisis de la enseñanza superior y la reforma educativa de 1970 que, a la fecha, continúa difusa en sus objetivos y limitada en cuanto a procedimientos de aplicación.

¿Cómo educar a nuestros niños, jóvenes y adultos de acuerdo a la naturaleza y desarrollo de la organización social? El desafío que nuestros proyectos y tentativas educativas han entrañado continúa, desde tiempos de la Colonia, identificándose con los objetivos del sistema económico imperante: del predominio religioso pasamos a la adaptación de la Independencia y a la Reforma y, de ahí, al laicismo como preámbulo del positivismo que transformara la actitud de educadores y representantes del gobierno, hasta 1910. En todos los casos coincidió la preocupación de formar los cuadros técnicos y profesionales, susceptibles de incorporarse a los servicios generados por el modo de producción vigente; fenómeno que, necesariamente, contribuyó al fortalecimiento de dos de las situaciones más críticas que padecemos, todavía, en la actualidad:

- 1) La educación, como respuesta a las demandas económicas, está sujeta a la heterogeneidad cultural y a las desigualdades

sociales prevalecientes: la limitación y el elitismo son sus características. En este fenómeno la educación se conforma y continúa sin la alternativa de transformarse ni a sí misma, ni a la sociedad de la que es parte.

- 2) Los esfuerzos por masificar los servicios educativos, en nuestro país, no han conseguido adiestrar educandos capaces de transformar su realidad ni de unificarla en sus elementos esenciales: idioma, cultura y congruencia entre los contenidos pedagógicos y la ambientación socio-económica. A más del rezago acumulativo de analfabetos, en México tenemos millares de personas semiletradas, esto es, con sólo dos o tres años de escolaridad que, no obstante pertenecer a la población económicamente activa, se encuentran marginados de los beneficios sociales y económicos que procura el conocimiento o, al menos, la capacitación tecnológica.

¿Qué enseñar? ha sido la incógnita de nuestra historia pedagógica. El repaso de los antecedentes educativos, a partir del periodo de Independencia, nos ofrece un panorama controvertido: vinculada la enseñanza a las corrientes del pensamiento de la época, la distribución y metas de los servicios educativos se han ajustado a las modalidades de la estructura económico-política: más que la formación de un modelo de educando mexicano el Estado ha actuado, en este renglón, como mediador entre el modo de producción y la formación de los recursos humanos que reflejan la heterogeneidad cultural y social del país. Por consiguiente, el producto del sistema educativo se ha conformado y, a la vez reforzado, por las contradicciones de nuestra economía: lo aprendido, con frecuencia, no tiene una correspondencia práctica en el ejercicio laboral del especialista y esta situación genera, necesariamente, un desequilibrio entre lo que se puede y debe hacerse. La limitada congruencia que existe entre la atención a los verdaderos problemas del país y la selección de los contenidos y distribución de la enseñanza obliga a los egresados del sistema escolar a someterse a un adiestramiento autodidacta para que, el graduado, pueda avenirse y ser útil socialmente. Un caso: al ingeniero agrónomo, especializado en ecología, se le ha capacitado para preservar una riqueza natural que sufre el embate de una producción desordenada: sea por las concesiones particulares o las costumbres agrícolas de los campesinos, sus técnicas corresponden a una situación ideal y no a la realidad de su propio país. Así, está imposibilitado de ejercer sus conocimientos. De la misma manera que en este ejemplo observamos la destrucción irracional y antieconómica de nuestros recursos forestales, comprobamos que también se desaprovechan las capacidades logradas por el sistema educativo. Si a



esto añadimos lo que ocurre a sociólogos, abogados, administradores, médicos, en el caso de la medicina social, y técnicos varios, concluiremos que, pese a las coincidencias básicas, la sociedad no aprovecha la aptitud educativa que ella misma ha creado. Este fenómeno conlleva, además, otras consecuencias drásticas: la frustración o, en otros casos, la indiferencia acumulativa de quienes han invertido años de instrucción personal con un ánimo de participación activa en el desarrollo nacional, porque se convierte en la inercia evolutiva que se resiste al cambio.

El Artículo 30. de nuestra Constitución es el elemento de integración nacional. Su texto contiene, a más de los elementos propicios a la unidad nacional, la aspiración democrática que conlleva la transformación de la sociedad: "Será nacional, en cuanto —sin hostilidades ni exclusivismos— atenderá a la comprensión de nuestros problemas, al aprovechamiento de nuestros recursos, a la defensa de nuestra independencia política, al aseguramiento de nuestra independencia económica y a la continuidad y acrecentamiento de nuestra cultura". Interpretar y aplicar este postulado ha motivado, de 1944 a la fecha, programas y reformas educativos que, no obstante lo ambicioso de sus metas, los procedimientos no han respondido a las modalidades impuestas por el sistema que los creó: en lo económico, el predominio de capital extranjero disminuye considerablemente la alternativa de adiestrar los cuadros técnicos y profesionales necesarios a la industrialización y a la integración de los recursos rurales a la homogeneización socio-cultural del país. Limitadas las oportunidades laborales y determinados los campos de acción del personal capacitado, el cumplimiento de los objetivos escolares se sujeta a las características de la estructura que demanda y asimila su producto. Así, hemos caído en ciclos de tentativas y cancelaciones que no han debilitado el predominio de un capitalismo favorecedor de las hostilidades y exclusivismos que, precisamente, objeta nuestra Constitución.

¿Cómo se han transformado las metas de los gobiernos post-revolucionarios, en el aspecto educativo? ¿Cómo definimos ante el futuro inmediato? En nuestra historia educativa está la respuesta; en nuestro medio, algunos de los recursos para unificar al país y preparar la nación libre y apta para la democracia que soñaron los educadores que nos han precedido; en nuestros niños, la simiente de la creatividad que logrará el cambio.

#### *Creación de la SEP: institución para la libertad*

**E**L México de 1921, año en que se funda la SEP a iniciativa de José Vasconcelos, se debatía entre el poderío del caudillismo, la in-

tervención económico-política de los Estados Unidos y la necesidad de construir un nuevo país después de diez años de levantamientos armados. Reparto de tierras y distribución de los servicios educativos eran los compromisos fundamentales de la Revolución, precisamente los que ofrecían mayores dificultades para su cumplimiento: latifundismo y analfabetismo habían tenido un crecimiento paralelo: al 85% de la población mexicana que no sabía leer ni escribir correspondían los campesinos sin tierra y los obreros desprotegidos. Esta proporción que caracterizó al porfiriato no desapareció en los primeros años del régimen revolucionario, primero por el periodo de la lucha armada y después por la aplicación paulatina de la Constitución de 1917. El gobierno de Obregón, al que pertenece Vasconcelos, inicia en algunas regiones el reparto de tierras y aplica el Artículo 123, lo que favorece el crecimiento de las organizaciones obreras, pero esencialmente su obra destaca por la labor educativa. Contemplada al paso del tiempo, la labor vasconceliana representa uno de los grandes episodios de nuestra historia contemporánea, porque en un México empobrecido, con grupos armados que se disputaban el poder regional, sin industria, comercio raquítico y sin maestros ni aulas, se emprende una batalla contra la ignorancia, el monolingüismo, la desesperanza, y el temor con la idea fundamental de que la reconstrucción del país debía basarse en la construcción del mexicano.

Vasconcelos pugna por un nacionalismo como parte de la función universal del hombre contemporáneo. Su obra educativa surge de la síntesis de cuatro corrientes que él consideraba fundamentales: la filosofía griega por su principio de armonía y disciplina ante el conocimiento, "por ser Grecia la madre de la civilización europea de la que somos vástagos"; España y el cristianismo, como símbolos de redención y la vertiente histórica que unió dos continentes; el mito de Quetzalcóatl y la labor civilizadora de Las Casas, principalmente por su tentativa de conquista pacífica: los Evangelios en lugar de las espadas y los arcabuces; y el Budismo como el florecimiento de una nueva cultura amorosa y sintética que junte oriente y occidente, el norte y el sur. Vasconcelos veía en la educación la empresa que lograría despertar a nuestra raza después de la larga noche de su opresión. "Eramos, escribiría, como el judío, un pueblo que de su dolor secular debía extraer fuerza para las creaciones poderosas." Y no fue sólo México la parte de su visión educativa sino Latinoamérica a la que observó como parte de un destino total. El idioma, la danza, los libros fundamentales, el canto, la lectura en voz alta debían ser, como la ciencia, instrumentos para forjar el hombre nuevo de nuestros países. Del mestizaje brotaría una conciencia histórica plena y libre para expresar, en forma nacional,

el contenido universal de la cultura. Este ideal educativo y cultural parece continuar las aspiraciones americanas de José Martí cuya lucha consistió en la libertad de Latinoamérica ante el imperialismo norteamericano.

Ningún proyecto verdaderamente educativo puede apartarse de la filosofía como procedimiento unificador del sentido social. La cultura, afirmó Vasconcelos, es un fruto natural del desarrollo económico; es además, el medio para preservar la unidad de la Nación: alfabetizar y castellanizar al pueblo significa cancelar las barreras impuestas por la ignorancia para adueñarse del significado implícito en el conocimiento del idioma: su historia, sus luchas y aspiraciones; la gramática, vista ésta como la construcción lógica de la realidad que nos rodea, como la herramienta necesaria al entendimiento común; la geografía, el uso de la tierra, la comprensión y análisis de la distribución y alcances de los recursos naturales y la delimitación de fronteras para el desarrollo. La obra de Vasconcelos surgió de un compromiso verdaderamente revolucionario que conjugó los esfuerzos de intelectuales, universitarios, maestros, estudiantes, obreros, artistas, jóvenes y amas de casa. La misión alfabetizadora movilizó a la población en una *cruzada educativa* "para levantar la estructura de una nación poderosa y moderna". Desde que asumió el cargo de rector de la Universidad, en 1920, José Vasconcelos hizo un llamado a la comunidad para que juntos dedicaran todas sus energías a la elaboración de un proyecto federal de educación pública y, a la vez, difundir el conocimiento del alfabeto y del idioma entre el pueblo: "Yo soy, en estos instantes, más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y los esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. El pueblo ha estado sosteniendo a la Universidad y ahora ha menester de ella..." Redimir a los mexicanos de la opresión y la ignorancia, darle una expresión creadora a la inteligencia propiciaría el desarrollo de la simiente de un nuevo hombre libre y apto para la democracia. Educar, así, se convertía en la responsabilidad de practicar una enseñanza directa de parte de los que saben algo en favor de los que nada saben: "una enseñanza que sirva para aumentar la capacidad productora de cada mano que trabaja y de cada cerebro que piensa".

A la fundación de la Secretaría de Educación Pública precedieron meses dedicados a la organización de proyectos de Ley, programas masivos para la alfabetización y, sobre todo, a la definición de

la federalización de la enseñanza para coordinar las técnicas, la similitud de los programas de los Estados y la equivalencia del aprendizaje en la República a través de los señalamientos de un *Consejo Federal de Educación* que estaría integrado por representantes de todas las entidades de la República quienes, ante todo, deberían luchar por "alcanzar el fin más elevado y patriótico en materia educacional: *la formación del alma mexicana*". Como Secretario de Educación, Vasconcelos se rodeó de personalidades destacadas, nacionales y extranjeras, para convertir la tarea educativa en una empresa política sin precedentes: en la concepción étnico-cultural de la pedagogía, el hombre educado sería capaz de integrar los más altos valores de la condición humana, cubrir las necesidades sociales, económicas y políticas de su sociedad y alcanzar el placer creativo de su ejercicio artístico para alimentar el espíritu: artes plásticas, visuales, literatura, música. Por medio de un mestizaje unificado en la cultura se desarrollaría el sentimiento crítico de seres conscientes de la importancia de su participación en un proceso de democratización. El libro y las publicaciones periódicas, como elementos redentores de nuestra civilización, deberían cumplir una labor informativa de las ideas universales que enriquecieran el espíritu. El maestro, misionero y soldado de la Revolución, debía ser el responsable de transmitir el mensaje de una nueva doctrina: el conocimiento, comprensión y análisis de la verdad, de sí mismos, de la colectividad. La idea central de la filosofía vasconceliana quedaría como lema de nuestra máxima casa de estudios desde el 27 de abril de 1921: *Por mi raza hablará el espíritu*.

"Creadores de cosas nuevas y factores del porvenir", así consideró Vasconcelos a los maestros en tanto que los incitaba a luchar contra la injusticia y la opresión: "libertador y maestro son sinónimos; por eso los pueblos libres veneran a sus maestros y se preocupan por el adelanto de sus escuelas". Enseñar, ante todo, significaba actuar como unidades sociales vinculadas a la colectividad. Los profesores no sólo están obligados a enseñar a afrontar los problemas de la vida, sino que su función constituye la vanguardia del progreso y la unificación nacional: soldados de la Revolución, redentores y misioneros quienes, junto con los libros y las actividades artísticas, debían fortalecer las raíces de su mestizaje cultural y productivo.

Pasados dos años de tan afanoso empeño, la misión educativa de Vasconcelos y de sus entusiastas colaboradores tuvo que afrontar, con pena, las drásticas consecuencias de una realidad política contradictoria a sus metas redentoras: la hegemonía socio-económica, heredada del porfiriato y mezclada a la lucha de intereses de caudillos y caciques, se fortalecía con la presencia de Plutarco E. Calles

como próximo sucesor de Obregón quien, privado de la alternativa de la reelección, gestionó su reconocimiento a través de los norteamericanos: el tratado Warren-Pani anula la legislación petrolera y suspende la agraria que afectaba las inversiones provenientes de los Estados Unidos. Meses antes de que Calles tomara el poder, Obregón se encargó de deshacer su propia obra revolucionaria: reducidos los presupuestos educativos y olvidados los ideales con que inició su gobierno, el Presidente Alvaro Obregón pasó por alto la responsabilidad social de su cargo. Los desacuerdos eran claros y la renuncia de Vasconcelos inminente: en 1924, en medio de un ambiente de ataques y controversias, José Vasconcelos, decepcionado y triste, se retiró de la Secretaría de Educación Pública en tanto que el desarrollo de la Nación se inclinaba por las vías de la industrialización y Calles reforzaba su liderazgo militar y sus habilidades políticas.

#### *Industrialización y ajustes educativos*

No obstante las limitaciones impuestas por el Estado al programa educativo de Vasconcelos, en pocos años se hicieron evidentes sus resultados: quienes tuvieron acceso a la escolaridad y a los beneficios de la alfabetización fueron absorbidos, de inmediato, por el acelerado crecimiento de la industria en México. La postura vitalista que se destacó durante el obregonato fue sustituida con facetas de un neopositivismo y el ascenso de la enseñanza técnica. La pacificación del país, impuesta por el Jefe Máximo, contribuyó al ascenso de las inversiones y a la institucionalización política. La sociedad mexicana de la década de los treinta contaba ya con una clase media que, junto con la dirigente, pugnaba por un desarrollo urbano.

La crisis económica de 1929, en los Estados Unidos, repercutió severamente en México, manifestándose en falta de capital, desempleo, invasiones agrarias, y agitación de los obreros; dos vías se presentaban al país: la radicalización de ciertos aspectos de la Revolución o la represión que habría desembocado en un régimen militar. Curiosamente serían militares los presidentes que aplicarían reformas civiles: Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas; el primero con la legislación del trabajo y la Nacional Financiera y el segundo con la educación socialista, el reparto de tierras, la confederación de sindicatos de trabajadores, la política exterior en la Liga de las Naciones y las nacionalizaciones más importantes hasta la fecha: petróleo, ferrocarriles, y las bases para una economía propia: Banco Nacional de Comercio Exterior y Comisión Federal de Electricidad. La educación, bajo Cárdenas, se caracterizó por dos postulados: el

indigenismo y la escuela rural y la institucionalización de la enseñanza técnica que favorecería el incremento de las clases medias y su participación en las empresas del Estado. El proyecto nacional de Cárdenas coincide con el ascenso democrático de Europa —los frentes populares— y el New Deal de Roosevelt, pero, a la vez, también surge su contraparte: el fascismo. Entre estos dos extremos oscila el final del gobierno cardenista. A su término la hegemonía mundial favorece al capitalismo financiero que determina la característica general del gobierno de Manuel Avila Camacho, cuyo programa educativo se significaría por la reducción alarmante del presupuesto para la educación, concesiones ilimitadas a la enseñanza privada y religiosa y el abandono del programa indigenista y técnico de Cárdenas. En 1944 se reforma, otra vez, el Artículo 30. constitucional que sería la base del programa educativo de Miguel Alemán, cuya administración se vio favorecida por efímera abundancia económica heredada de la Segunda Guerra Mundial, la hegemonía económica y política de los Estados Unidos y el inicio de la "Guerra Fría" que alentaría la campaña anti-comunista como forma para impedir la crítica del sistema político mexicano, el agrupamiento de los obreros y la movilización de los campesinos. México, ante problemas fundamentales, abandona su política exterior y las clases medias perciben las oportunidades del crecimiento de la industria, el comercio y de la desmesurada expansión de las ciudades. Alemán construye la Ciudad Universitaria para agrupar escuelas y facultades dispersas en la ciudad de México; este apoyo a la educación universitaria no tuvo su correspondiente en el Politécnico y las Normales; fenómeno que se explica por su respuesta a las demandas de la clase dirigente: al nivel superior de educación llegaría, solamente, la minoría privilegiada de la educación y de la sociedad. La enseñanza popular había decrecido notablemente porque la política gubernamental fue la de satisfacer la demanda y no la de resolver las necesidades nacionales.

Ruiz Cortines hereda una situación crítica que no modifica y que se agudiza, en sus varias contradicciones, en 1958: año del movimiento ferrocarrilero, las protestas populares y el conflicto estudiantil en la ciudad de México. Al final de su gobierno los maestros ocupan la Secretaría de Educación Pública y ponen de manifiesto sus condiciones de vida y la deplorable situación de la enseñanza nacional. Esta es la realidad a la que se enfrenta el nuevo gobernante surgido de esa crisis: Adolfo López Mateos, en cuyo gobierno resurge el movimiento ferrocarrilero, al que reprime violentamente, el de los médicos que demuestra la inconformidad de un sector profesional de la clase media, las protestas de los politécnicos y las demandas reiteradas de los universitarios; no obstante, López Mateos

pretende resolver el problema educativo, en su conjunto, mediante su Plan de Once Años. A la crisis política que padecía el país, el Estado responde con una reforma en la enseñanza capaz de integrar el "proceso mental y emocional" de los escolares. A las escuelas públicas se les destina la función de enlace entre la recreación infantil y las necesidades de su grupo de pertenencia.

Discípulo de Vasconcelos, el Secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet, elabora un proyecto educativo vinculado a la pedagogía vitalista y a los problemas del desarrollo: distribución gratuita del libro de texto en la primaria y difusión del mensaje de unidad nacional. En los niños se cultivaría el amor a la patria y a la libertad, el valor de la independencia, la importancia de la paz entre las naciones y la solidaridad entre los hombres y los pueblos. En el afán de integrar las potencialidades intelectuales y emotivas de los escolares, el Plan de Once Años se caracterizó por la evidencia de su contenido político y su atención a las demandas urbanas de mejorar la enseñanza. En las aulas, los educandos aprenderían labores fáciles para iniciar el tránsito entre la vida hogareña y los deberes cotidianos de su instrucción obligatoria.

Los principios educativos del Plan de Once Años, están fundados, esencialmente, en el Artículo 30. de la Constitución. Es indudable que Torres Bodet, como Secretario de Educación de Avila Camacho, en 1944, vio la posibilidad, en 1961, de elaborar un programa conforme el texto constitucional lo que, en parte, era novedad y, en parte, consecuencia de un deber: dar a la educación el contenido de la Ley. El Artículo 30. había servido de definición sin compromiso en dos gobiernos: el de Alemán y el de Ruiz Cortines. La particularidad del Plan de Once años, consistió en crear un proyecto capaz de ajustarse a los principios constitucionales y a la vez a la dinámica social de la estructura urbana de la Nación. Sin embargo, el Plan fue desigual respecto de las necesidades de los campesinos y el medio rural del país. A través de la educación se trató de dirigir, atender y satisfacer unas clases medias que, en protestas estudiantiles y obreras habían puesto en crisis la estabilidad política del sistema, impugnando la ideología del PRI y criticando la eficacia de un desarrollo que las marginaba de los beneficios económicos. Entre los principios teóricos del Plan figura la reiterada necesidad de la paz interior y la paz internacional así como la bondad moral de la democracia. Decía Torres Bodet: "Aspiramos a que, en nuestras escuelas, se preparen para la vida mexicanos... aptos para percibir sus necesidades y dignos de contribuir a satisfacerlas merced a la tenacidad de su esfuerzo y a la eficacia de su trabajo; resueltos a asegurar con hechos, y no con meras declaraciones, la independencia política y económica del país; que sepan ofrecer un concurso auténti-

co a la obra de la paz para todos y libertad para cada uno. . .” Así el Plan de Once Años contenía un mensaje de concordia para unas clases medias urbanas que vivían en la incertidumbre, el temor y la falta de seguridad para su trabajo.

Un antecedente valioso del Plan de Once Años fue el decreto del 12 de febrero de 1959, que dio origen a los Libros de Texto Gratuitos, porque al considerarse nuevamente la gratuidad de la enseñanza se le agregó la de recibir todos los libros escolares sin costo alguno para sus padres, “libros que les sean, se decía en el decreto, indispensables en sus estudios y tareas. . .” con este antecedente, el Plan cobró una importancia inusitada en esa década. Su trazo era ambicioso: de la educación preescolar a las garantías, prestaciones y ayudas diversas que el Estado otorgaría al magisterio nacional. No obstante su necesidad y aplicación durante la segunda mitad del sexenio de López Mateos, no puede decirse que hubiera sido un Plan conocido en sus fines, primero, porque en el gobierno de Díaz Ordaz, siendo Secretario de Educación Agustín Yáñez, el Plan fue abandonado y, segundo, porque en nuestro medio no se evalúan los resultados de los programas educativos: primero por una causa política: evaluar compromete a la planificación ya que mediante su aplicación conocemos carencias, limitaciones, alcance de los aciertos y la delimitación cuantitativa y cualitativa del producto educativo logrado, y esto presupone una continuidad lógica en la administración escolar, situación la cual se contrapone a la desdichada política sexenal de liquidar lo hecho por el gobierno anterior; segundo, porque evaluar supone la utilización racional de los recursos existentes una vez elaborado un plan y esto simplemente no se realiza al estar sometidos los propósitos educativos a las presiones sindicales del magisterio y a las políticas de grupos supuestamente afectados por la educación oficial, gratuita y obligatoria.

*Crisis de la educación superior  
y la reforma educativa de 1970*

EN la educación superior se reflejó un aspecto de la crisis general de la sociedad mexicana de la década de los sesenta: descanso de la producción agrícola, desnivel de la balanza de pagos con los Estados Unidos, consecuencias de la política económica que consistió, principalmente, en capitalizar a la burguesía mexicana a través de tasas fiscales bajas en relación a sus ingresos, las facilidades al capital financiero y a los inversionistas extranjeros y la pérdida real del valor de la moneda, todo lo que, en suma, significó carestía, desempleo y represión, en varios órdenes de la vida nacional. El magis-



terio, en tales condiciones, tenía una de las partes con mayores pérdidas: aumento de trabajo y disminución real del salario; además, limitación de la alternativa sindical para luchar por sus intereses. La situación del magisterio se aunó a la de los trabajadores y las clases medias; los universitarios expresaron su inquietud en distintos aspectos: fervor ante la realización del socialismo en Cuba, oposición a los Estados Unidos y repudio de la represión interna representada por prohibiciones urbanas, los partidos políticos y, principalmente, el PRI.

A dos años de iniciado el gobierno de Díaz Ordaz, estalla el conflicto universitario en la Facultad de Derecho de la UNAM, que se generaliza contra el rector Ignacio Chávez. Dos corrientes diferentes se advierten: la del Consejo Estudiantil Universitario, formado por estudiantes de varias facultades y escuelas y el de los alumnos de Derecho. La de los primeros proponen demandas importantes para la organización de la universidad bajo lineamientos más democráticos que la rigidez de la que la administración de Chávez permitía y, la de los segundos, un cambio de director y otras prerrogativas no estrictamente estudiantiles. El CEU sería un antecedente de las demandas de 1968.

La caída del rector Chávez preocupó a algunos sectores sociales —empresarios, profesionales, burocracia— para quienes el principio de autoridad se vulneraba en la persona de uno de sus más altos representantes. Para universitarios y no universitarios, el problema de 1966 eran las demandas de los alumnos de Derecho, sin embargo, nadie pareció reconocer la importancia del CEU. Javier Barros Sierra, que sucedió en la rectoría a Chávez, atendería la posición del CEU, iniciando una amplia difusión de la organización universitaria y la historia inmediata de la UNAM, indicando que, en el extremo de reprimir o corromper a los jóvenes estaba el camino más arduo de educarlos; fue el primero que habló de la necesidad de establecer una política de diálogo con ellos. En este ambiente de esperanza y dudas, el Secretario de Educación, Agustín Yáñez, no pareció darse cuenta de problema alguno. No sólo ignoró el Plan de Once Años, las demandas sindicales del magisterio y la difícil situación de las escuelas mexicanas, sino que se desentendió del problema universitario, favoreciendo con ello la intromisión del gobierno y partidos políticos en nuestra casa de estudios. La desidia y la apatía fueron los antecedentes, en 1966, de lo que estallaría dos años más tarde: 1968.

Javier Barros Sierra, en sus conversaciones con Gastón García Cantú, precisó las consecuencias de la simplificación de que la educación sea gratuita en unos niveles y de paga en otros: "la educación, afirmó Barros Sierra, debe entenderse en nuestros días, y ¡ay

de aquel país que no lo entienda así!, como un factor fundamental para el desarrollo económico y social. Si la educación no se concibe de esa manera, la estamos utilizando en forma tradicional y anacrónica, la estaremos concibiendo como una manera de asimilar algunos conocimientos que se suponen muy útiles para la vida, sin que esto se haya demostrado en la mayor parte de los casos y menos aún en nuestra época. Si la educación —acéptese— es un factor esencial para el desarrollo económico y social de un pueblo, entonces cualquiera reforma educativa debe ser diseñada en función de las metas sociales y económicas que el país se haya propuesto. Por consiguiente, queda demostrado, a mi juicio, y sin lugar a dudas, que no puede haber una reforma educativa que sea ajena a los objetivos nacionales en materia económica y social”.

Los propósitos educativos de Barros Sierra atendieron, primero, a la situación universitaria posterior a la huelga y a reorganizar académicamente su casa de estudios; su reforma fue amplia y de horizontes nacionales; dos años después de iniciada, y cuando se advertían los primeros resultados, sobrevinieron los sucesos de 1968; en lo que a la universidad respecta, se puso a prueba la labor de su rector: ¿respondía la Universidad de México a los problemas sociales del país? ¿Los universitarios estaban atentos al destino de la Nación en lo político y lo económico? ¿Estaba el sistema preparado para asimilar el producto educativo que la Universidad socialmente aportaba?

A la primera pregunta Javier Barros Sierra respondió con un proyecto de universidad antidogmática y crítica, discrepante y con la libertad de disidencia que acompaña siempre al trabajo intelectual. Con una visión muy realista de las necesidades de México, Barros Sierra se propuso educar a las nuevas generaciones en la más alta eficiencia: la interdisciplina académica, la unión rigurosa de las ciencias y las humanidades, la seriedad en el desempeño del propio trabajo y el compromiso de aplicar los conocimientos bien adquiridos en la práctica; no deseaba profesionales retóricos, desprovistos del verdadero saber, sino hombres y mujeres bien adiestrados en sus profesiones y con una visión general apoyada en las humanidades; procuró, así, elevar el llamado nivel académico por la única vía recomendable: enseñar sin disimulo ni improvisaciones y aprender con deseo de superar las trabas ancestrales de los mexicanos; en este aspecto, recuerda una de las ideas fundamentales de Vasconcelos: educar para superar el destino. Barros Sierra anhelaba, y así lo expresó en sus pocos pero esenciales discursos, un mexicano libre por el conocimiento y creador de nuevas formas de vida.

Este programa no fue comprendido ni política ni educativamente: mientras en la Universidad Nacional se llevaba a cabo la reforma

educativa, de hecho, las autoridades de Educación Pública, con Agustín Yáñez a la cabeza, se preguntaban cómo integrar el sistema educativo y hacer que las universidades no se ocuparan de los asuntos del país. La reforma universitaria fortalecía la antigua aspiración académica de un aprendizaje crítico y éste logro entró en abierta contradicción con un gobierno, como el de Díaz Ordaz, que pretendía que los jóvenes aprendieran sin revisar sus realidades ni oponerse a los resultados de una política de desarrollo para las minorías. En el fondo del drama del '68 estaba la contradicción entre un gobierno autoritario y una universidad crítica.

Los extremos del conflicto de 1968 son evidentes: en la Universidad Nacional se aplicaba una reforma educativa mientras en el sistema educacional era detenido todo proceso de renovación; en estos extremos tuvo lugar la política represiva del gobierno de Díaz Ordaz; si en la Universidad había discusión, crítica y estudios de la realidad, el sistema educacional sufría las consecuencias de la inacción y el abandono; ni ante los primeros sucesos ni, menos aún, ante la tragedia del 2 de octubre, el Secretario de Educación no hizo ni dijo nada con respecto al conflicto; y el problema era, precisamente, educativo y cultural ante el empleo de la fuerza jurídica, social y armada. La abstención del sistema educativo para emprender una reforma indispensable, explica la embestida de todo el aparato oficial contra la Universidad Nacional y, de hecho, contra todas las instituciones de educación superior del país; la solidaridad de los jóvenes con la posición de los universitarios no fue sólo estudiantil sino institucional.

Si los universitarios fueron vencidos ocupando sus casas de estudio, amedrentándolos por todos los medios de comunicación, calumniándolos y cometiendo las atrocidades mayores de Tlatelolco, la reforma de Barros Sierra fue, en parte, traducida al lenguaje político, primero, y al educativo después. El diálogo abierto entre autoridades y jóvenes, la supuesta atención a sus demandas sociales, la invitación reiterada a su participación crítica, fueron algunos de los temas de Luis Echeverría, como candidato oficial a la Presidencia y, como Presidente, después. Eran los temas de la reforma pero no la reforma.

Sin más indicador que la crisis social y política del país, las nuevas autoridades educativas decidieron, a partir de 1970, "reformular" la enseñanza nacional: en cuanto a forma, los procedimientos pedagógicos deberían agilizarse para transmitir un nuevo mensaje educativo: la eficiencia y el uso de los conocimientos adquiridos en provecho personal —trabajo en un medio de creciente desempleo— y en beneficio social del país: aumentar la mano de obra calificada; por ejemplo: si en el medio rural los niños, por necesidades eco-

nómicas familiares no terminaban su educación elemental, o por deficiencias del servicio oficial de educación, a partir del tercer año de sus estudios podían concluirlos con una instrucción adicional y corta en los llamados ciclos terminales. Lo mismo que sucedió durante el callismo, se enfatizó en los programas escolares durante el gobierno de Echeverría: capacitación tecnológica para responder a las necesidades industriales, agrícolas y pesqueras. Este adiestramiento, al igual que la "reforma educativa", no se elaboró de acuerdo a un plan económico y social que, por otra parte, el gobierno no definió. La unidad nacional no podía lograrse en una contradicción principal: capacitar por un lado, y no dar la oportunidad de trabajo por otro; fomentar la investigación y permanecer indiferentes ante sus resultados y más todavía: levantar trabas ante proyectos específicos y no utilizar la creciente formación de los nuevos profesionales.

El afán reformista de fundar nuevas instituciones educativas y académicas llevó al gobierno a crear el CONACyT (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología), cuyos principios respondían a la necesidad de coordinar la actividad científica y disponer de los cuadros técnicos para el desarrollo autónomo de la industria mexicana ante el poder mundial de las transnacionales. La realización de este programa, aparentemente, no ha cumplido sus objetivos. El CONACyT devino en una institución becaria, principalmente, desatendiendo la coordinación de los programas científico-tecnológicos y, antes de constituirse como un banco de datos indispensable para el desarrollo independiente del país, se convirtió en una institución de creciente burocracia. Se habla de numerosos becarios, más de dos mil, que, después de cursar post-grados y especialidades en México y en el extranjero, han encontrado serias dificultades para aplicar lo aprendido en el medio correspondiente. Esta realidad mostró sus peores efectos en el sistema educativo general: decisiones improvisadas por no haber evaluado la situación precedente ni tener en cuenta, primero, las condiciones del magisterio y, segundo, que la "Reforma" no formaba parte de un proyecto de desarrollo nacional. La peor parte de la improvisación y los desaciertos la sufrieron y la sufren aún, los niños mexicanos para quienes no se pensó la reforma, sino como receptores pasivos de planes para hacerlos productivos y no creadores.

La paradoja de la situación educativa puede verse en que nadie puede ser productivo si no es creador, es decir, parte de una creación colectiva. Los textos gratuitos y el proyecto general tuvieron la pretensión de formar niños analíticos y críticos sin darles los medios pedagógicos para conseguirlo: ser partícipes y no únicamente receptores, por ello, los planes abundaron en información y carecieron, y carecen, de formación. Niños informados ¿para qué? si en

las ciudades pudieran tener aplicación sus conocimientos de datos y sucesos aislados ¿cómo se servirían de ellos los niños campesinos? En este aspecto, la función de las escuelas experimentales pudo ser la ayuda más valiosa al proveer de una experiencia indispensable y controlada para emprender cualquier reforma, pero, al no aprovechar en ningún caso esos resultados, la SEP abandonó el único medio que pudo evitar errores presentes y futuros. Una vez más se comprueba que, en nuestra época, sin evaluación educativa no hay educación posible y, sin una meta colectiva, educación nacional.

### *Una incógnita*

EN la presentación del Plan Nacional de Educación, en agosto de 1977, el Ex-secretario de Educación Pública, Porfirio Muñoz Ledo, destacó la parte histórica del sistema al revisar la visión ideológica de la educación mexicana. La segunda parte intentó señalar los problemas actuales de la enseñanza y la tercera, la de la definición de objetivos a realizar, no es congruente con las precedentes, de ahí su notable diferencia con respecto a las anteriores: la parte histórica contiene el compromiso establecido por los gobiernos contemporáneos que se identifican con la obra de la Reforma, heredada de los ideales de los Insurgentes, y con la de la Revolución en la etapa vasconceliana. Si bien ante el criterio conservador es necesario repetir los fundamentos ideológicos del Estado, en el caso de la educación comprometen más aún al constituirse en principios para la formación de los mexicanos y en la base misma de la unidad nacional.

La incongruencia de los objetivos señalados en el Plan tiene, en su formulación, el aspecto más importante de la acción educativa porque al eludirse el compromiso actual de la educación, como una consecuencia de la obra emprendida durante la Reforma y una de las etapas revolucionarias, el plan resulta un compendio de compromisos menores y no expresión del verdadero compromiso de la hora: fortalecer los fundamentos de nuestra nacionalidad y promover su defensa a través de la educación y la cultura.

Para el establecimiento de los propósitos educativos de este sexenio se eligió una forma de exposición que favorece la tendencia a reducir en fórmulas numeradas un programa. Esta exposición impidió la más directa y clara manifestación de enunciados precisos respecto de los problemas presentados en la parte correspondiente al diagnóstico de la situación actual de la educación mexicana. Como se trazó el Plan se descubre una realidad educativa que obligaba a

compromisos directos y si éstos no era posible manifestarlos debió prescindirse de hacer la crítica de la herencia educativa.

Uno de los mayores problemas que surge de la incongruencia señalada puede verse en el anuncio de establecer la obligatoriedad de la enseñanza secundaria, porque se confiere a los adolescentes de las ciudades y no a todos los del país, la posibilidad de participar en trabajos industriales, separando así a las nuevas generaciones en dos universos distintos: el de las urbes y el del campo, del cual, en el diagnóstico, se hace un examen dramático por sus consecuencias para el futuro de la cultura del país.

Asimismo, el anuncio de la Universidad Pedagógica no tiene fundamento alguno de los problemas educativos. Los profesores no serán mejores por graduarse en la Normal —pocos en la Normal Superior— y ser alumnos de una Universidad. No se trata de títulos sino de programas y prácticas educativas; de prestaciones y salarios, de planes de capacitación y mayor atención de parte de la Secretaría. Esa Universidad puede consolidar a los grupos dominantes del sindicalismo magisterial y acaso organizarlos para acceder a los cargos directivos de la educación. Parece ser una respuesta ante la tradición afortunada de que al frente de la Secretaría estén universitarios. Por eso la proposición para fundarla surgió en la campaña electoral del actual Presidente de la República, José López Portillo, y no en un seminario de pedagogía. La palabra universidad se ha convertido en un medio de ascenso social no exactamente de capacitación profesional.

Por otra parte, en el Plan se insiste en el proyecto de "regionalizar los servicios educativos". No puede decirse que la educación deberá ser cada vez más regional porque este concepto, simplificado, se contrapone al de la unidad nacional. La región, en nuestro país, ha sido y es el reducto del caciquismo, de los más oscuros intereses rurales: peonaje, feudalismo en su versión mexicana, dominio del clero, etc., esta realidad ha sido dolorosamente reducida a lo largo del siglo XIX. No todo lo regional ha sido perjudicial a nuestra unidad: de las regiones como Yucatán, Veracruz o Puebla, brotaron corrientes liberales decisivas, pero ellas, frecuentemente, manifestaron las realidades señaladas. Volver, en plena segunda mitad del siglo XX al concepto regional es olvidar lo que en México significa la región: el aislamiento, la ruptura, los intereses opuestos a la Nación. La educación, para ser nacional, ha luchado contra lo que se ha levantado contra la República: el idioma, la visión histórica, la enseñanza popular; todos los programas educativos han sido nacionales contra el México regional y fragmentario. La Reforma resultó victoriosa por su carácter de convocatoria nacional.

La educación nacional, supone, por lo contrario, una atención asidua, predominante, de los problemas regionales, precisamente para superarlos en el mayor interés de la nación. Todo plan educativo precede de partes que integran el compromiso nacional; es regional en su punto de partida pero no en el fin de su aplicación. Satisfacer las demandas regionales cuando el país no está integrado en lo cultural es una política peligrosa porque pone en manos de los elementos desintegradores del país el único medio de su unificación: la educación.

Antes de cumplir un año de labores al frente de la Secretaría de Educación Pública Muñoz Ledo ha sido destituido de sus funciones. Fernando Solana, su sucesor, participó activamente en la conformación del proyecto universitario del rector Barros Sierra. El entonces secretario general de la Universidad Nacional Autónoma de México tuvo la oportunidad, como funcionario destacado, de afrontar los ataques institucionales que, en 1968, padeció nuestra casa de estudios. Si entonces se comprobó la incapacidad social de absorber la crítica del sistema, hecha por miembros formados bajo los lineamientos establecidos por las demandas de ese mismo sistema, ¿podrá Solana, ahora, conciliar los intereses y las necesidades de nuestra realidad nacional? Si el reto es, precisamente, el de la unidad del país, a Fernando Solana se le presenta el dilema de responder a las presiones de los grupos y clases dirigentes o continuar, a nivel nacional, los postulados de una educación crítica por los que luchó durante su época de funcionario universitario.

## LA VOLUNTAD COMO ELEMENTO JURIDICO EN LA CONTRATACION COLECTIVA DE TRABAJO

Por *Adalberto NOYOLA VAZQUEZ*

**E**L tema de la contratación colectiva de trabajo nos conduce necesariamente a referir situaciones de relación humana que ubican al concepto en su más amplio significado de reglamentación. Si hablamos de reglamentación en un aspecto definido dentro del concepto de la relación humana, debemos entender que la idea sustancial se refiere al condicionamiento de conductas entre hombres, colocados en polos opuestos dentro de la organización social.

En términos ordinarios parecería que la idea de la reglamentación de la conducta humana pugna con el concepto de libertad y de realización personal; no es por tanto la intención de estos comentarios la de considerar al hombre en el ámbito de sus limitaciones y de sus obstáculos para alcanzar su libertad, sino a lo contrario, considerarlo dentro de ambientes con fórmulas factibles de realización individual.

Nuestro mundo económico tan lleno de complejidades, muchas de ellas en peligrosa identificación con el maquinismo y con la tecnocracia, nos ofrece posibilidades de análisis dentro de las cuales se hace necesario encontrar la verdadera ubicación del hombre, como generador de ideas derivadas de su pensamiento abstracto, cuya entidad requiere de los alimentos, de los estímulos y de las posibilidades de realización que solamente podrán encontrar su exacta sustentación en el campo de una clara y sólida concepción humanista.

Imaginar al hombre inmerso en un sistema de cálculos fríos en los cuales no cuenta la verdadera calidad o el carácter de sus aportaciones, es lo mismo que imaginar a una organización mecanizada, capaz, virtud a la automatización, de producir riqueza material pero incapaz de propiciar la conquista por el hombre de los altos valores del espíritu. Los requerimientos actuales para obtener una mayor producción de bienes de consumo, no podrán justificar jamás su probable abundancia, si para ella fueron negados o simplemente postergados los derechos fundamentales de la existencia humana, máximos bienes a los cuales debemos aspirar.

Nunca podrá resultar extraña a la naturaleza humana, la aspiración por liquidar sistemas económicos fundados en fórmulas ena-



jenantes; la aplicación de la fuerza de trabajo debe constituir el marco de convivencia dentro del cual impere la razón como venero fecundo, alimentador de elevados y conscientes sentimientos de equidad y de justicia. Al hombre debemos concebirlo como el más preciado valor en este mundo convulso y contradictorio; a él debemos acudir con la disposición de alentar el desarrollo feliz de su existencia.

La necesidad de subsistencia y el impulso biológico hacia el desarrollo y funcionamiento de los potenciales propios de la vida humana, obligan al hombre a emplear su fuerza y su pensamiento, únicos factores de cuya asociación puede esperar los resultados de su realización individual; de esta manera alimenta el deseo superior de asociarse, también, con quienes habrá de compartir en la existencia, no sólo las angustias, también los placeres de una vida que debe ser vivida.

Pero esta necesidad de asociación debe ofrecer al hombre las mayores posibilidades de felicidad; organizar los sistemas de convivencia humana en la cual el trabajo represente el más alto valor para la realización individual y la más trascendente motivación para el bienestar colectivo, constituye por hoy el problema central del pensamiento humano.

No estamos lejos de considerar el fenómeno económico, como factor preponderante en la vida y en el desarrollo de las sociedades humanas; pero debemos estarlo si para satisfacer sus exigencias, apartamos al hombre del sitio preferente que le corresponde.

No pretendemos tampoco rechazar la necesaria integración de las fuerzas productivas, para generar los bienes y los servicios de que debe valerse la humanidad en el cumplimiento primordial de sus necesidades vitales; pero sí habremos de manifestar nuestro decidido rechazo a todas las formas actuales de explotación, en sociedades en las que aún impera el desprecio de quien posee los medios de producción, a la dignidad humana de quien le aporta su fuerza de trabajo.

En esta diferencia de clases, en esta oposición de intereses se sustenta la principal característica de la contratación colectiva de trabajo, y a ella, por lo mismo, debe otorgarse la máxima atención a fin de comprender la razón de algunas otras características, que delinear el perfil de este importante instrumento jurídico-social.

Por definición de la Ley, el Contrato Colectivo de Trabajo es un Convenio que celebran uno o varios sindicatos de trabajadores con uno o varios patrones o con uno o varios sindicatos de patrones, a fin de establecer las condiciones según las cuales debe prestarse el trabajo.

Esta definición, como sucede en casos semejantes, no analiza las exactas dimensiones del concepto; su análisis debe contemplar todos los aspectos, tanto de orden social como de orden económico, para establecer si el de orden jurídico satisface los requerimientos de un estrato social, tutelado en su interés por una legislación que pretende equilibrar la presencia en nuestra organización económica, del trabajo y del capital, como los dos factores que concurren en la producción, aunque en posiciones social e ideológicamente opuestas.

Algunos sectores de nuestra población se escandalizan y llegan a conmocionarse cuando escuchan el uso de un concepto, imprescindible de analizar en un sistema capitalista, e indispensable para el conocimiento del Derecho Laboral; hablamos de la lucha de clases.

Las organizaciones humanas cuentan en la dinámica con una característica particularísima; solamente ellas tienen capacidad para detentarla. Habrá organizaciones de tipo diferente, como son los casos de las hormigas y de las abejas; ya Maeterlink nos ha informado lo suficiente sobre de ellas, pero es clara su condición estática; sin discutir su notable ejemplaridad, nos parece insuficiente, para los fines que nos proponemos en este estudio, detenernos en considerarlas, supuesto que nos separa de ellas una condición determinante que escapa a toda pretensión comparativa; la posibilidad creadora, reservada exclusivamente a la imaginación, de la cual carecen las organizaciones animales.

La dinámica caracteriza, pues, a la organización humana, aunque entendida no solamente en su condición de movimiento, sino como el resumen vital de los deseos y de los impulsos hacia el cambio, que han venido conformando, en grados y en épocas sucesivas, el perfil de todos los esfuerzos humanos registrados en nuestra historia, de cuyo devenir dan cuenta multitud de hechos que por igual nos asombran y nos alientan para un mayor conocimiento del hombre.

Mantener la fe y la confianza en las incalculables posibilidades del hombre, supone proporcionar el mayor significado al principio de nuestra activa participación en las tareas de la humanidad. Porque ninguno podemos permanecer ajenos a los diarios y cotidianos reclamos de nuestra organización social; ésta puede recibir nuestro aporte y darle la aplicación requerida, según la considere más o menos trascendente.

Este fenómeno singulariza a la actividad humana y virtud a él, encuentran su identificación los grupos que integran nuestra organización social; nutren su pensamiento y condicionan su conducta según las circunstancias del medio en el cual se desarrollan. La diferencia de clases se presenta como el resultado de la permanente transformación humana; las formas primitivas han evolucionado tan dinámicamente, que al través de la historia hemos podido conocer

la relevante importancia de distintos sectores sociales, en los grandes movimientos políticos, económicos y culturales ya registrados en los diversos cambios que sostienen las luchas de la actualidad. .

La influencia del medio social sobre el individuo motiva su lucha por satisfacer las propias necesidades que el mismo medio le impone; sabe de sus urgencias personales y conoce de su impotencia para cubrir las si permanece aislado.

Ante realidades evidentes, el hombre busca su ubicación en los grupos que le ofrecen la perspectiva de realización y a ellos entrega su esfuerzo y su inteligencia como aporte para su consolidación social. La agrupación social, de consiguiente, propicia el nacimiento de las clases y de esto la diferencia entre ellas, que será motivo de oposiciones y de antagonismos, propios de la dialéctica social.

Estudiosos de la sociología de las masas atribuyen a motivos religiosos, culturales y económicos, la formación de los grupos sociales. Halbwachs, entre ellos, añade el concepto de nación como integrador de grupos que a un tiempo se dividen en clases, y nos dice: "...las naciones, al igual que las ciudades antiguas, no son subdivisiones de clases. . . Por el contrario, las ciudades se han desarrollado de una manera independiente y en su interior se han visto aparecer las distinciones de clases"; establece igualmente una notoria distinción entre las clases que dan forma a las naciones y nos expresa un concepto de relevante importancia, cuando afirma: "Los burgueses, los comerciantes, los hombres de negocios, tienen todavía cierta relación con los países extranjeros. Pero si llegamos a los campesinos, a los obreros, al verdadero pueblo, toparemos con una incomprensión muy grande en cuanto a las costumbres, hábitos y manera de pensar de los otros países. ¿Por qué no los comprenden? Porque sus condiciones de vida y de trabajo hacen que participen más que los otros hombres en las costumbres verdaderamente locales, en las tradiciones de su provincia y de su ciudad. . . Así, pues, el exclusivismo nacional más bien caracterizaría a las clases inferiores que a las clases altas que siempre han afectado y hecho profesión de cierto cosmopolitismo".<sup>1</sup>

Podemos inferir de todo lo anterior la realidad evidente de la lucha de clases, manifestada con una clara determinación en la concurrencia del trabajo y del capital. Se trata sin duda de conceptos que afectan la vida interior de las naciones y en la nuestra la contratación colectiva de trabajo se presenta como la norma reguladora, como el instrumento de moderación y de equilibrio de estas posiciones antagónicas.

<sup>1</sup> Las Clases Sociales, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 190, 191 y 192.

Ahora bien, interesa después de este análisis, establecer las formas y los rumbos que nos lleven a conocer el contenido del contrato colectivo de trabajo.

La sindicación de los trabajadores obedece a las necesidades de asociación; los miembros de un sindicato autolimitan algunas libertades individuales y las entregan al grupo, frente a la expectativa de obtener, con tal sistema, la respuesta a diversos reclamos de su condición personal, validos de la presión colectiva de su agrupación sindical.

Desde el instante mismo en que la clase trabajadora decide participar en forma colectiva para restar poder económico a su clase oponente, e irlo adquiriendo con sentido reivindicatorio, su razonamiento no puede ser otro que el de avanzar en su posición de jerarquía social, para obtener finalmente la posesión de los medios necesarios a la producción; si toma conciencia de su lucha, entenderá la oposición de la clase detentadora para admitir una afrenta de tal naturaleza.

Ambas clases combatirán con las bases de sus respectivas ideologías, y afinarán sus tácticas para poner en juego todos los medios de presión, con los cuales puedan contar en esta lucha de fuerzas.

Vivimos dentro de un sistema que ha superado al pensamiento liberal individualista; éste ha quedado en los registros de la historia como una etapa más de la lucha del hombre por alcanzar su libertad. Ahora nos alimentan conceptos jurídicos y sociales que obligan al poder del Estado a participar en esta lucha de clases mediante una acción tuteladora, orientada hacia el estrato social que presenta debilidad frente al poder económico; la posibilidad atribuida a ese estrato, para intervenir en la dirección de las empresas, proporciona a la lucha de clases nuevos motivos que modifican el concepto inicial de su ideología.

La cultura occidental propicia la identificación interna de la sociedad global; en ella se abren caminos para la lucha revolucionaria de los cambios, en la cual las conquistas graduales van organizando la estructura de manera tal, que los agentes del cambio pronto se encuentran incorporados al sistema; probablemente subsiste la concepción revolucionaria de su ideología, aunque claramente debilitada por la consecución de los satisfactores obtenidos en la lucha inicial.

Este aspecto, estudiado a la luz de la sociología y de la política, construye para el derecho las bases cimentadoras de un nuevo concepto, con el cual también se consolida la separación de lo tradicional, hacia formas nuevas de interpretación, que otorgan al pensamiento jurídico la oportunidad de su auxilio para organizar en lo social la participación conjunta de sectores con ideologías opuestas.

La codificación laboral, de esta manera, cumple con la función más importante de su encomienda y participa con el Estado en la moderación de los intereses propios de las clases representativas del trabajo y del capital.

Ante un panorama de esta naturaleza corresponde analizar los procedimientos, llamémoslos así, por medio de los cuales el Estado actualiza su participación; esta entidad de poder no podrá colocarse como patrocinadora de los conflictos obrero-patronales, pero menos aún como espectadora pasiva cuando ellos se hubieren suscitado.

La base sustancial de los conflictos colectivos y por consecuencia la de los contratos, se forma con la participación directa de los trabajadores en la lucha con su clase oponente, por medio de la cual obtiene nuevos niveles de superación que habrán de configurar el contenido general y la naturaleza propia de la contratación colectiva.

Entendido así el contenido de la negociación colectiva y considerado como la fórmula de equilibrio entre los dos factores esenciales de la producción, el aspecto contractual reviste características claramente jurídicas, constituyendo con ello una Institución dentro de la Legislación Laboral, de muy trascendente alcance.

No es tema de nuestro comentario el relacionado con la Huelga, pero sin duda obliga la referencia por tratarse del derecho colectivo más importante de los trabajadores. Si la clase patronal se negare a celebrar la contratación colectiva, el ejercicio del Derecho de Huelga hará posible ese objetivo, con la presión que esto supone.

La negociación colectiva rompe con todas las formas del Contrato tradicional e incorpora nuevos elementos que configuran su peculiar característica, pues la voluntad para contraer obligaciones no se expresa libremente sino mediante sistemas, muchas veces coercitivos, que comprometen a las partes. Con estos sistemas la clase trabajadora dispone de elementos de presión, protegidos por la Ley.

Nace como consecuencia, la idea del Derecho Social, con una nueva concepción, inspirada, al decir de Gustavo Radbruch, "no en la igualdad de las personas, sino en la de la nivelación de las desigualdades que entre ellas existen".<sup>2</sup>

No es por tanto el criterio Jurídico tradicional el que debe configurar su contenido; éste lo forma de manera fundamental el concepto social de la lucha, de tal manera que la naturaleza del Contrato no deberá atender únicamente a la política de salarios, sino también, con igual importancia, a las prestaciones y a los beneficios

---

<sup>2</sup> Introducción a la Filosofía del Derecho, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 162.

de carácter social concretados para cada uno de los trabajadores afectos al pacto colectivo.

Este tipo de prestaciones constituye, no podemos dudarlo, la fase inicial de aquello que podrá ser, en lo futuro, la sustentación probable de la última finalidad de la contienda obrero-patronal; hemos hablado, líneas arriba, de la posesión de los medios de producción.

El limitado marco de análisis correspondiente a estos comentarios, impide analizar con el detenimiento suficiente la trascendencia universal de este aspecto, pero no evita proponerlo como concepto fundamental en todos los estudios relacionados con el Derecho del trabajo, para su evaluación según características de la organización social que preocupe.

Es entonces en las prestaciones de orden social, el sitio en el cual se encuentra el valor de contenido de los contratos colectivos de trabajo; porque ellas no buscan solamente vigor en el ingreso económico sino, con mayor importancia, posibilidad de penetración, tanto en las decisiones de la empresa, como en el ámbito general de la sociedad, para ir obteniendo gradualmente fuerza en sus directivas, que hagan posible los cambios de estructuras.

De lo comentado podemos concluir con esta afirmación: el contenido de los contratos colectivos de trabajo atiende fundamentalmente a la posición de clase dentro del contexto social en el que los trabajadores desarrollan su actividad; de su realización individual depende la fuerza colectiva de su clase, y de ella el poder de jerarquía social.

Este fenómeno establece la más señalada característica de la lucha de clases pues singulariza su objetivo a la fuerza prevaleciente de los dos sectores; antagónicos, cada uno en apoyo de lo que considera legítimo y de valor defendible. Ante tal enfrentamiento debe surgir la fórmula de adecuación dentro de un contexto normativo y con ello surge igualmente la verdadera naturaleza del contrato, con innegable valoración jurídica.

En efecto, si admitimos la función reguladora del contrato, estamos admitiendo igualmente su fundamentación jurídica; el concepto normativo de generalidad y de obligatoriedad, encuentra cabal aplicación en ese documento y ya hemos dejado expuesto nuestro reconocimiento a su función moderadora, aunque también hemos expresado algunos conceptos relacionados con la peculiaridad de sus características. La negociación colectiva obrero-patronal constituye una forma de legislación en la cual las partes interesadas convienen en establecer los aspectos normativos de sus obligaciones, superando las determinadas por la ley, y muchas de ellas en condiciones no previstas específicamente por ésta.

Prestigiosos juristas han manifestado su preocupación por en-

contrar una denominación técnica para la negociación colectiva pues se resisten a conceptuarla en términos de un contrato. Hay quienes sostienen, estimamos que con ligereza, que no es contrato y que tampoco es colectivo.

No podemos negar la importancia de sus aportaciones pues nos es muy interesante la calificación institucional de este importante documento, pero hemos de manifestar nuestro desacuerdo en la persistente posición de negarle aspectos contractuales al pacto colectivo que regula la relación obrero-patronal, porque la voluntad de las partes, para estos casos, no debe valorizarse con estrictismos conceptuales.

Es cierto que la expresión patronal para establecer las normas de su relación con los trabajadores, no siempre es obtenida con voluntad espontánea; también es cierto que no todos los trabajadores la expresan libremente, pero ambos casos encuentran su explicación más satisfactoria en los hechos y en las circunstancias que dan forma y contenido al ejercicio de la contratación colectiva.

No puede negarse la fuerza de un hecho que identifica a la reglamentación de las relaciones colectivas con obligaciones y con derechos propios de un contrato y él es el de la aplicación de las previsiones contenidas en el clausulado del documento, independientemente de que ello se hubiere obtenido sin el ánimo subjetivo de disponerlo así.

Nos encontramos, pues, frente a un hecho irreversible sancionado por la firma de las partes intervinientes, obligadas al cumplimiento recíproco del pacto.

Un caso con mayor ejemplaridad se manifiesta en el contrato colectivo obligatorio: en él ha sido la voluntad de las partes la generadora de un acto de autoridad, por el cual las empresas de una determinada rama industrial quedan obligadas a firmar el pacto colectivo, en los términos ordenados por la convención obrero-patronal.

Encontramos igualmente valoración de naturaleza jurídica en todo el contenido de las cláusulas, supuesto que son el resultado de una lucha reivindicadora por parte de los trabajadores, en uso de sus derechos colectivos consignados en la ley; esta es una señalada característica, que identifica al contrato colectivo de trabajo con el concepto moderno del Derecho Social, expresado por Lucio Mendieta y Núñez, quien lo define como "el conjunto de leyes y disposiciones autónomas que establecen y desarrollan diferentes principios y procedimientos protectores en favor de individuos, grupos y sectores de la sociedad económicamente débiles, para lograr su convivencia con las otras clases sociales dentro de un orden justo".<sup>3</sup>

<sup>3</sup> El Derecho Social, Editorial Porrúa, 1953, pp. 66 y 67.

Si la negociación correspondiente al contrato colectivo, limitara sus alcances a una política de salarios, la habríamos de considerar notoriamente intrascendente para las posibilidades de desarrollo humano de los trabajadores; tendríamos que retroceder en el tiempo, para ubicarnos en aquel que conceptuaba a la relación laboral como un negocio de compraventa, valorizando a la fuerza de trabajo como artículo de comercio.

El moderno concepto del Derecho Social ha encontrado plausible bienvenida en el texto de nuestra Ley Federal del Trabajo y habrán de ser, por tanto, los tribunales laborales y los de amparo los encargados de ubicar, dentro de los marcos institucionales del Derecho, este reclamo de justicia que alienta a las luchas de grandes sectores de nuestra población, sólo en cuanto ello pueda delinear con exactitud la configuración conceptual y terminológica del pacto colectivo, supuesto que ha dejado de tener consistencia el argumento opositor al concepto de constitucionalidad de los derechos colectivos consignados en la Ley.

No queremos ver en todo esto la tendencia por obstaculizar la legitimación de la lucha de clases, aunque nos preocupa el hecho de que algunos investigadores de la legislación laboral pretendan limitar los alcances de la justicia distributiva con argumentaciones propias de la conmutativa. Es verdad, de nunca lo cuestionaremos, que la fidelidad a los aspectos técnicos de una profesión universitaria debe constituir un imperativo insoslayable; de la propiedad terminológica de sus conceptos habrán de depender su prestigio y su solidez científica.

Pero la importancia de este aspecto no debe propiciar el desvío del verdadero sentido de formalidad jurídica que apoya a la organización técnica del Derecho Colectivo del Trabajo; jamás encontrarán una respuesta satisfactoria los inveterados puristas de la ciencia jurídica, si ella la buscan en el andamiaje de la anciana construcción del Derecho, con menosprecio de los nuevos soportes de su remodelación.

¿Por qué no atraer inobjetable realidades de nuestra organización laboral y procurar su adecuación a conceptos técnicos, alimentados por un nuevo enfoque científico? No podemos imaginar estáticas a las obras de la humanidad y menos aún a aquellas que afectan de manera especial al hombre, como parte de una colectividad.

Dejamos expresada líneas arriba nuestra convicción de que el valor jurídico de la voluntad en el tratamiento del Derecho Colectivo, no debe partir, para su análisis, del concepto de autonomía; si de él partiéramos estaríamos deformando la juridicidad de nuestras instituciones laborales y mantendríamos ficticiamente los elementos



esenciales de la negociación colectiva, en la cual, admítase o no, coexisten la determinación del patrón y la de los trabajadores para resolver convencionalmente sus diferencias.

Acatar los imperativismos de la Ley Federal del Trabajo requiere de una convicción razonada que inicia su proceso desde el momento en que el patrón necesita de los servicios que habrá de prestarle el trabajador; se presenta con ello una primera manifestación de voluntad que se formaliza al momento de la contratación, la cual deberá sustentarse sobre las bases mínimas establecidas por una legislación de carácter social, protectora del interés de quien, en este caso, representa debilidad en lo económico.

Esta primera manifestación de voluntad se efectúa en un ámbito que no rebasa aún el del derecho subjetivo; el individuo, para este caso el patrón, se encuentra frente a una necesidad que mueve su voluntad hacia el objeto de su motivación. Este acto forma parte de un proceso que no desvincula el propósito inicial de su exteriorización, manifestada al momento de contratar los servicios de un trabajador; esto es; la voluntad de la contratación queda regida por un acto, indivisible y único, que se perfecciona jurídicamente con el cumplimiento de diversos dispositivos legales, a cuyo sometimiento la relación laboral, regulará los recíprocos derechos y las obligaciones de las partes. La voluntad de los contratantes, trabajador y patrón, se identifica con las necesidades económicas de su medio social a cuyos requerimientos la disposición para el trabajo se entrega como una respuesta voluntaria, con base en la libertad para elegir las propias actividades, limitada siempre esa libertad por un marco de licitud en sus objetivos.

Así entendido el problema, encontramos una nueva conceptualización respecto del valor jurídico de la voluntad, cuya autonomía no encuentra opciones fáciles para manifestarse, supuesto que son imperativos de orden diferente los que impulsan al nacimiento del contrato de trabajo, a los que en todo caso pueden rechazarse o aceptarse cuando la contratación se desarrolla en el ámbito del derecho patrimonial.

Es entonces la disposición para el desempeño de una tarea lícita, el principal factor de análisis para la valorización jurídica del contrato de trabajo; encontramos en ella la posibilidad de elegir el oficio o la profesión que se adecúen a nuestro *status* y éste es, en un último análisis, el factor que determinará si contamos o no con los medios necesarios para dar factibilidad a nuestra elección. Permanece siempre el deseo de aplicar nuestra energía a la actividad elegida, pero si por razón de nuestras propias posibilidades o de las que el medio social nos ofrezca no fuera posible satisfacerlo, permanece también, inalterable, la exigencia social de trabajar a cuyo requeri-

miento debemos responder con actos positivos generados en el ámbito de nuestra propia personalidad; estos actos son movidos a impulso de nuestra voluntad, la cual, ya lo hemos dicho, se manifiesta por una convicción razonada con base en los elementos que nuestro medio nos ofrece y en las limitaciones que igualmente nos opone.

Por evidencia entendemos que la necesidad para el desempeño de una tarea, parte de principios con notoria desigualdad; quien carece de medios propios encuentra mayores limitaciones, a más de la exigencia para subordinar su interés al de quien posee los medios para producir.

En este sentido la voluntad del desposeído se manifiesta con una mayor presión, coaccionada por sus necesidades de subsistencia. Por su parte el poseedor no encuentra más limitaciones que aquellas que lo obligan a someter la relación con su trabajador a las disposiciones de la Ley, cuyo hecho no modifica ni altera en forma alguna, su disposición voluntaria para establecer la relación laboral.

Con los conceptos analizados, según los comentarios expuestos, estamos en condiciones de concluir en que la expresión de voluntad como elemento de un contrato de trabajo, no admite valorarlo jurídicamente a la luz de los términos dictados por principios y por doctrinas tradicionalistas, pues las evidentes y reiteradas manifestaciones de realidad, en la desigual posición de las clases trabajadora y patronal, han otorgado un nuevo perfil a la lucha consiguiente que obliga a integrar técnicamente los elementos de los contratos de trabajo, individuales y colectivos, con base en una nueva conceptualización apoyada en los principios rectores del Derecho Social.

## *Presencia del Pasado*

Hoy rendimos en esta sección cumplido homenaje a cuatro grandes figuras del pensamiento contemporáneo:

A la poetisa Gabriela Mistral, primer Premio Nóbel de literatura concedido a un latinoamericano en 1945.

A Fernando Ortiz, ilustre historiador y antropólogo cubano.

A Rafael Altamira y Crevea, autor de la "Historia de España y de la Civilización Española" y de otras obras históricas y jurídicas de alta calidad.

A Paul Rivet, etnólogo y antropólogo francés, fundador y director del "Museo del hombre en París". Entre sus obras citaremos "Los Orígenes del Hombre Americano" publicado por nosotros en octubre de 1943.

*Nota de la Redacción*



# LA CAJITA DE OLINALA<sup>1</sup>

Por *Gabriela MISTRAL*

*A Emma y Daniel Cassir*

## I

CAJITA mía  
de Olinalá,  
palo-rosa,  
jacarandá.

Cuando la abro  
de golpe da  
su olor de Reina  
de Sabá.

¡Ay, bocanada  
tropical,  
clavo, caoba  
y el copal!

La pongo aquí  
la dejo allá;  
por corredores  
viene y va.

Hierve de grecas  
como un país:  
nopal, venado,  
codorniz,

Los volcanes  
de gran cerviz

---

<sup>1</sup> Cajitas de Olinalá (México) coloreadas y decoradas, hechas en maderas de olor.

y el indio agudo  
como el maíz.

Así la pintan,  
así, así,  
dedos de indio  
o colibrí;

O así la hace  
de cabal  
mano azteca,  
mano quetzal.

## II

Cuando la noche  
va a llegar,  
porque me guarde  
de su mal,

Me la pongo  
de cabezal  
donde otros ponen  
su metal.

Lindos sueños  
hace soñar;  
hace reír  
hace llorar. . .

Mano a mano  
se pasa el mar,  
sierras mellizas<sup>2</sup>  
campos de arar.

Se ve el Anáhuac  
rebrillar  
la bestia-Ajusco<sup>3</sup>  
que va a saltar,

---

<sup>2</sup> Sierra Madre Oriental y Sierra Madre Occidental.

<sup>3</sup> El cerro Ajusco, que domina la Capital.

Y por el rumbo  
que lleva al mar  
a Quetzalcoatl  
se va a alcanzar.

Ella es mi hálito  
yo su andar,  
ella saber,  
yo adivinar.

Y paramos  
como el maná  
donde el camino  
se sobra ya,

Donde nos grita  
su ¡halalá!  
el mujerío  
de Olinalá!

## LA "LEYENDA NEGRA" CONTRA FRAY BARTOLOME

Por *Fernando* ORTIZ

AL tratar de "la destrucción de las Indias" por los españoles, siempre surge la llamada "leyenda negra". La conquista del Nuevo Mundo fue una realidad ciertamente crudelísima; ni tan *leyenda* ni tan *negra*. Aquella subyugación de grandes pueblos y territorios realizada por unos puñados de hombres, las iniquidades que se hicieron y las mortandades que se causaron, dejan atónito el ánimo y alguna vez inclinan la mente a tenerlas por inverosímiles. Ya lo previó el mismo Bartolomé de las Casas: "Esto ¿quién lo creerá de los que en los siglos venideros nacieron? Yo mismo que lo escribo y vide y sé lo más dello, agora me parece que no fué posible". Pero aquellas atrocidades se comprueban con los mismos históricos documentos escritos por españoles, y muchos de ellos oficiales, sin acudir a un solo párrafo de Fray Bartolomé. Y la negrura de su humanísima inhumanidad no fue exclusiva de España, ni más tenebrosa que la de todos los otros genocidios y sojuzgamientos de unas gentes por otras, realizados a sangre y fuego o con las más refinadas técnicas mortíferas, cuando los infrenados afanes de poder y codicia entenebrecen las conciencias aunque se encubran con alardes de fatalismos biológicos, destinos manifiestos, predestinaciones sobrenaturales o servicios a Dios.

Desde sus inicios, la historia de la invasión y sometimiento de América por España ha sido envuelta en leyendas y negruras. Escrita entre invectivas y apologéticas, de ella surgieron no una sino cuatro *leyendas negras*. La primera *leyenda negra* fue la urdida contra los bermejos indios, la segunda contra los negros africanos, la tercera contra los blancos españoles, y la cuarta *negra leyenda* fue contra Fray Bartolomé de las Casas, contra quien, sin reparar en pigmentos, naciones, creencias ni geografías, defendió a todas las gentes maltratadas con injusticia.

En los tiempos de Las Casas, con el entrechoque de Europa y América, emergieron dos mundos más, el Africa hasta el Lejano Sur y el Asia hasta el Lejano Oriente. Había que coordinar cuatro mundos en uno solo y todo en él fue *Nuevo*. Cambiaron radicalmente la



historia de América y la de Europa, pero también y en seguida la del Africa subsahariana y luego la del Asia remota. El Atlántico se cubrió de espeso humo de pólvoras y filosofías, teológicas y jurídicas, y durante siglos se nublaron también las naciones de sus tres continentes litorales: Europa, América y Africa. Aún no ha cesado aquella polémica, porque perduran sus contradicciones, y la voz del P. Las Casas resuena como si unas misteriosas ondas nos la transmitieran desde aquel Nuevo Mundo a éste que pugna por seguirse renovando.

En la conquista y poblamiento de América una verdadera *leyenda negra* es la que envolvió a Fray Bartolomé. *Leyenda* por la irrealidad de sus imputaciones, y *negra* porque se quiere oscurecer su gloria de "Protector de los Indios" denigrándolo como "Esclavizador de los Negros". Esta es la mayor incompreensión de las sufridas por Las Casas. Quienes no le perdonan su defensa de los gentíos de América, creen con tal leyenda poder negarle lo sincero de su piedad, de su humanismo y de sus inflexibles criterios de justicia y de paz.

La *leyenda negra* contra Las Casas se forma con imputaciones distintas. Fray Bartolomé, se dice, a) fue *esclavista*; b) inició la *introducción de la esclavitud de los negros* en América; c) *originó la trata negrera* o por lo menos *tuvo una gran influencia en ella*; y d) fue *racista*, que apreció a los negros como "esclavos naturales". En resumen, se quiere hacer creer que Las Casas en su utopía, por favorecer a los cobrizos indígenas de América, es culpable de la subyugación de millones de negros arrancados de Africa. Es verdad que el más glorioso de los sevillanos se acusa a sí mismo de haber pecado en ello y luego se arrepiente; pero ¿de qué?

¿Las Casas fue esclavista? Sí, pero ¿quién no lo fue en aquellos siglos? Todos los pueblos eran entonces esclavistas sin discriminación de colores ni de edades, sexos, credos ni naciones. Los indios y los blancos, como los negros y los amarillos, dentro y fuera de sus mismas patrias tuvieron esclavos y sufrieron esclavitud durante milenios. Doquiera se consideraba legítima la esclavitud del vencido en justa guerra, a quien a cambio se le perdonaba la vida, y también se tenía por justa la originada por pena, por herencia o hasta por venta que uno hiciera de sí mismo o del hijo hambriento. Esclavista era la filosofía, apoyándose en Aristóteles y en su exégesis. Esclavista era la teología que, tras de San Agustín, justificaba la esclavitud humana como una derivación del pecado original. San Pablo, los Padres de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, y todos los Doctores de la Iglesia eran esclavistas. La Iglesia jamás ha combatido la esclavitud como institución social, aun cuando a veces haya tratado de amenguar sus angustias y prohibirla en determinados!

territorios y contra ciertos pueblos, por razones políticas y marginales. Antes al contrario, los papas en ocasiones la autorizaron expresamente. Recuérdase una bula que el papa Nicolás V otorgó en el siglo xv, al rey Alfonso V de Portugal y sus sucesores, para hacer guerra contra sarracenos y paganos y reducir sus personas a perpetua esclavitud; la cual sirvió de base jurídica entre los cristianos para el monopolio de la trata negrera en África. Los clérigos y las órdenes religiosas tuvieron esclavos por vida y herencia a su servicio, en sus templos y plantaciones, y los compraron y vendieron; hasta hubo imágenes de santos que fueron dueños de esclavos. Hoy no falta sacerdote que sostenga la cristiandad de la esclavitud legal del hombre aun por venta de sí mismo a perpetuidad.

También los Reyes Católicos fueron esclavistas. Como los demás, cristianos o moros, esclavizaron a los prisioneros de sus guerras y los vendían y hasta los enviaban al Papa como regalo. Por los años de 1492 y 1494 los Reyes Católicos, en sus capitulaciones con el Adelantado D. Alonso de Lugo, para la conquista de dos islas de las Canarias, le conceden a éste los quintos de los cautivos que hiciera en La Palma y la mitad de los que tomase en Tenerife y Berbería, quedando el resto para los reyes.

Colón fue asimismo esclavista por lucro. En su primer viaje transoceánico hizo y llevó consigo varios indios cautivos. Luego se propuso financiar sistemáticamente los gastos de su costosa empresa y henchir las arcas reales con el precio de numerosos esclavos indígenas. Colón le propuso a los reyes enviarles 4 000 indios esclavos: "De acá se pueden, con el nombre de la Santa Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudieren vender".

Cierto es que los Reyes Católicos no aprobaron aquel plan financiero de Colón; pero esta resolución libertadora no fue hija de la ofendida piedad de una reina. Debíose a que la corona de Castilla, con más visión de estadista que de mercader y ya con las experiencias de Canarias, quiso incorporar provechosamente a su reino las islas y gentes recién descubiertas, para lo cual era preciso que sus naturales fuesen convertidos en vasallos y pecheros de Sus Altezas y diezmeros de la Iglesia, y no en esclavos para beneficio de particulares. Los esclavos no tributaban; los vasallos sí. No fue sino criterio de interés político y económico, superior al régimen de la esclavitud antigua y al de la servidumbre medieval. Las Casas comenta dicha resolución de la reina Isabel, sabiendo que ésta era tan esclavista como su esposo y los demás reyes de la época: "Yo no sé por qué no más estos 300 indios que el Almirante había dado por esclavos mandó la reina tornar con tanto enojo y rigor grande, y nó otros muchos que el Almirante había enviado y el Adelantado; no hallo otra razón sino que los que hasta entonces se habían llevado,

creía la reina, por las informaciones erradas que el Almirante a los reyes enviaba, que eran en buena guerra tomados".

Pero aceptar la esclavitud como institución legítima en determinados casos, según la tradición universal y milenaria, no significaba ser partidario de considerar las nuevas Indias como otras Guineas, sin anexionarse ni convertir sus poblaciones y sólo para explotarlas por medio de factorías, trabajos forzados y trata trasatlántica de millares de sus indígenas como esclavos, tal cual lo pretendió Colón. Esto no obstante, la esclavización de ciertos indoamericanos fue luego autorizada por la misma reina Isabel, en R. C. dada en Segovia el 30 de octubre de 1503, por la cual se podía cautivar a los caribes y demás indígenas rebeldes y venderlos así en las Indias como en España; a virtud de cuya ley isabelina, los cristianos asaltaron sin ambages las islas y las costas de Tierra Firme, tachando cierta o falsamente de antropófagos a sus habitantes, moviéndolos a guerra por sus tropelías y considerándolos enemigos apenas los agredidos en sus tierras se negaban al sometimiento y huían o presentaban resistencia. Los mismos reyes sucesores de lo católicos reconocieron décadas después cuán falsa fue por lo general esa acusación de *caribes* que se hacía contra todos los indios que se resistían a la conquista. Como decía el P. Juan de Castellanos en unos versos de sus famosas *Elegías*: "que llamaron *caribes*, tierra rasa, nó porque allí comiesen carne humana, mas porque defendían bien su casa". Así se estableció por la Reina Católica una abundante *trata de indios*, que en América antecedió a la *trata de negros*, con idénticas crueldades.

La gran cruzada a favor de los indios, de la cual Las Casas fue sin duda el más heroico y esforzado protagonista durante medio siglo, no fue iniciada por él, ni siquiera por fray Antón de Montesinos, que suele señalarse como su encabezador. La justiciera y reivindicadora *indofilia*, o la *leyenda negra* dirían algunos, la comenzó en su convento de la Española un joven, el prior Fray Pedro de Córdoba, de la Orden de Predicadores. Con anterioridad, desde el primer tornaviaje de Colón, ya se había abierto el insólito problema social del Nuevo Mundo. Colón dejó establecida en la Española una factoría, la Navidad, que aspiraba a ser como la guinea de S. Jorge de la Mina para extracción de esclavos y rescate de oro; pero los reyes pensaron diversamente que debían ocuparse todas las islas del Nuevo Mundo, como se hizo con las Canarias, por la fuerza, con bendición papal, poblamiento de cristianos, plantaciones de azúcar y crianzas de animales y con sus indígenas sometidos al trabajo como vasallos de Castilla y sin otros esclavos que los así declarados por causa de guerra. Años después se otorgaron *encomiendas* de indios, que fueron servidumbres medievales, más opresivas

que éstas, y como esclavitudes encubiertas. Pero ese régimen llevaba a la "destrucción de las Indias".

Isabel la Católica por R. C. del 20 de diciembre de 1503, poco antes de morir, le ordenó a Frey Nicolás de Ovando, su gobernador de la Española, que "del día que viese aquella carta en adelante, *compeliese y apremiase a los indios que tratasen y conversasen con los españoles y trabajasen en sus edificios, en coger y sacar oro y otros metales y en hacer granjerías y mantenimientos para los cristianos, vecinos y moradores de la isla*, y que le hiciese pagar a cada uno, el día que trabajase, el jornal y mantenimiento, que según la calidad de la tierra y de la persona y del oficio, le pareciese que debía haber; mandando a cada cacique que tuviese cargo de cierto número de los indios, para que *los hiciese ir a trabajar donde fuese menester*, y para que las fiestas y días que pareciese se juntasen a oír y ser doctrinados en las casas de la fe, en los lugares deputados, y para quel cacique acudiese con el número de indios que le señalase a la persona o personas que él nombrase, *para que trabajasen en lo que las tales personas le mandasen*, pagándoles el jornal que por él fuese tasado, lo cual hiciesen y cumpliesen *como personas libres, como lo eran, y nó como siervos*; y que hiciese que fuesen bien tratados, y los que dellos fuesen cristianos mejor que los otros, y que no consintiese ni diese lugar que ninguna persona les hiciese mal ni daño, ni otro desaguisado alguno". Y basado en esa regia disposición, Ovando inventó *encomendar* a los indios como trabajadores forzados, haciendo *repartimiento* de ellos, "de cincuenta en cincuenta y de ciento en ciento", entre los españoles, sin exceptuar a la corona, a los magnates de la corte, a los oficiales de la Española y a sí mismo. Y así fue dispuesta por Isabel la Católica la explotación del trabajo de los indios a beneficio de sus avasalladores. Los *cariibes* y los de *guerra* como *esclavos*, los *pacíficos* o *guatíaos* como *encomendados*; de una y otra manera, como *trabajadores forzados*.

¿Era justo, cristiano, conveniente y duradero ese régimen de grandes masas de indios esclavos y encomendados, tan distinto del que entonces tenía Castilla? Así fue como en 1510, por obra de los frailes dominicos, quedó planeado definitivamente el gran debate doctrinal, social, económico, jurídico, político e internacional de las Indias, el del "renacimiento" y la "reforma" de un Nuevo Mundo, que había de llenar el siglo XVI de sangre y de controversias, cuyas resonancias no han cesado todavía. Las Nuevas Indias se iban destruyendo. España había ganado las islas pero estaba perdiendo sus gentes. ¿Qué hacer? Para todo el orbe cristiano, cansado, podrido, inquieto y con las ideas y economías del Renacimiento, eran tiempos de *reforma*.

En la Española los privilegiados y enfurecidos conquistadores, al sentirse combatidos en su codicia, azuzaron a "frailes contra frailes". Y así, contra el prior fray Pedro de Córdoba y sus dominicos se enfrentaron el prior Fray Alonso del Espinal y sus franciscanos, y ambos partidos enviaron voceros a Castilla. A la corte fueron también Pánfilo de Narváez como procurador de Diego Velázquez, Francisco de Garay, Ponce de León y otros caudillos y mercaderes de la conquista, pidiendo que los indios que tenían encomendados se los dieran a perpetuidad, y ayudando a éstos habló el dominico Fray Bernardo de Mesa, nombrado obispo de Cuba, quien para defender las encomiendas de los indios alegó la "servidumbre natural", por sus vicios y depravada ociosidad. "Los indios, decía, por ser insulares, naturalmente tienen menos constancia, por ser la luna señora de las aguas". Por esta teoría *lunática*, era necesaria "alguna manera de servidumbre". Con este criterio subyugador se promulgaron las llamadas *Leyes de Burgos*, el 27 de diciembre de 1512. Teóricamente triunfaba el principio de los indios libres y vasallos, pero en la realidad se legalizaba el trabajo forzado como "cierta manera de servidumbre", sin llamarlo esclavitud. En esas leyes se ordenaba que los indios "sean bien tratados", lo cual fue "palabra fingida y colorada, muchas veces repetida en las leyes (...) y nunca faltó hasta hoy (...)", cuyo trato "siempre fué aquél con que a todos los extirparon". Mientras estas cosas ocurrían, Bartolomé de las Casas no había "entrado en la historia".

Las Casas tuvo esclavos indios. De joven todavía en Castilla tuvo uno, indio de la Española, que su padre había recibido de Colón y le llevó como regalo. Este le duró poco tiempo pues por mandato de la reina tuvo que devolverlo libre a la Española, donde luego él lo vio y trató. Después en dicha isla, a donde vino en 1502, Las Casas tuvo heredad e indios "encomendados" en una sabana del Cibao, al pie de la fortaleza de Santo Tomás y junto a un arroyuelo del río Xanique, donde "hizo coger algún oro". Más tarde los tuvo en Cuba, a donde llegó en 1512, llamado a su conquista por Diego Velázquez y "aunque eclesiástico, dice él, entendiendo en asegurar toda la mayor parte de las provincias y gentes de aquella isla (...) para mal de toda ella (...) cerca de dos años". Aquí contó con más de cien indígenas que le fueron repartidos en recompensa como conquistador. Camacho, un viejo *taíno* de Haití, fue su capataz; un joven cubano de Caonao, Adrianico, fue su preferido. El clérigo confiesa que "andaba bien ocupado y muy solícito en sus granjerías, como los otros, enviando indios de su repartimiento en las minas a sacar oro y hacer sementeras, y aprovechándose dellos cuanto más podía, puesto que siempre tuvo respecto a los mantener cuanto le era posible, y a tratillos blandamente y a compadecerse de sus

miserias; pero ningún cuidado tuvo más que los otros de acordarse que eran hombres infieles y de la obligación que tenía de dalles doctrina, y traellos al gremio de la Iglesia de Cristo". Pero un día él "oyó la voz" y, con un sermón en la villa de Sancti Spiritus, inició en Cuba su "carrera de humanidad". No fue resolución improvisada, sino decidida tras años de meditación y "conociendo que se ponía en contienda contra todo el mundo, en que había de ser odiosísimo". Ni fue tampoco por interés, pues empezaba por un cristiano renunciamiento de riquezas y la restitución de lo mal habido; en contraste evidente con sus obstinados impugnadores. Era el año 1514.

Viendo Las Casas "que aquella isla (Cuba) llevaba el camino que llevó la Española para ser en breve destruída, y que maldad tan tiránica y de tantas gentes vastativas no podía extirparse sino dando noticia al rey, deliberó, como quiera que pudiese, aunque no tenía un solo maravedí, ni de donde habello, sino de una yegua que tenía que podía valer hasta 100 pesos oro, ir a Castilla y *hacer relación al rey* de lo que pasaba y pedirle con insistencia el *remedio* para obviar a tantos males". Las Casas llegó a Sevilla en septiembre de 1515 y por la Navidad habló al rey Fernando. Pero éste murió el 23 de enero de 1516 y, tras unas breves peripecias dinásticas, heredó, el trono de su loca madre Da. Juana, quien luego fue emperador de Alemania y conocido por Carlos V. En tanto llegaba éste de Flandes, gobernó a Castilla como regente el octogenario Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros, en colaboración con Adriano de Utrecht, deán de Lovaina y luego cardenal y papa. El P. Las Casas se puso inmediatamente en contacto con estos prelados y les dirigió sendos escritos. En uno de ellos es donde aquél habla por primera vez de *esclavos negros* para las Indias.

Se ha imputado injustamente a Las Casas el haber introducido en América los negros y su esclavitud. Según ya aclaró Saco: "Los traductores franceses de la *Colección de los viajes y descubrimientos de los españoles hasta fines del siglo xv*, por Martín Fernández de Navarrete, consultaron a este autor sobre el punto en cuestión, y él les contestó que "Antes de la petición de Las Casas ya se habían transportado negros a la América, pero esto fué de contrabando. *Las Casas es el primero que obtuvo una orden o permiso real autorizando este transporte*". De esa errónea afirmación arranca la *leyenda negra* contra Don Bartolomé.

Se asegura que el primer negro vino a América en el segundo viaje de Colón. Sin duda, algunos negros pronto debieron de pasar a estas Indias traídos desde España, donde ya había muchos, africanos y criollos, esclavos y horros. Desde 1444 hubo tráfico de esclavos negros directo entre Africa y la Península Ibérica. Por 1475 los Reyes Católicos en guerra con Portugal enviaron varias expedicio-

nes a Guinea, derrotando a sus nativos, en una de las cuales los castellanos asaltaron varias islas portuguesas llevándose 400 esclavos a España. Durante las guerras entre Portugal y Castilla (1475 a 1480) numerosas naves españolas fueron a Guinea a hacer esclavos. Diego Cao en 1483 apresó tres buques castellanos a la trata en la costa africana. El mismo Colón y algunos de sus marinos, como Juan de Torres, el judío que en Cuba descubriera el tabaco, habían estado antes en Africa, ocupados en tratos de oro y negrería. Una bula del papa Alejandro VI en 1493 puso término a las incursiones de los españoles en las costas negras de Africa, reservando ese monopolio a los portugueses, lo cual tuvo gran trascendencia histórica, pues cuando España necesitó repoblar sus territorios ultramarinos con esclavos africanos no pudo proveérselos por sí y dependió de tratantes extranjeros.

Según Saco: "parece inevitable aceptar la fecha de la Real Cédula de 16 de septiembre de 1501 como la de la introducción del régimen legal de la esclavitud negra en estas Antillas, así como fijar su responsabilidad en los Reyes Católicos". Estos nombraron gobernador de las islas y Tierra Firme, al comendador Frey Nicolás de Ovando y en las *Instrucciones* que por tal cédula se le dieron, aquéllos le ordenaron lo siguiente: "non consentiréis nin daréis logar a que allá vayan moros nin xudios nin erexes, nin rreconcyliados, nin personas nuevamente convertidas a Nuestra Fée, salvo si fueren *esclavos negros u otros esclavos que fayan nascido en poder de crystthianos*, nuestros súbditos é naturales". Podían ser *negros o blancos*, como en gran cantidad y de unos y de otros los había entonces en España; moros, berberiscos, canarios o *guachinach*, y negros africanos de Guinea y el Congo. En esa R. C. de 1501 no había, pues, "discriminación", como hoy se dice. Los esclavos negros entraron por primera vez en América juntamente con los esclavos blancos. Esos negros esclavos procedían de España y no directamente de la trata negrera con Africa, que los castellanos entonces no podían hacer. Ovando salió de Sanlúcar para la Española el 13 de febrero de 1502. Con él y con los esclavos iba embarcado el joven Licenciado Bartolomé de las Casas, graduado en Salamanca.

El 12 de septiembre del mismo año 1502 fue otorgada una licencia a Juan Sánchez y a Alonso Bravo para llevar cinco carabelas, una de las cuales iría con esclavos de Castilla, libres de derechos. No pocos debieron de ser los esclavos negros que fueron con Ovando o entraron seguidamente después, pues apenas llegados a la Española sacudían el yugo de su cautiverio haciéndose *cimarrones* y uniéndose a los indios contra los españoles en una causa común de libertad. El mismo Ovando se alarmó y suplicó en 1503 a los Reyes Católicos que no enviasen más esclavos negros porque se huían y

nunca podían ser cogidos. A cuya petición, por R. C. de 29 de marzo de 1503, se le contestó por los Reyes Católicos: "...en quanto a lo de los negros esclavos que desís, que no se embien allá porque los que allá avia se han huydo, en esto Nos mandaremos se haga como lo desís". Y así se hizo. En esa época ya se consideraba en la Española "el demasiado número de negros esclavos", lo cual motivó que se procediera a "cercar de muro bueno" y a fabricar una fortaleza en la ciudad de Santo Domingo. La esclavitud de negros en Indias parecía fracasada. Una licencia que se concedió a Ojeda por R. C. de Medina del Campo en 5 de octubre de 1504, se limitó a cinco esclavos y que éstos fuesen *blancos* y *no negros*. Pero el factor económico apremiaba a la corona, que cada día codiciaba más oro y su extracción era escasa en las minas trabajadas por indios. Por eso el rey Fernando (recién muerta la reina Isabel, el 26 de noviembre de 1504) le envió a Ovando en enero de 1505 una carabela con herramientas de minería, vituallas y *diecisiete esclavos negros* para el laboreo de las minas de cobre. Ovando, lejos de oponerse ahora a la entrada de negros en la Española, suplicó al rey Fernando por más y éste en carta de Sevilla, a 15 de septiembre de 1505, le respondió: "Enviaré más *esclavos negros* como pedís, pienso que sean *ciento*. En cada vez irá una persona fiable que tenga alguna parte en el oro que cogieren y les prometa alivio si trabajan bien".

Tres años después, el 3 de mayo de 1509, en Valladolid, Fernando da otras *Instrucciones* a Diego Colón, al nombrarlo gobernador de la Española, y en ellas le ordena así: "no consintáis ni déis lugar á que allá pueblen ni vayan moros, ni herejes, ni judíos, ni reconciliados, ni personas nuevamente convertidas á nuestra Santa Fe, salvo si fuesen *esclavos negros u otros esclavos* que hayan nacido en poder de cristianos nuestros súbditos é naturales é con nuestra expresa licencia". Han llegado a nuestros días noticias de licencias que desde 1509 a 1517 fueron concedidas para pasar de España a Indias, a negros y negras y algunas loras, casi todos ellos horros o libres; pero no podían resolver la angustiosa escasez de brazos.

El rey Fernando dispuso por Reales Cédulas del 22 de enero y del 14 de febrero de 1510, que a las minas de la Española se llevaran más negros esclavos, encargando a los oficiales reales de la Casa de Contratación de Sevilla que inmediatamente remitiesen cincuenta esclavos y luego otros más hasta doscientos, para que se fueran vendiendo en los poblados de la Española. Treinta y seis esclavos negros fueron enviados en seguida a esa isla en la nave de Diego Nicuesa y en abril de ese mismo año 1510 fueron consignados al Gobernador otros negros esclavos, más de cien, que el rey hizo comprar en Lisboa, ciudad que en todo el siglo XVI fue un gran mercado de los tratantes negreros.



Ya en la R. Cédula del 22 de enero de ese año 1510 se declara por el mismo rey Fernando el principio de que el trabajo de los indios debe ser sustituido por el de los negros, no alegándose razones de piedad ni política sino un mero criterio económico, el escaso valor productivo de los primeros como trabajadores: "...que los dichos quincuenta esclavos son allá muy necesarios para romper las peñas donde el dicho oro se halla porque los indios diz que son muy flacos é de poca fuerza, por ende Yo vos mando que luego pongays toda la diligencia en buscar los dichos quincuenta esclavos, que sean los mayores y más rreacios que pidierdes aver y los embieys a la dicha ysla Española. . ." Con este criterio del Rey Católico quedaba abierto el camino para la inundación aluvional de las Antillas y las costas cálidas del continente americano por oleadas de negros.

El gobierno de Castilla continuaba su política de autorizar el paso de negros a las Indias mediante licencias personales, cobrando dos ducados por cada "pieza", según R. C. de 22 de julio de 1513, hasta que por otra R. C. de 19 de octubre de 1514 el monarca redujo considerablemente ese pago a 120 maravedís (equivalentes casi a la tercera parte de un ducado) por cada esclavo que comprendiera la licencia. No cabe duda de que ya en fecha tan remota los españoles hacían el *contrabando de negros* para burlar los gastos de obtener la merced de la licencia y no pagar almojarifazgo. A veces los robaban en la misma Africa como dice Saco; pues en 1514 se formó proceso en la Española contra unos portugueses que arribaron a sus costas con negros.

La abundancia de negros esclavos en las islas era tal que seguía infundiendo recelos de nuevos alzamientos. Se pensó, con razón, que uno de los motivos de desorden entre los esclavos negros era la agamia forzosa, por falta de mujeres de su misma etnia, tal como lo fue también entre los primeros pobladores blancos, que atropellaban a las indias, y se procuró subsanar esa subversiva deficiencia. El rey le escribió de Madrid, el 4 de abril de 1514, al tesorero Miguel de Pasamonte, diciéndole: "Proveeráanse esclavas que, casándose con los esclavos que hay, den éstos menos sospechas de alzamiento; y esclavos irán los menos que pudieren, según decís". El 27 de septiembre del mismo año, escribió el Rey en el mismo sentido a Don Pedro Suárez de Deza, Obispo de la Española: "Para más pronto acabar la Iglesia podréis pasar diez esclavos: decís que así prueban los esclavos negros y que convendría fuesen más por ahora: siendo varones nó, pues parece que hay muchos y podrá traer inconveniente".

Los pobladores de Indias en todas partes seguían pidiendo esclavos, fuesen *negros* o *blancos*, y ya se atrevían a pedirlos de Castilla o de otro lugar cualquiera. Por R. Cédula de Madrid, a 14 de enero de 1514, se encargó a Pedrarias que informara acerca de si debía

accederse a la petición de los vecinos del Darién para que cada uno de éstos pudiera llevar de Castilla o "de donde quisieran" dos esclavos negros o blancos. Ese "donde quisieran" podía significar Portugal (Lisboa, o islas Cabo Verde) o directamente mediante la trata directa con las costas de Africa.

Si los indios se aniquilaban en las minas del rey católico, lo mismo acontecía con los negros. En carta fechada a 21 de junio de 1511 el rey le dice a un oficial de la Española: "No entiendo cómo se han muerto tantos negros; cuidadlos mucho". Pero si los negros se acababan como los indios, ya no podrían ser sustituidos sino con más y más negros, y el único potencial depósito geográfico de tantos esclavos no era sino el Africa subtropical, pobladísima de gentes climáticamente adaptables, paganas y acusadas también de caníbales, fuertes aunque sin pólvora y casi inermes. Además, las mermas de población en Africa no importaban al español, pues aquella tierra no era suya, ni allá tenía factorías ni asentamientos de población, y los conflictos que se producían por los mismos africanos en sus relaciones intertribales favorecían la abundancia de esclavos "de guerra", o sea de los negros cautivados de acuerdo con el derecho de gentes y la teología. No habría obstáculos filosóficos, ni religiosos ni éticos; en todo caso los negros como los indios eran bautizados, y así la conciencia no sólo quedaba tranquila sino exaltada por el gran servicio que se les hacía así a Cristo, extendiendo su fe, como a los esclavos, asegurándoles al fin de sus vidas su futuro viaje a un mundo eternamente feliz. Ya la trata negrera entre América y Africa no podía tardar. Su demora sólo dependía del reajuste de los respectivos intereses internacionales, papalmente regulados, entre España que no podía hacer la trata y Portugal que tenía el monopolio para hacerla.

El factor decisivo para la implantación de la trata negrera fue un nuevo género de explotación económica que los españoles introdujeron en el Nuevo Mundo: el *azúcar*. La cronología de los primeros azúcares en América es probablemente la que sigue. 1493 (en diciembre): introducción y siembra de unos canutos de caña de azúcar en la Española, por Cristóbal Colón. 1501 (aproximadamente): se obtiene el primer cañaveral, por Pedro de Atienza. 1506 (o el año antes): se producen los primeros azúcares, por Miguel Ballester o por Aguilón o Aguiló. 1515 (o antes): se hace la primera zafra del primer *trapiche*, por Gonzalo de Velosa. 1516: se establece el primer *ingenio*, por el dicho Gonzalo de Velosa y los hermanos Francisco y Cristóbal de Tapia. Los primeros aparatos de hacer azúcar eran impulsados por fuerza de sangre (esclavos, caballos o bueyes) que movía una rueda central, tirando vuelta tras vuelta alrededor del aparato, como en las viejas norias de los árabes en España; o bien el

rodaje de tales máquinas o ingenios era movido por fuerza hidráulica. Si en algunos *trapiches* primitivos los esclavos tiraban del molino, esto fue excepcional apenas hubo bestias de tiro suficientes; pero de todos modos en la agricultura para las siembras, cultivos, cortes y acarreos de las cañas y para las faenas industriales de la extracción y cocción del guarapo y la extracción de melazas y azúcares, eran indispensables numerosos y baratos trabajadores. El azúcar significó siempre esclavitud, aún antes de ser producida en América.

Bartolomé de las Casas penetra entonces en el vórtice de ese gran remolino social, de blancos, bermejos y negros, con que se iniciaba la *occidentalización* de tres continentes, con el Océano Atlántico, de polo a polo, como su articulación vertebral. El comprende que sólo con esos tres ramales humanos habrá de irse haciendo el definitivo trenzado social de aquel mundo nuevo y, desde su primer alegato hasta medio siglo después, en su testamento, el firme trazo de su pluma aparecerá a lo largo de esa entretejadura como una hebra de luz.

Los alegatos iniciales del Padre Las Casas presentados en la primavera del año 1516, los primeros escritos de él llegados a nosotros, son dos: una *Representación de los agravios* y una *Relación de los remedios*. De la primera sólo tenemos un extracto bastante pormenorizado. Aparece con el título de *Representación hecha al Rey por el clérigo Bartolomé de las Casas*. Este ya se refiere en dicho documento de 1516 a la "destrucción de las islas", cuyas causas dice "se reducen a dos: el *trabajo demasiado* que a los indios les ha sido impuesto por la mucha codicia de los que de España iban, y su *mal trato*, no teniendo cuidado de les dar de comer ni vestir como habían menester, según el trabajo pasaban". Acaso pudieran las dos reducirse a una sola: *codicia desenfrenada* que "mataba la gallina de los huevos de oro", según la expresión castiza. Este cuadro esquemático de la *representación* es impresionante; pero nada tiene de extraordinario ni de excesivo, salvo en lo rápido e inesperado de los acontecimientos. Las historias de las guerras coloniales y aun de las intestinas, que suelen llamarse *civiles* no obstante su frecuente incivilidad, están llenas de páginas semejantes. Hasta en las guerras e invasiones de las naciones más civilizadas halláanse esos fenómenos, que hoy estudian los antropólogos y psicólogos, de truculencias, destribilizaciones, psicosis agresivas o depresivas, desajustes y todo género de traumas de la mente que ocasionaban la "muerte por pensamiento", a que con tan galana sutileza aludía Fray Bartolomé. Cuadros lúgubres semejantes se han visto en otras numerosas ocasiones y la humanidad no tiene por qué achacar hipócritamente a España lo que no fue sino uno de los casos de *destrucción de las gentes*, de *democidios* como ahora se comienza a

decir, que han sucedido en la historia de todos los continentes por el mismo móvil de la codicia inexorable.

El segundo alegato de Las Casas en 1516, aunque publicado, es apenas conocido. Se titula "*Relación de los remedios que parecen necesarios para que el mal y el daño que han las Indias cese y Dios y el Príncipe nuestro Señor bayan más servicio que hasta aquí y la república della sea más conservada y consolada*". Esta *relación*, hallada en el Archivo General de Indias, es aquella cuya traza Las Casas redactó en Madrid para el Cardenal Cisneros y el Embajador Adriano, con la consulta de Fray Montesinos, y después limada por el Dr. Palacios Rubios, "quien la mejoró, añadió y puso en el estilo de corte". Es una *relación* realmente revolucionaria. Acaso pueda considerarse como "la primera utopía de América", aun cuando no impresa hasta 1867, pues fue contemporánea de la *Utopía* del inglés Tomás Moro, la cual se publicó en ese mismo año 1516. Es la primera *planificación social de América*, aunque utópica por la insalvable distancia histórica de las posibilidades de su realización.

El "fundamento" del remedio para los indios era "ponellos en libertad". Para Las Casas, "el haberse muerto los indios y morirse cada día, principalmente, ha estado y está en dallos y repartirlos a singulares personas, que es a cada uno por sí para que de ellos se sirva, y a esta causa todas las otras de su muerte acompañan y así mismo de ella dependen". El *repartimiento* era la causa suprema. Juicio éste muy certero del P. Las Casas. Hoy dirían los antropólogos que el *repartimiento* los *destribalizaba* y llevaba a la destrucción. El *repartimiento* significaba "distribuir", lo contrario de "contribuir"; era "destribalizar" o sea separar de la tribu a sus tribeños; más que "atribularla", era "hacer partes" la tribu, dividirla, desunirla, desintegrarla. El *repartimiento*, al partir la tribu indígena y repartir sus individuos, les desbarataba su agrupación social, indispensable para la vida, sin sustituírsela por otra. Se desgarraban las familias se rompían los vínculos conyugales entre hombres y mujeres, reduciéndolos a una forzada agamia, los viejos desfallecían sin el sostén vincular de la familia y los niños de pecho morían porque se les "secaban las tetas" a las madres. Hasta los engendrados parecían sin nacer porque "las indias preñadas tomaban hierbas para malparir". Así los nativos eran privados de sus bases de sustentación, de sus cultivos, cazas y pescas, de sus economías, de sus costumbres, de sus ritos y ceremonias colectivas y de todas las otras instituciones de su cohesión social, sin poder ajustarlos a otras nuevas que les fuesen llevaderas. "Se les desordenaba su orden", como decía Las Casas, y por consecuencia, los destruían a ellos mismos. Con los *repartimientos* las tribus y familias quedaban pulverizadas y los indios reducidos a pulvíscolo humano, a seres inconexos, disociados,

que se asfixiaban con el sofoco de aquel enrarecimiento social. En el aislamiento desesperante de la opresión, dejaban de ser vitalmente humanos. Les rompían la vitalidad esencial de su ecuación humana: individuo, sociedad, espacio y tiempo ( $H=I+S+E+T$ ); y los indios, al ser así repartidos, tenían que morir por la deshumanización de sí mismos, causada por la inhumanidad ajena.

Para acabar con esas atribulaciones de los indios, Las Casas proponía varios *remedios*. El principal era prácticamente como *retribualizarlos*. El estudio detallado de esa *utopía* lascasiana es de gran interés. ¡Ya quisiéramos los cubanos de hoy día que se implantaran algunos de los *remedios* de Las Casas que jamás fueron procurados en más de cuatro siglos! Entre los citados *remedios*, uno hay, el undécimo, que dice así: "en *lugar de los indios* que habían de tener las dichas comunidades, sustente Su Alteza en cada una *veinte negros o otros esclavos* en las minas, dé comida la que hobiere menester, y será muy mayor servicio para S. A. y ganancia, porque se cojerá mucho más oro que se cojerá teniendo doblados indios de los que había de tener en ellas". En resumen, el rey tampoco tendría *repartimiento* de indios para sí, pero en su lugar él debería poner en cada comunidad de indios *veinte negros u otros esclavos*.

Las Casas en ese alegato también propuso *remedio* para los españoles. La supresión de los *repartimientos* de indios significaba una grave subversión de aquel régimen económico-social de trabajo forzado que ya habían establecido los conquistadores. Las Casas quiere que éstos "que no eran muchos, se pudiesen ocupar y granjear y vivir en la tierra sin pecado, ayudándose, o de sus manos los que podían y solían a sus tierras trabajar o de su industria granjeando, y no fuese toda su vida, como lo había sido, estar holgazanes". Por ayudar a estos españoles, no precisamente para aliviar a los indios, pidió que al establecerse las propuestas comunidades indígenas, los españoles a quienes se les prive de los *repartimientos* hechos deberán dedicarse a minas, ganados, ingenios de azúcar y muchas otras granjerías, "haciéndoles merced de que puedan tener esclavos *negros y blancos*, que los puedan llevar de Castilla".

Estas dos son las primeras alusiones que hace Las Casas a la traída de esclavos negros a Indias. Adviértase que él no discrimina entre *negros y blancos*. No es *racista* ni es innovador, ni pide la trata con África. Propone tan sólo que a los españoles expropiados de las encomiendas de indios se les permita traer algunos esclavos de los mismos que ya había en Castilla y tal como ya se estaba haciendo en las islas. Las Casas aceptaba la esclavitud sin distinciones de colores, como era ley y uso de su país y de su tiempo, así entre cristianos, moros y judíos como entre los mismos pueblos negros del África.

Las gestiones de Las Casas, Montesinos y Palacios Rubios impresionaron mucho al regente Cisneros, quien ordenó la inmediata suspensión de toda licencia para introducir más negros en Indias, y el envío a éstas de una junta de reformadores. De las Indias se pedían más y más negros esclavos a la vez que se temía por sus sublevaciones. En 1516 había ya tantos *negros* en la Española que Gil González Dávila, el contador de la isla, en memoriales al Consejo de Indias y al Cardenal Cisneros les pedía que se evitasen los alzamientos de negros y que fabricasen dos ingenios de azúcar. Cisneros, apreciando la creciente gravedad de la crisis social de las Indias, dispuso que fueran allá tres frailes jerónimos con cierta *Instrucción* para poner *remedios* convenientes y dieran constitución política y económica al gobierno de las Indias. El mismo P. Las Casas dio "la sustancia y orden de todos estos capítulos e instrucción". En ella están ordenadas la libertad de los indios y su reagrupación en pueblos, con término suficiente, tierras familiares y otras comunes para ejidos, pastos y estancias de puercos y ganados; la regulación sensata del trabajo, un gobierno de los indios por sus caciques y *nitanos* con la supervisión de funcionarios españoles; un hospital habilitado para los enfermos, los ancianos y los huérfanos desvalidos; sendas misiones religiosas de catequismo y escuelas para enseñar a leer y escribir y a hablar en romance, a los niños hasta los 9 años, particularmente a los hijos de los caciques; el favorecimiento del mestizaje por el legítimo matrimonio, etc.

Entre tales *remedios* había uno para los españoles, dándoles facultad "para que cada uno dellos *pueda meter dos o tres o más esclavos*, la mitad varones y la mitad hembras porque multipliquen". Este remedio se refiere a la introducción de esclavos sin decir negros ni blancos, ni caribes. No se dice aquí ni siquiera *negros o otros esclavos* como en la *Relación* de Las Casas; aunque parece que implícitamente en el texto se admitía la posibilidad de traerlos sin distinciones y sin decir de dónde. No obstante, recuérdese que en esa fecha estaba prohibida por Cisneros la introducción de negros en las Indias, de modo que, sin una revocación legal expresa, no parece que se pudieran volver a traer a estas islas.

Esta *Instrucción a los Jerónimos* complementa en cierto modo la *Relación de los remedios* del P. Las Casas. Constituye, sin duda, un notabilísimo proyecto de estadista; no para un gobierno imaginario de la isla *Utopía*, como era el de Tomás Moro, sino para unas islas verdaderas, a las cuales urgía reformar realmente. Esa *Instrucción a los Jerónimos* es el primer plan sistemático colonial de gobierno, trabajo y transculturación que aparece en la historia. Muchos de sus principios lascasianos pueden verse aplicados aún hoy día en las colonizaciones francesas e inglesas de Africa y otros pueblos iletra-

dos; y en algunos aspectos, sobre todo tocante al mantenimiento de la tribu, a la gobernación indirecta mediante las jerarquías étnicas y tradicionales, a la organización del trabajo y al favorecimiento del mestizaje, no han sido superados por otros regímenes de colonización. Pero esas disposiciones, conservadoras a la vez que revolucionarias, fracasaron. Un viejo proverbio castellano, nacido sin duda de una larga experiencia, enseña que "quien hizo la ley hizo la trampa". Esas *Instrucciones* tenían su trampa, varias trampas.

Entre los peligros de aumentar a los negros esclavos, por un lado, y la creciente demanda de los mismos, por otro; Cisneros, pensando o no en sacar grandes tributos de la esclavitud, interrumpió el envío de negros en espera de la *reforma o remedio* que se implantaría en las Indias. En la R. C. del 10 de noviembre de 1516 dicen Cisneros y Adriano estar informados de "que están cargados en ciertas naos que están para partir a las Indias cientos de esclavos", por lo cual mandan que... "saqueys de dichas naos cualquiera esclavos *blancos* y *negros* que en ellas fallerdes e se entreguen a sus dueños".

Apenas llegado Las Casas a Castilla murió el Cardenal Cisneros, el día 8 de noviembre, y de Flandes llegó el nuevo rey y emperador Carlos V con la inexperiencia de sus diecisiete años y un gran canciller flamenco que la supliera. A poco Las Casas logró la confianza de este canciller y el emperador dispuso que se juntaran y "ambos a dos reformaran y pusieran remedio a los males y daños destas Indias". Las Casas se sintió feliz porque "parecía que Dios ponía en sus manos, por segunda vez, el remedio y la libertad de los indios".

No se conocen estos nuevos *memoriales* de Las Casas; pero, según él refiere, tomó ahora como base que las islas "se poblasen de españoles pues ya estaban de sus infinitos vecinos indios asoladas". Con ese fin, propuso un plan detallado de *inmigración blanca de labradores*. Entre las mercedes estimuladoras, una fue que "porque el rey tenía ciertas granjas, que acá llamamos *estancias*, donde había indios y algunos negros, aunque pocos negros para sus granjerías, que (éstos) se les diesen a los labradores donde se fuesen a aposentar, con todo lo que en ellas de valor había, salvo los indios, que se habían de poner en libertad, con que sustentasen los indios las dichas labores o granjerías algunos días". Es decir que el rey diera sus estancias a los nuevos labradores de Castilla, con los pocos negros esclavos que ya en ellas el rey tenía.

Más adelante, en este su *memorial de 1517*, es cuando Las Casas pide por primera vez la entrada de esclavos negros en el Nuevo Mundo. Dice así, en su *Historia de las Indias* (Lib. III, capítulo CII): "Otras muchas y diversas mercedes se les prometieron, harto provocativas a venir a poblar estas tierras de los que las oían; y porque algunos de los españoles desta isla dijeron al clérigo Casas,

viendo lo que pretendía y que los religiosos de Sancto Domingo no querían absolver a los que tenían indios si no los dejaban, que si les traía licencia del rey *para que pudiesen traer de Castilla una docena de negros esclavos*, que abrirían mano de los indios, acordándose desto el clérigo dijo en sus memoriales que se hiciese merced a los españoles vecinos dellas de darles *licencia para traer de España una docena, más o menos, de esclavos negros*, porque con ellos se sustentarian en la tierra y dejarían libres los indios". "Traer de Castilla"... "traer de España". Las Casas no pedía la trata con Africa. A Las Casas le preguntaron "qué tanto número le parecía que sería bien traer a estas islas de esclavos negros; respondió que no sabía". Tampoco sabía las numerosas y apremiantes peticiones que en ese tiempo se hacían desde las islas para establecer la trata directa con Africa.

¿Por quiénes, cuándo y cómo se estableció la trata negrera entre Africa y América? Ya cuando en el año 1517 los frailes jerónimos inquirían la opinión de los pobladores de la Española, el franciscano Fray Pedro Mejía propuso ir sustituyendo el trabajo forzoso de los indígenas con el de esclavos negros, que les dejaran seis indios a cada encomendero y les quitasen los demás, dándoles a razón de un negro por cada cinco indios. Según él, con traer a la Española 2 000 negros bastaba, pues suponía que ya sólo quedaban 15 000 indios encomendados. También los frailes dominicos propusieron en un *Parecer*, firmado por nueve religiosos, la traída de esclavos negros, que el rey vendería al fiado a los pobladores. Los padres jerónimos escribieron desde la Española al Cardenal, en carta de 22 de junio de 1517, lo que sigue: "Hay necesidad, como ya bien a la larga tenemos escrito, que V. S. mande dar *licencia general* a estas islas, en especial a ésta (la Española) y San Juan (Puerto Rico), para que puedan traer a ellas negros *bozales*, porque por experiencia se ve el gran provecho de ellos, así para ayudar a estos indios, si han de quedar encomendados o para ayudar a los castellanos, no habiendo de quedar como para el gran provecho que a S. A. de ellos vendrá. Y esto suplicamos a V. A. tenga por bien conceder, y luego porque esta gente nos mata sobre ello y vemos que tienen razón". Insistieron los jerónimos en pedir esclavos *bozales* y de Africa en carta de 18 de enero de 1518, decían: "En especial que a ellas se puedan traer *negros bozales*, y para los traer de la calidad que sabemos que para acá combiene, que V. A. nos mande enviar facultad para que desde esta Isla se arme para ir *por ellos a las islas de Cabo Verde y tierra de Guinea*, o que esto se pueda hazer por otra cualquiera persona desde esos Reynos para los traer acá. Y crea V. Alteza que si ésto se conzede, demás de ser mucho provecho para los pobladores destas Islas y rentas de Vuestra Alteza, serlo ha para



que estos indios sus vasallos sean cuidados y relebados en el trabajo, y puedan más provechar a sus ánimas y a su multiplicación".

El jerónimo Fray Bernardino de Manzanedo, que fue a Castilla tras de Las Casas, a comienzo de 1518 entregó un memorial de peticiones a Carlos V, donde hace constar lo siguiente: "Todos los vecinos de la Española suplican a V. A. les mande dar licencia para poder llevar negros, porque dicen que los indios no es suficiente remedio para sustentarse en ella. Aquellos Padres e yo, con los oficiales de V. A. y jueces, con algunos regidores de Santo Domingo, hablamos sobre este artículo, y vista la necesidad de aquella isla, nos pareció a todos que era bien que se llevasen, con tanto que sean *tantas hembras como varones*, o más y que sean *boçales*, y nó criados en Castilla ni en otras partes, porque estos tales salen muy bellacos". El fraile jerónimo ya no pide negros cristianos y ladinos, o sea con el habla de Castilla y hechos a sus costumbres, ya en trance de transculturación, sino negros *bozales*, rústicos, sin asomo de adaptación cultural, dejados a su más humillada e indefensa condición, para evitar en ellos toda sacudida de inconformidad en las congojas de la servidumbre. El imperativo económico exigía tan sólo aparatos de fuerza muscular que fuesen sumisos como las bestias de tiro. Y aun añade el P. Manzanedo, más exigente en la sumisividad de los negros *bozales* que debían importarse, que "... traigan negros de ciertas tierras donde son de mejores costumbres y condición y nó de las otras, que comúnmente salen siniestros". Este piadoso jerónimo no sólo pedía la trata negrera de *bozales*, pese a sus horrores, sino que también solicitaba que las *encomiendas* de los indios debían ser a perpetuidad, es decir convertirlas prácticamente en esclavitud. Con lo cual bien se prueba que en el establecimiento de la trata negrera no hubo el propósito de aliviar a los indios sino el de suplir las bajas que se producían con su despiadado aniquilamiento.

Los otros dos miembros de la triarquía jerocrática, aún residentes en la Española, Fray Luis de Figueroa y Fray Alonso de Santo Domingo, eran aún más precisos de lenguaje que su citado compañero; pedían "la trata". En su carta del 18 de enero de 1518 al Emperador le suplicaban para las Indias varias cosas: "En especial, que a ellas se puedan traer *negros bozales*, y para los traer sean de la calidad que sabemos que para acá conviene. Que Vuestra Alteza nos mande enviar facultad para que desde esta isla se arme para ir por ellos a las islas de *Cabo Verde e tierra de Guinea*, o que esto se pueda hacer por otra cualquiera persona desde esos reinos, para los traer acá". Los jerónimos insistieron en pedir *esclavos negros* y también *esclavas* de la misma oriundez. El juez de residencia Licenciado *Alonso Zuazo* también pedía *negros esclavos* en carta al Emperador de 22 de enero de 1518. Decía así: "Hay necesidad, así

mismo, que vengan negros esclavos como escribo a S. A. (...) es cosa muy necesaria mandarlos traer, que desde esta isla partan los navíos para Sevilla donde se compre lo que sea necesario, así como paños de diversos colores, con otras cosas de rescate que se usen en Cabo Verde, donde se han de traer con licencia del rey de Portugal, a que por el dicho rescate vayan allí los navíos, é traigan todos los *negros y negras* que pudieran haber en esta isla a nuestras costumbres é ponerse han en pueblos donde estarán casados con sus mujeres. sobrellevarse ha el trabajo de los indios, sacarse ha infinito oro. Esta tierra es la mejor que hay en el mundo para los *negros*, para las mujeres, para los hombres viejos, que por grande maravilla se vé cuando uno de ese género muere". En esta petición de Zuazo ya se precisa el típico comercio marítimo triangular de la trata negrera (Europa, Africa, América y vuelta a Europa y así sucesivamente), que luego fue adoptado por los negreros trasatlánticos de todas las naciones. Al pedir Zuazo que se trajeran muchos negros esclavos a la Española quiso disipar el temor de que éstos se sublevaran y acabaran con los blancos: "Es vanó, dice, el temor de que negros puedan alzarse; viudas hay en las islas de Portugal muy sosegadas con ochocientos esclavos; todo está en cómo son gobernados. Yo hallé al venir algunos negros ladinos, otros huídos a monte; azoté a unos, corté las orejas a otros; y ya no se ha venido más queja".

Ya en el año de 1518, por varias R. Cédulas, de 7 de junio, Carlos V otorgó sendas licencias personales para mandar negros a las Indias. Aquél las concedió a Jácome Lowoy, su capellán "por 10 piezas"; a Guillermo Vandense, su limosnero, "por 10 piezas"; a Fernando de Berrio, escribano del concejo de la ciudad de Santo Domingo, por 4 negros; a Gil González Dávila, contador de la Española, por 10 esclavos negros; a Pablo Mexía por R. C. de 8 de julio por 4 negros; a Juan de Sámano en 15 de julio por seis negros; a García de Lerma por R. C. de 16 de agosto para 10 esclavos negros; y quizás alguna más. Todas esas licencias exigían que los negros fuesen cristianos, para lo cual bastaba el bautizarlos, y los favorecidos tenían que pasar los esclavos consigo.

Entre esas licencias personales de 1518 hay una, del día 8 de julio, a favor de "Bernardino de Quesada, vecino de la isla de Fernandina (Cuba) para que de estos reinos pueda pasar él por su persona, e pasando él e no de otra manera, cuatro esclavos negros a la dicha isla Fernandina con tanto que sean cristianos". Otra licencia, del 27 de julio de 1518, fue para Gonzalo de Guzmán, también vecino de la isla de Cuba, para que pudiese "pasar a la dicha isla seis esclavos con tanto que sean cristianos". Pero es innegable que antes de esa fecha ya había copia de negros esclavos en Cuba. Esclavos

negros llevó consigo Hernán Cortés cuando partió en 1518 a la conquista de México. Varios esclavos negros y como 200 indocubanos fueron los motores que arrastraron la artillería española por tierras aztecas. Cuando en 1520 salió de Santiago la expedición de Pánfilo de Narváez que Velázquez envió contra Hernán Cortés, porque éste se había alzado con su empresa, también fueron en ella varios negros sacados de Cuba.

Conjuntamente con las mercedes personales otorgadas por Carlos V, el año 1518, hubo dos para unos personajes muy empinados y favoritos, o sea una para Don Jorge de Portugal, de la casa real, por 400 esclavos y otra, mayor por 4 000 negros, para el flamenco Lorenzo de Gouvenot o Gavorrod, gobernador titular de Bressa, que era mayordomo mayor del rey. Estas dos mercedes no eran intransferibles y sí negociables a terceros. El emperador otorgaba la merced, el privilegiado la vendía a terceros, éstos la revendían a los solicitantes o a los portugueses o andaluces importadores de esclavos y éstos al vender las "piezas de ébano" se resarcían del anticipado costo de la licencia, incluido en el precio de su humana mercancía.

Ya con esas mercedes podían ser satisfechas las demandas de negros esclavos. Se considera que con la licencia de 21 de octubre de 1518 al mayordomo mayor de Carlos V comenzó la trata negrera, la de negros bozales y directa con Africa, tal como oficialmente la habían pedido los padres jerónimos encargados en la "reforma de Indias" y los demás frailes de las órdenes que entonces había en la Española. Los mercaderes genoveses o sean los banqueros cristianos, que en España sustituyeron a los judíos en sus tratos de dinero con la Corona, fueron quienes se encargaron de financiar el negocio y serían los marinos portugueses los definitivos intermediarios. Pero no debe excluirse la posibilidad de que se hiciera alguna trata directa por los españoles, de acuerdo con el sistema mercantil triangular a que había aludido Zuazo. Se sabe al menos que en la escribanía de Alonso de la Barrera, en Sevilla y con fecha 3 de enero de 1527, Pedro Benito de Basiñana, mercader, genovés, pide copia de una R. C. del emperador en la cual se concede al bachiller Alvaro de Castro Deán de la Concepción de la Isla Española, licencia para pasar a dicha isla 200 esclavos negros bozales, hombres y mujeres, cumplidos los 8 años del término que se concedió a Lorenzo de Gavorrod, mayordomo mayor del Rey para pasar a la dicha isla Española 4 000 esclavos negros, para trabajar en las minas de oro; y además licencia para que, en unión del citado Basiñana, pueda dicho canónigo comprar una nao portuguesa con tripulación de 4 portugueses como máximo y el resto de españoles para que se dirijan a Guinea y compren los esclavos que vayan a pasarse". Según refie-

re Bernardo de Ulloa, "negociante de Andalucía, naturales o naturalizados en ella, empezaron a salir de España para Africa, en ésta tomaban negros, llevándolos al Nuevo Mundo y después volvían a España, donde recibían nuevos efectos y tornaban a tomar otros negros en Africa".

La demanda de negros esclavos no cesaba. En la Española, el tesoro Miguel de Pasamonte, aunque fue opuesto a la política de los jerónimos en relación con los indios, convino con ellos en pedir en 1519 al Emperador que permitiese la introducción en gran escala de negros esclavos, para que en aquella isla trabajaran no tan sólo en las minas sino también, muy particularmente, en la fabricación de azúcar que ya comenzaba a florecer. También la Real Audiencia de la Española manifestó ese año al Gobierno la necesidad de traer el mayor número posible de negros, y para conseguirlo con brevedad pidió que se ajustase *asiento* con el Rey de Portugal, porque sin ellos ya no era posible conservar las islas. "Como crecían los *ingenios* de cada día, dice Las Casas, creció la necesidad de poner negros en ellos, porque cada uno de *los de agua* ha menester al menos 80, y los *trapiches* 30 y 40". Un *asiento* siguió a otro, "de tal manera, escribe Las Casas, que se han traído a esta isla (la Española) sobre 30 000 negros, y a todas estas Indias más de 100 000 según creo, y nunca por eso se remediaron ni libertaron los indios". El rey en despacho a los oidores y oficiales reales, de la Española, datado en Pamplona el 27 de diciembre de 1523, dice saber que en dicha isla hay "muchos más negros que españoles", y sugiere medidas para castigar a los alzados y aumentar la inmigración de blancos. A los pocos años tantos negros de Africa habían sido arrancados de aquel continente para que en las Indias trabajaran esclavos, que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo podía escribir: "De los cuales (negros) hay ya tantos en esta isla, a causa de estos ingenios de azúcar, que parece esta tierra una efigie o imagen de la misma Ethiopia".

¿Cuáles son, pues, los hechos ciertos en que pueda basarse la *leyenda negra* contra Fray Bartolomé? Ya dijimos que fue esclavista como sus reyes, sus maestros teólogos y juristas. Tuvo indios encomendados y luego negros, quizás esclavos. En 28 de junio de 1544, Fray Bartolomé, siendo ya obispo de Chiapas, dio poder notarial en Sevilla a varios individuos para sus asuntos privados y en especial para que enviaran a las Indias en su nombre a cuatro negros, probablemente esclavos pero acaso horros, que se le habían concedido por real licencia, para su servicio como prelado. Esclavos negros compró un muy pío Arzobispo de Lima, lo cual no impidió su canonización como Santo Toribio de Mogrovejo. Pero el funcionamiento de la trata negrera y el controvertible fundamento de la legitimidad de la esclavitud de los negros africanos alzaban en la exaltada

conciencia cristiana de Las Casas muy profundos problemas, que él no pudo soslayar.

Las Casas jamás olvidó aquel *aviso* que dio en 1517 al Gran Canciller y a Adriano de Utrecht. En su *Historia de las Indias* ignora todas las insistentes peticiones que se hacían para establecer la trata de esclavos con África, y supone que por haber dicho él que "no sabía" los esclavos que hacían falta para socorrer a los pobladores españoles "se despachó Cédula del Rey para los oficiales de la Contratación de Sevilla, que juntasen y tractasen del número que les parecía; respondieron que para estas cuatro islas, Española, Sant Juan, Cuba y Jamaica, era su parecer que al presente bastarían 4 000 esclavos negros. Así como vino esta respuesta no faltó quien de los españoles, por ganar gracias, dió el aviso al gobernador de Bressa, que era un caballero flamenco, según creo muy principal, que el Rey había traído consigo y que era de su Consejo que pidiese aquellas licencias por merced; pidióla y el Rey luego se la dio, y luego ginoveses se la compraron por 25,000 ducados, y con condición que por ocho años no diese otra licencia el Rey alguna". Las Casas *se opuso* a esa merced, que de hecho establecía la trata "a todo meter", como se dice en Cuba, diciéndole a aquel rey mozo que los consabidos 25 000 ducados con que los genoveses, o sea los tratantes, iban a pagarle al privilegiado flamenco Lorenzo de Gavorrod lo que éste había obtenido por pura y graciosa merced regia, se los diera a éste S. A. "de su camara", de modo que las licencias fuesen gratuitas para los españoles que quisieran asentar en las islas como pobladores y éstos *se buscaran los negros en Castilla*. Pero el rey no hizo caso porque "él tenía por entonces pocos dineros", hasta el punto, afirma Las Casas, que "nunca hubo reyes con menos dineros", y lo atribuye a castigo de Dios por las atrocidades cometidas en Indias.

Más adelante, en el capítulo CXXIX de su misma obra, Las Casas repite su versión con distintas palabras y protesta de la merced que se hizo al de Bressa, de su traspaso a los genoveses y de la venta que éstos hicieron de las licencias "a ocho ducados a lo menos por cada negro". "Por manera, dice, que lo que el clérigo Las Casas hobo alcanzado para que los españoles se socorriesen de quien les ayudase a sustentarse en la tierra, porque dejasen en libertad los indios, se hizo vendible a mercaderes, que no fué chico estorbo para el bien y liberación de los indios". Las Casas, tiempo después (en el Cap. CII de su citada *Historia*), impugnaba todavía el sistema así establecido. "Fué muy dañosa esta merced, dice, para el bien de la población desta isla, porque aquel aviso que de los negros el clérigo (Las Casas) había dado era para el bien común de los españoles, que todos estaban pobres, y convenía que aquéllo se les diese de gracia y de balde, y como después los ginoveses les

vendieron las licencias y los negros por muchos castellanos o ducados, que se creyó que ganaron en ello más de 280 y aún 300,000 ducados, todo aquello se sacó dellos, y para los indios ningún fruto dello salió, habiendo sido para su bien y libertad ordenado, porque al fin se quedaron en su captiverio hasta que no hubo más que matar”.

José A. Saco señaló además que Las Casas “cuando el Gobierno le mandó que propusiese los medios que convendría adoptar en Tierra Firme para su población, dijo entre otras cosas, que a cada vecino se le permitiese llevar francamente dos negros y dos negras. En la contrata que con él se hizo en la Coruña a 19 de mayo de 1520, uno de sus artículos dice: “Que después que en la dicha Tierra Firme estuvieren hechos algunos de los pueblos que conforme a este asiento habéis de hacer, que vos el dicho Bartolomé de las Casas é los dichos cincuenta hombres podáis llevar é lleveis *destos nuestros reinos* cada uno de vosotros tres esclavos negros, para vuestro servicio, la mitad dellos hombres, la mitad mujeres, é que después que estén hechos todos los tres pueblos é haya cantidad de gente de cristianos en la dicha Tierra Firme, é pareciendo á vos el dicho Bartolomé de las Casas, que conviene así, que podáis llevar vos e cada uno de los dichos cincuenta hombres, otros cada siete esclavos *negros*, para vuestro servicio, la mitad hombres é la mitad mujeres”.

Todavía en 20 de febrero de 1531 Las Casas se refiere a lo nocivo que fue aquel *asiento* de negros, pues en una representación que elevó al Consejo de Indias decía así: “El remedio de los cristianos es éste muy cierto; que S. M. tenga por bien *prestar* a cada una de estas islas (las cuatro grandes Antillas) *quinientos o seiscientos negros* ó los que pareciere que al presente bastaren, para que se distribuyan por los vecinos, que hoy no tienen otra cosa sino indios, é se los fien por tres años, hipotecados los negros á la misma deuda; que al cabo de dicho tiempo será S. M. pagado, eterna poblada su tierra, é habrán crecido mucho sus rentas. . .” Y en una *post-data* a dicha representación, añade: “Una, señores, de las causas grandes que han ayudado a perder esta tierra, é no poblar más de lo que se ha poblado, á lo menos de diez á once años acá, es no conceder libremente á todos cuantos quieran traer las *licencias de los negros*; lo cual yo pedí é alcancé de S. M.”

En éste, como en muchos otros órdenes, Las Casas quería trasplantar al Nuevo Mundo el mismo régimen social vigente en su España. Pedía que fueran traídos de la Península quienes allí trabajaban, libres o esclavos y blancos o negros, salvo moriscos, berberiscos y otros inficionados por la “pestilencia de Mahoma”. Los enemigos de Las Casas quieren destruir su prestigio porque él pretendía para las Indias lo mismo que ya había en Castilla; pero si Las Casas

es abominable porque quiso que en América hubiera como allá trabajadores libres y esclavos, blancos y negros, ¿por qué sus impugnadores no abominan igualmente de los Reyes Católicos que eran esclavistas, hacían, donaban y vendían esclavos y desde el siglo XV introducían esclavos negros en la Península, y también de sus sucesores, de todos ellos, que hacían dinero con la criminal trata de negros africanos? Si en España había esclavos ¿por qué no podían usarlos en estas islas nuevas, como en la Canarias, en los campos de Andalucía y en las ciudades de toda Europa? A lo que Las Casas se opuso siempre fue a que los inofensivos indios fuesen sometidos a un régimen general de esclavitud injustamente, sin culpa ni pena; porque para él eso era tan inhumano y contra Dios como lo fuera allá en España esclavizar a la masa labriega y artesana, la villana y la campesina, para servir a unos intrusos e improvocados extranjeros. Y se opuso también a una trata de negros cautivados adrede en sus patrias africanas.

Lo que en 1517 no previó el P. Las Casas, él mismo lo confiesa, fue que la traída de negros esclavos a las Indias incrementaría el crudelísimo comercio negrero con África y extendería más y más contra los africanos los crímenes y atrocidades de los salteadores, tal como en América ocurría contra sus indígenas. La occidentalización de las Indias significó el saqueo y la matanza de dos continentes. A poco de establecerse en gran escala la trata afroamericana de esclavos Las Casas comprendió claramente su horrible trascendencia, vio lo que antes no pudo prever, y no reparó en señalar a los culpables: a los portugueses, que los capturaban y vendían, y a los españoles, que los compraban y hacían trabajar; a los reyes, clérigos, palaciegos, conquistadores, mercaderes y afincados que medraban con la fatiga de los esclavos; a los mismos negros que para cautivar a otros negros en su tierra propia les hacían guerra mala, rapiña y traición, y, por no haberlo previsto así en su día, hasta a él mismo se culpó. No podía ser justo ni ética y cristianamente tolerable en África, la misma iniquidad que se hacía contra los indios y que él no se cansó de combatir. Y contra la infamia de la esclavización y trata de negros clamó Las Casas con más prontitud, vigor y penetración certera que ningún otro humanista, ni español ni extranjero, ni clérigo ni laico, hasta los días de la Ilustración.

Cuando quedó establecida regularmente en Indias la *trata negrera*, no la de traer negros de Castilla sino la de *bozales* de África, Las Casas se da plena cuenta de las terribles consecuencias de aquellos *asientos* negociados a cambio de dineros por miles de esclavos negros. Y en su *Historia de las Indias*, escrita desde 1527 a 1561, confiesa su pasado error para así descargar su conciencia piadosa. Dice Las Casas: "Este aviso de que se diese licencia para traer es-

clavos negros a estas tierras, dió primero el clérigo Casas, no advirtiendo la injusticia con que los portugueses los toman y hacen esclavos; el cual, después de que cayó en ello, no lo diera por cuanto había en el mundo, porque siempre los tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos"; "porque la misma razón es dellos que de los indios" (*lib. III, cap. 102*). Advierte Saco que la palabra *primero* se refiere al año 1517, pero no a que él fuese el principio de la traída de esclavos negros, la cual ya había comenzado mucho antes a sabiendas y sin la más leve intervención de Fray Bartolomé; es decir antes que se organizara la gran trata directa trasatlántica, a modo de una sistemática y comercial empresa de cacería de elefantes u otros animales libres para prenderlos, domesticarlos y hacerlos trabajar bajo yugo.

Las Casas explica así su razonamiento acerca de la responsabilidad de los españoles en la trata negrera, que él califica en otro lugar de "execrabilísima tiranía en Guinea": "Siguióse de aquí también que como los portugueses de muchos años atrás han tenido cargo de robar a Guinea y hacer esclavos a los negros, harto injustamente, viendo que nosotros mostráramos tanta necesidad y que se los compráramos bien, diéronse y danse cada día priesa a robar y captivar dellos por cuantas vías malas e inicuas captivarlos pueden; ítem, como los mismos (negros) ven que con tanta ansia los buscan y quieren, unos a otros se hacen injustas guerras y por otras vías ilícitas se hurtan y venden a los portugueses, por manera que nosotros somos causa de todos los pecados que los unos y los otros cometen, sin los nuestros que en comprarlos cometemos. Los dineros destas licencias, y derechos que al Rey se dan por ellos, el Emperador asignó para edificar el Alcázar que hizo de Madrid e al de Toledo, y con aquellos dineros ambos se han hecho" (*Ibidem, Lib. III, cap. 129*).

Las Casas pudo observar también cómo la esclavitud de los negros no sólo fue ineficaz para aliviar la opresión y el aniquilamiento de los indios, sino que, también en el Nuevo Mundo, arrastró a los negros a una igual infelicidad. "Antiguamente, dice, antes que hobiese ingenios, teníamos por opinión en esta isla que si al negro no acaecía ahorcalte nunca moría, porque nunca habíamos visto negro de su enfermedad muerto; porque, cierto, hallaron los negros, como los naranjos, su tierra, la cual les es más natural que su Guinea; pero después que los metieron en los ingenios, por los grandes trabajos que padecían y por los brebajes que de las mieles de cañas hacen y beben, hallaron su muerte y pestilencia, y así muchos dellos cada día mueren por esto, se huyen cuando pueden a cuadrillas, y se levantan y hacen muertes y crueldades en los españoles, por salir de su captiverio, cuantas la oportunidad poder les ofrece, y así no viven muy seguros los chicos pueblos desta isla, que es otra plaga



que vino sobre ella". Y pío dominico consigna su noble palinodia: "Deste aviso que dió el clérigo, no poco después se halló *arrepiso*, juzgándose culpado por inadvertencia, porque como después vido y averiguó, según parecerá, *ser tan injusto el captiverio de los negros como el de los indios*, no fué discreto remedio el que aconsejó que se trajesen negros para que se libertasen los indios, aunque él suponía que eran justamente captivos, aunque no estuvo cierto que la ignorancia que en este tuvo y buena voluntad lo excusase delante el Juicio divino" (*Ibidem*, lib. III, cap. 129).

Fray Bartolomé fue pues un declarado e inequívoco enemigo de la esclavitud de los negros, de hecho y desde su raíz, tocante a los africanos que se cautivaban en Africa y luego se vendían en América sin justicia ni conciencia. Estas ideas de Las Casas se reflejan repetidamente en otras obras suyas y partes de de la citada *Historia de las Indias*. Nos falta espacio para citarlas todas.

El problema religioso, ético y jurídico de la esclavitud de los negros (aparte del económico) tenía seis aspectos: *a*) la esclavitud por sí; *b*) la esclavización de los negros en Africa; *c*) la trata negrera; *d*) la compra de esclavos al tratante; *e*) su aprovechamiento en España o en Indias; y *f*) sus malos tratos en todas partes. En todos ellos Las Casas fue defensor de los negros, como de los indios y de los blancos. En cuanto a la esclavitud por sí decía que era "contra natura" y sólo aceptada milenaria y universalmente por penalidad de guerra o de delito, que en cada caso habría de justificarse explícitamente, sin prejuicios esclavizadores, basados en predestinaciones bíblicas ni biológicas o en discriminaciones por colores o pueblos.

Sin impugnar la esclavitud *per se* porque era institución de la Iglesia y del Reino, Las Casas declara rotundamente "ser tan injusto el cautiverio de los negros como el de los indios". Teólogos y juristas opinaban a favor de la "esclavitud natural" para indios y negros, basándose en Aristóteles; pero éste, según Las Casas, era "filósofo gentil que está ardiendo en los infiernos" y rechazaba las sofisticadas conclusiones que se le atribuían. Teólogos hubo que sin remilgos sostenían que los negros, como los indios, estaban predestinados a ser esclavos. La *leyenda negra* contra los indios occidentales fue entonces pareja con la *leyenda negra* contra los afrooccidentales negros.

Jamás el P. Las Casas tuvo por *irracionales* a los indios, ni tampoco a los negros, aunque sin fundamento se lo atribuyó Navarrete. Bien claras son las ideas de Las Casas defendiendo sin distingos "la dignidad de la racional criatura". Para él, no cabe duda de que "el ser de la naturaleza humana consista, y principalmente, en ser racional y por consiguiente sea la más excelente de las cosas creadas, sacados los ángeles". Para él no hay distinciones. Dice en su *Historia*

*de las Indias*: "Todas las naciones del mundo son hombres, y de cada uno dellos es una no más la definición: todos tienen entendimiento y voluntad, todos tienen cinco sentidos exteriores y sus cuatro interiores, y se mueven por los objetos dellos; todos se huelgan con el bien y sienten placer con lo sabroso y alegre, y todos deshechan y aborrecen el mal y se alteran con lo desabrido y les hace daño, etc. (...) ¿Qué nación hay que no ame y loe la mansedumbre, la benignidad, el agradecimiento y el bien hacer? ¿Quién no aborrece o le parecen mal los soberbios, los crueles hombres y malos?". "Todos los hombres somos unos en maldad, dice Las Casas en su *Apologetica*, cuando de gracia y fortuna fuéremos desamparados". En un capítulo entero, el XLVIII, trata "De cómo todas las naciones pueden ser reducidas a buena policía", es decir a perder la "grosedad" de su primitiva incultura. Las Casas cita como ejemplos cuán bárbaras fueron antaño Alemania, Inglaterra, su misma España y otros pueblos de la antigüedad... "no porque tan impía e ignominiosamente errasen en el cognoscimiento de Dios y estuviesen zambullidos en las heces de la idolatría, dejaban de ser hombres y traíbles a la fé católica, como después pareció..." En la *Historia* dice: "estas gentes gentiles destas nuestras Indias, son naciones humanas, razonables, dóciles, conversables con otros hombres, reducibles a toda ley de razón y convertibles a nuestra santa fe católica, si se les propone, por el modo que la razón natural dicta y enseña que debe ser propuesta y persuadida a los principios cualquiera cosa nueva, mayormente difícil a los hombres racionales, los cuales naturalmente son aptos y nacidos para ser traídos a la virtud por bien, por blandura y mansedumbre, y desta propiedad humana y universal ninguna nación del mundo excluyó la Divina Providencia, por bárbaros, brutos y agrestes y corruptos en costumbres que sean, con que sean hombres". Las razones y ejemplos demostrativos, según Las Casas, son patentes y tan sin número, "que no se puede más dudar dello, que dudar que todos los hombres descienden de Adán". Hoy día los antropólogos no aceptan como incontrovertible la progenitura humana de aquel mitológico protoetnarca del Génesis; pero, sin duda, suscribirían la opinión lascasiana en lo que tenía de universalista y de progresivismo transculturativo. En fin, fustigando a quienes contra indios, negros y paganos levantaban pérfidas calumnias y teorías, para encubrir y disculpar las injusticias que contra ellos se ejecutaban (como la guerra y la esclavitud), Las Casas escribió de modo inequívoco, más radicalmente profundo y puro que lo hizo luego el P. Francisco de Vitoria, "como las leyes y reglas naturales y el derecho natural de las gentes sean comunes a todas las naciones cristianas y gentiles, y de cualquier secta, ley, estado, color y condición que sea, sin una ni ninguna diferencia... la misma justicia". Las

Casas no vaciló en manifestar quién fue el mentor de este su universalismo. "Todo esto es de Tulio", dice, o sea del estoico Marco Tulio Cicerón; filósofo gentil y precristiano como Aristóteles y quizá también en los infiernos, pero de cuyo paradero en ultratumba no se preocupó Fray Bartolomé.

En contraste con ese humanismo de Las Casas, harto conocidas son las ideas de ciertos frailes y conquistadores, como Tomás Ortiz, Domingo de Betanzos y otros esclavizadores, que en el Nuevo Mundo tacharon de irracionales a los esclavizados, con tanta pertinacia y escándalo que el papa Paulo III en 1537, por sugestión del P. Las Casas, del obispo Garcés o del P. Minaya, tuvo que salir a su defensa. Según decía el papa en su bula, "el demonio, el enemigo del género humano... inventó un modo hasta ahora jamás oído, con el cual impidiere la predicación de la palabra de Dios a las gentes porque no se salvarán, induciendo a algunos de sus allegados que con deseo de darle gusto no dudaban de publicar que los indios occidentales y meridionales y otras gentes que en estos tiempos a nuestra noticia han venido, se ha de usar de ellos, como si fuesen animales muchos, para nuestro servicio, bajo pretexto de que no son aptos para recibir la fe católica". Paulo III no se limitó a declarar la racionalidad de "los indios occidentales y meridionales y otras gentes que en estos tiempos a nuestra noticia han venido", sino que, de acuerdo con Las Casas y sus émulos, y consciente de lo que verdaderamente perseguían los "allegados" del diablo contra los gentíos nuevos, decretó solemnemente que éstos "en ninguna manera han de ser privados de libertad y del dominio de sus bienes y que libre y lícitamente pueden y deben usar de su libertad y gozar de ella y del dominio de sus bienes y en ningún modo se deben hacer esclavos y si lo contrario sucediere no tenga valor ni fuerza". Pero el demonio y "algunos de sus allegados" pudieron más que el papa. Este jamás "descomulgó" a quienes sostenían tamaña herejía, ni los condenó "a fuego" como así se lo pidieron Fray Juan Hurtado con su junta de maestros de teología en Salamanca y también se lo rogó el P. Las Casas en 1566 a Pío V en uno de sus últimos alegatos. La bula no fue bien recibida ni aplicada y un siglo después aún se lanzaban contra los indios los mismos despropósitos que el papa condenaba, y el jesuita P. Muriel sostenía que aquéllos no podían ser culpables de pecado capital. Y otras doctrinas anticristianas contra negros e indios fueron difundidas por los diablos, valiéndose astutamente de teólogos a su servicio.

Más impíos todavía eran quienes sostuvieron que los negros y los indios eran fatalmente condenados a esclavitud *per secula seculorum* por una maldición del patriarca Noé. Así la "servidumbre por fatalidad natural", según la filosofía de Aristóteles, pasaba a

ser "servidumbre por predestinación divina", según la Sagrada Escritura. Por tanto, esa teoría era peor, por herética y mendaz, y sus mantenedores, aunque no fueron excomulgados, acaso estén con Aristóteles haciéndole compañía. Hoy católicos y protestantes se echan unos a otros la culpa de su invención y propaganda, pero lo cierto es que ya corría contra los negros muy antes de Cristóbal Colón, y luego también no pocos teólogos en ambos bandos la prohibieron por igual en América contra los gentíos esclavizados, hasta después de haber cesado la esclavitud.

En cuanto al origen concreto de la esclavización de los negros se sabía bien que ésta provenía de las "entradas" o cabalgadas que los blancos y sus agentes hacían en Africa precisamente con tal propósito, o de las guerras que los africanos mantenían entre sí para hacer cautivos y vendérselos como "piezas" a los negreros. ¿Podían tenerse por bien habidos en conciencia y justicia esos esclavos procedentes de los salteamientos y rapiñas que se realizaban en Africa sólo para reducirlos de libres a cautivos y venderlos a los tratantes que los embarcaban para negociarlos en Ultramar? Muy precisos y elocuentes, aunque jamás recordados, son los capítulos de su *Historia de las Indias* que el gran humanista sevillano dedica a narrar el inicio y desarrollo de los salteamientos de esclavos que hacían los portugueses en las costas de Africa, acompañando sus datos históricos con pertinentes comentarios tocante a la reprobación que le merecen la criminal cacería de negros, su subyugación y su trata.

Para Las Casas la historia de la esclavitud de los negros en Africa, su origen, sus causas, sus injusticias, sus "robos y salteamientos" y hórridas crueldades, forman parte integrante de la *Historia de las Indias*, y se refiere a ello con minuciosidad de datos y juicios. Sus argumentos críticos son idénticos a los que emplea a favor de los indios. Contra los cautivadores de negros en Africa fulmina los mismos versículos del *Eclesiástico* que aplicó en 1514, con su sermón de Cuba, a los encomenderos indios; y condena al portugués Infante Don Enrique con frases acedas bien explícitas, que por obvias razones no pudo usar igualmente contra los reyes de España, a quienes procuró siempre salvar de inculpaciones, "descargando su conciencia" en las de sus avariciosos y corrompidos consejeros.

Además, Las Casas no combatió sólo por *la libertad* de los indios y los negros, aun cuando sea ésta la expresión sintética de su defensa; también propugnaba las condiciones filantrópicas de su trabajo, en edad, alimentación, jornal, horario, fatiga, descanso, albergue, salubridad, familia, educación, etc. Algunas de sus humanitarias demandas continúan vigentes para millones de indígenas de América.

La minuciosa y elocuente defensa de Las Casas a favor de los negros y contra su esclavitud no fue superada por ningún otro teólogo ni jurista de los siglos XVI y XVII; pero jamás es mencionada ni aducida, aun cuando otros autores sean citados como enemigos de la esclavitud de los negros no siéndolo en verdad. En la segunda mitad del siglo XVI aparecen las opiniones de los frailes dominicos Domingo de Soto, Alonso de Montúfar y Tomás Mercado, de Fray Benito de la Soledad y del juriconsulto laico Ldo. Bartolomé de Albornoz. Todos ellos tienen las mismas ideas básicas de Las Casas. La esclavitud es ley del reino y del derecho de gentes, aunque contra natura, pero los orígenes africanos de la esclavitud de los negros son ilegítimos, la trata es injusta e inexcusable, son las compras y explotaciones de los negros esclavos en la Península y en las Indias. Mas ninguno de esos autores tendrá la vehemencia de Las Casas, ni más fortaleza ni erudición en sus justificaciones y testimonios. Ya a fines del siglo XVI advertía el valiente Licenciado Bartolomé de Albornoz que "ningún clérigo abogaba por los negros mientras se llevaban cuatrocientos para defender a cada indio". Era que entonces, aun cuando los indios seguían supeditados, ya se había prohibido en absoluto su esclavitud y en cambio la de los negros iba en aumento cada día y había interés en cohonestar a los esclavos en su infelicidad y en razonabilizar y exculpar, por medio de argucias teológicas y jurídicas, los "intereses creados" contra ellos. El mismo P. Vitoria, aunque dominico, había caído en el equívoco acomodaticio de eximir de toda culpa y pecado a los amos de los esclavos y a los mercaderes negreros.

A fines del XVI y comienzos del XVII los jesuitas entran en el debate sobre la esclavitud de los negros. Uno de ellos, el catalán P. Pedro Claver, en Cartagena de Indias, bautiza a 300 000 negros bozales llegados de Africa y los alivia en sus congojas y miserias, por lo cual fue luego canonizado. El andaluz P. Alonso de Sandoval lo secunda y bautiza a 30 000; éste va después a Lima y escribe un libro acerca de los negros esclavos en el cual declara capaces de ser cristianados y pinta los horrores de la trata con gran realismo. Otros teólogos jesuitas siguen a Sandoval, como Diego de Avendaño, Luis de Molina, etc. Pero ni Claver, ni Sandoval, ni sus seguidores fueron *abolicionistas* de la esclavitud, como ha sido dicho con frecuencia y error. Georges Scelles sostiene, al contrario, que los escritos de los jesuitas fueron los que con su casuística más legitimaron la esclavitud. El primero de esos teólogos tranquilizadores de la conciencia esclavista parece haber sido el portugués P. Brandao, cuya doctrina hace suya el P. Sandoval. Según él, no debe haber escrupulo alguno de conciencia en los negreros, ni en los mercaderes que les compran sus "piezas", ni en los que se hacen sus amos y se benefician

con su labor forzada. Si alguna culpa hubiere deberá recaer en los negros mismos, que allá en Africa a veces apresaban malamente a sus paisanos para venderlos a los negreros de las factorías. Claro está, según el P. Brandao, que si se probaba haber sido mal cautivado un negro, éste debía ser libertado. Pero la posibilidad de tal probanza era casi del todo inverosímil; en una historia de varios siglos sólo se dieron dos casos, uno en Cádiz y otro en México. Pero ella servía para doctrinalmente convalidar, con ese escape excepcional, la presunción jurídica de la legitimidad del cautiverio en la generalidad casi unánime de los casos. Por otra parte, el comprador de esclavos en América era un *tercero*, inocente de toda culpa, después de un *segundo*, también exculpado, que era el tratante negro, y de un *primero*, que era el cautivador en Africa, sólo a veces posiblemente culpable si los esclavos, a sabiendas de él, no habían devenido tales por justa guerra o por pena, según la ley de los africanos. Esta doctrina casuística, iniciada en Portugal por el P. Brandao y en España por el P. Sandoval, fue aprobada por sus superiores y adoptada por el Consejo de Indias en 1685. Es la que, después de Aristóteles, inspirará al P. Juan Ginés de Sepúlveda, a Solórzano y Pereyra y a otros juristas. Esta casuística se acentuará aún más en las obras de los jesuitas Avendaño, Molina y otros hasta Muriel, en quien la escuela probabiliorística llega a su colmo contra los negros como contra los indios a quienes él suponía incapaces de pecado mortal. Todavía a pocos años, el P. Constantino Bayle, uno de los más enconados impugnadores de Las Casas, sostiene que las culpas morales de la esclavitud de los negros sólo podrían recaer sobre los portugueses, que tenían el monopolio de la trata, y nunca sobre los españoles, que en las Indias "no estaban para tales inquisiciones".

Hasta aquella supuesta maldición de Noé, que no era sino una de tantas *leyendas negras* pues no tenía fundamento bíblico alguno, fue sostenida a través de los siglos por sesudos eclesiásticos. La propagaron, entre otros, el P. Gumilla, S. J., en su obra *El Orinoco Ilustrado* del siglo XVIII, y el P. Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana* de 1723, quien no sólo derivaba del patriarcal episodio del Génesis la "esclavonia" de los negros e indios, sino el color prieto de los primeros y el bermejo de los segundos. Todavía, cuando ya España había abolido la esclavitud y sólo dos años antes de perder su última colonia en América, la blasfema propaganda fue afirmada con increíble desenfado en un libro sobre *La Guerra Separatista de Cuba*, publicado el año 1896 en Madrid por el Provisor de la diócesis de La Habana, que se llamaba Juan B. de las Casas, si bien se firmó solamente "Presbítero Juan B. Casas", renegando así de su abolengo ilustre por serle insufrible el escozor de su sarcástica homonimia.

Bartolomé de las Casas no ignoraba la bíblica maldición de Cam y la considera en su *Apologética*; pero no deriva de ella ninguna predestinación contra los negros, ni contra los "fenices" o fenicios y "la gente egipciaca", a quienes supone de "la generación de Cam"; y hace provenir sus males históricos de que Cam inventó la magia y de que, apartándose del verdadero Dios, aquéllos, sus descendientes, adoraron "el cabro hediondo" y todo género de Aberraciones. Las Casas, llevado por las fábulas de Beroso, supone que Noé pudo ser confundido con el dios Jano y de ahí se desvía a muy extravagantes deducciones. Fray Bartolomé puede ser criticable por ello; pero ciertamente es de admirar cómo, ni en una sola frase, él jamás hizo alusión ni dio cabida al falso racismo teológico que, basado al parecer en textos eclesiásticos y en exégesis caprichosas, era tan corriente en su tiempo y perturbó durante siglos a no pocos clérigos, hasta el punto de haberse presentado el problema al Concilio Vaticano, a mediados del siglo XIX, según refiere el P. Charles.

Las Casas no entró jamás en esos artilugios de la política transigente y de la dialéctica probabiliorística. Nadie como él rechazó de raíz y sin distingos, no sólo la trata negrera sino la esclavización de los negros tal como realmente se hacía en Africa. No buscó en manera alguna disculpas a los españoles, echándoles la mancha a los portugueses o a los reyezuelos bárbaros del Africa misteriosa; antes al contrario él, sólo él, con certeza y sin vacilaciones, fijó que la culpa de la trata de los portugueses y la de las guerras entre los mismos negros africanos no eran sino consecuencias de la originaria codicia de los cristianos pobladores de las Indias. "Nosotros, dice, somos causa de los pecados que unos y otros cometen, sin los nuestros que en comprallos cometemos". Para Las Casas no podían ser absueltos de culpa y crimen ni el amo que explotaba a los esclavos, ni el mercader que los compraba y los vendía, ni el negrero que los transportaba de Africa, ni siquiera los negros africanos que, azuzados por la codicia de los blancos, allá en su tierra se hacían guerras injustas, muertes, robos, plagios y todo género de atrocidades para seguir haciendo esclavos y engrosar el negocio de los cristianos, quienes así eran arrastrados por Satanás hacia los infiernos, mediante aquel aparato tricontinental de la trata esclavera que fue organizado por el ya pujante capitalismo del siglo XVI.

Las Casas tampoco exculpa a los esclavizadores negreros por el consolativo argumento de que los negros, a cambio de ser forzados por vida a servir a cristianos, y conocer por esto al verdadero Dios, alcanzarían la gloria eterna. Ese fue sofisma muy socorrido y muchos teólogos y juristas hasta sostuvieron que la esclavitud del negro le era a éste muy ventajosa, pues se recompensaba a quien la sufría con el insuperable premio ultramundano de la inmortalidad feliz;

pero Las Casas no se convencía con tal aberración. "Esta es regla católica, dice, y de evangélica verdad que no se ha de cometer el más chico pecado venial que se puede hacer para que de él salga el mayor bien que sea posible imaginar, cuanto menos tan grandes pecados mortales". Para Las Casas "el fin no justifica los medios". El no caerá en las tembladeras del acomodaticio probabiliorismo, que luego se utilizará durante siglos para acallar la conciencia de los negreros y los amos de esclavos. Las Casas jamás creyó ser buena práctica cristiana la de convertir a los paganos por medio de la fuerza, "a cristazos" como diría Unamuno; y sólo para demostrarlo escribió un tratado teológico. Las Casas siempre tomaba el ejemplo de las predicaciones que hicieron los apóstoles. Creía en el catequista lavatorio de los pies ajenos como humildemente hacía Cristo; pero nunca en el de las propias manos como Pilatos pretendía limpiarse la conciencia. Si Las Casas soñó alguna vez haber figurado en el originario apostolado de Jerusalem, seguro que no estuvo con el Iscariote, en sórdida traición por logro de dineros; ni con Pedro, cortando orejas con espada y renegando de su Maestro al cantío del gallo. El apóstol hispano se habría sentado entre los evangelistas, acaso junto al visionario de Patmos, y con el realista Tomás, el que quería "ver y creer" y de quien le decían a Fray Bartolomé que había venido a las Indias, a sus Indias, a predicar la fe de Cristo "como Dios manda".

No parece pues acertado asegurar que si el sevillano P. Bartolomé de las Casas fue el "apóstol de los indios", el también sevillano P. Alonso de Sandoval fue el "apóstol de los negros". Las Casas apostoliza, Sandoval transige; el uno resiste, el otro resigna; aquél es revolucionario y al fin triunfa, aboliéndose la esclavitud de los indios; pero éste contemporiza y legitima la esclavitud de los negros, la cual, con bendiciones, dura en la América Hispánica hasta 1886, poco antes de 1898 cuando cesa en ella el dominio español. España no tuvo en América más que doce años sin esclavitud. Sus primeros esclavos se hicieron en Cuba, en 1492, y aquí mismo fueron emancipados los últimos, en 1886. Si a Las Casas se le puede llamar "apóstol de los Indios", también fue "apóstol de los negros". La historia reta a sus enemigos a que presenten unos textos a favor de los negros esclavos, contra su cautiverio en África, su trata a través de los mares, su explotación en América y su cruel tratamiento en todas partes, que sean más tempranos, vivos y concluyentes que los escritos con ese propósito por Bartolomé de las Casas, el gran español.



# LA MUJER ESPAÑOLA A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Por *Rafael ALTAMIRA Y CREVEA*

## I

ENTRE el copioso material acumulado para terminar mi *Nueva Historia de la Civilización Española* que vendrá a contener cuatro volúmenes por lo menos, he hallado el texto taquigráfico de una conferencia que hace tiempo di en un Colegio internacional de educación femenina, acerca de la mujer española desde el punto de su situación social, sus derechos familiares y su cultura.

He releído ese texto y encuentro en él algunas noticias curiosas e interesantes que no figuran en ninguno de los libros de historia española de tipo docente, ni en los de divulgación. Y dado que mi citada conferencia es todavía inédita de punta a cabo, he creído útil publicar esas noticias que, por lo menos, si las supieron hace años muchas gentes, han debido caer en el olvido después de todas las vicisitudes que desde 1936 han sacudido nuestra alma y le han obligado a pensar en otros problemas de superior urgencia. He ahí la razón que me mueve a imprimirlas ahora en los *Cuadernos Americanos*.

El punto de arranque que adopto es el de la llamada Edad Media, a partir de la construcción efectiva de nuestro propio pueblo en el esfuerzo para ser independiente de las invasiones coloniales y de conquista que, durante siglos, le perturbaron su creación genuina. La lucha entonces era con los musulmanes, enemigos en este sentido; pero también educadores nuestros en muchas cosas que cimentaron la cultura hispana.

Las fuentes principales de las noticias que siguen son de índole jurídica, las más de las veces; no sólo porque la posición social de la mujer se definió en textos de esa naturaleza (cosa poco frecuente durante muchos siglos en lo tocante a la cultura), sino también porque las relativas a este último hecho son muy escasas y apenas si alcanzan la categoría de hipótesis o deducciones de leve fundamento, a base de los matrimonios mixtos con los extranjeros, romanos, visigodos y mahometanos. En el mismo orden jurídico, no todo lo

que sabemos procede de la legislación (es decir, del Derecho escrito), sino que también, y en muchos casos, se funda sobre la costumbre, o sea las normas no incluidas en las leyes pero practicadas, aun con trasgresión de estas últimas.

Como el cuadro general más antiguo que conocemos de esa estructura es el de la época visigoda, creo conveniente dar, como introducción que precede a la Reconquista, un breve conocimiento de él. La base legal germánica es bien conocida y se resume en la potestad del padre sobre las mujeres solteras que viven en su propia familia y, por de contado, la que también poseía sobre su consorte; la dote que el marido entregaba para el traspaso, a su favor, de la potestad del suegro, con referencia a la que iba a ser su esposa, etc. A este cuadro en el que la mujer carece de libertad y de derechos propios, suceden en los siglos de la Reconquista algunas concesiones que empezaron a mejorar la situación de la mujer casada. Tal fue, principalmente, la comunidad de bienes entre marido y mujer durante el matrimonio, en la forma de los bienes dichos "gananciales"; es decir, la formación de un acervo común de todas las ganancias que se obtienen dentro del matrimonio, o (de ordinario) de cierta parte de ellas, cuya división se verificaba a la muerte de uno de los esposos: hecho de que da testimonio una ley de Recesvinto (siglo VII). Otra novedad fue la dote de la mitad de los bienes del marido entregados por éste a su mujer: dote excesiva que equivale a una participación igual de la fortuna del marido, y que los reyes visigodos limitaron, según atestigua una ley de Chindasvinto (mediados del siglo VII) que redujo la dotación al décimo de los bienes del marido. Pero esta ley fue superada por las costumbres visigodas, que siguieron viviendo y se transmitieron a los tiempos de la Reconquista: de lo cual hay ejemplos en territorio de Asturias y de León, tan vivos como si no hubiese existido en la legislación visigoda ningún género de limitación. También fue una novedad interesante, que acaba de caracterizar todo este ambiente jurídico de los germanos con relación a la mujer, el hecho de otorgar a ésta la potestad sobre los hijos, ejercida sobre los actos primordiales de la vida como el matrimonio y la educación, cuando sobrevenia la viudez de la mujer.

Con estas novedades favorables a la vida económica de la mujer, a su "patria" potestad y su dignidad, comienzan los tiempos de la Reconquista en que la invasión musulmana aporta elementos importantes. Esos elementos los conocemos hoy bien, gracias a los estudios hechos por nuestros arabistas del siglo XIX y del actual. De ellos podríamos decir que si, en efecto, es verdad que la mujer musulmana ocupó en el matrimonio una situación de inferioridad con rela-

ción a la mujer cristiana de los países monógamos (monógamos, por lo menos, al parecer), puesto que aquélla tiene que soportar la existencia de otras mujeres legítimas e ilegítimas dentro de la familia, no es menos cierto que también gozó del derecho de reducir el número de las mujeres exigiendo al marido, si es la primera que se casa con él, que éste no tenga ninguna otra; y también a establecer ciertas otras ventajas personales como la de recabar el derecho de recibir visitas dentro de la casa con entera independencia de la voluntad del marido.

Estos dos datos templan el concepto vulgar que se ha solido tener de la mujer musulmana como absolutamente sometida y encerrada por el amor exagerado y egoísta del hombre. Pero juntamente con ellos hay que considerar estos otros hechos: la asistencia libre, franca y respetada, de frecuentar las aulas públicas docentes, donde oía las explicaciones de los maestros juntamente con los hombres (es decir, una verdadera coeducación); y una gran libertad en los viajes. En confirmación de esto último conocemos hoy varias noticias de viajes de mujeres musulmanas a Oriente, unas veces con intentos de cultura, otras por capricho, y otras para velar por sus intereses, o por asuntos de familia. También disfrutó de la libertad de discurrir por las calles sin llevar velo. Parecería obvio decir que la dicha concurrencia de la mujer musulmana a la vida intelectual de su país, había de traer, como es consiguiente, su fruto; y en efecto, la España musulmana es riquísima en mujeres literatas (poetisas principalmente) o que intervienen en la sociedad culta de su país, y hasta llegan a obtener una gran influencia en el orden político.

Vengamos ahora a los reinos cristianos del mismo periodo histórico; y con objeto de establecer claramente las líneas fundamentales de su respectivo cuadro, consideraremos a la mujer en las varias situaciones que podía tener entonces, comenzando por su situación como hija de familia. Las notas geneales y características de la hija de familia en aquellos tiempos, tanto en el orden del derecho legislado como en el de las costumbres, son las siguientes: la mujer está completamente sometida a la voluntad de los padres; el acto más trascendental, sin duda, que realiza en la vida, el de casarse, no depende de su voluntad, pues son los padres quienes la casan. Los padres transmitieron su autoridad directamente al marido de su hija: durante algún tiempo, a través del sacerdote, como testimonian varios documentos de aquella época. Pero si esta es la condición común y corriente de la mujer, conocemos también excepciones que aparecen dentro de este mismo periodo de la Reconquista, y que demuestran la liberación de la voluntad femenina que, una vez muertos los padres, pasaba normalmente a la potestad de los herma-

nos. Una de esas excepciones la establece una ley del Fuero Real (mediados del siglo XIII), en virtud de la cual vemos cómo, habiendo muerto los padres, la mujer puede casarse a su gusto, saltando por la voluntad de sus hermanos. Otra ley muy curiosa (de Navarra) consiste en otorgarle a la mujer el derecho a renunciar al primero y al segundo marido que le proponían, pero no tenía más remedio que aceptar al tercero. Juntamente con esto, y en toda esa zona tan interesante del derecho consuetudinario que forma el Norte de España, desde las provincias vascongadas, Navarra, Aragón, Asturias, hasta León, y particularmente en los sitios donde ha habido secularmente comunidades agrícolas, vemos muchas veces a la mujer como jefe de esos grupos. Es ella y no el varón quien hereda y quien dirige la vida económica y social de la familia, como ha historiado de una manera admirable Joaquín Costa. En algunos países donde se abre pronto paso el principio de la herencia única (o sea, de la primogenitura dentro de la familia), en Cataluña, por ejemplo, la mujer puede ser heredera también, y entonces se convierte en *Pubila* cuando no hay un *heren*; es decir, puede ser también jefe económico y social de la familia.

Aparte lo dicho anteriormente, la mujer se consideró en general, incluso cuando era viuda, en una situación de gran inferioridad y dependencia respecto del varón. Se ha querido explicar esto por lo azaroso de los tiempos, por la necesidad de que la mujer tuviese el amparo de un hombre capaz de empuñar las armas y de defenderla contra las situaciones sociales para las cuales el derecho de la fuerza era el derecho preponderante. Pero por más que esta explicación tenga una gran verosimilitud y se pueda apoyar indudablemente en hechos muy conocidos, indudablemente también debemos reconocer, por bajo de estas imposiciones de las circunstancias, la presión tradicional de la superioridad del varón, ya que se consideraba a la mujer como débil, imposibilitada de defenderse, y necesitada constantemente de un auxilio. De otros prejuicios hablaré más adelante.

Como mujer casada, la mujer española (no sólo la castellana sino la de todas las regiones de la Península), continuó con el disfrute de aquellas ventajas de orden económico que hemos visto en el periodo visigodo, acrecentadas algunas veces. Así encontramos, como institución característica dentro de este periodo, el "pacto de unidad y hermandad", es decir, el derecho de usufructo de los bienes del marido muerto, institución que no sólo existe con este nombre en los territorios de León y de Castilla, sino también (aunque con nombre distinto) en los demás territorios españoles, donde se llamó por ejemplo, *vindedad* (Aragón) y *fealdad* (Navarra), etc. En todas partes hallamos igualmente, como una nota general, que la mujer

gozó del derecho de participación, en usufructo, de todos los bienes de la familia, o una parte considerable de ellos.<sup>1</sup>

Juntamente con lo dicho, la antigua comunidad de bienes dentro del matrimonio, es decir, mientras subsiste la relación matrimonial, continúa extendida con un carácter muy general dentro de la Península, no obstante los ataques del derecho romano desde que éste comienza a abrirse paso por España, pues por el sentido individualista que entonces le caracterizaba, habría de quebrantar este género de comunidades. Tomaron éstas un desarrollo considerable en Valencia, donde apenas hubo familia constituida que no fuese sobre la base del régimen de comunidad completa de bienes. No hay para qué decir que los "gananciales", unas veces divididos por mitad, otras por partes desiguales según la aportación al matrimonio, son una institución que perdura también de una manera general como nota característica de la sociedad en Castilla y León, pero extendida a muchos territorios de Cataluña, Aragón y Navarra.

En algunos sitios adquirió un relieve particular el poder femenino dentro de la familia, como por ejemplo en Aragón, donde la mujer pudo administrar la hacienda de la familia en ausencia del marido, y éste no podía vender sin el permiso de su consorte. Todo lo cual elevó la situación de la mujer, cualquiera que fuese su situación social. Este último hecho me recuerda una nota pintoresca de las costumbres castellanas, mantenida y llegada hasta nosotros en virtud de un texto del que se ha llamado *Fuero Viejo de Castilla*, y que pertenece a la categoría de *las Fazañas* castellanas. Dice así en su título 50., ley 17: "Façaña de Castiella es: Que la Dueña Fidalgo que casase con labrador, que sean pecheros los suos algos (sus bienes); pero se tornarán los bienes exentos después de la muerte del suo marido: e debe tomar a cuestras la Dueña una albarda, e debe ir sobre la fosa de su marido e debe decir tres veces, dando con el canto de la albarda sobre la fosa: Villano, toma tu villanía, da a mi mi fidalguia". Con lo cual recobraba ella la condición que había perdido al casarse.

## II

Es creencia constante de todos los tiempos, que la situación desfavorable de la mujer obedece al concepto antropológico que el hombre tiene de ella; concepto que explica la dureza extraordinaria de nuestra legislación, por ejemplo en cuanto al adulterio de la

<sup>1</sup> Según Hinojosa, el historiador bien conocido del Derecho español, el pacto de unidad y hermandad de la Edad Media era un usufructo de que ya existen fuentes documentales en el siglo X.

mujer, mientras que para el del varón casado no hay ningún género de castigo. La consecuencia era que el marido podía matar a su consorte adúltera (y a su cómplice) o condenarla a esclavitud o a sufrir la vergüenza pública: unas veces con palos, como por ejemplo en Cataluña, otras veces sin ellos, como sucede en Valencia, más dulce en este punto que la legislación catalana. También castigaba al varón que cometía adulterio con la consorte; pero siempre este delito en la mujer fue considerado como un delito grave.

En punto a la sumisión al marido en todos los órdenes, se puede bien deducir de los antecedentes que hemos dado (salvo algunos casos excepcionales como el de ciertos territorios del reino de Aragón que acabo de citar). Esa sumisión expresa una falta completa de personalidad en la mujer, y llevó consigo también, como una secuela, el hecho verdaderamente vergonzoso del repudio, en virtud del cual el marido podía deshacer un matrimonio que la iglesia consideraba irrompible, con todas las consecuencias que esto había de producir. Dato muy interesante, aun cuando muy lastimoso también, es el que se halla en el derecho catalán, y que no obstante constar en un documento del siglo XIV, no obliga a deducir que represente una excepción regional, sino que, probablemente, era una costumbre general de todos los países peninsulares. La experiencia de nuestros días parece venir a confirmar esa creencia, incluso con protestas de la misma mujer si alguien intenta entrometerse en ese uso, que ella considera nada menos que como un derecho de parte suya. Aludo a la costumbre de pegar el marido a la mujer; y el documento a que me refiero lo prueba, *a contrario*, porque en él hace el marido promesa a la mujer de no pegarle. En mi adolescencia he sido testigo de la subsistencia de aquel hecho en la Huerta de Alicante; y muchos años antes, según oí a mis padres, comprobó lo mismo, en la ciudad, don Ramón de Campoamor, entonces Jefe Político en Alicante. Lo que no garantizo es que la mujer española actual consienta, las más de las veces, la práctica que sus antecesoras consideraban de tal modo como natural, que hasta cuando el marido renunciaba de hecho a ella, las mujeres consideraban esa renuncia como una prueba de que ya no las amaba.

A las razones antes expresadas que motivaron, en la Edad Media y en gran parte de la moderna, la concepción de la necesaria inferioridad de la mujer, hay que añadir otras tres que se encuentran en la literatura general y en la jurídica de aquellos siglos (p. e. Las Siete Partidas de Alfonso X) y en las de otros países, cuyos autores relevantes fueron Boutiller, Tiraqueau, Bodin y el antecesor de éste, maestro Luis Vives (1492-1540). Bodin es de 1530-1596. Las aludidas razones consistían en suponer calidades ingénitas en las mujeres: "fuente de pecado", avaricia y falsedad.

En lo que toca a la vida política, la mujer ha tardado muchos siglos, en España y en el mundo entero, en ser ciudadana con los mismos o parecidos derechos que el hombre. Pero esta situación ha tenido excepciones de gran importancia. Desde luego, la excepción fundamental de que pudo ser reina, y lo fue varias veces en los reinos de la Península española. Sabido es que nuestra tradición constante ha consistido en respetar ese derecho a la Corona, en la hija primogénita de los reyes. Pero el fundamento de esa tradición, a mí me ofrece cierta duda. ¿Responde ese derecho a una doctrina verdaderamente feminista, es decir, a la creencia de que la mujer es capaz de desempeñar el cargo de reina con todas las condiciones que ello requiere; o, por el contrario, obedece sencillamente al deseo de los reyes de asegurar la herencia a la Corona dentro de su familia, para lo cual aceptaron indistintamente los elementos que tenían a mano, fuesen varones o hembras? A esta segunda explicación nos inducen hechos como, por ejemplo, los muy conocidos del tiempo de la reina Doña Urraca (fines del siglo XI, comienzos del XII), la cual tuvo que recibir constantemente las observaciones de sus vasallos, quienes le impulsaban a tomar marido para que hubiese un hombre al frente de la Corona; es decir, para que contara el trono con persona capaz de abrazar el escudo. No obstante esta aseveración, la mujer española intervino muchas veces en la guerra. Conocemos, en efecto, bastantes casos en que la mujer defendió el castillo familiar en ausencia de su marido, para sostener el derecho del apellido en las guerras con otras familias señoriales; como también defendió la libertad de la Patria contra los invasores extranjeros. Todavía es más interesante y significativo este otro hecho: el de que la mujer firme con el marido documentos públicos de una importancia extraordinaria, como son las Actas de los Concilios reales, es decir de las reuniones de carácter político y administrativo que celebraban los reyes entonces: así como en el otorgamiento de Fueros. Ambos hechos parecen indicar que se les reconocía en ciertos casos una personalidad de orden político igual a la del hombre.

Por último, conviene saber que, algunas veces, los reyes concedieron a las mujeres funciones de gobierno. Es decir, hubo una determinación del Poder Público que reconoció a la mujer condiciones especiales para poder desempeñar aquellos cargos que, en general, se suponía que no podía dirigir. Recuerdo, entre otros, el caso de Doña Milia, la madre del Conde de Lemus, que consta en un documento gallego del siglo XIII.

En fin, para terminar este cuadro de las excepciones femeninas en la vida política y administrativa, señalaré el hecho de que, en Aragón, la mujer podía ser *procuradora* y prestar el servicio vecinal.

Asistía, desde luego, a los concejos abiertos en aquellos lugares en que la organización municipal era de esta clase. Lo mismo sucedió probablemente en otras regiones peninsulares, donde se conservó ese privilegio hasta el siglo XIX en territorios de derecho consuetudinario.

Si esta fue la condición de la mujer que nos muestran en tiempos de la Reconquista los textos legales y algunos de costumbres a que hice referencia, conviene sin embargo que apuntemos también cuál era la condición general suya en las costumbres y en la opinión pública. Esta condición era la de la reclusión en la casa y la del recato más absoluto. Este recato está sancionado precisamente por una serie de castigos contra aquellos que faltaban a la mujer en cualquier cosa que pudiese significar un atentado al recato mismo. Esa garantía llegaba hasta el punto de que, en muchas legislaciones y en muchas costumbres, cuando se ofendía a un hombre en presencia de una mujer, era preciso dar excusas a la mujer. Por cierto que no nos sobraría la práctica de esta costumbre actualmente.

De otra parte, el espíritu caballeresco de que tanto se ha hablado y que se ha querido tomar como significativo de que realmente la opinión pública era favorable a la mujer y le rendía el respeto que debe merecer a todo el mundo, no fue más, en gran parte, que una fábula de carácter puramente literario y sin realidad en la vida, y que por eso no trascendió a las verdaderas costumbres. Desde luego, fue completamente compatible con todo género de groserías y de bestialidades en aquellos tiempos. Signos de ello es la inmoralidad verdaderamente espantosa de que nos dan testimonio las fuentes literarias de entonces, inmoralidad que se ve tanto en hombres como en mujeres. Basta leer los textos españoles desde el Arcipreste de Hita hasta los de todo el siglo XV, para probar que entonces existía una grave corriente general de inmoralidad. En medio de ella se señala, como nota singular que al comienzo de conocerla refresca el ánimo, la polémica sostenida desde el siglo XIII hasta el siglo XV en España acerca de las condiciones de la mujer, tanto en defensa como en contra de ésta. Esa polémica literaria tiene su origen en la traducción de un libro oriental que hizo un hermano del rey Don Alfonso, el infante Don Fadrique, con el título (al menos, con ese le conocemos hoy día) de *Engaños y Asañamientos de las Mujeres*. De aquí partió toda una polémica literaria sumamente interesante, pero que no ha sido estudiada todavía. Desde ese punto de vista, a ella pertenece un número relativamente considerable de libros escritos en tierras de Castilla y de Cataluña, por Don Alvaro de Luna, el Arcipreste de Talavera, Jaume Rocha y otros autores, en los cuales se discuten las condiciones ingénitas de la mujer. Muchas veces no representan esas opiniones nada en favor del sexo



femenino, salvo un ligero paréntesis contenido en una parte del texto de Rodríguez de la Cámara o del Padrón, en que llega a sostener, pero muy de pasada, que las mujeres son superiores a los hombres incluso por naturaleza. Lo que discutían principalmente los autores citados eran las virtudes y los vicios de las mujeres en la parte moral y más privada. La corriente general las atacó sosteniendo que la mujer tiene todos los pecados capitales y veniales, todas las malas condiciones del espíritu, desde la codicia, de que la acusan terminantemente los textos de *Las Partidas*, hasta la astucia más redomada para engañar constantemente, y siempre con fortuna, al hombre. Entre los autores citados hubo un literato y al mismo tiempo, político, hombre de gran importancia en la historia de España, que levantó la voz en pro de las mujeres, sin dejar, al mismo tiempo, de persistir en que la mujer era inferior al varón. Me refiero al Condestable D. Alvaro de Luna (mediados del siglo xv), quien concedió y predicó que las mujeres eran capaces de virtud, o por lo menos tan capaces de virtud como los hombres. Veamos, para comprender el sentido de su opinión, dos trozos nada más del capítulo final del libro de Don Alvaro de Luna; el primer párrafo marca perfectamente el carácter de la polémica y dice acerca de la igualdad moral: "Libro de las claras e virtuosas mugeres. Non fue ni e nuestra entención de fablar aquí de los vicios de los onbres nin de las mugeres; mas solamente, mostrar las virtudes ser comunes a las mugeres e a los onbres segund lo qual los viçios e peccados, defectos e menguas, e asi mesmo las virtudes, parescen ser comunes a todo el linage umanal, a los onbres e a las mugeres".

El segundo párrafo se refiere a la sumisión de las mujeres:

"Segund lo qual, bien acatado, aunque las mugeres sean muy virtuosas e de grand excelencia, e algunas de ellas sobrepuien en virtudes a algunos onbres, quanto mas rresplandescan en las virtudes, e cortesia e onestad, e toda buena doctrina, tanto más deven aver en rreverencia a los varones: e por esto non se niegan sus loables virtudes, antes se afirman, e muestran ser mas perfectas e conplidas; e que en toda generación de virtud, es ygal entrada así a las mugeres commo a los onbres".<sup>2</sup>

Bien se ve en este segundo párrafo cómo, a pesar del buen juicio que tenía el Condestable de las mujeres, las coloca en un plano de inferioridad con relación al varón.

Añadiré a estos datos, que el Condestable Don Alvaro de Luna, no obstante la relación numerosísima de mujeres notables que llena

<sup>2</sup> Este libro de D. Alvaro fue editado en España dos veces: en 1891 y en 1909, en la colección de la Sociedad de Bibliógrafos. También los de Rodríguez del Padrón (1884, dos volúmenes) y del Arcipreste de Talavera (1901).

los diferentes capítulos de su obra, no cita una sola española. Todos los ejemplos son de la antigüedad clásica; con lo que quedará perfectamente establecido el exacto valor de este libro dentro de la historia de la mujer española.

Respecto de la época de los Reyes Católicos, no quiero señalar más que dos casos: uno de ellos es el de aparecer entonces los primeros ejemplos de mujeres sabias, de mujeres literatas y de una educación especial femenina hecha con una intención deliberada. Basta citar los nombres de Doña Beatriz Galindo, de Doña Isabel la Católica, de su hija Doña Juana, de Doña Lucía de Medrano (profesora universitaria de griego, latín) y Doña Francisca de Lebrija, hija y sucesora de su padre, el gran gramático Lebrija, en la cátedra de latín: las cuales son testimonios que comprueban perfectamente la aparición de esos hechos nuevos en nuestra historia; y, juntamente con ellos, la existencia de un libro que quiero citar aquí, sobre todo para salvar las deducciones que pudieran nacer conociendo solamente su título. Es el libro escrito por un fraile, Hernando de Talavera, cuyo título dice así: *Cómo se ha de ocupar una señora cada día para pasar con provecho*. No es una pintura de las costumbres de entonces, sino, por el contrario, el cuadro ideal de un moralista que reacciona contra las costumbres de su época, que eran malas, como antes dije. En algunas de mis *Historias de España* he llamado la atención respecto del lujo que gastaba en vestir la Reina Católica y las amonestaciones de su confesor en esta materia; así como el contraste que el matrimonio de Da. Juana con el príncipe borgoñés Felipe el Hermoso, puso de manifiesto la sobriedad general de nuestro modo de vivir, frente al boato de los flamencos. El libro de fray Hernando de Talavera fue seguido, en tiempos posteriores, por otros modelos de educación femenina, como por ejemplo el de Fr. Luis de León (*La perfecta casada*) y el de su, en parte, contemporáneo, Luis Vives (*Instrucción de la mujer antillana*) lleno de invectivas contra las mujeres, por sus defectos y vicios.

En ese comienzo casi de la Edad Moderna, y en el orden jurídico, apenas hubo variación digna de notarse, aparte la desaparición del concubinato del varón casado, consentido antes, y del repudio de la mujer. La influencia del Derecho romano en nuestra legislación no produjo muchos cambios en este orden de cosas; porque si es verdad que se adoptaron varias modalidades procedentes de aquél según la manera de entenderlo los españoles, se señalaron también los efectos indirectos que producían los mayorazgos, de fuerte raigambre en España. Todo el mundo sabe que los mayorazgos fueron una institución nacida, probablemente en tiempos de Don Alfonso X (o sea en el siglo XIII) y que se difundió ampliamente en los territorios castellanos. Ahora bien, como los mayorazgos

recaían generalmente en los varones, produjeron inmediatamente una depresión económica respecto de las mujeres.

Aparte esto, lo más interesante en los siglos XVI y XVII es el gran desarrollo de la cultura de la mujer, que se señala por estos hechos: 1o. La existencia de muchas escritoras de gran fama: algunas, de fama mundial. Para probarlo basta citar algunos nombres, como, por ejemplo, el de Luisa Siquea, cuyos textos se reeditan actualmente en Alemania; de humanistas como Doña Juliana Moreu, catalana, que poseía 14 idiomas, y otra igualmente humanista y también probablemente catalana (al menos, su apellido lo era), llamada Morata, quien escribió en latín y en griego disertaciones acerca de los grandes escritores de la antigüedad, Homero entre ellos. Aun cuando sea para rectificar una leyenda, citaré ahora el nombre de Oliva Sauco de Nantes, a la cual se han atribuido libros de una cierta importancia en la historia científica española, aunque hoy sabemos perfectamente que quien los escribió fue su padre. 2o. La difusión de las escuelas de niñas en conventos o en asociaciones particulares dedicadas a esta misión, como por ejemplo La Compañía de María, de origen francés, que se difundió a mediados del siglo XVII entre nosotros, estableciendo aquí muchas escuelas de aquel género. Es dato digno de señalar que, respecto a las escuelas de niños se ofrecen, en aquellos tiempos, muchos ejemplos de instituciones del Poder civil, o sea laicas en el buen sentido de la palabra (instituciones de municipios, de particulares, etc.), en que no intervienen funcionarios, elementos o maestros de vida religiosa: mientras que todas las escuelas de niñas pertenecen a Congregaciones religiosas. 3o. Hay que indicar también, como otro dato interesante, que de ordinario las citadas fundaciones de escuelas se refieren a las clases pudientes, aun cuando alguno de estos colegios recibía también a las pobres, dándolas enseñanza, ordinariamente en locales distintos de aquellos en que recibían la suya las muchachas ricas.<sup>3</sup>

En cuanto a las costumbres de la época, se puede señalar que continúa en la alta sociedad una disipación e inmoralidad extraordinarias, de las cuales dan testimonio infinitos documentos de aquellos tiempos, con los cuales ya se puede trazar un cuadro bastante nutrido de costumbres.<sup>4</sup> Pero al lado de esto, que señala una nota triste y

<sup>3</sup> Respecto de las mujeres españolas escritoras, en general existen estos dos libros: "Apuntes para una bibliografía de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833", por Serrano Sáenz (Madrid, 1902) y el de Criado y Domínguez que es sólo de las del siglo XIX.

<sup>4</sup> Por lo que toca al reinado de Felipe IV (1621-1625) véanse los libros del profesor español, D. José Deleito, el más conocedor y erudito de esa parte del siglo XVII. Ratifica la verdad de las noticias que Deleito aduce, una Pragmática Real de 1639 contra los escándalos de los escotes que usaban

deprimente respecto a aquella sociedad, se alza el espectáculo de la familia tradicional española, de la familia que se funda en los ideales de recato y religiosidad característicos de aquellos tiempos, y que se encuentra principalmente en las aldeas, los pueblos pequeños y las clases nobiliarias que no poseían una gran fortuna y no podían vivir en la Corte o en las grandes capitales como Barcelona, Valencia y otras, donde el lujo y la disipación eran formidables. Ese cuadro lo trazó una viajera francesa de fines del siglo XVII, Madame Dognac, quien pinta el género de vida de una familia de esa clase, con las siguientes pinceladas: "Desayuno de chocolate, quehaceres de la casa, siesta, colación a las dos o a las cuatro de la tarde, visitas y paseos, cena en la cama hacia las doce de la noche, con la particularidad de que las mujeres no beben vino". Estos detalles corroboran perfectamente el tono tranquilo, apacible, de la genuina familia española de entonces y de la mujer dentro de ella; estampa que se repite y que, en una de sus fases, llegó a tener un relieve grande en el siglo XVIII, cuando la utiliza en el teatro un literato observador de las costumbres como Moratín.

Detengámonos un poco en ese siglo XVIII, señalando como novedad, dentro de la legislación, una ley referente al consentimiento paterno para el matrimonio, y la posibilidad del depósito de las hijas cuando se negaban a casarse, o cuando deseaban casarse con algún individuo que los padres rechazaban. El depósito marcó una cierta garantía de la libertad de la mujer soltera. La división de los gananciales se hizo de una manera perfecta en aquel tiempo; y respecto a la cultura, se nota, en la primera mitad del siglo XVIII, cierta decadencia. Algo después, la retrata también otra mujer, no viajera, y que vino a vivir entre nosotros nada menos que como reina: la esposa de Carlos III, quien dice así en una carta dirigida en 1766 a un familiar suyo de la corte de Nápoles: "No sabe una de qué hablar con ellas, su ignorancia es increíble". Claro está que las mujeres a que la reina se refería eran las de la Corte; pero de todas maneras, este dato está confirmado por una porción de testimonios de aquel tiempo que demuestran ser aquel juicio, no una excepción respecto de las mujeres de la aristocracia, sino un estado general. Pero al lado de esto, el siglo XVIII señala (sobre todo en su segunda mitad) un movimiento extraordinario, altamente simpático y de un

---

las señoras. Del lujo de la época habla un historiador (Semper) que cultivó más tarde estudios histórico-jurídicos y la bibliografía. Jovellanos satirizó estos abusos, a la vez que se traducían libros franceses de educación moral, como las obras de Madame de Genlis (1792) y un célebre "Tratado de educación para la Nobleza" (1796). Pocos años después (1810) se publicó en castellano la "Eufemia o la mujer verdaderamente instruida", del alemán Campe.

empuje formidable en pro de la cultura de la mujer. Se producen entonces una porción de hechos que significan la entrada del elemento femenino en profesiones y otros trabajos de la vida para los cuales es preciso poseer cierta preparación intelectual y, por lo menos, una simpatía y afición a este género de cosas. Como hechos concretos citemos la creación de gran número de escuelas que ya tienen el carácter de fundaciones hechas por personas civiles, como por ejemplo en Madrid; en las Colonias de Sierra Morena; en los Estados nobiliarios de Fernán-Núñez; en el Seminario para Mujeres Nobles establecido en las Salesas, etc. Una ley de 1768 mandó crear, en los *pueblos principales*, lo que veremos en seguida e importa ser conocido por su novedad referente a la cultura de la mujer. Su cualidad consiste en "casas de enseñanzas competentes para niñas, con matronas honestas e instruidas que cuiden de su educación, instruyéndolas en los principios y obligaciones de la vida civil y cristiana, y enseñándolas las habilidades propias del sexo; entendiéndose preferentemente las *hijas de labradores y artesanos*, porque a las otras puede proporcionárseles enseñanza a expensas de sus padres y aún buscar y pagar maestros y maestras". Esas "casas" tienen por motivo, en su ley correspondiente, el siguiente argumento: "Siendo cierto que el modo de formar buenas costumbres depende principalmente de la educación primaria". No lo hubiera dicho mejor cualquiera de los pedagogos españoles que, un siglo después, implantaron y practicaron en Madrid, y en otras ciudades, el moderno modelo de la escuela.

Por otra parte, en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX nos encontramos con una gran cantidad de escritoras y de mujeres que forman parte de las Sociedades Económicas de Amigos del País, cuya significación en el movimiento cultural de España, en aquel tiempo, todo el mundo conoce. Algunas de ellas fueron recibidas en las Academias Reales y en las no Reales: caso que no ha vuelto a repetirse hasta bien entrado el siglo actual y sólo en la Academia de la Historia (Madrid). Los progresos en este sentido tuvieron por marco y complemento, en la sociedad de entonces, la existencia de observatorios astronómicos, producto del afán general de saber, puesto que dependían de las fuerzas individuales de una sola persona; de gabinetes de física y de química; de colecciones de Historia natural; de bibliotecas particulares (todas ellas de mujeres de la aristocracia) que respondían al movimiento filantrópico en pro de la cultura que caracteriza el siglo, y expresaban una muy ávida curiosidad hacia las ciencias experimentales. La coexistencia de esta vida nueva con el tipo de la familia tradicional, el de la mujer que no se ocupa más que de los quehaceres de la casa, que lleva una vida tan monótona como nos describía la Marquesa Dognac, y vive en el

recato, muestra los dos aspectos del final del siglo. Este es el momento psicológico que alcanzó Moratín, de quien los españoles siguieron viendo las comedias de costumbres en el comienzo del XIX y aun más tarde; y, entre ellas, con mayor frecuencia, las representaciones de "El sí de las niñas", que preludia el cambio interior de la vida familiar.

### III

TENGO escrúpulo de trazar el cuadro correspondiente del siglo XIX, y más aún el de lo que va del presente; y en primer lugar, porque la mayoría de los lectores lo conocen suficientemente. Pero comprendo que sin este último capítulo de mi relato, quedaría éste fundamentalmente incompleto.

Escojo pues, como guías, cuatro de los escritores modernos que han estudiado el asunto, tomando de ellos parte de los datos y añadiéndoles observaciones personales mías.

En primer lugar, la *Memoria* de Doña Concepción Arenal publicada en un libro norteamericano el año 1884; luego, el escrito de Doña Emilia Pardo Bazán aparecido en una revista inglesa en 1889; un libro del profesor Posada impreso en 1889 y que trata en general del problema del feminismo en un capítulo muy interesante sobre la situación jurídica de la mujer en el tiempo en que escribió ese libro; y en fin, otro más reciente de D. Rafael María de Labra (su fecha es 1908) que probablemente es el más completo de todos en punto a datos de orden jurídico y social relativos a la mujer española.<sup>6</sup> Pero antes quiero sacar al público un precedente de fines de la primera mitad de ese siglo XIX que, no por ser esporádico y sin continuación en su iniciativa, deja de tener el valor de un hecho de nuestra historia que nos enaltece y demuestra, una vez más, que aún en los momentos de decadencia se han levantado voces españolas mantenedoras de la buena doctrina o que anticipaban novedades que

<sup>6</sup> Los escritos de este género aportados por Emilia Pardo Bazán son: el de 1889 (la "Fortnightly Review"); *La mujer española*, y otros posteriores en la revista española "España Moderna", en 1890. No recuerdo ahora los títulos de las obras aludidas del profesor de la Universidad de Oviedo, Adolfo Posada, y de Labra, libros difíciles de encontrar en México. En cuanto a Da. Concepción Arenal, los hombres y las mujeres de hoy desconocen o han olvidado sus libros, no obstante el valor científico y moral que poseen en cuanto al derecho internacional, las obras de misericordia y el régimen carcelario español. Aún está inédita mi conferencia dada en 1929, con el título de "Concepción Arenal, internacionalista, pacifista y feminista" en la Asociación Hispanista creada por entonces en La Haya, donde el nombre de aquella gran mujer era desconocido.

algún día se convertirían en prácticas beneficiosas. Ciertamente, no doy por único este hecho. Creo que cuando, por investigaciones honradas, lleguemos a conocer bien la vida española del siglo XIX, encontraremos muchos más ejemplos de los que suponen los escritores que han despreciado el valor cultural de esa centuria.

He aquí el hecho que lanzo a la publicidad.

En Madrid, y en 1840 (año a que pertenecen algunas novedades científicas que he recogido en mis *Historias*), un D. Diego González Alonso escribió un libro titulado *La educación práctica de todas las edades y de ambos sexos*. Su origen fue un informe producido por el concurso que anunció la Sociedad Económica de Granada, en 1835, para premiar una obra de materia educacional. El del Sr. González Alonso se ocupa mucho de la educación femenina en sus actividades de ama de casa y de esposa. Y no es para callado que entonces funcionaba en Madrid una Junta de Damas, presidida por la Duquesa viuda de San Fernando, para fomentar las escuelas de párvulos.

Debo comenzar por decir una cosa con toda sinceridad. Siempre que se habla de la España actual, y singularmente cuando se hace para que las palabras puedan tener una cierta repercusión y ser recogidas por gentes que no pertenecen a nuestro propio pueblo,<sup>o</sup> siento un miedo extraordinario; un miedo que me trae a la memoria cierta anécdota de la primera guerra civil que quiero contar, porque ella bastará para expresar en qué consiste esa situación psicológica mía. Me contaba mi padre que, habiendo entrado una vez la columna en que él servía, en un pueblo de Aragón, y habiéndose alojado él y otros oficiales en una casa de labradores, pidieron de comer, y la familia les dijo que no había nada más que pan y algún leve ingrediente muy poco nutritivo con que acompañar la soledad del pan. No tuvieron más remedio que aceptarlo y se sentaron a la mesa, donde les sirvieron un queso muy duro, un pan rociado con un poco de aceite y muy poca cosa más. En esta pobre situación, vieron pasar a una criada con un gran plato de patatas cocidas. Protestaron los oficiales: —“Pero ¿no decía Ud., ama, que no había qué comer?” —“Sí señor”. —“¿Y eso que está ahí?” —¡Ah, señor no! esto lo llevamos al corral”.

Pues yo me temo muchas veces que tengamos patatas en casa y no sepamos verlas; y esto es de mayor gravedad en un pueblo que, en términos generales, está en una situación inferior respecto de otros modernos. Las patatas suelen verlas las gentes que vienen de fuera; y por eso tiene una autoridad tan grande para tratar el cuadro de nuestra situación y de nuestra psicología, el testimonio de

<sup>o</sup> Ver la nota siguiente.

los extranjeros. Pero nosotros, cuando sinceramente procedemos al estudio de estas cosas sin ningún género de patriotería, podemos sentir el temor de no ver pasar las patatas a tiempo y poderlas señalar al hambre de la sociedad. Perdónese el paréntesis y volvamos a la bibliografía.<sup>7</sup>

Voy a seguir el plan de la *Memoria* de doña Concepción Arenal, para abreviar el relato. Empieza doña Concepción hablando de la condición de la mujer como trabajadora en las diferentes tareas con las cuales puede ella utilizar sus aptitudes y ganar su vida. La situación a que se refiere doña Concepción, claro está que ha variado mucho en el momento que doy esta conferencia; no todo lo que quisiéramos, pero indudablemente ha variado. No es ya la de 1884, fecha de la *Memoria* en cuestión. Me refiero particularmente a las palabras en que doña Concepción Arenal dice que la mujer, salvo la última escala del Magisterio, no practica ninguna profesión por falta de que se la ofrezcan y la estimen mercedora.<sup>8</sup> Pero al final de su libro añade ya las profesiones de telegrafistas y de profesoras de música, su utilización en las casas de comercio y otras. En efecto, la mujer había entrado ya en Telégrafos mediante disposiciones legislativas de 1880 y 1884; también, de una manera vigorosa y con una cantidad grande de ejemplos, en la vida del comercio y en la de la banca, bien como mecanógrafas, bien para llevar los libros y aun para ser utilizadas en los diferentes menesteres que la vida mercantil exige; se la utilizaba también en ferrocarriles, donde la encontramos muchas veces en las taquillas de expedición de billetes, por ejemplo. En otro orden de trabajos, la mujer maestra primaria tiene igualdad con el varón, en virtud de disposiciones oficiales (ley de junio de 1883 y orden de 17 de mayo de 1892), y también igualdad en cuantía, porque, como veremos luego, hay el mismo número de escuelas de varones que de mujeres, y hasta tiene la mujer la exclusiva en ciertas docencias, como las de párvulos y, en muchos casos también, la de las escuelas mixtas. La mujer ha entrado igualmente en el profesorado Normal de Maestras, a partir de aquel momento inicial de 1883 en que, al crearse la nueva Escuela Normal de Madrid, se dio la Dirección a una mujer y no a un hombre.

<sup>7</sup> El paréntesis tenía oportunidad aún en 1913. Luego nan cambiado mucho las cosas.

<sup>8</sup> La primitiva frase de doña Concepción en esta materia, y que se hizo célebre, deca: "La mujer española no puede ser más que dos cosas: Reina o estanquera" (de tabacos). Se le olvidó añadir "y cigarrera", oficio en que su número ha superado siempre en mucho al del hombre, y del que viven miles de familias, además de ser relativamente remoto; y si no, que lo diga la ópera *Carmen*, de Bizet. En 1831 sólo se mencionaba en Inglaterra una ocupación femenina. En 1881 la cifra era de 337.



La mujer va como delegado a los Congresos científicos del extranjero, exactamente lo mismo que el varón; forma parte del Profesorado de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, donde se educa a los futuros maestros y maestras de las Escuelas Normales; ha entrado en la Universidad, primero, como alumna, más tarde, como profesora, y puede ejercer la medicina, ya en términos generales, ya en especializaciones como, por ejemplo, la medicina dental, respecto de la cual hay ya muchos ejemplos en nuestro país, y la obstetricia. En fin, merced al gran desarrollo de la industria, ha logrado encontrar condiciones de trabajo mucho más favorables que en el año 1884.

Pero más interesante que esto todavía, por lo que supone y por lo que puede dar de sí, es lo que se refiere a la instrucción de las mujeres mismas: segundo punto de que habla doña Concepción Arenal. Sería muy interesante que pudiéramos escribir la historia completa de la instrucción de la mujer en España durante el siglo XIX, historia que está por hacer y en la que (aparte de una nota general como es la presente) nos diese a conocer, hasta en los tiempos más recientes y más próximos a nosotros, la cultura que se ha ido procurando dar a la mujer como elemento de su casa, para los quehaceres domésticos de la familia tradicional española, y como factor de la vida nacional. En esa historia veríamos episodios de un interés grandísimo; unas veces, porque confirman que, salvo en ciertas situaciones excepcionales, fue la poquedad y la estrechez de criterio lo que ha dominado el problema de la educación de la mujer; y otras veces, por lo contrario. En cuanto a lo primero, citaré un solo hecho: la educación dada a Doña Isabel II cuando se preparaba para el oficio de reina. Los papeles de Quintana, en que describe cómo dirigía la educación de la reina y de su hermana la Infanta, son de un interés extraordinario; y también lo es la declaración verdaderamente preciosa (por habérsele escapado al autor mientras hablaba de otro asunto distinto, y por lo tanto con toda sinceridad) que descubre la idea, tocante a la mujer, de un hombre de condición intelectual tan elevada como Balmes; el cual, cuando discutió la cuestión del matrimonio de la reina Isabel como una manera de solucionar el pleito dinástico, se refirió de pasada a la educación, y fió la posibilidad de que aquella joven soberana llegase a ser apta en el ejercicio del Gobierno, tan grave y difícil entonces, tan sólo merced al transcurso de la edad y a la madurez futura de su espíritu femenino. Ni más ni menos.

Volviendo a doña Concepción Arenal, he aquí una afirmación suya: "En las escuelas de niñas, donde las hay, si se descuida la instrucción primaria de los niños, la de las niñas mucho más". Afortunadamente, los datos históricos pueden rectificar esta afirmación

hecha en 1884. Y si me fijo en doña Concepción, no es ciertamente por el prurito de rectificarla (aparte de que sería inútil, desde el momento en que se advirtiese la diferencia de los tiempos), sino, al contrario, por su extraordinaria autoridad y el valor grande que pueden tener siempre, entre las gentes cultas, sus palabras que fueron, en ciertos momentos, perfectamente exactas y justificadas.

Paso a enumerar los datos relativos a las escuelas algunos años después. Son los siguientes: el número de escuelas que la estadística de 1908 (la única estadística o, por mejor decir, la más reciente que tenemos completa, porque los datos de años posteriores son dispersos y deficientes) da por existentes, es de 7 531 escuelas de niños y 7 162 de niñas; pero como quiera que las escuelas mixtas son de niñas también y se elevan a la cantidad de 8 967, hay que añadir esta cifra a las exclusivas de niñas. Por lo tanto, las escuelas públicas y privadas de éstas, son tantas o más en España, actualmente, que la de niños. Por lo que toca a la concurrencia a las escuelas de niñas, los datos que voy a leer son interesantes. La citada estadística de 1908 daba un contingente de 18 792 escuelas para niñas. Faltan, en verdad, algunas adiciones como, por ejemplo, la de las escuelas de Patronato que pudieran ser de niñas o que no están especificadas por sexos. También hay que advertir que, en esta estadística, las escuelas graduadas se cuentan como una sola, no por el número de secciones que posean. El hecho es que en 1909, un año después de formada la repetida estadística, había una población escolar en España, entre los 6 y los 12 años, de 2 555 722 personas. Calculando la parte que corresponde a las niñas (la diferencia entre ambos sexos es en España pequeña) hay que añadir 345 584 mujeres más que hombres en 1887; y en 1900, la proporción fue, en los mayores de 15 años, de 6 133 000 por 5 818 000. Debe advertirse que esta proporción entre el número de mujeres y el número de varones persiste en el censo actual, porque el único tomo que se ha publicado de él (a saber, el de 1910) nos da la cifra de 9 742 947 hombres, 10 284 465 mujeres; es decir, próximamente medio millón; y de un modo preciso, 542 518.

Hay que hacer notar que desde 1908 a la fecha, afortunadamente, el número de escuelas en nuestro país ha aumentado, aunque en una proporción todavía exigua. Pero este aumento, en algunos casos, es notabilísimo. Citaré el caso de Barcelona en la categoría de las escuelas privadas, es decir no creadas por el Estado. Estas escuelas eran, en 1908, 10 en las afueras y 276 en la capital o casco, total 286. Según datos más recientes, hay ya en Barcelona más de 350 escuelas autorizadas de niñas; sin que sea posible, por la ocultación grande que existe y la reserva que se guarda para no inscribirlas,

conocer el número de escuelas de niñas no autorizadas que pueda haber. Como se ve, la diferencia es considerable.

Conviene ahora conocer cuál es la situación nacional por lo que toca al analfabetismo. Me reduzco a las cifras, porque ellas son suficientemente elocuentes para que el lector deduzca las consecuencias necesarias. En el censo del año 1900, los datos no especifican algunos detalles; pero según él, saben leer tan sólo 317 138 mujeres, y leer y escribir 2 395 838; en total, 2 712 977. Analfabetas eran entonces 5 529 407 y se ignoraba la situación de 10 454. En 1910, sabían leer 228 684; leer y escribir 3 252 412. Las analfabetas componían la cifra de 6 757 658. Es decir, habían aumentado en diez años las que leían y escribían, pero también había crecido el número de analfabetas. Este último hecho parece corresponder a que la población general había crecido en los diez referidos años.

Una novedad también de nuestros tiempos es la educación profesional de la mujer, para la que se ha creado una institución nueva: la de las escuelas de adultas; hecho que significa entre nosotros la resolución de un problema que en el Congreso pedagógico de 1892 planteó ya doña Concepción Arenal para las escuelas superiores de niñas, y que había de consistir en una escuela que, al mismo tiempo que a la enseñanza primaria, se aplicara a cualquiera de las formas variadísimas que la cultura pedagógica de los pueblos más adelantados ha encontrado, y que puedan abrir anchos horizontes al porvenir económico de la mujer de las clases media y popular. En este sentido ayudaron a la educación femenina varios colegios de títulos variados y de función privada en Madrid, en Barcelona, en Granada, dirigidos a preparar la especialidad de las Institutrices, de las profesiones comerciales y otras. Una parte principal de este movimiento se debe al profesor D. Federico de Castro quien, probablemente, fue también el iniciador en España del feminismo, divulgado en conferencias dominicales; luego en la creación de la Escuela de Institutrices que engendró la "Asociación de la enseñanza de la mujer" inaugurada en 1869. Lo que en Sevilla representó en ese sentido Castro, lo realizó, en Madrid, Ruiz de Quevedo. Siete años después, un grupo de profesores universitarios y otros hombres de cultura, fundaron la Institución libre de enseñanza" ("libre" equivale a no oficial o dependiente del Estado) que fomentó en gran medida la cultura femenina con su admirable coeducación. Sin llegar a tanto, Francia no creó los Liceos y Colegios de señoritas hasta 1882 (ley Séé). Al año siguiente se estableció en Finlandia la primera escuela mixta hasta el bachillerato.

Por su parte, las Escuelas Normales contribuían, no sólo a la formación de la especialidad femenina que indica su nombre, sino también a la cultura general de la mujer. El número de esas Escue-

las es grande. Empezaron siendo, en su mayoría, elementales nada más; pero pronto ascendieron a Escuelas Superiores, es decir, aumentaron su programa y con ello elevaron el nivel de la cultura de las alumnas. Es de advertir que esas Escuelas Normales sirven prácticamente, en muchísimas provincias, de Institutos de segunda enseñanza para la mujer, puesto que a ellas va gran cantidad de alumnas que no tienen el intento de ser maestras, sino tan sólo de adquirir cultura general. La consecuencia de estos medios de enseñanza ha sido que, en definitiva, nuestra mujer ha deseado cada día más y ha podido satisfacer mejor oficialmente ese deseo, entrando en nuestros Institutos de segunda enseñanza y en nuestras Universidades. En algunas Facultades, es hoy mayor el número de alumnos femeninos que el de los varones. Es interesante también advertir que la entrada de la mujer española en esos varios grados docentes, es un avance que no se aparta mucho de las fechas en que se obtuvo esa misma victoria en los países más adelantados de Europa. No ha tardado muchos años en que se completara ese adelanto con el de formar parte del profesorado de nuestros Institutos y Universidades. Claro que la inmensa mayoría pertenece al orden social de las clases medias.

#### IV

**P**ARA terminar estos informes añadiré que si en Inglaterra y Alemania, por ejemplo, la recepción general de la mujer en aquellos establecimientos pertenece al año de 1888, el año 1882 es la fecha de la primera doctora española. Ningún conflicto se produjo en realidad, entre nosotros; nos enteramos de que la mujer había entrado en esos establecimientos después que el hecho se había ya consumado. Y en ellos ha encontrado la mujer siempre, por parte del estudiante varón, todo aquel respeto y camaradería de que es merecedora.\*

Viniendo ahora al problema de la coeducación, hay que decir que ha sido, durante muchos años, motivo de discusión entre nosotros. Hay, en efecto, mucha gente enemiga de la coeducación en la enseñanza primaria y en la superior. Pero es curioso advertir que, en principio, fue reconocida, no obstante el criterio estrecho de nuestra

---

\* No hace muchos días que el "Boletín" en castellano que la British Broadcasting Corporation de Londres divulga abundantemente en América, recordaba en uno de sus artículos los nombres de destacadas damas inglesas que pelearon en su patria para lograr, con gran esfuerzo muchas veces, las ventajas sociales y universitarias que las mujeres españolas consiguieron pacíficamente, como va dicho antes.

ley de 1857 (cuya historia por de contado, hay que rehacer), en su artículo 103. Es cierto que esa concesión se refería tan sólo a las escuelas llamadas "mixtas", establecidas en pueblos donde no puede organizarse la diferenciación entre niños y niñas a este respecto, y en aquellos donde concurren unos y otros hasta la edad máxima de la escuela, es decir, hasta los 12, los 13 y los 14 años muchas veces. La coeducación existió también en las llamadas escuelas graduadas que tuvimos que adoptar temporalmente para acudir de un modo rápido al aumento de alumnos y en las que existen grados en forma de escuela mixta. También la moderna Escuela de Estudios Superiores del Magisterio ofrece esta particularidad, que por cierto llamó grandemente la atención de los profesores franceses cuando, hace algún tiempo, expuse ante ellos (en París) el hecho de que la coeducación en esa escuela es, a la vez, de los profesores y de los alumnos; es decir, que a todas las clases asisten alumnos varones y alumnos hembras, y que muchas clases tienen por profesores a una mujer, respecto de la cual los alumnos varones no guardan ni un ápice menos de consideración, de respeto y de subordinación pedagógica que podrían guardar a profesores del sexo masculino. También encontramos a la mujer concurriendo a otros centros de cultura, *verbi gratia*, la Junta para ampliación de estudios, ya en el orden del cultivo de las ciencias históricas, ya en el de las Ciencias naturales, físicas, químicas, etc. Y por último, hemos creado una escuela especial profesional para la mujer, la Escuela del Hogar, en que también el profesorado es de ambos sexos.

Fuera de la enseñanza pública, la legislación española ha mantenido hasta 1931 la situación de la mujer que citaba en el siglo pasado doña Concepción Arenal. Carecía, pues, de derechos políticos, no obstante que esta cuestión se planteó, incluso parlamentariamente, llegándose a discutir en dos ocasiones: en el año 1907 y en el de 1908, con motivo del célebre proyecto de la ley de Administración local, en que llegó a votarse una proposición que admitía el voto femenino en las elecciones municipales, pero sólo con relación a las mujeres emancipadas. Esta modesta proposición obtuvo sólo 35 votos en favor contra 65 en contra; y es de notar que entre los dichos 35 votos había muchos de personas que militan en partidos políticos de tono muy conservador. En cuanto al área de las leyes administrativas, en lo fundamental, la mujer forma parte de las Juntas locales y provinciales de primera enseñanza, y ha entrado en el Consejo de Instrucción Pública como Consejero, pero no en las academias oficiales (Reales Academias), estando en este punto peor que en el siglo XVIII. En cambio, en aquellos sitios donde el derecho municipal sigue siendo consuetudinario y se han perpetuado las

costumbres antiguas, siguen las mujeres concurriendo todavía a los Concejos abiertos o reuniones de vecinos.

La segunda República (1931-1939) cambió radicalmente la situación política y social de la mujer con las siguientes novedades: derecho electoral y pasivo, divorcio, matrimonio civil (con o sin el religioso, según los cónyuges prefieran), mayor personalidad de la que se le reconocía antes en la vida de familia, acceso a todas las profesiones públicas y privadas y otras ventajas.

Y terminaré diciendo tres o cuatro cosas muy breves respecto a la opinión referente a la mujer, y a su influencia social.

Es de notar que la mayor parte de los feministas españoles, los más conscientes, los que más han peleado por la causa de la mujer, no son mujeres, sino hombres. Las mismas votaciones de 1907 y 1908 en nuestro Parlamento, a que antes me he referido, son una buena prueba de ello. Sin embargo, la mujer ha empezado ya en algunas regiones a formar conciencia del deber en que está de ayudar a sus compañeras, y en consecuencia a fundar obras sociales de la mujer y para la mujer; siendo Cataluña, y dentro de ella Barcelona, el sitio donde mayor relieve ha alcanzado este movimiento.

Respecto de la influencia de la mujer en nuestro país, sólo tengo que decir estas tres cosas, en las cuales creo que se condensan las tres direcciones en virtud de las cuales la mujer llega a influir en la vida española, fuera del hogar. En efecto, la mujer española influye en cuestiones ajenas al hogar en que la opinión toda (incluso la de ella misma, a veces) la coloca de una manera fundamental. Esta influencia externa procede del hecho de que vale más que el hombre en ciertas clases sociales y en ciertos asuntos. Ejemplo muy interesante de ello es el de que la mujer, en muchos pueblos rurales y en muchas comarcas labradoras, es la cabeza intelectual de la familia. Así, cuando los hortelanos valencianos tienen que arreglar cuentas con el señor de la tierra o hablarle de alguna cuestión interesante para su vida como arrendatario, no es el hombre quien habla, sino la mujer; y, muchas veces, el marido ni siquiera está presente. Este hecho lo he podido observar una porción de veces, juntamente con la impresión general de la agudeza con que la mujer se produce en la clase labradora de la región levantina. En general, puede afirmarse que la mujer de las clases populares vale intelectualmente más que el hombre, aun cuando no posea cultura ninguna. Pero también hay ejemplos de esto en las clases altas.

La segunda razón porque influye la mujer, es la de que el hombre no tiene siempre el valor de sus convicciones. En ese caso, ella es el peso muerto que le hace que claudique muchas veces en punto a las cosas que no siente suficientemente para mantener con todo ri-

gor su conducta de acuerdo con sus afirmaciones verbales; por ejemplo en la materia política y en las prácticas religiosas.

La tercera causa porque la mujer influye también, cuando se suma a una corriente de opinión representada ordinariamente por hombres, es porque entonces, aunque sea de un modo temporal y pasajero, la mujer desarrolla una fuerza espiritual que se impone y que puede llegar a consecuencias de gran importancia en la historia de nuestro país.

En cuanto a la moral de la mujer española, presentaré un solo dato: el de la estadística del suicidio entre nosotros. Esa estadística da, desde 1906 a 1911, en la mujer, un 26.1 por término medio; algo menos que tenía Italia en el año 1905, que era el 26.5. (Porelli atribuye a España 28.8, pero con referencia a un solo año, el de 1858.) Las regiones que más contingente dan al suicidio son Madrid, Barcelona, Tarragona, Málaga, Valladolid, Cádiz, Zaragoza, Ciudad Real y Huesca, siendo de menor contingente las regiones del Noroeste Asturias y Galicia. Ahora bien, por cada cien mil habitantes, las mujeres dan el 6.26 de suicidios, mientras que los hombres llegan al 18.70.

Me he limitado a dar estos datos por su novedad, porque no constan en ninguno de los libros conocidos y porque, juntamente con los datos del actual año, pueden ayudar a formar un concepto de aquella expresión externa de la moralidad en la mujer española. En cuanto a otras cosas que tocan a interioridades de la vida espiritual y de la vida familiar, creo que hasta ahora se ha divagado extraordinariamente; que el asunto no se ha tratado de una manera científica, y que por lo tanto, todas las cosas que podemos decir, salvo algunas que afortunadamente podemos afirmar de una manera resuelta, son hipotéticas. Entre esas "algunas" de que podemos hacer afirmaciones categóricas, se hallan: la continuación, en estos tiempos modernos tan libres, de un número considerable de familias en las cuales los deberes conyugales son respetados de una manera perfecta por la mujer, quien sabe cumplir con todos ellos y representa así un dechado de orden moral. Estas y otras análogas facultades y virtudes de la mujer española se han confirmado plenamente en los últimos diez años, a pesar de la enorme catástrofe social que ha dividido en dos partes irreductibles al pueblo español y que ha puesto a prueba, física y moralmente, la energía y el valor ante todos los peligros y todos los sufrimientos y la resistencia ante la pobreza y las privaciones: lo mismo en las mujeres del pueblo que en las que bruscamente han pasado, de una vida rica y sin zozobras, a la carencia total de medios para sostener a su familia. Y todo esto se ha verificado hasta tal punto, que, por su decidida y serena aceptación de las radicales variaciones impuestas por la guerra, el destie-

rro y la eventualidad de hallar o no una segunda patria, ha convertido en héroes de santidad bien evidente a las miles de mujeres de todas las clases sociales que hoy honran y mantienen la más alta espiritualidad hispana fuera de su patria.

Cierto es que por efecto de las dos grandes guerras de este siglo (tres, para los españoles) que han impuesto sus choques devastadores tanto en lo material como en lo espiritual, un cierto número de mujeres han variado sus concepciones morales deplorablemente, bajo la fórmula de "vivir su propia y personal vida" y rompiendo muchos de los lazos que ordenaban antes la solidaridad familiar. Pero también en esto podemos afirmar que la mujer española conserva su prudencia, su discreción y su sentido de responsabilidad, en proporciones muy superiores a las de otros pueblos que aún no han eliminado el veneno espiritual que acompaña a las luchas bélicas, asesinas de virtudes. En esto, la diferencia que a fines del pasado siglo hallaba Emilia Pardo Bazán entre la mujer del pueblo y la burguesa (mucho más la de ésta con la aristocrática), ha desaparecido totalmente, en honor de la feminidad española que ha sabido aprovechar valerosamente la doble lección de la pérdida del estado social y económico que gozó en la patria, y de su forzada emigración. Doña Emilia dijo entonces que la mujer "del pueblo tiene la noción de que debe ganar su vida; la burguesa cree que ha de sostenerla exclusivamente el trabajo del hombre". ¡Qué sorpresa la suya si resucitase y viese que es la mujer quien gana la vida de muchos, y que en este orden de cosas ya no hay diferencia entre la prebeya, la burguesa de clase media y la ricachona! Una vez más tiene razón nuestro dicho de que no hay mal que por bien no venga.

**A**L cerrar la corrección de pruebas de este trabajo, adquiero un informe bibliográfico de gran interés, que añado aquí; tanto para expresar mi sentimiento por no haberlo conocido antes y poder aprovecharlo para una parte de la presente monografía, como por señalar a los lectores una fuente más de conocimiento. Aludo, con esto, al libro del profesor Sánchez Albornoz publicado en 1945 en Buenos Aires con el título de *España y el Islam*, uno de cuyos capítulos trata de "La mujer española en el año mil". Lo acabo de obtener, pero ya es tarde para utilizarlo aquí. Lo mismo ocurre con un interesante trabajo del profesor Malagón, referente a Santo Domingo en los siglos XVI a XVII.



## REFLEXIONES SOBRE LA AMERICA LATINA

Por *Paul RIVET*

SE proclama, muy a menudo, que el francés ignora la geografía, especialmente la de América. Una experiencia de cuarenta y dos años, durante los cuales he recorrido todas las Repúblicas americanas, me ha convencido de que esta ignorancia no es exclusiva de mi país. A pesar de la política de buena vecindad, el americano del Norte conoce muy mal los inmensos territorios que componen lo que llamamos América Latina, y el mismo hecho se nota aun entre las naciones que la componen. No creo aventurado decir que muchos americanos conocen mejor Europa que a sus vecinos del Continente. Podría encontrar en mis propios recuerdos mil pruebas, a veces muy graciosas, de esta verdad.

Muchos europeos, cuando hablan de América, son víctimas de la escala diferente de los mapas que representan en sus atlas el viejo y el nuevo Continente. Por esto, carecen de una idea exacta, acerca de la inmensidad de ciertas repúblicas que parecen tener en los mapas que consultan las mismas dimensiones que un departamento de Francia. ¡Cómo imaginarse que un país como el Brasil representa las nueve décimas partes de Europa! Un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores, ilustrado y culto, me dijo un día: "Puesto que mandamos a usted a México, ¿por qué no aprovechar esta coyuntura para dar un salto hasta Chile?". Estoy viendo todavía su mirada asustada cuando le contesté: "Si me mandara usted en misión a Estocolmo ¿me pediría acaso que diera un salto hasta el Congo?"

Más grave que este error, en parte explicable, es la ignorancia o mejor dicho, el concepto erróneo de los europeos y de los americanos del Norte, respecto a América Latina y a sus habitantes. Creo que esto proviene, en gran parte, de los libros que se proponen precisamente dar a conocer este Continente al público. La mayoría son libros escritos de prisa por viajeros superficiales que, después de una visita de una o dos semanas a una República americana, después de haber contemplado el paisaje desde un aeroplano o la ventanilla de un wagón, y cambiado algunas impresiones o recogido al-

gunos chistes entre compañeros de hotel, casi siempre paisanos suyos y más o menos agriados por algún desencanto en tierra extranjera, se creen capacitados para entregar sus impresiones al gran público. Así se crea un tipo de latinoamericano absolutamente falso y artificial; así se crean ficciones absurdas. Aun cuando los autores estén bien informados sobre un determinado país, tienen por desgracia la tendencia de generalizar sus observaciones, como si fueran aplicables a toda la América Latina. No hay cosa más absurda que estas extrapolaciones. ¿Qué diríamos de un extranjero si después de pasar algunos días o semanas en Marsella o en Berlín, escribiera un libro sobre Europa, la mentalidad de sus habitantes y el porvenir de ese Continente?

La inmensa mayoría de los libros sobre América dan una idea sumamente simplista de un mundo que es, al contrario, de una gran complejidad.

El único denominador común que existe entre todos los pueblos latinoamericanos es la lengua (excepción hecha del Brasil) y la religión, y aun se podría discutir mucho sobre el tema. Cada país, al adoptar el español, lo ha transformado en un dialecto particular en cuya formación han intervenido factores nuevos: origen de los colonos, influencia más o menos marcada de los idiomas indígenas. El idioma argentino, desde el punto de vista lingüístico, difiere profundamente del idioma mexicano, y éste del peruano.

Lo mismo pudiera decirse del catolicismo, no obstante su conocida estabilidad. En todas las iglesias de América Latina se desarrollan fiestas religiosas, donde la influencia india se manifiesta claramente, merced a un inteligente y flexible oportunismo de los frailes y sacerdotes que evangelizaron el Nuevo Mundo, pero que escandalizaría a un ortodoxo romano. No critico; solamente registro esta adaptación del culto católico a los medios tan diferentes donde llegó a imponerse desde la conquista.

A pesar de estas observaciones, acepto que la lengua y la religión constituyen en América Latina un substrato común a todos los pueblos que la componen, y un substrato sólido. Pero, fuera de esto, ¿cuántas diferencias profundas pueden observarse de unos a otros!

Por razones obvias no insistiré en el polimorfismo político de las Repúblicas latinoamericanas. Bastará señalar las diferencias en la evolución política interna que se puede observar, desde la época de la emancipación, entre pueblos vecinos como Uruguay y Paraguay, Venezuela y Colombia, Costa Rica y Nicaragua.

Más diferentes todavía aparecen las Repúblicas latinoamericanas si se considera su composición étnica. Para demostrarlo, basta comparar dos pueblos vecinos, con frontera común, como Argentina y Bolivia. Argentina es un país inmenso, esencialmente poblado por

razas blancas de origen europeo. El problema primordial para un país así constituido es un problema de inmigración. La gran cuestión del porvenir reside en saber con qué rapidez y con qué sinceridad se podrá asimilar, integrar a estos diferentes elementos blancos, y transformarlos en verdaderos nacionales. Bolivia, por el contrario, tiene una población en la que constituye una aplastante mayoría el elemento indígena, aymará o quichua, todavía sin asimilarse, usando aún su lengua primitiva. Su problema es un problema colonial semejante al planteado a todas las grandes potencias europeas, por ejemplo los ingleses en las Indias o en Malaca, los franceses en Indochina. Se trata de ver en qué condiciones se podrá educar a estas masas alógenas, darles poco a poco una cultura europea, e incorporarlas a la nación. Esta diferencia entre Argentina y Bolivia explica, sin duda, a lo menos, en parte, la diferencia de política exterior de ambos países en el conflicto actual. En un país como Argentina, completamente europeizado, las consideraciones de orden económico prevalecen mucho más que en Bolivia, donde una minoría de origen español tiene que gobernar y dirigir a una mayoría bastante amorfa de elementos indígenas.

He escogido dos ejemplos particularmente característicos. Entre el aspecto argentino y el aspecto boliviano, es fácil encontrar todos los matices, todos los intermedios, todos los estadios de una evolución sumamente diversa. Países como Perú, Ecuador, Colombia, México también tienen una población indígena que constituye una mayoría o una minoría importante de la nación. Pero mientras en Bolivia, por ejemplo, la asimilación de las razas autóctonas apenas se ha iniciado, en México, merced a un esfuerzo continuo desde la caída del gobierno de Porfirio Díaz, esta asimilación ha realizado progresos considerables. Séame permitido aquí recordar el papel magníficamente humano desempeñado en esta obra por un hombre que me honró con su amistad, y cuya desaparición prematura fue verdaderamente lamentable: Moisés Sáenz.

En otras regiones de América, el problema se complica aún más por la intervención de un nuevo elemento étnico, el elemento negro, de origen africano, introducido por la esclavitud y promovido al rango de ciudadano por la emancipación. En el Brasil, por ejemplo, este aspecto del problema es el aspecto esencial, por lo que la población india o ha desaparecido o no ejerce en el desarrollo del país ningún papel. Colombia tiene que asimilar, a la vez, una población indígena y una población negra.

Tampoco en todos los países donde encontramos un elemento considerable de origen indio, el problema se plantea del mismo modo. En ciertas repúblicas, los indios han olvidado su lengua nativa para adoptar el español, por ejemplo en Colombia; en otras, Perú,

Bolivia, Ecuador, México, las lenguas indígenas están todavía tan vivas que no es raro encontrar indígenas que aún no hablan el español.

Aun en las fronteras de un mismo país, y según sus regiones, el problema no es idéntico. El Perú costero, casi enteramente de población blanca, se opone al Perú de la Cordillera, donde predomina la raza india. Lo mismo sucede en Ecuador. En Chile, el problema indio se localiza en la región limitada donde viven los araucanos, mientras que en todo el resto del país, donde prevalecen las colonias de origen europeo, la situación se emparenta con la de Argentina. En el Brasil, la influencia negra, tan importante en todo el litoral septentrional y oriental, desaparece del todo en las provincias meridionales pobladas por colonos blancos.

De todas estas consideraciones resalta que, desde el solo punto de vista de la evolución cultural y de la composición étnica, hay en América Latina múltiples aspectos, resultan forzosamente ignorados en un estudio apresurado y superficial.

En América Latina, el prejuicio de raza prácticamente no existe. Sin embargo, todavía se advierten diferencias entre sus diferentes países. México lo desconoce por completo. En Ecuador hay aún, en las clases altas de la sociedad, orgullosas de la pureza de su sangre, un cierto desprecio hacia los indios. A pesar de esto, puede decirse que en América Latina no hay ningún obstáculo teórico para forjar unidades nacionales con los elementos étnicos tan diferentes que constituyen estos países.

Si esta unidad nacional, cultural y física no están aún realizada, ello no depende de una oposición sistemática contra el mestizaje, como la que encontramos en América del Norte con relación a los negros, sino más bien del obstáculo que la Naturaleza opone a la buena voluntad de los hombres. Este factor ha obrado de un modo particularmente evidente en Colombia. La dificultad de las comunicaciones entre las diferentes partes de la gran República ha sido, hasta época muy reciente, sumamente grande. Para ir de Barranquilla, el puerto del Atlántico, a Bogotá, se necesitaba de 15 a 22 días; para ir de Pasto, la ciudad más meridional, a la capital, eran precisos 40 días y se decía graciosamente que antes de emprender tal viaje convenía hacer testamento. Entre las grandes ciudades como Medellín y Bogotá, el viaje exigía doce días muy penosos. Podrían multiplicarse estos ejemplos.

La consecuencia de tal estado de cosas fue que brotó un regionalismo sumamente pronunciado en las diferentes provincias de Colombia, y que el desarrollo de cada una de ellas se hizo de un modo casi completamente aislado. Así se han constituido una mentalidad y un tipo antioqueño, bogotano, nariñense, con caracteres y

tendencias muy distintas y marcadas, y aun con dialectos especiales de la lengua común. Se pudiera hacer una colección de chistes que expresan los antagonismos que resultaban de este desarrollo autónomo de cada departamento. Aun en tiempos felizmente ya pasados, estos antagonismos se manifestaron en tendencias separatistas. Esto explica ciertos acontecimientos históricos casi contemporáneos: por ejemplo, la facilidad con que la región de Panamá se separó del país colombiano, hace unos cuarenta años. Desde hace unos quince, se ha dejado sentir un gran factor de unificación de la nación colombiana: la construcción de carreteras y, sobre todo, el desarrollo extraordinario de la aviación comercial. Colombia ha sido dotada de una red de líneas aéreas, sumamente densa, que no tiene paralelo, según creo, en ningún otro país de América del Sur. Merced a esta red, las provincias hasta entonces aisladas han podido establecer comunicaciones frecuentes y rápidas. Por ejemplo, ahora el viaje de Bogotá a Barranquilla se realiza en dos horas y media, a Pasto en seis horas, a Medellín en cincuenta minutos. Las relaciones comerciales se han fortalecido con uniones de familia, los intercambios culturales se han multiplicado. La prensa capitalina ha podido penetrar hasta los rincones más apartados de la República.

Se cuenta que en la capital hay ahora 80 000 habitantes de origen antioqueño. Hemos presenciado, pues, en un lapso de tiempo muy reducido, en Colombia, un fenómeno, muy reciente y sumamente interesante para el porvenir del país: la intercomunicación y acercamiento de poblaciones que, hasta la fecha, se habían desarrollado de un modo casi completamente aislado. Es claro que esta intercomunicación es todavía demasiado reciente para haber producido todos sus efectos, y especialmente una mezcla perfecta de todos los elementos étnicos del país; Colombia no ha alcanzado todavía ni su unidad física, ni su unidad cultural, ni aun su unidad lingüística, pero es evidente que tiende con una rapidez cada día más acelerada a realizar esa triple unificación. No hay duda que, en otras Repúblicas de América Latina, se está produciendo en los últimos años un fenómeno parecido, aunque menos brusco. Constituye un espectáculo sumamente curioso e instructivo: ver a un pueblo, a una nación en formación, que no sabe todavía hacia qué tipo físico, hacia qué tipo cultural orientará su equilibrio definitivo.

Esta incertidumbre respecto al porvenir de la raza y de la civilización colombianas, que existe también para muchos otros pueblos de la América Latina, no deja de inquietar a excelentes espíritus, que se preguntan con verdadera ansiedad cuál habrá de ser el resultado último de este revoltillo que presencian y de crear, en algunos, un inquietante complejo de inferioridad.

Uno de los más ardientes patriotas que conocí en Bogotá, hombre de ciencia dedicado esencialmente a estos problemas, me hablaba con frecuencia de la "anarquía física" que advertía en los tipos humanos de sus conciudadanos, anarquía que él tendía a interpretar como una verdadera enfermedad colectiva. Supongo que en muchos lugares de América hay hombres que comparten estas angustias.

Creo que el estudio de la prehistoria de Europa proporciona datos que permiten afrontar con serenidad la evolución física del tipo americano en todas las regiones donde el mestizaje, ya con la raza india, ya con la raza negra, ya con ambas razas, interviene de un modo poderoso. La prehistoria europea nos ofrece, en efecto, un ejemplo del todo semejante al que actualmente se registra en la mayoría de las poblaciones de América Latina. Durante el Cuaternario superior, en Europa occidental, se han encontrado restos de tres tipos humanos comparables a los que ahora en el Nuevo Mundo se están afrontando y mezclando: la raza de Cro-Magnon, que era seguramente blanca, la raza Chancelade, sin duda amarilla, y la raza de Grimaldi, que se emparenta con las razas actuales de África y de Oceanía. Del cruce de estas tres razas, y de la mezcla posterior con otros elementos étnicos aportados por las invasiones ulteriores, ha salido la población francesa y de la Europa occidental. Sin jactancia, puede decirse que este mestizaje no ha dado, ni desde el punto de vista físico ni desde el punto de vista cultural, muy malos resultados.

Hechos absolutamente similares han ocurrido en el otro extremo del Viejo Mundo, en la China oriental. En una cueva de la célebre región de Chu-Ku-Tien, cerca de Pekín, no lejos del yacimiento donde se desenterraron los restos del *Sinanthropus pekinensis*, se han encontrado, en 1933, en una capa perteneciente con seguridad al Cuaternario superior, los restos de siete individuos (4 adultos, 1 adolescente y 2 niños). Tres de estos cráneos han sido estudiados con todo cuidado por Franz Weidenreich. Uno, que perteneció a un hombre de 60 años, poco más o menos, se emparenta netamente con la raza de Cro-Magnon. El segundo, femenino, presenta las más grandes analogías con los cráneos neolíticos del alto Tonkin y los cráneos melanésicos actuales. El tercero, también femenino, se asemeja a un cráneo esquimal moderno. Todas las poblaciones del oriente asiático descienden de la mezcla de estos tres tipos humanos cruzados con otros invasores posteriores.

Las situaciones de la Europa occidental y del Asia oriental en la época del Cuaternario Superior resultan, pues, idénticas, y es probable que, cuando se realicen investigaciones detenidas en la Europa oriental y en el Asia occidental y central, podrá establecerse un vínculo entre los dos núcleos humanos ya identificados. De todos modos, este aspecto étnico de la Europa occidental y del Asia orien-

tal, en el Cuaternario Superior, se asemeja de un modo extraordinario al aspecto étnico actual de muchas Repúblicas de la América Latina, y autoriza a predecir con certeza que, cuando se logre el equilibrio entre los elementos étnicos que ahora se están mezclando a nuestra vista, el resultado no será inferior al logrado en Europa o en Asia.

Otra observación de suma importancia merece ser apuntada aquí. El estudio de la evolución humana en América, tanto en la época precolombina como desde la época colonial, demuestra que la sangre negra, por efecto de los cruzamientos con los blancos y los indios, se elimina progresivamente. Río de Janeiro era, todavía hace un siglo y medio, una ciudad negra, y ahora es esencialmente una ciudad blanca, a pesar de que el fenómeno no puede explicarse ni por una inmigración masiva de elementos europeos, ni por una disminución de la fecundidad de los negros trasplantados. Esta eliminación de la sangre negra es patente, también, en otros puntos de la costa brasilera, en Pernambuco, por ejemplo.

En Colombia, un estudio detenido de los grupos sanguíneos en poblaciones aparentemente negras, aisladas en medio de poblaciones indias, demuestra que es el grupo O, característico de los indios, el que prevalece en el mestizaje.

Naturalmente, para participar de mi optimismo, es preciso creer que todas las razas humanas, a pesar de que no han alcanzado el mismo nivel, tienen la misma potencialidad de desarrollo; en otros términos, que no hay razas superiores y razas inferiores innatas. Quisiera citar, en apoyo de esta opinión, una observación que para mí tiene el valor de un experimento.

En el curso de una exploración etnológica, por un concurso de circunstancias que sería superfluo relatar aquí, un sabio francés recogió a una niña de 16 meses poco más o menos, perteneciente a una de las tribus indígenas más atrasadas de América del Sur, los Guayakí. Bastará con mencionar que esta tribu no tiene todavía habitaciones fijas, que no conoce la agricultura ni el hierro ni la alfarería y que se alimenta esencialmente con miel de abejas salvajes. Mi amigo adoptó a esta niña y la educó como si fuera una hija propia. Ahora tiene catorce años, habla francés como una parisiense y español con absoluta corrección. En sus estudios, se muestra igual y aun superior a la mayoría de sus compañeras blancas. Nada en sus inclinaciones, en sus tendencias morales o en su inteligencia, la diferencia de ellas. Insisto una vez más en el hecho de que esta niña no fue escogida, y que fue una pura casualidad la que determinó su cambio de medio.

Apoyándome en esta nota de optimismo justificado por los hechos, concluyo estas observaciones sobre la América Latina.





# *Dimensión Imaginaria*



## RAMON LOPEZ VELARDE: POETA VANGUARDISTA

Por Betty TYREE OSIEK

EN esta ponencia situamos a Ramón López Velarde, poeta mexicano, entre los vanguardistas de los años 1918-1932, a pesar de que el escritor utilizó con frecuencia las formas líricas tradicionales. Lo que hizo fue unir lo tradicional y lo innovador. Aunque gran parte de su poesía trata del tema del amor, mostró una reacción contra el sentimentalismo y se depuró a sí mismo de éste en su libro *Zozobra*, 1919, y en *El son del corazón*, publicado póstumamente, en 1931.<sup>1</sup> Combinado con su empleo de la rima y formas tradicionales como el soneto, utilizó en su tratamiento de los temas un prosaísmo y la evocación de lo cotidiano.

Es López Velarde vanguardista por haber mejor bajo lo que consideramos rasgos vanguardistas que bajo el postmodernismo. Este juicio no niega que su obra temprana quepa parcialmente en el postmodernismo entre los años 1905-1914, años que se caracterizan por una tendencia general conservadora. A pesar de seguir con algunas de las características modernistas, lo clasificamos como vanguardista por su inclinación radical a llevar las nuevas modalidades hasta sus últimas consecuencias. Eso es a pesar de algunas notas opuestas al vanguardismo, por ejemplo, no sigue López Velarde la propensión de ellos hacia una literatura más intelectual.

Según Allen W. Phillips, López Velarde se aparta del Modernismo y se adelanta a la poesía más nueva. Empero admite que le queda un "residuo vigoroso"<sup>2</sup> del Modernismo. Se alejan mucho sus temas de los modernistas la estirpe del Darío de su primera época versallesca y sigue más bien a Silva en los temas humanos con su expresión más natural. Y aunque busca lo musical es menos superficial en su búsqueda.

<sup>1</sup> Desde esta nota en adelante, citaremos sólo con los números de páginas de esta edición entre paréntesis en el texto: Ramón López Velarde, *Obras*, México: Fondo de Cultura Económica, 1971. La obra contiene *Primeras poesías*, *La sangre devota*, *Zozobra* y la obra póstuma, *El son del corazón*, y ofrece las respectivas fechas de su primera publicación.

<sup>2</sup> Allen W. Phillips, *Ramón López Velarde: El poeta y el prosista*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1962, p. 68.

En sus primeros poemas del periodo hasta 1912, se identifica el poeta mexicano con los modernistas de la generación anterior, especialmente con Leopoldo Lugones. El lenguaje y la atmósfera sentimental lo delatan. Pero en sus poemas posteriores, es neo-barroco, o sea vanguardista en cuanto que aspira a escribir con todo el idioma. Utiliza vocabulario inusitado, mexicanismos y fórmulas convencionales de su pueblo, en fin, todo el repertorio idiomático, buscando expresar sus angustiados pensamientos.

Aunque estamos de acuerdo en que hay una fuerte influencia modernista en López Velarde, renuncia en gran medida a los ideales modernistas. Ya no busca, como lo hicieron los modernistas, la palabra brillante, sino la voz coloquial, el refrán de todos los días; usa a la vez, metáforas herméticas. No es sencilla ni fácil. El poeta se refugia en su mundo interior en un encerramiento personal, y crea un lenguaje individual. Se da en la forma más libre de pensamiento que puede. Trata de llegar a la máxima sinceridad y selecciona el lenguaje personal.

López Velarde se adelanta al untraísmo con sus conquistas metafóricas de vanguardia. En sus temas no es sólo poeta de provincia, como algunos dicen erróneamente; eso es limitar el alcance de su lírica. No era su propósito el de captar la provincia a pesar de que la visión provinciana persiste como fondo perceptible en gran parte de su obra; pero la provincia se convierte en recuerdo nostálgico.

Entre las características que alejan a López Velarde de los modernistas y que lo acercan a los vanguardistas, está su repetido uso de palabras fuertes e inusitadas de la vida humana, el modo sorprendente de adjetivar, la objetivización de un mundo configurado por su conflicto erótico-religioso. Sus metáforas son a veces violentas y agresivas. Emplea imágenes de índole ritual, muchas veces relacionadas con el olfato. Hay en López Velarde un sostenido esfuerzo de lograr modos novedosos e individuales de expresarse, muchas veces apotéticos. Fusiona lo inusitado y lo cotidiano y en él se mezcla "con lo suntuoso una visión irónica."<sup>3</sup>

La poesía de López Velarde es poesía hermética y a pesar de no ser fácil de leer ha llegado a ser popular en los últimos tiempos. No es aristocrático y en esto se diferencia profundamente de lo que antecede al Modernismo rubendariano. Sin embargo, la mayoría de sus composiciones no son poesía de masa. Aunque a veces oscura, difícil, los lectores saben que es una poética que versa sobre el tema principal del amor desgraciado y leen sus poemas aun a pesar del hermetismo de muchos de sus conceptos. Según dice Phillips, "de hecho López Velarde supo poetizar lo minúsculo y lo nimio, lo ordinario

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 102.

y lo cotidiano, con singular talento y fortuna."<sup>4</sup> Estos son rasgos que lo relacionan con otros poetas del postmodernismo por su alejamiento de lo exótico y por el cultivo de temas más locales.

Busca López Velarde ser poeta sincero y original e intenta siempre amoldar la palabra a las emociones verdaderas sentidas por él. Prefiere el sentimiento auténtico a lo cerebral e intelectual. Por eso "...la estética individual de López Velarde puede relacionarse históricamente con los ideales compartidos por numerosos escritores clasificados dentro del postmodernismo."<sup>5</sup> Pero quizá por sus temas, no ha podido dejar un relativo subjetivismo aunque lo disminuye, imponiendo la distancia psíquica. Su modo de escapar a la impudicia de la grandilocuencia romántica en *Zozobra* consiste en un amontonamiento de metáforas herméticas al modo de los surrealistas.

Los modernistas poetizaron la realidad con un lenguaje literario y pretencioso. No se enfrentaron con la realidad en su totalidad, sin falsificar. Lejos de la vida común, su obra se caracteriza por su refinamiento. Es en gran parte literatura a puerta cerrada. Pero en Ramón López Velarde vemos el tránsito del Modernismo al ultraísmo. En su obra, elementos muy diferentes de éstos del Modernismo se agudizan hasta peculiaridades personales: la ironía, la captación y sublimación de la circunstancia inmediata, el uso de vocabulario inusitado y la tendencia adjetiva. A diferencia de los modernistas, López Velarde no buscó el alma y sentido oculto de las cosas, sino que quiso vivir la emoción de ellas. La inspiración para él brota de la contemplación de la vida interior. Y reveló la vida interior con sinceridad en un lenguaje brutal y a veces prosaico.

"No es cuestión de oponer a las puras excelencias formales (Modernismo) profundas y sentidas vivencias (postmodernismo), sino que también López Velarde rechaza los abusos lingüísticos que implica el divorcio entre palabra y emoción."<sup>6</sup> Y eso nos lleva a considerar al hombre, pero en López Velarde el hombre y el artista se imbrican sólidamente. Es un poeta personal que despoja su expresión poética de la retórica. Las palabras que usa no están recargadas de tradición literaria, están llenas de emoción vital. Era vanguardista en su espíritu de libertad amplia y en su rebelión contra algunas de las normas del arte y de la sociedad. Anhela crear un arte nuevo para sí mismo aunque no quiere romper completamente con la tradición formal.

A pesar de usar mucho vocabulario de la vida diaria, es un escritor a quien las masas no entienden sino de un modo inconsciente.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.112.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>6</sup> Allen W. Phillips, "Los ideales estéticos de López Velarde, *Calendario de Ramón López Velarde*." México: marzo, 1971, p. 146.

No es nunca condescendiente con los lectores, a pesar de saber que muchos no van a entender los poemas, y dentro del hermetismo expresa su mensaje con honestidad y franqueza.

La imagen del hombre que se puede deducir de la poesía de López Velarde se enlaza con la de la vanguardia europea, el reconocimiento común de la imperfección del hombre. Parece que los autores del surrealismo formularon su rebelión y su réplica, pero López Velarde no compone una contestación. Elabora una imagen problematizada, cruzada por interrogaciones profundas. El hombre que emerge de sus poemas se revela en su orfandad. Es un ser que vive en una soledad, aislado del resto de los hombres, huérfano. Pero no es una vida sin trascendencia porque va "enfermo de lo absoluto (171)." Es "activamente casto" (170) entre su orfandad y se puede decir que tal reacción es heroica en su aislamiento del resto de los seres humanos. Va este sentimiento acompañado en muchas ocasiones por un ánimo que intenta reencontrar el sentido materno protector. Quizá por este sentimiento de orfandad López Velarde no quiso nunca ser marido ni padre.

Tenía López Velarde una vocación para el bien pero una fuerte atracción hacia el mal. No obtuvo más que frustraciones en cuanto anheló. Avido de pureza y a la vez de erotismo, abandonó un camino y no tuvo suficiente fuerza para perderse en el otro. Hay en sus poemas un sabor constante de la frustración. Vemos la dualidad de amor y muerte; la muerte es una presencia obsesionante en sus imágenes eróticas.

La carencia del hombre para López Velarde es la imposible unión amorosa con la mujer en todo su idealismo.

Hay una falla constante de no poder captar lo ideal en la mujer. Porque el amor busca absorber la vida carnal y la vida espiritual y al absorberlas ya no existen fuera de uno mismo. Es pues doblemente imposible, si es inaccesible el hombre se desespera, si lo consigue, pronto desaparece. En López Velarde se ve una lucha enconada entre la sensualidad y el idealismo del amor.

Es un hambriento de inocencia y hay una exigencia planteada; la de encontrarse en un estado de inocencia que olvida sus caídas momentáneas. Pero a pesar de momentos de desaliento, sabe que su corazón "hinchado de celestes y rojas utopías/guarda aún su inocencia, . . . (207)." Lamenta su búsqueda de la inocencia pero no son lamentaciones estériles. Se impone la obligación de aceptar que tal actitud le haya hecho perder mucho en el festín de la vida. Sabe que a pesar de querer ser "feliz por el candor (207)," nunca lo ha sido.

La constante exigencia de sinceridad ante sí mismo que mantuvo ejemplarmente López Velarde, la proyecta ante los demás, para que

vean cómo son los hombres que aman, y por qué. Presenta siempre visibles en sus poemas la introspección y la autocontemplación, que son notas típicas. Desnuda su alma angustiada en sus poemas usando a la mujer como una fuente constante de esta angustia, o por su presencia o por su ausencia en su vida. El escritor se identifica espiritualmente con fenómenos exteriores de la realidad, haciendo de ellos un símbolo personal para expresar su angustia, por ejemplo cuando dice: "mi espíritu es un paño de ánimas (207)."

Frente a la conocida afirmación de Darío "Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer" dice López Velarde: "Quiero a mi siglo, gozo de haber nacido en él (207)." No quiere escaparse y nos hace recordar su hombría esencial que le permite sobreponerse al infortunio, que le permite luchar contra la adversidad de su vida privada. Le invita al análisis de su situación, a que revise su sufrimiento para mitigarlo. Enfrentarse cara a cara con su dolor es una manera de aislarlo. Y a la vez nos muestra que una agonía constante tiene su razón de ser en el mundo, sea o no definitiva. Igual que los vanguardistas, en sus poemas López Velarde expresa la tensión y angustia metafísica del hombre, creada por la lucha entre su mundo interior y el mundo exterior. Por eso vemos su pesimismo y escepticismo en lo de poder encontrar la felicidad como hombre.

Ahora consideramos el estilo en el sentido de que indica cómo es el hombre y a la vez coloca al artista en su verdadero lugar en la historia literaria. En forma similar a la de los vanguardistas, López Velarde usa varias técnicas para llegar a la originalidad personal. Por ejemplo observamos un culto a la metáfora y a las imágenes más originales. Una de las técnicas para llegar a esta originalidad es su modo de usar la catacresis.

La catacresis es medular en el estilo de López Velarde. En sus poemas hay una acumulación de aparentes contrasentidos junto con muchas incongruencias. Puede decirse que gran parte de su fuerza expresiva proviene de la insólita asociación de adjetivos y sustantivos que no se corresponden, y que, a veces, resueltamente, se repelen. Esta intensificación de la catacresis enlaza a López Velarde con los innovadores surrealistas. Utiliza un alogicismo poético, pero no cae en la pura anarquía verbal. Hay muchos ejemplos como estos: "jeroglífico nocturno (173)," "beatas dentaduras (174)," y "melómano alfiler (197)."

A pesar de ser vanguardista usa técnicas que dan un sentido musical como quisieron los modernistas, pero en forma muy diferente de ellos en su esencia. Consideramos por ejemplo, el paralelismo, anáfora y reiteración de las palabras, junto con la onomatopeya. Hay en muchos poemas la construcción paralelística, especialmente

la anáfora. Wolfgang Kayser prueba que "la construcción paralela se hace más intensa cuando se subraya con la anáfora, esto es, la repetición de palabras sintácticamente dominantes." En todos sus tres libros de verso López Velarde muestra un uso predilecto de las construcciones paralelísticas, unas veces a modo de estribillo, otras con extensión anafórica. Su poema dedicado a la bailarina Ana Pávlova repite como palabra inicial de ocho estrofas el vocablo "piernas (195-196)." Hay poemas como aquel en el que repite múltiples veces el estribillo de dos líneas: "Me enluto por ti, Mirreya, / y te rezo esta epopeya (166-167)."

Además del paralelismo sintáctico existe el paralelismo conceptual, como cuando empieza dos líneas así: "mi carne pesa. . ." luego añade: "mi alma pesa. . ." (173)." Hay aquí una semejanza sintáctica y conceptual que señala los límites de la expresión humana. Hay igualmente reiteración de palabras y sílabas con tronco común como "la ubérrima ubre prohibida / de la vaca (155)." Juega con el sentido de las palabras como "...el amor amoroso / de las parejas pares (155)," "convicta e invicta (146)," y la frase "mi lluvia es diluvio. . ." (128)." Usa los adjetivos en series de dos, ambos en posición pospuesta y antepuesta: "muchachas frescas y humildes (155)," "húmedos y anhelantes monosílabos (151)," "blancas y fulmineas paradojas (139)," y "rítmica y eurítmica cintura (152)." Emplea tres adjetivos pospuestos en serie: "afán perenne, franciscano y polígamo (115)," y "zonzontle impávido, virgen y confesor (133)." Muestran estas técnicas la manera de movilidad que los vanguardistas dieron a su poesía. Vemos su frecuente uso de la antítesis entre las características de estilo que hemos estado considerando, que permiten al poeta llegar a la esencia de su intimidad y que añaden su música individual e idiosincrática a su poesía.

Siguiendo las modalidades nuevas de los modernistas, quienes renovaron la poesía también en el lenguaje y en los ritmos, los vanguardistas cambiaron las palabras para encontrar una música nueva y diferente, a veces suave pero más veces dura, una poesía llena de acentos y consonantes fuertes. Para conseguir esta musicalidad López Velarde, selecciona muchas de sus palabras por su valor fónico. Por ejemplo usa la onomatopeya: "cuando ululen los trenes (140)." También usa la reiteración en estos ejemplos: "Nieve nupcial (119)," "piadosas pinturas polvorientas (101)," "goteando su gota categórica (155)." López Velarde busca juegos sonoros de ciertas letras, por ejemplo la / en las líneas:

<sup>1</sup> Wolfgang Kayser, *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid: Gredos, p. 186.



la luz mortecina ondea  
en la lujosa librea  
de los cortesés lacayos. (86)

En muchos pasajes usa la sinestesia y este ejemplo la ilustra junto con los juegos sonoros de las *áes*: "jara mansa, ala diáfana, alma blanda, / fragancia casta y ácida (117)."

Siendo vanguardista recurre a prosaísmos que son otra forma de llegar a ser audaz y novedoso por lo inusitados que son los giros más bien conversacionales en la poesía. Veamos dos ejemplos: "Mi madrina invitaba a mi prima Agueda / a que pasara el día con nosotros, . . . (90)," es como empieza el conocido poema titulado "Mi prima Agueda." En un poema usa un giro coloquial de su tierra al describir la párvula:

que asoma por la reja  
con la blusa corrida hasta la oreja  
y la falda bajada hasta el huesito. (211)

En conclusión, los temas de López Velarde no son completamente originales en la historia literaria, pero sí les da el escritor un trato sumamente individual, por su modo de enfocarlos y por el estilo que se patentiza en sus versos. Sus temas más frecuentes fueron el amor, la sensualidad, la religión, la muerte, el baile, la provincia. Una de las tendencias originales es que a veces hay una ironía que es una actitud irreverente ante la vida, una manera vanguardista y personal de ver la realidad.

López Velarde utiliza mucho las percepciones sensoriales, sinestésicas y visuales, y esto nos indica que quiere apresar las fuerzas instintivas oscuras y más espontáneas del subconsciente del hombre para trasladar la realidad palpable del mundo a una realidad interior de las emociones.

En López Velarde hay una intensificación, concentración y expansión que resulta de que se sumerge en la tradición de los modernistas, y también está presente su propio espíritu vanguardista. Además de todo esto también se halla el hombre mismo, su tensión y su angustia en cuanto al sentido de su propia vida. Hemos visto cómo las técnicas estilísticas que emplea se acomodan a la expresión de estas tendencias. Y considerados su época literaria, el sentido del hombre mismo y su estilo, le situamos en la historia literaria no como postmodernista sino como vanguardista.

## EL ACOSO: ANALISIS DE MOTIVOS Y CORRELATOS

Por *Lilvia SOTO-DUGGAN*

**E**L *acoso*<sup>1</sup> de Alejo Carpentier es una novela de una estructura muy específica. El autor mismo ha dicho que "está estructurada en forma de sonata: Primera parte, exposición, tres temas, diecisiete variaciones y conclusión o coda".<sup>2</sup> El análisis de la estructura es entonces, en mi opinión, el mejor método de aproximación a esta obra.

La novela está dividida en tres partes y cada una de ellas en varias secuencias. La primera parte es la introducción de los dos personajes, el Taquillero y el Acosado y es el presente que se desarrolla ante nuestros ojos en la sala de conciertos. El énfasis recae sobre el Taquillero. Al Acosado en esta primera parte lo percibimos solamente como un cuerpo sufriente en lucha por recuperar el control de sí mismo. La segunda parte se narra en imperfecto. Este aspecto verbal cumple la función de actualizar los acontecimientos en una línea temporal. Y en esta actualización que se da en forma fragmentaria, y a través del flujo psíquico y del monólogo interior del personaje principal, conocemos la historia de su acoso. La tercera parte vuelve al presente de la sala de conciertos y al desenlace. Este presente abre una proyección al futuro.

En la primera parte, como ya dije, encontramos al personaje principal, el Acosado, y al Taquillero cuya vida paralela enfatiza los motivos y temas presentados a través del Acosado. La primera secuencia nos presenta al Taquillero en una sala de conciertos, unos minutos antes de que comience la ejecución de la Tercera Sinfonía de Beethoven. Lee una biografía del compositor, pero su lectura es

---

<sup>1</sup> Las citas de *El acoso* provienen de su edición en *Guerra del tiempo*, México, Compañía General de Ediciones, S. A., 5a. ed., 1968.

<sup>2</sup> César Leante, "Confesiones sencillas de un escritor barroco", Helmy F. Giacomani, *Homenaje a Alejo Carpentier*, Nueva York, Las Americas Publishing Company, Inc., 1970, p. 26. Un trabajo sugerente dedicado específicamente a este problema es el de Emil Volek, "Análisis del sistema de estructuras musicales e interpretación de *El acoso* de Alejo Carpentier" publicado en *Philologica Pragensia*, Academia Scientiarum Bohemoslava, Československá Akademie Věd. Praha, 12, 1, 1969, pp. 1-24.

interrumpida a menudo por el ruido, la atmósfera sofocante y las incitaciones al pecado que la vista de las mujeres le ofrece. En la segunda secuencia nos encontramos con el vertiginoso monólogo interior de un personaje a quien no identificamos en este momento. Sólo lo observamos como un nudo de latidos, reflejos y sensaciones incontrollables que se manifiestan al ritmo del primer movimiento de la sinfonía, y con la misma intensidad dramática. Este personaje percibe la música de este primer movimiento como ruido, estrépito, estruendo, golpes, desgarramientos, y mazazos. El sonido que le hace daño realza su estado de ánimo. La agitación del personaje dura el mismo tiempo que el primer movimiento. La música lenta y triste de la Marcha Fúnebre logra penetrar su turbación y con la calma que le sobreviene empieza a recordar, a cobrar conciencia de la música y de sí mismo, a comprender. En la tercera secuencia nos trasladamos a la casa de Estrella, la ramera por quien el Taquillero ha abandonado la sala de conciertos. Su propósito al visitar a la mujer queda frustrado, y al ser arrojado de la casa sin relojes, vuelve a la sala de conciertos al sonar los compases iniciales del Final, unos nueve minutos antes de que termine la sinfonía.

La segunda parte de la novela consta de 13 secuencias en las que se presenta la historia del personaje que encontramos en la segunda secuencia de la primera parte: el Acosado. La tercera parte es la continuación de la secuencia temporal de la primera parte, es el presente de la sala de conciertos, y en el desenlace, al terminar el concierto, los dos personajes que habían entrado corriendo tras el Acosado en la primera parte se levantan y van al palco donde se ha refugiado éste para ejecutarlo.

El desacuerdo entre la fábula y el sujet en esta novela es bastante violento pues la narración empieza más que *in medias res*, casi *in extrema res* y al lector le resulta necesario reconstruir el esquema. El Acosado va de su pueblo Sancti Spiritus a la Habana a estudiar arquitectura. Se aloja con su anciana nodriza en el Mirador de la vieja mansión transformada en casa de vecindad. Se alía al Partido Comunista pero la conciencia de vivir una situación extrema —“se vivían tiempos que reclamaban una acción inmediata” (p. 183)— lo impulsa a abandonar la Universidad y el Partido para sumarse al bando de los impacientes. La violencia que se adopta para hacer la revolución se reviste en un principio de la apariencia de heroísmo y justicia. Pero este idealismo se diluye al condenar al compañero delator y tomar la justicia en sus manos. Los impacientes se convierten en los terribles. El fervor revolucionario se pervierte. Se trafica con la violencia. De los tiempos del Tribunal se desciende a los del Botín. Se cae en la burocracia del horror —el asesinato por encargo para beneficiar a ciertos Altos Personajes. El furor ha perdido su

espontaneidad sagrada y ha degenerado en oficio, se ha prostituido. Después de su último asesinato la policía lo lleva a la fortaleza-prisión donde, con la amenaza de la emasculación, delata a sus compañeros y se convierte en el perseguido: empieza su acoso. Huyendo de sus ex-compañeros se esconde en el Mirador de su vieja nodriza. Al morir ésta, el Acosado sale de su refugio, visita a Estrella, busca al Alto Personaje para pedirle protección, entra a una iglesia a confesarse y es rechazado por el sacerdote, se encuentra con dos de sus perseguidores, y, huyendo de ellos, se refugia en la sala de conciertos en el momento en que empiezan los primeros acordes de la Heroica. Al terminar la sinfonía, es ejecutado.

El Acosado y el Taquillero son vidas paralelas en las que observamos el desarrollo del proceso que podemos esquematizar en tres instancias: el rechazo de la realidad circundante, la búsqueda de una superrealidad y la ironización de esta superrealidad.<sup>3</sup> El Taquillero abandona su pueblo natal y va a la ciudad persiguiendo el ideal de la música que para él encarna lo Sublime. A pesar de haber pasado dos semanas preparándose para la audición directa de la Tercera Sinfonía de Beethoven, en el último instante se entrega a las incitaciones del placer y sale en busca de una ramera. Es rechazado por ésta y en su soledad y despecho toma conciencia de la traición que ha hecho a su ideal. Evoca el mundo de su niñez, símbolo de la pureza perdida, y anhela saber viva a la anciana del Mirador por rito purificador. En el Acosado este proceso se da con más variaciones. Su búsqueda del ideal se desplaza una y otra vez de un paradigma a otro en una múltiple traición. El anhelo de libertad que espera encontrar en la Habana se frustra pues la libertad se pervierte al convertirse en libertinaje. Irónicamente este ideal ya le había llegado en forma degradada a través de los informes que otro personaje le había proporcionado acerca de la ramera Estrella. Ese personaje es el Becario que ya ha hecho el mismo recorrido del pueblo a la Habana en busca de una libertad cuyo sentido se tergiversa al entregarse el personaje a la vida disipada. El Acosado abandona la vocación, el estudio de la arquitectura, para afiliarse al Partido Comunista y este ideal es a su vez negado para ingresar al bando de los impacientes. Más tarde percibe ese momento como una fisura o paso infernal pues con esa última traición se introduce la violencia y, al pervertirse el ideal revolucionario, el Acosado cae de peldaño en peldaño hasta convertirse en un común asesino a sueldo. En este proceso de envilecimiento traiciona sucesivamente a

<sup>3</sup> Aquí se acogen algunas nociones propuestas por Carlos Santander en su prólogo a la edición de *Viaje a la semilla y otros cuentos*, Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1971.

la libertad, la vocación, el partido político, la Revolución, el compañero, y los socios del crimen burocratizado. Posteriormente traiciona la bondad de su vieja nodriza robándole sus escasos alimentos.<sup>4</sup> Después de cada una de estas destrucciones o pérdidas cree percibir una nueva superrealidad, un espacio maravilloso que se da más allá, siempre más allá. Incluso en sus últimos momentos, en la sala de conciertos, "pensaba que aún le sería posible vivir en otra parte, olvidando los tiempos del extravío" (p. 184). Su muerte ironiza esta vislumbre.

Para llegar a la aprehensión del sentido último de esta obra me he basado en el análisis de los motivos. Para los propósitos de este trabajo adopto la terminología de Sophie Irene Kalinowska de su obra *El concepto de motivo en literatura*.<sup>5</sup> El motivo es un elemento estructural del texto de toda obra literaria. Es "el elemento estructural-límite completo y autónomo, es decir, lo suficientemente desarrollado como para tener un sentido significativo. . ."<sup>6</sup> Se constituye por la fusión íntima de su esquema conceptual (elemento designado) y de su forma verbal (elemento designante); es esencialmente dinámico, y se convierte en el factor capital de la idea conductora en una estructura artística. Su naturaleza es cognoscitiva. Kalinowska relaciona el motivo de la obra literaria con el tema en la música. Al exigir del motivo literario un "pensamiento" completo, autónomo y significativo, se le convierte en el equivalente del "tema" de los musicólogos del siglo xx. Estos consideran que el motivo concebido como una sola imagen es algo demasiado pequeño para tener un sentido musical completo, para contener un "pensamiento" musical. Entonces cuando Carpentier dice que *El acoso* como la sonata tiene tres temas se refiere a la significación de tres motivos literarios. El motivo es esencialmente dinámico, un principio motor que produce en la obra relaciones tensionales, una dialéctica que impulsa el desarrollo de la acción. El elemento conceptual del motivo se valoriza estéticamente por sus "portadores": lexemas, imágenes, figuras.

<sup>4</sup> El es a su vez traicionado por Estrella, el Alto Personaje, el sacerdote, y, en la ironía máxima, por el director de la orquesta que al apresurar la ejecución de la sinfonía, le roba unos minutos de vida. La involuntaria traición del director de la orquesta fue una idea sugerida por el profesor David Hershberg en el Congreso organizado por la Universidad de Kentucky (28 a 30 de abril de 1977) donde presenté esta ponencia.

<sup>5</sup> Sophie Irene Kalinowska, *El concepto de motivo en literatura*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972. Esta traducción, a cargo de Sonia Romero y José Varela M., corresponde a la Primera Parte de *Les motifs décadents dans les poèmes d'Emile Verhaeren. Etude précédée d'un essai sur la théorie du motif littéraire* (Polska Akademia Nauk—Oddzial w Krakowie, 1967).

<sup>6</sup> Cf. las observaciones de S. I. Kalinowska en *op. cit.*, p. 53.

Kalinowska introduce el término "formante" para indicar el equivalente del motivo en la música. La formante es una unidad desprovista de un sentido suficientemente completo. El motivo se compone de dos o varias formantes que en conjunto lo desarrollan, enriquecen y amplían. La diferencia entonces entre el motivo y sus formantes es de orden "cuantitativo y funcional, estructural".<sup>7</sup> ¿Cuáles son entonces los tres motivos que podemos reconocer en esta novela? Son los que estructuran el esquema significativo de: rechazo, búsqueda y la ironización iluminadora que sobreviene. El motivo central que ocasiona el rechazo es el de la carencia, que adopta las variaciones de hambre, sed, desamparo, orfandad, despecho y que produce las relaciones tensionales, la dialéctica que impulsa la búsqueda del polo opuesto, la plenitud. El segundo motivo central impele el proceso de la búsqueda a la ironización y es el motivo de la traición<sup>8</sup> con su complemento, la venganza, y con sus variantes: abandono, crimen, tortura, robo, delación, rechazo, violencia y acoso. El tercer motivo central es el de la iluminación y adopta las formas de conciencia de la culpa, anhelo expiatorio, revelación de lo numinoso en el fuego. Algunas variantes funcionan vinculadas a dos de los motivos centrales. Volviendo al personaje principal, sabemos que es acosado por sus antiguos compañeros, pero en realidad sufre un triple acoso: el de sus perseguidores, el del tiempo (al entrar a la sala de conciertos le quedan poco más de 46 minutos de vida) y el de su conciencia. Los tres motivos que hemos identificado explican este triple acoso. Al de los perseguidores corresponde el motivo de la traición-venganza, al del tiempo el de la carencia y al de la conciencia el de la iluminación.

Parte integral de la estructura de la obra son los tres correlatos: el musical: la Tercera Sinfonía de Beethoven, el dramático: *Electra*, y el litúrgico: la misa. De nuevo, al correlato dramático corresponde el motivo de la traición-venganza, al de la liturgia el de la iluminación, y al musical el de la carencia, la búsqueda del ideal. Los tres correlatos tienen en común su carácter ritual. La representación de la sonata, del drama y de la misa sigue un orden

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>8</sup> Varios críticos han observado que la traición es uno de los aspectos fundamentales de la obra. Entre otros, Frances Wyers Weber, en "El acoso: la guerra del tiempo de Alejo Carpentier", *Asedios a Carpentier*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1972, pp. 147-164, discute la traición pero considerándola como tema. También Mercedes Rein, en "Texto, subtexto y contextos de *El acoso*", estudio preliminar a la edición de la obra publicada en Montevideo por la Biblioteca de Marcha, 1972, destaca la importancia de la traición en esta novela. Para Rein, la traición constituye la dimensión subjetiva, una de las tres dimensiones temáticas de *El acoso*, y, en distintos momentos de su estudio, la denomina motivo o tema.

inexorable que nos proporciona una visión del Tiempo como fecha susceptible de re-encarnar en un presente perpetuo. En el rito se vuelve a un tiempo cíclico, originario y se anula la progresión cronométrica. Sin embargo en el caso de esta novela, como en toda la obra de Carpentier, el ciclo no es exactamente circular —se altera ligeramente convirtiéndose en espiral.<sup>9</sup> Esto se aclarará al analizar el tema. De nuevo adopto la terminología de Kalinowska, quien a su vez la adopta de Czerny— el tema es un esquema conceptual que nace "de la reunión de varios motivos en un todo, o del enriquecimiento de un motivo del mismo grupo mediante detalles nuevos".<sup>10</sup> El tema es, pues, un elemento estructural sobreordenado al motivo. El tema en la literatura corresponde al movimiento musical. De esta sobreordenación de un elemento ampliado y enriquecido por los otros dos, deducimos el tema en *El acoso*. El elemento que se sobreordena en este caso es el correlato musical que corresponde al motivo de la carencia. La acción propia del presente de la novela se desarrolla en una sala de conciertos; uno de los personajes es un melómano; la Tercera Sinfonía se ejecuta durante los últimos 46 minutos de la vida del personaje principal, quien además la ha escuchado, sin estar plenamente consciente de ello, durante las dos semanas de su encierro en el Mirador; la música sirve de inspiración para la toma de conciencia del Acosado; y además Carpentier ha dicho que esta novela tiene la estructura de una sonata. Todo esto ya es bien conocido, sin embargo; ¿por qué escogió el autor la Tercera Sinfonía como correlato y estructura de su novela y no otra cualquiera? La clave se encuentra en la novela misma, en el libro que el Taquillero lee: *Beethoven, las grandes épocas creadoras*, biografía del compositor en la que se cita la dedicatoria que aparece en la partitura de la Tercera Sinfonía. Beethoven compuso la *Heroica* pensando en Napoleón Bonaparte a quien admiraba enormemente como revolucionario. Pero al coronarse éste emperador, Beethoven sufrió una gran desilusión. Para él tal acto de Bonaparte fue una traición al ideal. Destruyó su primera dedicatoria y la nueva dice: "Compuesta para celebrar el recuerdo de un gran hombre". No la dedica a Bonaparte sino al espíritu heroico del hombre. Esta frase, la primera de la novela, encierra el significado final de la sinfonía y el de la novela. Los hombres fallan, los ideales se traicionan, pero el heroísmo como ideal pervive. La búsqueda del ideal es peren-

<sup>9</sup> Véase Salvador Bueno, "Notas para un estudio sobre la concepción de la historia en Alejo Carpentier", *Acta litteraria Academiae Scientiarum Hungaricae*, Budapest, Tomus XI, Fasciculi 3-4, 1969, pp. 237-251. También, Pedro Lastra, "Aproximaciones a ¡Ecue-Yamba-O!", *Asedios a Carpentier*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1972, especialmente pp. 49-51.

<sup>10</sup> Kalinowska, *op. cit.*, p. 97.

ne pues el hombre siente "la apremiante necesidad de fijarse nobles tareas." (p. 185) y esta necesidad es el impulso que rompe el ciclo y lo convierte en espiral. El impulso es la fuerza motriz que comienza un nuevo ciclo y mueve la historia. Olin Downes ha dicho que la *Heroica* es "un monumento al espíritu inmortal del hombre".<sup>11</sup> Lo mismo podemos decir de la obra de Carpentier.

---

<sup>11</sup> Olin Downes, *Symphonic Masterpieces*, New York, The Dial Press, 1936, p. 54. (La traducción es mía.)



## ESTRUCTURA NARRATIVA Y SIGNIFICADO SOCIAL DE PEDRO PARAMO

Por Lucila INES MENA

EN 1955 Juan Rulfo publicó su novela *Pedro Páramo*.<sup>1</sup> La reacción inmediata de la crítica fue diversa, pues, aunque generalmente elogiosa, no dejaron de sentirse algunos ecos reprobatorios causados por la compleja estructuración de la novela.<sup>2</sup> Con el pasar de los años la bibliografía sobre esta obra ha ido aumentando y algunos conceptos sobre *Pedro Páramo* han ido fijándose y convirtiéndose poco a poco en lugares comunes: Comala purgatorio, infierno, mundo de muertos, mundo sin historia donde el tiempo se halla detenido; Comala lugar silencioso, donde sólo reinan ecos y murmullos apagados.

Varios estudios se han dedicado a la estructura, y es casi inevitable que cualquier crítico que se haya aproximado a la obra haya tenido que enfrentarse a este problema. Así, pues, tenemos una serie de interpretaciones de las cuales podemos entresacar tres conceptos generales:

- 1) La novela tiene una estructura caótica, arbitraria o desordenada.<sup>3</sup>
- 2) La novela está estructurada dentro de un marco arquetípico, que le da sentido y unidad.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955).

<sup>2</sup> Entre las opiniones más negativas se encuentra la de José Rojas Garcidueñas: "...dejando aparte mi natural repugnancia por ese tipo de literatura sórdida, lo que en Pedro Páramo juzgo más censurable es que la estructura, en puridad de lo más simple, se encuentra deliberadamente desquiciada y confusa". Véase John S. Brushwood y J. Rojas Garcidueñas, *Breve historia de la novela mexicana* (México: De Andrea, 1959), p. 140.

<sup>3</sup> Brushwood y Garcidueñas, *Ibid.*, p. 140. Alí Chumacero, "El *Pedro Páramo* de Juan Rulfo," *Universidad de México*, IX, 8 (1955), p. 26. James Irby, *La influencia de William Faulkner en cuatro narradores hispanoamericanos* (México: Universidad Nacional Autónoma, 1957), p. 161.

<sup>4</sup> Varios críticos mencionan el marco arquetípico de la novela, pero sin analizar este punto en detalle. Entre ellos podemos mencionar: Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana* (México: Joaquín Mortiz, 1969),

3) La novela está estructurada en dos partes, cada una con características específicas en cuanto a narradores, ambiente y temas.<sup>5</sup>

Aunque la segunda interpretación mencionada es en mi opinión la más acertada, la tercera interpretación es la que más se ha generalizado. Algunos de sus adherentes pretenden ver aquí una estructura clara y obvia; otros parecen no estar muy seguros de ello, aun cuando no dejan de notar el hecho de que la muerte de Juan Preciado (capítulo 33) constituye la línea divisoria que da una nueva perspectiva a la narración.

Carlos Blanco Aguinaga dice: "desde luego, la novela tiene una estructura general muy estricta, aunque no aparente en ninguna separación de partes que rompería la unidad de un momento de tiempo que es toda la narración".<sup>6</sup> Sin embargo, inmediatamente pasa a establecer una división de partes: "se podría decir que está dividida en dos partes y un 'remanso' que sirve a la vez de explicación a la primera parte y de transición para la segunda";<sup>7</sup> basándose en esta división analiza la estructura de la novela. Por su parte, Mariana Frenk considera obvia la división de la obra en dos partes. La primera, narrada por Juan Preciado, es básicamente un mosaico de fragmentos que sumergen al lector en una atmósfera densamente poética. En la segunda parte aumenta el número de escenas realistas y "el autor se encarga de la narración, que, con algunas interrupciones por la plática de los muertos, por los cortes hacia atrás, a la infancia y juventud de Susana, sigue en curso lineal y directo hasta el final".<sup>8</sup> Luis Leal sigue más o menos esta línea de pensamiento, pero haciendo notar que en cada una de las partes se verifica la presencia de ambos narradores y de algunos elementos retóricos que unifican su mundo. Sin embargo, termina diciendo: "No todo

p. 16; Luis Leal, "La estructura de *Pedro Páramo*," en *Juan Rulfo*, Serie Valoración Múltiple (La Habana: Casa de las Américas, 1969), pp. 104-105; Joseph Sommers, *After the Storm* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1968), pp. 87-91. Uno de los estudios más serios sobre Rulfo es el de George Ronald Freeman, *Paradise and Fall in Rulfo's Pedro Páramo* (Cuenavaca: CIDOC, 1970, Cuadernos del CIDOC, núm. 47): Freeman analiza la novela teniendo como punto de vista el marco estructural proporcionado por el arquetipo de "la caída del hombre".

<sup>5</sup> Entre ellos podemos citar a: Carlos Blanco Aguinaga, "Realidad y estilo en Juan Rulfo," en *Nueva novela latinoamericana*, ed. por Jorge Lafforgue (Buenos Aires: Paidós, 1969), pp. 85-113; Mariana Frenk, "*Pedro Páramo*" en *Juan Rulfo*, Serie Valoración Múltiple (La Habana: Casa de las Américas, 1969), pp. 91-93; Leal, "La estructura de *Pedro Páramo*," pp. 96-105; Sommers, *After the Storm*, pp. 76-83.

<sup>6</sup> Blanco Aguinaga, "Realidad y estilo en Juan Rulfo," p. 104.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>8</sup> Frenk, "*Pedro Páramo*," p. 92.

en *Pedro Páramo*, por supuesto, es lúcido y transparente. Rulfo, creemos, ha tratado de reflejar en la estructura caótica el fondo mismo de la novela, que es en sí vago, indefinido, irreal, nebuloso".<sup>9</sup>

Todas estas diferentes y contradictorias opiniones acerca de la estructura de *Pedro Páramo* revelan las dificultades formales de la obra, que contiene en sí un argumento relativamente simple. Presentaremos ese argumento antes de analizar los problemas interpretativos que el mismo sugiere: Comala como mundo de vivos, Comala como mundo de muertos, y Comala como imagen de un mundo paradisíaco.

### *El Argumento y su Estructura*

LA línea argumental. Es evidente que a la primera lectura el hilo argumental resulta un tanto inconexo y nebuloso; sin embargo, la impresión causada por esta particularidad no es tan fuerte como el impacto causado por el ambiente misterioso, ambiguo y lleno de poesía en que el lector queda sumergido desde las primeras páginas. En lecturas posteriores la obra se aclara, pues conociendo ya de antemano los diferentes episodios es fácil reconstruir una línea argumental en la cual los episodios se desarrollen en forma cronológica.

El argumento en cuestión cuenta la vida y muerte de Comala, un pueblito situado en el Estado de Jalisco, y de Pedro Páramo, dueño de vidas y tierras y quien preside como gran dios el destino del pueblo. La trayectoria de Pedro Páramo la podemos seguir desde una época temprana de su vida, posiblemente su pre-adolescencia. Se nos presenta entonces como un ser solitario, soñador y dedicado a aprender el oficio de telegrafista. Este ser tiene una fuerte tendencia a sumergirse en los recuerdos idealizados de su niñez, que inevitablemente asocia con su amiga de la infancia, Susana San Juan.

Una bala misteriosa mata al padre de Pedro cuando asiste a una boda en la que va a actuar de padrino. Parece que este hecho marca la vida del chico y le inyecta el odio, la crueldad y la venganza que lo habrán de caracterizar por el resto de su existencia. Doce años después de la muerte de su padre todavía anda a la caza del presunto asesino y, poco a poco, hace víctimas de su venganza a todos los invitados que asistieron a la boda. Valiéndose de astucia y malas mañas, Pedro se va apoderando de las tierras vecinas, hasta quedar prácticamente convertido en el amo y señor de Comala. Sin embargo, su vida interior es una tragedia pues nunca logra poseer a su segunda esposa, Susana San Juan, en quien Pedro ha centrado el amor, único sentimiento positivo de su existencia.

<sup>9</sup> Leal, "La estructura de *Pedro Páramo*," pp. 104-105.

Al morir Susana, las campanas del pueblo comienzan a sonar incesantemente, atrayendo a Comala gente de todos los pueblos vecinos. Comienza entonces una gran fiesta que dura varios días, y en la cual nadie se ocupa de la muerte de Susana ni de la pena de su marido. Pedro, lleno de amargura, jura vengarse del pueblo, se cruza de brazos y deja que Comala se muera de hambre y soledad. Tiempo después Pedro Páramo muere a manos de su hijo Abundio, a quien Pedro había negado ayuda económica: Abundio, sumido en la miseria, la embriaguez y el dolor causado por la muerte de su mujer, viene en busca de su padre y le asesta una certera cuchillada.

Pero la historia no termina ahí. Han pasado muchos años cuando Juan Preciado, el hijo legítimo de Pedro Páramo y Dolores Preciado, su primera esposa, llega a Comala con el propósito de cumplir el último deseo de su madre: buscar a su padre y cobrarle caro el abandono en que los tuvo. Al llegar al pueblo Juan encuentra que su padre ha muerto, y que Comala es un pueblo agonizante. Los pocos habitantes con quienes tiene la oportunidad de hablar son en su mayoría ánimas en pena. Donis y su mujer, extraña pareja de hermanos incestuosos, y la pordiosera Dorotea, son algunos de los escasos vivos que todavía deambulan por el pueblo.

A través de estos personajes Juan va conociendo algunos detalles de la vida de Comala y de sus padres. El ambiente es pesado, el silencio que lo rodea es interrumpido de vez en cuando por ecos misteriosos: gritos, voces que dialogan y murmullos de fiestas. El aire escasea y el calor es agobiante. Juan sucumbe ante esta pesadez del ambiente y muere asfixiado. Donis y Dorotea lo recogen y lo entierran. Esta muere después y es enterrada en la misma tumba de Juan, donde entablan un diálogo que es complementado por el monólogo de algunos muertos enterrados en las tumbas vecinas.<sup>10</sup> Para entonces ya todos los personajes que actuaron en la novela han muerto, y los cuerpos de algunos de ellos esperan bajo tierra, mientras sus ánimas penan por el mundo:

—¿Y tu alma? "¿Dónde crees que haya ido?

—Debe andar vagando por la tierra como otras tantas; buscando vivos que recen por ella (pp. 80/36).<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Algunos comentaristas de Pedro Páramo están de acuerdo en afirmar que el material narrativo de la novela no es otra cosa que el diálogo sostenido por Juan y Dorotea en la tumba y que ésta es la perspectiva de la narración. Irby, *La influencia de William Faulkner*, p. 153, dice: "La tumba es el miradero general de toda la novela." Freeman, *Paradise and Fall*, hace una observación similar. Ver pp. 1/21 y 1/27.

<sup>11</sup> Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, Ed. anotada por Luis Leal (New York: Appleton-Century-Crofts, 1970). El primer número entre paréntesis corresponde a las páginas de esta edición; el segundo corresponde al número del

Sin embargo, estos muertos no parecen dar la impresión de estar enterrados eternamente. Dorotea le dice a Juan: "—Ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo. Haz por pensar en cosas agradables porque vamos a estar mucho tiempo enterrados" (p. 75/34). Estas palabras nos sugieren la idea de que estos muertos que expían sus culpas en un purgatorio terrestre tienen una pequeña esperanza. ¿Una redención? ¿La promesa de un mundo mejor? Rulfo nunca aclara esto, pero parece existir una nota de optimismo.<sup>12</sup>

La historia de Comala, prolongada muchos años después de la muerte de Pedro Páramo, termina aquí, con la desaparición de sus últimos habitantes, quienes aún después de muertos siguen llevando una existencia subterránea. Aquí también termina el hilo argumental de la narración, la que, como hemos visto, no se enfoca únicamente en la vida de Pedro Páramo, sino que comprende toda la historia de Comala.

*Estructura del argumento.* Este argumento está fragmentado en 66 microcapítulos que dentro de la novela no siguen un orden lineal, cronológico. Por el contrario, la novela empieza con la llegada de Juan Preciado a Comala, episodios que se van entremezclando con la historia de la niñez de Pedro Páramo. En la misma forma, la muerte de Juan se mezcla con episodios de la vida de Pedro cuando éste está en todo su poderío.

La división tradicional y más generalizada de la estructura, a la que ya nos hemos referido, postula una primera parte que comprendería los primeros 33 capítulos; la muerte de Juan es considerada como la línea divisoria con la segunda parte, compuesta por los capítulos restantes. En cada una de las partes se notan ciertas características: temáticamente, la historia de Juan es más prominente en la primera parte que en la segunda. Claro que esto no quiere decir que la primera parte se centre totalmente en la historia de Juan: de los 33 capítulos que componen esta parte, 18 se refieren al mundo muerto de Juan y 15 al mundo vivo de Pedro Páramo; es decir, el énfasis está dado casi en la misma medida a ambos personajes. En la segunda parte, el tema está enfocado en Pedro Páramo y su mundo, ya que 26 de los 33 capítulos que forman esta parte se refieren

---

capítulo. Según Leal, esta edición está estrictamente ceñida a la original. Aunque los capítulos de esta edición no están numerados, la separación entre ellos es muy clara, dando un total de 66 capítulos que he numerado para ofrecer mayor precisión.

<sup>12</sup> Alan Bell en su artículo "Rulfo's *Pedro Páramo*: a Vision of Hope," *Modern Language Notes*, 81 (1966), pp. 238-45, señala la parte optimista de la novela, cuyo punto culminante considera centrado en la muerte de Susana San Juan, ya que éste es el único personaje cuyo destino Pedro Páramo no puede manejar.

a esta realidad. Los siete capítulos restantes narran el mundo de ultratumba de Juan Preciado.

En cuanto al narrador, resulta un poco aventurado decir que la primera parte está narrada por Juan Preciado y la segunda por el autor.<sup>13</sup> En la primera parte sólo 15 capítulos están narrados por Juan, 15 por el narrador objetivo y tres (25, 26, 27) son evidentemente fragmentos de diálogos de ecos que flotan en el aire, y que no son introducidos por ningún narrador aparente. Ya que estos capítulos son continuación de los capítulos precedentes, podemos concluir que pertenecen al mundo muerto de Juan. Intercalados con los 26 capítulos de la segunda parte que introduce el narrador objetivo, se mezclan siete capítulos que pertenecen al mundo subjetivo de Juan y que nos llegan a través de él. Vemos pues que en 41 de los 66 capítulos que forman la novela se nota la presencia de un narrador objetivo y que en sólo 25 de estos 66 capítulos —casi una tercera parte de la novela— se nota la presencia del narrador subjetivo.

De esto se deduce que la historia de Comala está narrada desde dos perspectivas diferentes, la de los vivos y la de los muertos.<sup>14</sup> La primera, que cuenta el desarrollo y decadencia de un mundo vivo, está canalizada a través de un innominado narrador en tercera persona que guarda una discreta distancia del mundo narrado y dramatiza su narración por medio de diálogos detrás de los cuales casi desaparece. La segunda, que se enfoca casi exclusivamente en la descripción de un mundo agonizante y después definitivamente muerto, está canalizada a través de Juan Preciado, quien en vida llega al mundo semi muerto de Comala, entabla diálogo con las almas en pena y, él mismo convertido después en muerto, nos transmite sus experiencias de ultratumba.

<sup>13</sup> Esta opinión es compartida por Frenk, "Pedro Páramo," pp. 91-92. Blanco Aguinaga, "Realidad y estilo," pp. 104-105. Blanco Aguinaga ignora la existencia del narrador objetivo en la primera parte, que reduce a una narración subjetiva: "Así, en la primera parte se entremezclan la narración en primera persona de Juan Preciado, los recuerdos de Eduviges, etc., hasta que todo ello queda envuelto en unidad con la muerte de Juan Preciado". Por su parte Bell, art. cit., atribuye toda la narración a Juan Preciado, pasando por alto la función del narrador objetivo.

<sup>14</sup> La noción más generalizada es la de considerar la tumba como punto de vista desde donde se narra la novela. Se menciona también la existencia del autor como narrador pero sin explicar en detalle su función. Un intento de explicación lo da Enrique Anderson Imbert: "El autor, que ha bajado a Comala como quien baja al Hades, va completando, en tercera persona, el relato de Juan Preciado. O sea, que gracias a las escenas conjuradas por el autor se explican las voces, ecos y murmullos que oye Juan Preciado". "Formas de la novela contemporánea" en *La novela hispanoamericana*, ed. por Juan Loveluck (Santiago: Ed. Universitaria, 1969), p. 219.

Hay un tercer tipo de narración; pequeños párrafos intercalados en los varios capítulos que contienen en forma de monólogo interior las reminiscencias de Dolores Preciado, Susana San Juan y Pedro Páramo. Los recuerdos de estos tres personajes tienen una cosa en común: todos añoran un bien perdido, una época anterior en la que la vida era feliz. Estas añoranzas están depuradas de todo mal, los recuerdos se idealizan hasta el máximo y llegan a constituirse en un paraíso mental donde estos personajes se sumergen de vez en cuando, escapando así de la realidad circundante.<sup>15</sup>

Nos interesa en este trabajo analizar la función de cada uno de los narradores y destacar la importancia que ello pueda tener en cuanto a la estructuración y significado del mundo narrado.

#### *Comala: Mundo de vivos*

No siempre fue Comala un mundo muerto. Existió una época en que el pueblo vivía, el tiempo transcurría y la tierra producía abundantes cosechas. La sociedad, dominada por una estructuración feudal, dependía del amo y hasta cierto punto del cura, quien a su vez dependía del amo. Es por esta época cuando llegan los ecos de la Revolución, en la que participan algunos habitantes de Comala. También, como epílogo, llega la guerra de los Cristeros a la cual se afilia el padre Rentería.

Durante este período la historia de Comala sigue un proceso de desarrollo y decadencia paralelo a la vida de Pedro Páramo. Esta etapa está exclusivamente contada por el narrador en tercera persona, aunque existen algunos episodios que nos llegan a través de los diálogos de los muertos y que en la mayoría de los casos completan o iluminan episodios referidos por el narrador. Estos episodios son básicamente: la noche de bodas de Pedro y de Dolores y la historia de Dolores Preciado (cap. 9), la historia de Abundio (cap. 9), y algunas circunstancias que rodearon la muerte de Miguel Páramo (cap. 11), la madre de Susana (cap. 39), Toribio Aldrete (cap. 17), el padre de Pedro Páramo (cap. 40) y Susana San Juan (cap. 61). La referencia a Pedro Páramo como un "rencor vivo" (cap. 15) también nos llega a través de los diálogos de los muertos.

Como ya dijimos, esta es la parte más extensa de la novela: 41 capítulos en los cuales todos los personajes viven una vida real, sin interferencia de la presencia de los muertos. Comala, que al princi-

<sup>15</sup> Para una interpretación de este paraíso véase Hugo Rodríguez Alcalá, *El arte de Juan Rulfo* (México: Ediciones de Bellas Artes, 1965), pp. 103-109. Freeman, *Paradise and Fall*, pp. 4/4.4/6.

pío se presenta como un pueblo próspero, al caer bajo el dominio de Pedro Páramo cae también irremediabilmente en un proceso de decadencia.

Este proceso está comprendido en los capítulos 6-8, 10, 12-16, 18-23, 35, 37-38, 41-48, 50-51, 53-60, 62-66. La voz del narrador, presente en casi todos ellos, falta en los capítulos 43 y 51; pero, como éstos son una continuación lógica de los capítulos 42 y 50, se puede concluir que el narrador es el mismo. Esta sucesión de capítulos encierra una historia que en su desarrollo sigue un orden cronológico, con una sola excepción: los capítulos 13 a 16, que narran la muerte de Miguel Páramo y los sentimientos de culpa del padre Rentería. Estos episodios vuelven a ser contados más adelante por el mismo narrador y ya encajados dentro del desarrollo cronológico de los acontecimientos.

Así, pues, sacando los cuatro capítulos que acaban de mencionarse, la historia de Pedro Páramo sigue el orden siguiente: 1) adolescencia de Pedro Páramo (caps. 6-8, 10, 12); 2) Pedro comienza el proceso de expansión de sus propiedades (caps. 18-23); 3) historia de la vida y muerte de Miguel y sentimientos de culpa del padre Rentería (caps. 35, 37-38); 4) Pedro hace traer a Susana para hacerla su esposa; historia de Susana (caps. 41-47, 53); 5) la Revolución llega a Comala (caps. 48, 50-51, 54-55, 57); 6) agonía y muerte de Susana (caps. 58-60); 7) guerra de los Cristeros (cap. 63); 8) últimos años y muerte de Pedro Páramo (caps. 64-66).

*Escenario.* Lejos de ser un lugar desolado y asfixiante, Comala emerge como un lugar próspero, rebosante de vida. Por lo general las descripciones del paisaje y del ambiente están dadas directamente por el narrador:

Ya se había ido la tormenta. Ahora de vez en cuando la brisa sacudía las ramas del ganado haciéndolas chorrear una lluvia espesa, estampando la tierra con gotas brillantes que luego se empañaban. Las gallinas, engarruñadas como si durmieran, sacudían de pronto sus alas y salían al patio, picoteando de prisa, atrapando las lombrices desenterradas por la lluvia. Al recorrerse las nubes, el sol sacaba luz a las piedras, irisaba todos los colores, se bebía el agua de la tierra, jugaba con el aire dándole brillo a las hojas con que jugaba el aire (pp. 21-22/6).

Así, la primera visión que el narrador presenta del pueblo real, existente, es una imagen optimista. Un despertar al mundo donde predomina un ambiente de frescura, pureza y, podríamos decir, hasta de inocencia. La presencia del sol, la lluvia y la brisa son aquí elementos importantes ya que proporcionan vida y luminosidad al paisaje.



Este pasaje introduce los primeros episodios de la vida de Pedro: la lejana juventud en casa de sus padres, donde se presenta como un ser despreocupado, soñador y dócil no tocado hasta ahora por la desgracia. Pero llega el momento crucial de su vida: la muerte de su padre. Este hecho produce un profundo efecto en la vida del chico, pues a partir de este momento la mente de Pedro queda marcada por los sentimientos de rencor y venganza que lo acompañarán el resto de su existencia.

Simultáneamente, la pureza del paisaje varía y la proximidad del sol, que antes era anuncio de vida y esperanza, se convierte ahora en presagio de mal agüero: "Por la puerta se veía el amanecer en el cielo. No había estrellas. Sólo un cielo plumizo, gris, aún no aclarado por la luminosidad del sol. Una luz parda, como si no fuera a comenzar el día sino como si apenas estuviera llegando el principio de la noche" (p. 35/12).

Siguiendo el orden de la cronología, nuestro próximo encuentro con Pedro lo tenemos cuando, soltero todavía, planea con su administrador Fulgor Sedano la expropiación de las tierras vecinas y el matrimonio interesado con Dolores Preciado, una de sus principales acreedoras. Para entonces, Pedro ya se ha revelado como un personaje cruel e inescrupuloso y la fuerza de su dominio se empieza a sentir en Comala. El aire fresco ha comenzado a abandonar el ambiente, y el calor que más tarde caracterizará al pueblo moribundo se empieza a hacer presente: "El cielo era todavía azul. Había pocas nubes. El aire soplaba allá arriba, aunque aquí abajo se convertía en calor" (p. 53/22).

Con el tiempo, Pedro se ha convertido en un gran terrateniente. Sus tierras son pródigas y la cosecha es abundante; las lluvias generosas contribuyen a la feracidad de la tierra:

Fulgor Sedano sintió el olor de la tierra y se asomó a ver cómo la lluvia desfloraba los surcos. . .

"¡Vaya! —dijo—. Otro buen año se nos echa encima". Y añadió: "Ven, agüita, ven. ¡Déjate caer hasta que te canses! Después córrete para allá, acuérdate que hemos abierto a la labor toda la tierra, nomás para que te des gusto" (p. 75/35) .

Efectivamente la tierra no se hace de rogar y la cosecha es abundante, cosa que es comprobada por el mismo Pedro Páramo: "llegó a las trojes y sintió el calor del maíz. Tomó en sus manos un puñado para ver si no lo había alcanzado el gorgojo. Midió la altura: " 'Rendirá —dijo—. En cuanto crezca el pasto ya no vamos a requerir darle maíz al ganado. Hay de sobra' " (p. 79/35).

Sin embargo, las frutas que también se dan en Comala tienen una característica: no son dulces sino ácidas. "Allá en Comala he intentado sembrar uvas. No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos, naranjos agrios y arrayanes agrios" (p. 86/38).

Otro hecho doloroso viene a acentuar el resentimiento de Pedro Páramo: uno de sus hijos, Miguel Páramo, muere accidentalmente, al ser arrojado de su caballo. Miguel es no sólo su hijo favorito sino también el heredero directo de sus malas cualidades: el que estaba llamado a prolongar el dominio de Pedro en Comala. Su muerte, pues, representa una tremenda fatalidad para su progenitor. El incidente reproduce en la mente de Pedro la muerte de su padre, ocurrida años antes, cosa que aumenta el rencor que lo ha caracterizado hasta ahora. Paralelamente a estos acontecimientos, signos de destrucción aparecen en el cielo de Comala: "Había estrellas fugaces.<sup>16</sup> Caían como si el cielo estuviera lloviznando lumbre" (p. 41/15). Esta referencia aparece dos veces más (pp. 41, 43), y siempre en relación con la muerte de Miguel.

Los años pasan, y Pedro, que ha vivido obsesionado por obtener el amor de Susana, la hace traer a Comala y la convierte en su esposa. Con el fin de hacerla suya no vacila en mandar matar a su padre, quien mantiene con su hija una estrecha relación. Pero Susana, que vive obnubilada por el recuerdo de su primer marido, se pierde en un laberinto de locura del cual nadie puede sacarla. La amargura y el rencor aumentan en el pecho de Pedro, mientras los signos de destrucción se ciernen cada vez con más fuerza sobre Comala. La lluvia, antes benéfica, se convierte en diluvio amenazador:

Allá arriba se oía el caer de la lluvia sobre las hojas de los plátanos, se sentía como si el agua hirviera sobre el agua estancada de la tierra.

Las sábanas estaban frías de humedad. Los caños borboteaban, hacían espuma, cansados de trabajar todo el día, durante la noche, durante el día, el agua seguía corriendo, diluviando en incesantes burbujas (p. 103/44).

Afuera seguía lloviendo. Los indios se habían ido. Era lunes pero el valle de Comala seguía anegándose en lluvia (p. 106/46).

Pasada la lluvia, la proximidad de la destrucción se hace más evidente por la fuerza del viento:

<sup>16</sup> Frecman en *Paradise and Fall*, p. 1/8, señala que en la Biblia las estrellas fugaces son signos de destrucción. Es interesante notar que en la novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad* (Buenos Aires: Sudamericana, 1967) aparecen unos "discos anaranjados" que cruzan al aire y que también son símbolo de destrucción (véase pp. 156, 291, 348).

Los vientos siguieron soplando todos esos días. Esos vientos que habían traído la lluvia. La lluvia se había ido; pero el viento se quedó. Allí en los campos la milpa oreó sus hojas y se acostó sobre los surcos para defenderse del viento. De día era pasadero; retorció las yedras y hacía crujir las tejas de los tejados; pero de noche gemía, gemía largamente. Pabellones de nubes pasaban en silencio por el cielo como si caminaran rozando la tierra (p. 106/46).

Con Susana cada vez más ausente, Pedro ve cómo se esfuma la única esperanza de amor que tiene en su vida. Se siente viejo, abrumado, y en franca decadencia. La tierra cansada va muriendo poco a poco: "En el comienzo del amanecer, el día va dándose vuelta, a pausas; casi se oyen los goznes de la tierra que giran enmohecidos; la vibración de esta tierra vieja que vuelca su oscuridad" (p. 124/57). A la muerte de Susana y ante el inminente fallecimiento de Pedro, la tierra muere definitivamente: "El sol se fue volteando sobre las cosas y les devolvió su forma. La tierra en ruinas estaba frente a él, vacía" (p. 42/66).

Así termina prácticamente una etapa de la vida de Comala, con la que también termina la intervención del narrador objetivo. Su voz nos ha guiado a través de la vida de un hombre a quien el odio y el rencor han conducido a su completa aniquilación, proceso que se va reflejando con fuerza apocalíptica en el escenario del mundo que lo rodea.

*Estructuración social.* Los rasgos principales de la organización social de Comala en cuanto mundo de vivos pueden apreciarse si nos fijamos en las funciones respectivas del amo y el cura, así como en la incidencia del proceso revolucionario sobre la vida del lugar.

1) El amo. Este mundo está dominado por una sola fuerza: la del terrateniente, cuya única ambición se centra en la posesión de bienes materiales. Para obtenerlos se vale de todos los medios posibles: asesinatos, robos y engaños. El poder adquisitivo de su dinero no tiene límites, pues por medio de él puede comprar tanto a los revolucionarios como al cura, así como obtener el perdón de Dios. Ante su poder todas las voluntades se doblegan, su voz es la única que se escucha y sus decisiones las únicas que se cumplen. La ley se anula; su administrador, Fulgor Sedano, quien todavía tiene algunos escrúpulos sobre la legalidad de los negociados de su amo, le pregunta: "—¿Y las leyes?" a lo cual Pedro le contesta: "—¿Cuáles leyes, Fulgor? La ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros" (p. 52/22). Al mismo tiempo, la masa campesina desaparece o se convierte en una sombra casi inexistente:

—Será lo que usted diga don Pedro; pero esa mujer que vino ayer a llorar aquí, alegando que el hijo de usted le había matado a su marido, estaba de a tiro desconsolada. Yo sé medir el desconsuelo, don Pedro. Y esa mujer lo cargaba por kilos. Le ofrecí cincuenta hectolitros de maíz para que se olvidara del asunto; pero no los quiso. Entonces le prometí que corregiríamos el daño de algún modo. No se conformó.

—¿De quién se trataba?

—Es gente que no conozco.

—No tienes pues por qué apurarte, Fulgor. Esa gente no existe (pp. 78-79/35).

Pedro ejerce su poder a través de Fulgor Sedano, quien desde la época de su padre tiene el oficio de administrador de la Media Luna. Por medio de él se llevan a cabo todos los negociados de Pedro; desde su matrimonio con Dolores Preciado hasta el asesinato del padre de Susana: "Fulgor Sedano, hombre de 54 años, soltero, de oficio administrador, apto para entablar y seguir pleitos, por poder y por mi propio derecho, reclamo y alego lo siguiente. . ." (p. 45/18). Estas palabras encabezan todos los documentos por medio de los cuales Fulgor va expropiando a los habitantes de Comala. Este personaje no es más que un instrumento al servicio de Pedro; su individualidad se anula y la única cualidad que se le reconoce es su lealtad incondicional y su obediencia ciega al amo.

Otro personaje que forma el pequeño gobierno de Pedro Páramo es Gerardo Trujillo, quien, lo mismo que Fulgor, está al servicio de la familia Páramo desde la época de don Lucas, el padre de Pedro. El oficio de Gerardo parece ser el de servir de puente entre la "ley oficial" y la ley de Pedro Páramo, tratando siempre de imponer esta última. Así, libra muchas veces de la cárcel a Miguel Páramo y legaliza oficialmente todos los papeles y documentos de Pedro.

Estos tres personajes forman el sistema dictatorial que Pedro ha implantado en Comala. Dentro de este régimen Pedro es el único que toma decisiones; los otros dos sólo hacen cumplir su voluntad.

2) El cura. El otro elemento importante en la estructuración social de Comala está representado por el padre Rentería, quien muy a su pesar se doblega a Pedro Páramo. En su interior hombre compasivo y consciente de su misión apostólica, las circunstancias que lo rodean lo obligan a asumir una actitud externa que se conforme con la política de su amo. De ahí los tremendos sentimientos de culpa que con frecuencia lo acosan. Además, es el producto de una sociedad atrasada, supersticiosa y heredera de una visión medieval de la religión; en consecuencia, el Dios que predica, lejos de ser fuente de amor y perdón, es un ser rígido e implacable, que cuando perdona lo hace muchas veces a causa del dinero. Así, cuando María

Dyada viene a pedirle perdón para su hermana Eduviges, quien se ha suicidado, el cura le niega la absolución: "—Pero ella se suicidó. Obró contra la mano de Dios" (p. 42/16). Sin embargo más adelante agrega:

"—Tal vez rezando mucho.

"—Vamos rezando mucho padre.

"—Digo tal vez, si acaso, con las misas gregorianas; pero para eso necesitamos pedir ayuda, mandar traer sacerdotes. Y eso cuesta dinero (p. 42/16).

Un episodio semejante ocurre a la muerte de Miguel Páramo, cuyo cadáver el cura se niega a bendecir. Dada la historia delictiva de Miguel, el sacerdote considera que este ser no merece el perdón de Dios:

¡Padre, queremos que nos lo bendiga!

¡No! —dijo moviendo negativamente la cabeza—. No lo haré. Fue un mal hombre y no entrará al Reino de los Cielos. Dios me tomará a mal que interceda por él (p. 36/13).

Pero intimidado por la presencia de Pedro, lo bendice, después de lo cual Pedro se acerca y le da unas cuantas monedas:

El padre Rentería recogió las monedas una por una y se acercó al altar.

—Son tuyas —dijo—. El puede comprar la salvación. Tú sabes si este es el precio. En cuanto a mí, Señor, me pongo ante tus plantas para pedirte lo justo o lo injusto, que todo nos es dado pedir. . . Por mí, condénalo, Señor (p. 37/13).

Otro aspecto de este Dios es su inflexibilidad y su crueldad en el castigo. Ante la resistencia de Susana a hacer su última confesión, el cura le pinta con vívidos detalles el destino de los condenados: "El tuétano de nuestros huesos convertido en lumbre y las venas de nuestra sangre en hilos de fuego, haciéndonos dar reparos de increíble dolor; no menguado nunca; atizado siempre por la ira del Señor" (p. 131/60). Inmediatamente pasa a recordarle: "—Vas a ir a la presencia de Dios. Y su juicio es inhumano para los pecadores" (p. 131/60).

Este Dios alejado de su grey, despiadado e interesado, está además de parte del amo, cuyos ruegos son oídos por Dios con más efectividad que los ruegos de cualquier alma humilde. Y entre los ruegos de Pedro, que le pide a Dios que perdone a su hijo, y los de Ana —la sobrina del cura— que le pide que lo castigue por haberla violado y haber matado a su padre, el cura parece adivinar

los designios de Dios: "—No estés tan convencida de eso, hija. ¡Quién sabe cuántos estén rezando ahora por él! Tú estás sola. Un ruego contra miles de ruegos. Y entre ellos algunos mucho más hondos que el tuyo, como el de su padre" (p. 39/14).

La comunicación de esta gente con Dios se reduce a una sola cosa: pedir perdón por sus propios pecados y castigo o perdón para los que ya han muerto. El padre Rentería es el encargado de recibir estas peticiones y de administrar luego la voluntad divina. Pero su jurisdicción no llega a Pedro Páramo, quien parece haber establecido una comunicación directa con Dios. En algún compartimento de su alma, Pedro todavía conserva algunos átomos de temor de Dios, que sólo se manifiestan en el momento de la muerte de sus seres queridos. A la muerte de Miguel y de Susana, Pedro llama a las puertas de la iglesia y, a pesar de que abiertamente se burla de la "gracia de Dios", espera en lo más profundo de su alma que Dios perdone a Miguel y que el cura llegue y le administre a Susana los últimos sacramentos. El mismo la levanta y la recuesta contra el respaldo de la cama para que el sacerdote le dé la comunión.

Por otra parte, los sentimientos de culpa que acosan al padre Rentería son causados por la percepción de que, en alguna forma, él ha contribuido al poderío y al sistema corrupto de Pedro y nunca ha tenido fuerza suficiente para detenerlo. Entonces acepta como una terrible fatalidad la situación que se ha desarrollado en Comala a partir del surgimiento de Pedro, y ante la imposibilidad de explicarse su debilidad atribuye esta fatalidad a la voluntad de Dios:

—Y sin embargo, padre, dicen que las tierras de Comala son buenas. Es lástima que estén en manos de un solo hombre. ¿Es Pedro Páramo aún el dueño, no?

—Así es la voluntad de Dios.

—No creo que en este caso intervenga la voluntad de Dios. ¿No lo crees tú así, padre?

—A veces lo he dudado; pero allí lo reconocen.

—¿Y entre éstos estás tú.

—Yo soy un pobre hombre dispuesto a humillarse mientras sienta el impulso (p. 86/38) .

Sin embargo, en su interior hay una buena porción de rebeldía que estalla más tarde, cuando el pueblo desaparece y él se une a la guerra de los Cristeros.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Esta revolución duró de 1926 a 1928 y fue un levantamiento contra el gobierno federal causada por el sistema represivo del Estado contra la Iglesia. Véase Luis Harss, "Juan Rulfo: o la pena sin nombre," en *Los nuestros* (Buenos Aires: Sudamericana), p. 308.

En resumen: la religión de esta comunidad se reduce a una serie de prácticas externas, en las cuales muchas veces el dinero es un factor importante; a un Dios que no representa amor sino temor, y que por añadidura está de parte del amo; y a un cura que predica la religión a una masa alienada, elemental y supersticiosa. En su sentido más estricto, las creencias religiosas pueden reducirse a la existencia de una vida después de la muerte. De ahí la importancia del perdón. Esta creencia es tan fuerte que de ella ni el mismo Pedro Páramo se libra. La Iglesia, como institución, queda reducida a un poder inerte que es usado por el amo para su beneficio.

3) La Revolución. Como vemos, no se puede decir que en Comala haya dos fuerzas en pugna: la del opresor y la del oprimido. Pedro domina completamente el escenario, convirtiendo el resto de la población en sombras inexistentes. No existen ideales políticos, y la rebeldía del pueblo no se siente. La Revolución no es un elemento que se fermenta en Comala sino que es más bien de origen foráneo. Esta rebelión, presentada en forma muy esquemática, tiene dos características muy definidas: la desorganización y la falta de ideales sólidos. Algunos revolucionarios tienen una idea muy vaga de que la lucha se hace contra el sistema social establecido: "Nos hemos rebelado contra el gobierno y contra ustedes porque estamos aburridos de soportarlos" (p. 112/50). Pero otros no tienen ni la menor idea del porqué de la lucha:

—Como usted ve, nos hemos levantado en armas.

—¿Y?

—Y pos eso es todo. ¿Le parece poco?

—¿Pero por qué lo han hecho?

—Pos porque otros lo han hecho también. ¿No lo sabe usted? Agüárdenos tantito a que nos lleguen instrucciones y entonces le averiguamos la causa" (p. 112/50).

Pero este grupo de hombres que se han levantado en armas contra los ricos caen inmediatamente bajo el poder de Pedro Páramo, quien, conociendo su desorientación y dispuesto más que todo a salvar sus posesiones, les ayuda con hombres y dinero. El Tilcuate queda constituido como jefe de la Revolución en el territorio de Comala, con instrucciones precisas de unirse siempre a los que vayan ganando. Así, El Tilcuate pasa sucesivamente a las tropas de Villa, Carranza y Obregón, hasta que la Revolución llega a su fin. Entonces, viéndose sin ocupación, se va con el padre Rentería a la revolución de los Cristeros: "—Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta cómo gritan. Además lleva uno ganada la salvación" (p. 135/63). En definitiva, la Revolución pasa por Comala como una ráfaga, de-

jando intacto el sistema social establecido: un pueblo inerte bajo un amo todopoderoso.

Vemos, pues, que el orden social imperante en Comala, considerada como mundo de vivos, consiste en un sistema monolítico dominado por el terrateniente, de quien irradia todo el poder. La fuerza de la Iglesia y la de los rebeldes quedan subyugadas bajo su dominio y la masa campesina sencillamente desaparece. Pero el poder de Pedro no es eterno: la caída le llega, aunque no la cause ningún factor externo. El mal está dentro de él mismo: el odio y el rencor que le corroen el alma, la falta de solidaridad humana, lo aíslan y lo llevan a la destrucción.

*La historia.* Dentro de la novela, esta etapa de la vida de Comala cubre un espacio de tiempo bien definido: "Esperé 30 años a que regresaras" (p. 96/41), dice Pedro Páramo cuando se entera de que Susana ha vuelto con su padre. Exactamente treinta años antes, cuando Pedro era un niño, Susana partió del pueblo: "El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver" (p. 31/10), recuerda Pedro en los días de su adolescencia. Sin embargo, treinta años más tarde regresa Susana. La historia se prolonga un poco más: nos da los últimos años de la vida de Susana, que termina por la época de la Revolución (el padre Rentería todavía está en Comala y durante la enfermedad de Susana los revolucionarios están en la Media Luna), y nos da también los últimos años de la vida de Pedro, que termina por la época de la revolución cristera: "cuando ya le faltaba poco para morir vinieron las guerras esas de los cristeros" (p. 95/40).

Así, pues, esta parte de la narración cubre unos cuarenta años de la vida de Pedro y de Comala. Durante este período, el narrador nos ha ido llevando a través de una serie de acontecimientos desarrollados en orden cronológico, y que como una terrible fatalidad conducen a la desintegración de la comunidad y de su protagonista principal.

En este sentido Comala tiene su propia historia, la que, por supuesto, puede ser objeto de varias interpretaciones. Dentro de una concepción evolutiva de la historia, vista ésta como proceso dialéctico, Comala evidentemente queda al margen del progreso; aunque existen el opresor y los oprimidos, estos últimos no han adquirido todavía una conciencia de lucha. Su amo, su dios, el que decide sus destinos es Pedro Páramo y a él obedecen y temen. Esto explica en parte la inefectividad de la Revolución en Comala, que no logra cambiar el sistema estático y obsoleto que rige la comunidad.

Los personajes que pueblan el mundo hasta ahora descrito son personajes de carne y hueso que actúan sin la menor interferencia de los muertos. Algunos de estos personajes pueden interpretarse como figuras alegóricas: Pedro representa el sistema total, el padre



Rentería la Iglesia y El Tilcuate la Revolución. Es interesante notar que los personajes que acabamos de mencionar, más Miguel Páramo, Fulgor Sedano y Gerardo Trujillo, no actuarán en el mundo agónico de Juan Preciado. Estos personajes son propios de la realidad presentada por el narrador objetivo. El mundo de Juan está poblado, en su mayoría, por aquellos seres que apenas aparecen en la Comala viva de Pedro Páramo. Aquellos seres que "no existen" según lo expresa el propio Pedro.

Nos hemos extendido en la explicación de este mundo dado por el narrador objetivo debido a que, dentro de la ya extensa bibliografía de *Pedro Páramo*, constituye una parte casi olvidada de la historia de Comala. Otro tanto ocurre con la función misma del narrador, la que, cuando se menciona, queda muy ocupada junto a la función desempeñada por Juan Preciado.

Creemos haber demostrado la importancia que tiene este narrador dentro del marco general de la novela. Los 41 capítulos dados por él constituyen la mayor parte de la narración, en que se nos revela una etapa de la vida de Comala que encierra en sí el proceso de decadencia. El desarrollo de los acontecimientos es cronológico, el tiempo transcurre, y los personajes a través de los cuales seguimos este proceso representan la clase dominante de la comunidad. Esta serie de bien definidas características establece en forma definitiva la función de Comala como mundo de vivos.

#### *Comala: Mundo de muertos*

DESDE la tumba, Juan Preciado le cuenta a Dorotea la historia de su viaje a Comala. La historia, dada en retrospectiva, comienza con la llegada de Juan. De ahí en adelante el relato de sus experiencias sigue un desarrollo cronológico.<sup>18</sup> Teniendo a Juan como guía nos adentramos en un mundo lleno de ambigüedades, misterioso y poético, que añade una dimensión mítica al mundo histórico de Pedro Páramo. Este relato está contenido en los capítulos 1-5, 9, 11, 17, 24-34, 36, 39-40, 49, 52, 61.

La sustancia de los episodios de esta historia aparece en el siguiente orden: 1) razones para venir a Comala (cap. 1); 2) encuentro con Abundio (caps. 2, 4); 3) llegada a Comala (cap. 3); 4) encuentro con Eduviges (caps. 5, 9, 11, 17); 5) encuentro con Damiana (cap. 24); 6) Juan escucha los ecos del pueblo (caps. 25-27); 7) encuentro con Donis y su mujer (caps. 29-32); 8)

<sup>18</sup> Freeman, en *Paradise and Fall*, pp. 1/25-1/26, sigue paso a paso el viaje de Juan a Comala y concluye que este viaje tiene una duración de dos días.

muerte de Juan (cap. 33); 9) vida de ultratumba (caps. 34, 36, 39-40, 52, 61).

Puesta en este orden, la narración da la impresión de ser aparentemente simple. Todo este material narrativo, como ya se dijo, está canalizado a través de Juan. Su voz se siente en casi todos los capítulos, menos en los capítulos 25, 26, 27, que contienen fragmentos dialogados de ecos que se escuchan en el aire, y los capítulos 39 y 49, narrados enteramente por Susana San Juan.

Juan, que llega vivo a Comala, cuenta ahora sus experiencias desde la tumba. De ahí nace precisamente la complejidad de esta narración, que superpone el tiempo cronológico de su viaje en vida con el tiempo siempre presente de la tumba. Juan al narrar recuerda, y al recordar revive, actualiza. Esta narración contrasta fuertemente con la que da el narrador objetivo, quien guarda una lógica y un orden en el proceso de su narración. Juan y los personajes que habitan su mundo pierden en determinados momentos las limitaciones impuestas por las dimensiones espacio-temporales, y la narración dada por Juan, que sigue un proceso lineal en el desarrollo de los acontecimientos, se hunde a veces en una profundidad sin tiempo, especialmente cuando dialoga con los muertos. Hay varios ejemplos que ilustran este hecho. Cuando Juan camina por Comala y trata de recordar algunas palabras de Abundio, la voz de Abundio se escucha tal como si todavía estuviera dialogando con Juan: "La capitana señor. Una plaga que no más espera que se vaya la gente para invadir las casas, así la verá usted" (p. 17/3). Eduviges Dyada, que ya hace mucho tiempo ha muerto, piensa que Dolores Preciado, quien acaba de morir, se le ha adelantado a la muerte y, mientras dialoga con Juan de hechos pasados, los recuerdos se actualizan a tal punto que se llegan a convertir en vivencia presente: "—No. Loco no, Miguel. Debes estar muerto. Acuérdate que te dije que ese caballo te iba a matar algún día. Acuérdate, Miguel Páramo. Tal vez te pusiste a hacer locuras y eso ya es otra cosa" (p. 33/11).

El pueblo está lleno de ecos que reviven episodios pasados: se oyen los gritos de Toribio Aldrete en el momento de su muerte, y las voces de varios personajes de cuya existencia nunca supimos en el mundo vivo de Pedro: Sixtina Cisneros, Filoteo Aréchiga, Galileo y su cuñado, Felicitas, Chona y su novio. Algunas de estas voces dialogan sobre cosas intrascendentes; otras reviven escenas relacionadas con Pedro y sus injusticias. Los personajes que habitan este lugar son los antiguos desheredados de Comala, la gente que Pedro había convertido en sombras, y que ahora, en este purgatorio de silencio, purgan sus culpas y esperan. A ellos se les ha concedido la gracia de la inmortalidad, mientras que Pedro, Fulgor, el padre

Rentería, El Tilcuate, y todos aquellos que formaban el mundillo de Pedro Páramo desaparecen de la faz de la tierra. El sistema muere, es destruido, mientras que el pueblo alienado, miserable al extremo, pero dotado de profundas condiciones humanas, perdura.

De los personajes más obviamente conectados con Pedro, sólo Susana San Juan sobrevive a la muerte. Este, el único personaje a quien Pedro no puede dominar, es también el único que mueve las fibras sentimentales del amo. Susana, que representa para Pedro la posibilidad de amar, y que es ella misma amor vivo, perdura más allá de la muerte y se une al coro de ánimas que se purifican y esperan. Porque este lugar de almas al que llega Juan Preciado es un lugar donde existe una esperanza indefinida: "Habíamos dejado el aire caliente allá arriba y nos íbamos hundiendo en el puro calor sin aire. Todo parecía estar como en espera de algo" (p. 14/2). Las almas que deambulan por este mundo en ruinas no son seres condenados al sufrimiento eterno: "Sólo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros; pero conozco cómo acortar las veredas" (p. 20/5), y vagan por el mundo buscando almas que recen por ellos: "'—¡Damiana! ¡Ruega a Dios por mí, Damiana!'" (p. 54/24). A la llegada de Juan, Comala tampoco es un lugar completamente muerto: "aunque no había niños jugando, ni palomas ni tejados azules, sentí que el pueblo vivía" (p. 17/3).

Más que un infierno, este lugar semeja un purgatorio situado en "la mera boca del infierno". El escenario imperante es una prolongación del que rodeaba a Pedro Páramo en el momento de su muerte: tierra en ruinas, sólo que ahora se ha añadido un elemento de descomposición, el aire ha desaparecido, el calor es insuportable, y el ambiente "está envenenado por el olor podrido de las saponarias" (p. 12/2). Las casas y las calles están vacías y destruidas, el silencio es interrumpido sólo por los pasos de Juan, pues las voces de los muertos y los ecos "no tenían ningún sonido, no sonaban, se sentían pero sin sonido, como las que se oyen durante los sueños" (61/29).

En contraste con la esperanza de perdón que caracteriza a estas ánimas, está la completa desesperanza de los únicos seres vivos que Juan encuentra en Comala: Donis y su mujer (a Dorotea la encuentra después de que ambos están muertos), y que no son más que una prolongación agónica del mundo vivo de Pedro. A diferencia de las ánimas, esta extraña pareja formada por dos hermanos no sólo está viva, sino también condenada. Donis y su mujer han vivido en aquel lugar "desde siempre", y ahora habitan este mundo en ruinas rodeados de silencio y de una soledad que sólo es turbada por el deambular de las almas.

La situación reproduce algunos aspectos de la de Adán y Eva en el Paraíso,<sup>19</sup> en el sentido de que se trata de la única pareja viviente cuya descendencia poblará el mundo que habitan: "Estábamos tan solos aquí, que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar este pueblo" (p. 65/29). Pero este es un lugar condenado, estéril, ruinoso. La mujer de Donis tiene el alma corroída por la culpa: "—¿No me ves el pecado? ¿No ves esas manchas moradas como de jiote que me llenan de arriba a abajo? Y eso es sólo por fuera; por dentro estoy hecha un mar de lodo" (p. 64/29). Ella está en pecado; y su único pecado —la situación incestuosa en que vive con su hermano Donis— la llena de vergüenza.

Este episodio, uno de los más ambiguos de la novela, constituye la última experiencia que Juan tiene en vida y el postrer acto de los últimos habitantes de Comala.

Alan Bell interpreta a la hermana como: "a symbol of corrupt Mother Earth and the incarnation of the Cacique's evil".<sup>20</sup> Esta interpretación, que encontramos bastante acertada, proporciona una clave importante para la interpretación del incesto como causa de la condena y nos ayuda a ver su significado dentro del marco estructural de la novela.

Si recordamos que la falta de amor por su comunidad, el aislamiento y el excesivo egocentrismo es lo que conduce a la destrucción del mundo histórico de Pedro, entonces podemos entender por qué, en el mundo mítico, el incesto conduce a la condena de los últimos seres vivientes de Comala. El incesto, cuyo significado básico es la fuerte tendencia a replegarse sobre sí mismo, a recrearse en su misma sangre, acto egolátrico y egocéntrico por excelencia, produce en este plano de significado su efecto destructor.

El episodio de los hermanos incestuosos se puede explicar, entonces, como una proyección mítica del mundo histórico de Pedro, dimensión que agrega significado al acto destructivo del cacique. La dimensión mítica puede extenderse a toda la historia de Juan, pues en verdad el mundo en que este narrador nos sumerge es fundamentalmente mito puro, que confiere sentido, explicación y hondura poética al mundo histórico de Pedro Páramo.

<sup>19</sup> Esta relación es obvia; lo que no resulta tan obvio es el significado del episodio, uno de los más ambiguos de la novela. La mayoría de los comentaristas de Rulfo pasan por encima de él sin mencionarlo. Rodríguez Alcalá lo analiza como un mero elemento efectista y estético: ver *El Arte de Juan Rulfo*, pp. 100-101. Freeman, en *Paradise and Fall*, hace un estudio detallado de este episodio ya que él lo considera clave para su interpretación. La pareja incestuosa "dramatizes in a more general sense the archetypal pattern of mankind's life cycle since the dawn of history," p. 2/22.

<sup>20</sup> Bell, "Rulfo's *Pedro Páramo*," p. 242.

Llegados al final de nuestro examen de la naturaleza de Comala considerada como mundo de muertos, vemos que el mundo de Juan Preciado tiene sus propias características, que lo ponen en contraste con la realidad dada por el narrador objetivo. Los principales personajes —Donis, su mujer y Juan— son propios de este mundo, pues no aparecen nunca mencionados en el mundo vivo de Pedro. Hay dos dimensiones de tiempo que se sobreponen: el tiempo cronológico del viaje de Juan (dos días), y el tiempo estático de los recuerdos; mientras en el mundo objetivo de Pedro el tiempo cronológico era la única dimensión visible. Temáticamente, si bien vemos que uno pinta un mundo vivo y el otro un mundo agonizante, hay algunos temas que se corresponden y que van estableciendo una especie de contrapunto. Así, en el mundo de Pedro, se hace énfasis en la vida de los personajes; en el mundo de Juan, el énfasis recae sobre su muerte. Ya se ha observado también que la destrucción, tema central de la novela, está presente en ambos mundos.

Así, pues, mientras el narrador objetivo va exponiendo los hechos desapasionadamente, la narración de Juan va agregándoles el verdadero significado, transmutando así la realidad en una totalidad poética y mítica que nos presenta la historia de un pueblo desde sus comienzos hasta la destrucción final.

#### *Comala: mundo paradisíaco*

SE ha mencionado muchas veces la existencia de un mundo paradisíaco en Comala. Este mundo, que no existe objetivamente en la novela, existe en la mente y en los recuerdos de algunos de sus personajes que añoran épocas felices, no tocadas por la maldad y donde ellos amaron y fueron amados. El paraíso de Pedro está constituido por los recuerdos de Susana cuando era su compañera de juegos en la infancia: " 'Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes. Cuando volábamos papalotes en las épocas del aire. Oíamos allá abajo el rumor viviente del pueblo mientras estábamos encima de él, arriba de la loma, en tanto se nos iba el hilo de cáñamo arrastrado por el viento. "Ayúdame, Susana." Y unas manos suaves se apretaban a nuestras manos' " (p. 22/6). Los recuerdos de este paraíso acompañan a Pedro durante su existencia, hasta que los destruye la muerte de Susana: " 'Fue la última vez que te vi. Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas. Luego desapareciste. Te dije: "¡Regresa, Susana!" ' " (p. 135/64).

Susana también crea su paraíso con remotas memorias de la niñez que reviven una Comala llena de luz y alegría, con pájaros

que ríen y viento que juega entre las ramas de los árboles. Un lugar rebosante de vida:

Pienso cuando maduraban los limones. En el viento de febrero que rompía los tallos de los helechos, antes que el abandono los secara; los limones maduros que llenaban con su olor el viejo patio.

.....

Y los gorriones reían; picoteaban las hojas que el aire hacía caer, y reían; dejaban sus plumas entre las espinas de las ramas y perseguían a las mariposas que reían. Era esa época (p. 90/39).

Pero a diferencia de Pedro, el paraíso de Susana no está compuesto sólo de los recuerdos de la infancia. Su amor por Florencio aparece también idealizado en los recuerdos. Toda esta época feliz perdura en Susana más allá de la muerte, pues las memorias de ella nos llegan desde la tumba de Susana.

La visión más completa de una Comala paradisíaca la tenemos a través de Dolores Preciado. "Allí hallarás mi querencia, el lugar que yo quise" (p. 71/34), dice Dolores a su hijo. Los recuerdos de Dolores reviven un lugar menos eufórico que el de Susana y Pedro pero no por eso menos bello. El paraíso de Dolores se centra en una Comala próspera donde la tierra produce en abundancia: "'Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro'" (p. 13/2). "'... Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos. El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada...'" (p. 29/9). Ella compara este pueblo con "una alcancía donde hemos guardado los recuerdos" (p. 71/34), y cuando manda a Juan en busca de este paraíso le dice: "'Allá me oírás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cerca la voz de mis recuerdos que la de mi muerte'" (p. 18/3).

Como vemos, este paraíso está compuesto exclusivamente de recuerdos que acompañan a Pedro durante su existencia y a los otros personajes aún después de la muerte. En estos tres personajes existe esta tendencia de la memoria a escaparse del tiempo cronológico y a recobrar el tiempo pasado. Lo mismo que el purgatorio, este lugar escapa al fluir del tiempo que transcurre, está siempre en el presente, el eterno presente de los recuerdos, y constituye un elemento más en la dimensión mítica de Comala.

*Conclusiones*

**H**EMOS señalado tres partes en la estructuración de la historia de Comala: paraíso, desarrollo histórico y purgatorio. Cada una de estas partes tiene sus características propias en cuanto a temas, personajes, tiempo y narrador.

En la primera parte, el paraíso, el material narrativo está compuesto exclusivamente de recuerdos idealizados, dados directamente por las voces de los personajes. Dichos recuerdos los sumergen, de tanto en tanto, en aquella edad de oro de Comala que, si bien, físicamente desaparecida, ha escapado a los horrores del olvido y se conserva intacta en la memoria de algunos personajes.

La segunda parte, que comprende toda la historia de Comala durante la existencia de Pedro, narra el desarrollo de la comunidad y su progresiva decadencia. Esta etapa está dada por un narrador objetivo, quien nos da en el pasado y dentro de un tiempo cronológico, el desarrollo de los acontecimientos. Durante esta época el pueblo tiene el sello característico de muchas comunidades latino-americanas: un pueblo alienado bajo el dominio de un amo omnipotente quien explota y engaña a la masa campesina. Esta, humillada y despojada de su libertad de escoger su propio destino, queda reducida a una sombra inexistente. La falta de amor es lo que caracteriza y lleva a la destrucción esta etapa de la vida de Comala, que termina con la muerte de Pedro.

En la tercera parte, el purgatorio, la voz de Juan Preciado situada más allá de la muerte narra, a través de recuerdos propios o ajenos, la total decadencia y la destrucción de Comala. La masa campesina adquiere en esta parte notable presencia y, como ha quedado demostrado, viene a representar la única posibilidad de renovación de la ya destruida Comala.

Vemos pues cómo el material dado por los narradores configura un mundo de estructuración claramente arquetípica: un ciclo cósmico completo del eterno retorno de la historia. Este ciclo encierra el proceso de creación y destrucción de un sistema político obsoleto y egocéntrico que engendra su propia destrucción.

Dentro del marco de la novela, las tres etapas de la vida de Comala están dadas simultáneamente. Si el autor hubiera colocado este mismo material narrativo siguiendo el orden paraíso-decadencia-destrucción, es posible que el significado básico de la novela no hubiera variado, aunque sí lo habría hecho el efecto producido en la mente del lector. El impacto causado por los primeros capítulos y más tarde las esporádicas apariciones de Juan y de sus muertos, así como el lirismo de los recuerdos que componen el paraíso perdido, van configurando un mundo lleno de ambigüedad y de mis-

terio. En extensión narrativa, el mundo del narrador objetivo supera al mundo cuyo intérprete es Juan Preciado; pero para el lector es precisamente este mundo de Juan, lleno de verdad poética, el que se impone sobre el mundo del narrador.



## NATURALEZA Y BELLEZA EN LA PINTURA LATINOAMERICANA\*

Por Romualdo BRUGHETTI

EN el arte del siglo XX existe un evidente conflicto entre la expresión de la naturaleza y la expresión de la belleza, y ese conflicto se hace particularmente visible en Latinoamérica. Predomina la primera en los países que tuvieron a modo de México y el Perú antiguas culturas, en tanto que la segunda opera en países cuyos órdenes culturales responden a orígenes predominantemente latinos, fieles a una estructura rigurosa y a una alta idealidad de la forma. Este dualismo nos prueba que América Latina es apta para la expresión de la naturaleza (México, Perú, Bolivia, Ecuador, Paraguay, países centroamericanos, Colombia y aun Brasil, por el alto porcentaje de su población negra) y por igual se inclina hacia la belleza (Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela) aunque ambas expresiones puedan darse en artistas de más de uno de los países mencionados, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué entiendo por "expresión de la naturaleza" y por "expresión de la belleza"? En el primer caso, aludo a la significación en sí del término naturaleza y a la imagen como hecho sensorial, emotivo, vital y, en el segundo caso, me atengo a las concreciones de la forma en su objetividad paradigmática, o sea, como un hecho intelectual, estructural, formal, imaginativo, una creación del artista y no una constante natural o de raíz subjetiva.

Hacia la década del 20 se produce en Centro y Sud América un despertar de la conciencia nacional, y se agudiza el sentimiento estético: en México, después de la Revolución político-social de 1910 y las luchas que siguieron hasta la consolidación de su régimen democrático; en la Argentina y en Brasil, por una necesidad profunda de renovación de la imagen y de la forma, favorecida por un es-

---

\* El presente ensayo va referido al periodo que surge hacia 1920 y llega hasta nuestros días. Véase del autor: *El arte como política del espíritu* (2, 1972) y *Punto crucial de la crítica: Valorar la obra de arte* (3, 1977), en *Cuadernos Americanos*. También mis libros: *De la joven pintura rioplatense* (1942), *Viaje a la Europa del arte* (1958), *Geografía plástica argentina* (1958), *Historia del arte en la Argentina* (1964), *Introducción a la Escuela pictórica argentina* (1963) y otros trabajos.

tado de inquietud y de rebeldía juveniles en el rechazo de lenguajes caducos y en el acogimiento de las corrientes europeas de vanguardia: en San Pablo, Semana de Arte, febrero de 1922 y en Buenos Aires, Exposiciones de Ramón Gómez Cornet y Pedro Figari, 1921, de Emilio Pettoruti y Movimiento "Martín Fierro", 1924 (sin olvidar la proclamación de la Reforma Universitaria, Córdoba, 1918, en lo que ella tuvo de fermento renovador en la vida de los claustros latinoamericanos).

En México Rivera, Orozco, Siqueiros y otros muralistas buscaron arraigo para su pintura en la historia y la geografía de su patria, y también en la política y la ideología. En los vastos murales de Rivera, la temática se atiene a episodios del pueblo mexicano, inspirado el pintor, en sus obras más representativas —frescos de Cuernavaca, fragmentos de pinturas de la Escuela de Agricultura y del Palacio Nacional— en maestros italianos del Quattrocento, pero en la mayor parte de sus murales se adentra más en la naturaleza que en la calidad plástica que exige la belleza del arte. A Orozco le importa recalcar la dramaticidad en sus composiciones de Guadalajara (Cámara Legislativa y Palacio de Gobierno, Universidad de Jalisco, Hospicio Cabañas) y en edificios capitalinos y estadounidenses. Nace su pintura de una exaltación de la imagen, si bien de momento se sienta atraído por la abstracción, otorgando una expresión significativa a la realidad hasta hacer de ella una expresión viviente. Sus figuras claman en el espacio: son, a la par, una proclama, una denuncia y un mensaje acerca de la dignidad del hombre. Siqueiros introduce un desgarrado acento en sus pinturas, en los diversos géneros y la variedad de materiales que utiliza, consciente de su enfatizada pasión por la naturaleza y la existencia humana.

En Brasil, roto el cerco en que moraba la academia, Anita Malfatti ya en 1916 se inclina hacia el expresionismo y, pocos años más tarde, Portinari lo acrecentaría al inspirarse en la realidad humana y social de su país.

Idéntica situación conjuga el ecuatoriano Guayasamín, en las típicas figuras y composiciones evocadoras de su pueblo. Frente a estos y aquellos artistas, valga el nombre de Rufino Tamayo, quien indaga una expresión nacida de su modo de sentir "lo mexicano" y, sin abandonar su singular expresionismo, elabora una mágica poesía plástica, como ocurre también en el cubano Lam por el costado surrealista, ambos tan opuestos de la pureza pictórica del "período Blanco" del venezolano Reverón.

En el Río de la Plata, por ser Argentina y Uruguay países abiertos a las corrientes étnicas y culturales de Europa, se produce el hecho inverso: el predominio de la expresión estética, con las variantes que anotaré de inmediato. En Barradas, Figari y Torres Gar-

cía, para mencionar sólo a tres pintores uruguayos insignes, la naturaleza encuentra su justa transfiguración plástico-pictórica. La lucha entre la naturaleza y la belleza que libra en sí mismo favorece en Figari el rescate de imágenes de esencial concreción cromática por el arabesco; a Torres García, con sus signos de primitivismo esotérico e ingenuismo abstracto, le atañe una concreta indagación plástica; en Barradas, la materia se espiritualiza en composiciones de gozo estético aliado de un delicado sentimiento. En la Argentina, en un Victorica, un Pettoruti, un Spilimbergo y otros contemporáneos, la pugna naturaleza-belleza se inclina hacia ésta aunque puedan ofrecerse ejemplos contrarios. En Victorica la expresividad alcanza, en sus óleos relevantes, una dimensión estética por la elaboración de la materia y su cálido lirismo, en tanto que en Pettoruti los depurados valores formales lo conducen a través del plano de color y las transparencias de tono a un concepto clásico de belleza, no obstante participar sus formas de las indagaciones futuristas y cubistas; Spilimbergo en sus naturalezas muertas, figuras y terrazas comparte un estatismo metafísico en las primeras con la plástica expresividad contenida en las segundas. Con la promoción de 1940 la pintura argentina se define mediante constantes estéticas renovadas: baste pensar en Gambartes, en quien lo autóctono adquiere una misteriosa presencia poética, en Battlle Planas, cuya carga onírica es lúcidamente controlada, en Castagnino que supo dotar a la naturaleza de un lirismo pictórico, o en el refinado Diomedé. Sólo en décadas más recientes, desde el informalismo y el tachismo y otras experiencias visuales, se quiebra un tanto esa medida por la que califiqué en otras ocasiones a la pintura de mi país como la más sensible y fina de América, en atención a su cuidada técnica y a sus calidades plástico-pictóricas.

Hacia fines de la década del cincuenta el ingrediente estético se debilita (en Raquel Forner, ya en años de la guerra española, en Berni, Macció, Seguí, Deira, etc.) ante búsquedas más precipitadas y caóticas. Este fenómeno se hace extensivo a toda América Latina, en distinto grado, diversificándose en el drama. Así, Venezuela (de Jaimes Sánchez a Hung); Colombia (de Obregón a Botero, éste con no poca ironía); México (de Cuevas a P. Coronel); Perú (Szizlo, en la evocación de mitos precolombinos); Brasil (de Yolanda Mogalgy a Ismenia Coaracy o Shiro); Uruguay (Páez. Sábat); Bolivia (Pacheco); y aun en Chile (de Matta, surrealista-expresionista, a las alusiones oníricas de Opazo y las modulaciones sensibles de Antúnez).

Los ejemplos se multiplican y lo prueban las Bienales de San Pablo y Americanas de Arte, Córdoba (1962-66). Claro, nuevos nombres podría citar en abono de mi tesis: la expresividad se ha

desarrollado peligrosamente en desmedro de la belleza. Las experiencias surgidas con el avasallador informalismo, pasando por el pop art y la nueva figuración hasta el hiperrealismo —exceptuando la poética visual cinética de Le Parc y el grupo argentino de París, y los venezolanos Soto y Cruz Diez, creador aquél de curiosas ambientaciones "en la trinidad espacio-tiempo-materia", y los cultores de la "poesía del dibujo", nacida del op art (exacta en la luminosa geometría de los argentinos Brizzi, MacEntyre, Vidal, Espinosa y otros abstractos)— evidencian que la rebeldía surgida hace medio siglo con la ruptura de las fórmulas tradicionales, a consecuencia de las ostensibles incongruencias del mundo contemporáneo ha llegado a su punto extremo en artistas que sienten la urgencia en manifestar su disconformismo, su vehemente voluntad de cambio; o, como propugnan los conceptualistas (Grupo de los Trece, del CAYC, Buenos Aires, triunfante en la XIV Bienal paulistana), en el extremo opuesto, en hacer "obra y crítica" a la vez, volcándose hacia la crítica y olvidándose del arte, o en quienes todavía se entregan al objeto cotidiano, el cartel o la historieta. Los "conceptistas" rechazan el pasado, aun el más inmediato, sin haber encontrado la expresión artística que el alto siglo XX exige en relación con las conquistas de la ciencia y la tecnología. Con todo, como se ve, el dualismo no se ha extinguido, ya que el op art y las variantes abstractas y experimentales en Argentina, Uruguay, Venezuela y en otros países continúan.

Aquellas actitudes que se adhieren a los poderes de la naturaleza se apartan de la problemática que, al menos en el Río de la Plata, apasionara a los artistas de generaciones anteriores, desequilibrando la balanza del arte por la reducción de las virtudes de la plástica y la imaginación creadora en favor de la bullente vida, acaso como un eco del pensamiento de Hegel en el sentido de que la vida rebasaría al arte y de hecho éste dejaría de ejercer la función que le cupo en otras épocas o, más cercanamente, dando razón a Dada: "Dada está a favor de la naturaleza y en contra del arte" (Hans Arp). Existe una inmensa diferencia entre el hombre en su potencialidad prometeica, de Orozco, el "universalismo constructivo" de Torres García y no escasas pinturas posteriores a la segunda guerra mundial. Emerge de ésta tristemente el hombre en su faz alucinante y hasta macabra, una piltrafa humana carcomida de frustraciones y podredumbre, cuando no un absurdo, un objeto sin alma o un número de engranajes alienantes. A mi juicio esta exacerbada expresividad —tan nociva como el crudo racionalismo, el estetismo o el hiperrealismo fotográfico— tendrá que volver a una plástica que sublimice esas desbordantes energías, para no caer en el salvajismo, el "arte por el arte" o el pasatismo, cuando no en la cari-

catura o el anti-arte. Coincidentemente, el artista tendrá que integrarse a una sociedad más equitativa (¡tan deseada!) en su condición de artesano o profesional, libre de convenciones reiteradas, que realiza obras para la comunidad (¡tantas veces se ha hablado de elevar el pueblo al arte o de hacerlo participar en su producción y gozo!), sin que pierda el arte sus específicos caracteres, o sea, sus valores o calidades que lo distinguen universalmente.

Es notorio que América Latina dados sus vastos espacios aún despoblados, la irrupción de sus selvas, pampas, montañas, y, lo que es más grave, de sus hirientes miserias y antagonismos sociales, está más cerca de la naturaleza elemental, caótica, explosiva en su deformante subjetividad, o de sus antípodas, el concepto y la ideología, que de la depurada belleza. En el fondo subyace una violencia ajena a la espiritualidad propia de los lenguajes del arte. ¿Es que la irreprimible protesta y la rebeldía, y la vida artística, son irreconciliables? Sea cual fuere la respuesta, el arte ha sido y es la cabal expresión de una cultura en la vivencia fundamental de las intuiciones y los sentimientos humanos y, a un tiempo, imagen, forma e idea en su unidad, servidas por técnicas que definen etapas históricas en los procesos creativos. Admitiendo con Karim Thomas que "en el siglo XX, las artes plásticas ya no se consideran estimulantes decorativos de una sensibilidad culinaria, volviendo radicalmente la espalda a las categorías tradicionales del placer estético", no es menos cierto que "el mito de la belleza tendrá que reconquistar a los hombres" (Walter Gropius) mediante una auténtica política del espíritu concebida por sensibilidades e inteligencias constructivas y realizadores audaces. Porque aceptando también que el artista contemporáneo no tolera situaciones cuyos oscuros mecanismos la realidad se ocupa a diario de exhibirnos y que demorarán su vigencia, cabe intuirlo y alentarla. . . ¿O habrá que buscarla, por ahora y con extrema sencillez, en los objetos de uso cotidiano surgidos del *design*, los cuales desde el Bauhaus afluyen al mercado, objetos que encuentran su ámbito propicio en la nueva arquitectura? Corresponde al pintor y al escultor la creación de formas de validez en sí mismas y como fundamentos de una concepción del hombre y del mundo, sin cuya conciencia o conocimiento no hubo ni habrá arte grande, sea éste mágico, religioso, humanista o universalista. Entretanto es indudable en Latinoamérica que si la tarea de encontrar soluciones al desamparo humano y social es ardua, infinitamente mayor lo será la que conduce a una unión que armonice la expresión de la naturaleza y la expresión de la belleza —sin abandonar los rasgos que distinguen a cada país latinoamericano al margen de los meros pintoresquismos o regionalismos limitadores, sin echar en saco roto el "legado telúrico", ni el múltiple llamado universalista del hombre-

artista a la altura de los tiempos. A la par deseo significar un diálogo vivo entre la imagen y la forma, entre lo emocional y lo intelectual, entre la razón mágica y la encarnación del mito, entre la persona humana y los ideales sustentados por el arte, en la unidad sin fronteras de la creación artística y su función integradora que va del hombre a la obra y de la obra vuelve al hombre en la armonía de lo creado. Dramático presente, en este incumplido Nuevo Mundo, para proyectar —con una rigurosa conciencia de los valores si somos aptos para tamaña proeza— el futuro.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Escrita la nota que antecede, llega a mis manos un libro ordenado por **Damián Bayón**: "El artista latino-americano y su identidad" (Monte Avila Editores, Caracas, 1977). Se trata de un simposio promovido por la Universidad de Texas, en Austin, octubre de 1975. En dicho simposio, las primeras sesiones aportaron elementos esclarecedores, pero la última sesión enturbió bastante las aguas. No se llegó a una concreta definición del arte latinoamericano (cosa, por cierto, nada fácil). Lo de la "resistencia" a cuanto viene del exterior es, a mi entender, harto limitada como actitud. La única resistencia válida, a mi juicio, debe ser la esgrimida contra todo lo que no es arte. Pero atengámonos a lo afirmativo. Acertó **J. A. Manrique** al hablar del "análisis concreto de los componentes de la obra", y **M. Felguérez** al reiterar la necesidad de "elitizar" al pueblo. Y no hay razón para rechazar los "modelos", vengan de donde vinieren, siempre que los mismos se los someta a riguroso examen y se rescate de ellos lo permanente, si existe. Por supuesto, de acuerdo con **Marta Traba** en eso de rechazar "los terrorismos de las vanguardias", pero también, agregaré, cualquier otro terrorismo o ideología masificadora. Bien **F. Morais** al entender "el arte como una forma de organización de la realidad", no desligando la "idea de nación" de la "idea de arte" y otorgando al artista "el papel del sueño", ya que "permite soñar a las naciones". No de otro modo pensaba yo al subtítular un libro mío "la vida como imagen del arte" (Viaje a la Europa del Arte). También acierta **Sziszlo** cuando propugna la necesidad de "fundirse en los problemas, identificarse en las búsquedas, las preocupaciones, los experimentos, en desarrollar un lenguaje..." ¿Qué duda cabe? El camino debe ser "asumido totalmente". Esto en lo atinente al artista. Y función de la crítica es alcanzar "una visión más clara sobre los problemas del arte latinoamericano contemporáneo" (Bayón), en base, coincidentemente, a una crítica también para "crear ese espacio —físico, intelectual, moral— donde se despliega una literatura" (Octavio Paz), ya que plástica y literatura constituyen en sus diferenciados lenguajes la realidad viviente de una expresión artística encaminada (cuando se logra) hacia una "estética de la esencia", de signos distintivos en la cultura latinoamericana. ¿Cultura latinoamericana? Sí, la surgida de aportaciones creadoras múltiples a través de la unidad en la diversidad de los pueblos que integran nuestro continente. Para concluir, estimo útil en mi pensamiento, la transcripción de palabras del prólogo de "De la joven pintura rioplatense" (Buenos Aires, 1942). Hacia el final del mismo, después de citar la frase de **Franz Roh**: "En todo caso aquellas épocas en que ambos contrarios, la abstracción y la proyección sentimental, se infiltran mutuamente, serán las que merezcan la atención de los hombres de futuros días", anoté: "Un hombre de futuros días, el artista americano —que se da en nuestro continente por una especie de fatalidad inherente a su joven

destino—, ha iniciado la marcha en esta cruzada libertadora (y liberadora) por un arte que va a tener un rigor sustantivo en una América humana, moral y espiritualmente expresada en lo universal. Debe, por lo tanto producirnos una alegría alentadora saber que estamos trabajando por la liberación artística definitiva del Nuevo Mundo —trocado en el Mundo Nuevo. Y somos nosotros quienes debemos estar firmes en esta acción constructiva de la que saldrá nuestra inquietud sublimada, trascendida en expresión creadora”. Claro, “más allá de toda estéril polémica”.

# LA DIALECTICA DEL CENTRO

## NOTAS EN TORNO A LA MODERNIDAD DE RICARDO GÜIRALDES

Por Iván A. SCHULMAN

En el cincuentenario de la muerte de Ricardo Güiraldes (1886-1927).

### I

*"el creador no puede ser sino centro"*<sup>1</sup>

LA tradición, la identidad, el tiempo y el centro, son términos claves que en la obra de Güiraldes puntualizan la intersección del proceso sociocultural nacional con la inserción ontológica en él de la voluntad del artista, cruce que genera una tensión dialéctica carente de un deslinde ideológico, estético y lingüístico.

Las manifestaciones plurales de estos conceptos en los intersticios estructurales de las obras de Güiraldes —prosa y verso— identifican su escritura con una dialéctica que rebasa las fronteras tradicionales del modernismo, el ultraísmo o el criollismo, y subrayan la idoneidad de enfocar la definición de sus características desde la perspectiva de la modernidad, término de aplicación imprescindible pero rezagada en la crítica sobre las letras hispánicas.

En apoyo de este procedimiento metodológico vale recordar que confrontado con los múltiples y, a menudo, confusos *ismos* de su época, Güiraldes, con su acostumbrada punzada burlona, sólo admitió el *buenismo* o el *mejorismo*.<sup>2</sup> Frente al futurismo, expresionismo, cubismo, constructivismo, simultaneísmo, en su "Prólogo para un catálogo de Pettoruti," recomendó el *actualismo*, pues le pareció

<sup>1</sup> Ricardo Güiraldes, *Cifras completas* (Buenos Aires: Emecé, 1962), p. 675. Todas las citas de la obra de Güiraldes, menos la de *Don Segundo Sombra*, son de esta edición. Por lo tanto, de aquí en adelante, nos referiremos a ella en forma abreviada, i. e.: O. C., 675.

<sup>2</sup> O. C., 782.



"más brillante. . . resolver el futuro en el presente"<sup>3</sup> —ideal temporal que refleja no sólo el desajuste universal cuyas primeras manifestaciones se patentizan en el periodo de la iniciación modernista hispanoamericana sino el valor que Güiraldes atribuía a la obra individual y a su creador.

"Rebasar" —en el sentido martiano— estas cuestiones ideológicas, estéticas y lingüísticas con el fin de proponer un planteamiento novador de las cuestiones *modernista*, *criollista* y *vanguardista* en la obra de Güiraldes, implica la identificación de ésta con la modernidad, y la modernidad con la premisa de que a partir del modernismo se produce un "conjunto de formas literarias que traducen las diferentes maneras de la incorporación de América Latina a la *modernidad*, concepción sociocultural generada por la civilización industrial de la burguesía del XIX, a la que fue asociada rápida y violentamente nuestra América en el último tercio del siglo pasado. . ."<sup>4</sup>

En las expresiones artísticas de la modernidad americana se observa una nota de reto destructivo y desacrilizador frente a un contramovimiento de búsqueda reconstructiva (de sistemas): en el fondo, se trata de una aspiración cuyas normas "revolucionarias"<sup>5</sup> constituyen un deseo de reestructurar sobre una nueva, aunque menos estable, base los motivos y el ritmo genético de las tradiciones históricas. Como parte de este proceso complejo, a menudo paradójico, "el hombre se persigue a sí mismo al correr tras este o aquel fantasma: Anda en busca de su principio. . ."<sup>6</sup> Consecuencia es el desarrollo de las que a primera vista parecen estructuraciones contradictorias de un mundo caótico —liberaciones en rotación— cuyas características más visibles esconden una tensión interior entre la razón y el irracionalismo; o la coherencia histórica, de raíz iluminista, por un lado, y por otro, la experiencia humana concebida en términos de ritos, mitos o un futuro actualizador, multiforme y abierto. Una angustia desoladora, la del vacío espiritual —reflejo de las ideas formuladas por Kierkegaard y otros "existencialistas"— preside esta filosofía de la vida y produce el predominio de la nada, la duda, y un velado "centro" en un sistema cognoscitivo, poten-

<sup>3</sup> O. C., 675.

<sup>4</sup> Angel Rama, "La dialéctica de la modernidad en José Martí," en *Estudios marianos* (San Juan: Editorial Universitaria, 1974), p. 129. Octavio Paz, en cambio, propone "una modernidad antimoderna" en su discusión del modernismo hispanoamericano en *Los hijos del limo* (Barcelona: Seix Barral, 1974), pp. 122-141.

<sup>5</sup> Usamos este término en el sentido de *vuelta*, o sea con las características que explica Paz en su esclarecedor ensayo "El caracol y la sirena", en *Cuadrivio* (México: Mortiz, 1965), pp. 22-23.

<sup>6</sup> Paz, *Cuadrivio*, p. 23.

cialmente capaz de ofrecerle al hombre<sup>7</sup> nuevos valores normativos.<sup>8</sup> El artista, frente a esta anarquía absorbente, insiste sobre su libertad, pese a su signo ambiguo o aterrador, liberación conflictiva simbolizada en la figura de Don Segundo Sombra dentro de un sistema de esencias enraizadas en la tradición gauchesca, cultivada e idealizada por Güiraldes como eje central de su ideología y de su arte.

Güiraldes entendió la noción de un centro, nota contrapuntal del vacío espiritual de la era moderna —la del modernismo, vanguardismo y criollismo— como se puede comprobar por lo que, respecto a *Don Segundo Sombra*, le confesó en 1926 a su entrañable amigo Valéry Larbaud: "en mí han podido más, por ser *primeros y cericanos*, los relatos y diálogos que he oído de chico. . . Hay una *semilla* primera, y si en su desarrollo intervienen fuerzas exteriores, el principio vital del *arbolito* es el mismo de la *semilla*."<sup>9</sup> La fuerza primitiva de la semilla, es, en el caso de Güiraldes, su identificación espiritual con la cultura gauchesca; y es, en términos de la dialéctica de la modernidad, la manifestación de la búsqueda de un origen y la reconquista de una herencia, en un momento histórico en que Güiraldes "se sintió miembro inútil de una clase que había cumplido su misión nacional sin encontrar nuevos cauces para sus aspiraciones. . . En los desacuerdos con su grupo, en la primera fuga a París, en los viajes por una Europa que debió ganarse sin errores, en el primer retorno a la tierra, persisten la actividad externa de un argentino sin rumbo, extraviado entre incomprensiones y rechazos."<sup>10</sup> Contra este aislamiento y desorientación, los del modernista y del artista de la modernidad, contra la tradición de la ruptura, Güiraldes propone una dualidad de miras cuyo objeto es la conquista de una identidad y la trascendencia filosófica. Asediado por las contradicciones del mundo moderno, en uno de sus escritos, (respecto a Francia), alude a un *equilibrio* de fuerzas *centrifugas* y *centrípetas*,<sup>11</sup> movimientos circulares en sentidos contrarios que simbolizan el aliciente de las influencias europeas, por un lado, y el de la tierra por otro (modernismo, vanguardia, y criollismo). Se propone, sin

<sup>7</sup> V. el excelente libro de Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, 2a. ed. (Madrid: Guadarrama, 1973).

<sup>8</sup> Mounier observa al respecto que "si no hay sistema de la existencia, sino tan sólo existentes singulares y opciones irreducibles a toda generalidad ética, el universo del existente amenaza con romperse irremediablemente en una dispersión de individuos aislados, y el individuo, en una dispersión de decisiones arbitrarias e incommunicables." [*Ibid.*, p. 90.]

<sup>9</sup> O. C., 789. El énfasis es mío.

<sup>10</sup> Juan Carlos Ghiano, *Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: Ediciones Culturales, 1961), p. 10.

<sup>11</sup> O. C., 777.

embargo, armonizar estas fuerzas que define en términos de *ser* y *pertenecer*, colocándose, desde un contexto subjetivo,<sup>12</sup> dentro de una corriente histórico-cultural que gira, no en una dimensión temporal astronómica, como diría Sábato, sino en la del origen vislumbrada por Paz: "El tiempo del origen no es el tiempo de antes: es el de ahora. Reconciliación del principio y del fin. . . La vuelta al origen es la vuelta al presente."<sup>13</sup>

Relacionar el pasado con el presente no le presentó mayores dificultades a Güiraldes que "resolver el futuro en el presente," como ya hemos visto. Estos desplazamientos temporales responden a un principio revolucionario —vuelta a la tradición histórica frente a la nulidad actual—, necesidad existencial del artista a partir del modernismo, o, para usar los términos de Güiraldes, la de la dinámica de su mundo de *fuerzas centrípetas* proteicas y reversibles. A este proceso giratorio y constante alude Güiraldes en *El sendero*: "el sentimiento de la vida única, sólo varía en formas."<sup>14</sup> Y, a continuación explicita sus exigencias culturales y pasionales, su dinámica *centrífuga* y *centrípeta*: "La idea de *ser*, como centro y fin de mí mismo, me parece risible. La idea de confusión. . . con todo y la presunción de un fin que consiste en una cada vez mayor expansión en *la vida* de lo que llamaría mi individualidad, me parece más mía. . . Progresivamente voy sintiendo mi ausencia de aislamiento, en una pertenencia. A lo que ES. . . A lo que ES, más allá de todos nosotros y sin embargo con nosotros."<sup>15</sup> Es la evocación de una identidad, de una realidad a veces ilusoria, cambiante, dual, pero omnipresente. Y es un complejo de sentimientos y percepciones parecido a la sombra del flete del poeta: "¿Realidad? ¿Qué importa si vivió de inalcanzable!. . ." ("Mi caballo")<sup>16</sup>

<sup>12</sup> En *Xamaica* insiste que "las cosas se inscribirán en mí según mi idiosincrasia, y me interesa tanto observarme, que quiero, a diario, fijar mi modo de reaccionar ante los incidentes nuevos." [O. C., 269.]

<sup>13</sup> *Los hijos del limo*, p. 204.

<sup>14</sup> O. C., 525. Su deseo, sin embargo, es presentar la variedad y los polos opuestos porque como consecuencia de su "perpetua oscilación" se llega a un equilibrio. Pero éste está en continua transformación —la metamorfosis de la modernidad: "equilibrio eternamente buscado que sólo vive en un momento de intersección y luego se destruye porque se sobrepasa." Y, por fin, se produce la ruptura definitiva (¿punto inicial de un nuevo proceso?): "El equilibrio no podrá existir porque hubiera equivalido a no existencia." [O. C., 519.]

<sup>15</sup> O. C., 525.

<sup>16</sup> O. C., 41.

## II

*El centro y la ironización del mundo*

EN *El cencerro de cristal* (1915), *proa, heraldo, iniciador, cataclismo*, son signos que subrayan la preocupación del poeta —en verso y en prosa— por el punto de iniciación, el anuncio, el derrumbe (*sufrir, muerte, tumba, impotente*) o sea, por el proceso y el ritmo universales. Como poeta que nace entre dos etapas de la era moderna, las que algunos historiadores de la literatura han visto como la segunda generación modernista (la reacción contra el modernismo dentro del modernismo), y la vanguardia, Güiraldes busca una identificación novadora, una forma de superar las desconstrucciones epocales. De ahí su actualización de la cultura rural, y las poéticas formas cíclicas de la naturaleza campestre. Esta, por un lado, se concretiza como imagen fragmentaria en *El cencerro... —luna, sol, horizonte, cima, mar, montaña—*; por otro, sus facetas están organizadas en un mosaico dinámico que adquiere la trascendencia de un proceso: "corre un tropel de mil vidas sensitivas, que nacen, gozan, sufren y mueren."<sup>17</sup> Los antagonismos de este proceso —con frecuencia violentos (e. g. *Cuentos de muerte y de sangre*)— pertenecen al drama existencial de la vida, a la agresividad de un deseo de trascendencia exenta de la corrosividad moderna; también son una forma de cancelar huera tradiciones con la convicción de empezar de nuevo: "Breve es tu vida. El sol te mata, pero eres el principio."<sup>18</sup>

En *El sendero*, fuente tan rica de los pensamientos íntimos de Güiraldes y de sus conceptos teóricos, descubrimos que estaba fascinado con el problema de los valores polares: "Opuestos complementarios en perpetua oscilación; equilibrio eternamente buscado que sólo vive en un momento de intersección y luego se destruye porque se sobrepasa. El equilibrio no podrá existir porque hubiera equivalido a no existencia."<sup>19</sup> En el fondo, en el arte de Güiraldes, como en el de otros modernos, priva un anhelo —frustrado por lo general— de llenar el "centro," de subsanar las rupturas y las discontinuidades, o de suavizar las discordancias con el compás del ritmo universal: "Dos notas contradictorias, demasiado cercanas, incessto de sonido, inquietante disonancia que no se resuelve en vasto acorde mayor ansiado, ritman el tema."<sup>20</sup>

<sup>17</sup> O. C., 50.

<sup>18</sup> O. C., 51.

<sup>19</sup> O. C., 519.

<sup>20</sup> O. C., 78.

Pero, en la escritura de Güiraldes, llenar el centro no consiste sólo en cultivar "el árbol" o la "semilla" camperos; hay otro camino que conduce al artista a los experimentos modernistas, particularmente a los de la generación de Lugones, de Herrera y Reissig y de los modelos de Samain y Laforgue. Es la ruta de los experimentos verbales y la incorporación en la cuentística, por ejemplo, de los faunos y los sátiros rubendarianos ("El emigrado"; "La hora del milagro"), actores del drama existencial *amor-vida-poesía*, metafalizaciones rítmicas de una orquestación pitagórica —vuelo hacia el idealismo en la búsqueda del "centro" ("La hora del milagro").<sup>21</sup> Estos seres mitológicos también representan un modo de acercarse a la construcción *tradición-modernidad* ("El emigrado"),<sup>22</sup> fundamental a la dialéctica del "centro" espiritual de Güiraldes, atraído, y, a la vez, hastiado por las innovaciones y los cambios introducidos por la civilización moderna (europea) cuyas fuerzas, a la postre le resultaron carentes de un sentido nacional, y, por ende, inauténticas.

Este complejo de preocupaciones y de influencias, con frecuencia de esencias contradictorias, produce un lenguaje experimental identificable con el modernismo de la segunda etapa, o con la vanguardia; es asimismo el que, con los años, dará los sustentos inventivos de la expresión criollista literaria. Lenguaje en crisis, en él se evidencia la tensión de la construcción *tradición-modernidad* mediante la mofa, el escepticismo, la ironía, y el humor agresivo —todo lo cual, en el fondo, es generado por la distancia psicológica, ética y ontológica de una expresión desacrilizadora:

El fauno le tiró una manzana (símbolo funesto)

("El emigrado")<sup>23</sup>

La música culmina, hasta que exasperadas también de tanto dolor, las cuerdas se rompen y los cobres estallan, como una vulgar gruesa de cohetes. (Algo así tiene Musset.)

("Un trozo moderno")<sup>24</sup>

<sup>21</sup> O. C., 85-88.

<sup>22</sup> O. C., 79-84.

<sup>23</sup> O. C., 79.

<sup>24</sup> O. C., 79.

En sus cerebros pensantes y rumipensantes,  
fabrican el bolo. Después. . . groserean y  
meten las cuatro, en imperativo categórico. /  
Marcha (composición pomposa).

("Los filosofantes")<sup>25</sup>

El poeta moderno. (Masticando prosaicamente un grano  
de maní.)

("El cotorro de los 'finaos'")<sup>26</sup>

En esta cuestión del distanciamiento y su función en el lenguaje moderno, las observaciones de Saúl Yurkievich alusivas al arte de Herrera y Reissig ayudan a iluminar la infraestructura expresiva de las construcciones de Güiraldes: "Su poesía actúa como mediación distanciadora de la existencia alienada, quiere recuperar por el extrañamiento la trascendencia inalcanzable en la práctica social. Es la denuncia de una ausencia, de una mutilación, de una dimensión carente."<sup>27</sup> La "trascendencia" no resulta "inalcanzable" para Güiraldes; se realiza; su arte adquiere un valor armónico vía el viaje hacia la tradición y la sencillez lingüísticas del lenguaje campero. En *Don Segundo Sombra*, por ejemplo, "la vista puede cerciorarnos. . . de que los gauchismos no vienen escoltados por comillas. . . La afortunada innovación estilística de Güiraldes. . . consiste. . . en haber elaborado literariamente la lengua viva de los provincianos cultos, en vez de agauchar la lengua literaria general."<sup>28</sup>

Y, respecto a *El cencerro de cristal*, *Cuentos de muerte y de sangre* y *Raucho* Güiraldes observó que "había desterrado en absoluto las palabras emputecidas por el bajo uso tales como: suave, tierno, melancolía. . . Eran para mí palabras manoseadas como nalgas y me encabritaba contra su atracción."<sup>29</sup> De ahí las novedades como *cadereo*, *egocultores*, *frenetizo*, *centrifugaban*;<sup>30</sup> o las metáforas *crepúsculo orificado*; *la policromía*, *leprada de ventanas*, *del Ponterechio*, o descripciones reminiscentes de Lugones, pero indicadoras

<sup>25</sup> O. C., 65.

<sup>26</sup> O. C., 72.

<sup>27</sup> *Celebración del modernismo* (Barcelona: Tusquets, 1976), p. 97).

<sup>28</sup> Amado Alonso, "Un problema estilístico" en *Tres novelas ejemplares* (La Habana: Casa de las Américas, 1971), p. 224.

<sup>29</sup> O. C., 32.

<sup>30</sup> V. Ofelia Kovacci, *La pampa a través de Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1961), pp. 126-127.

de un esfuerzo reconstructivo y analógico: "¿Qué fantasmagoría, hipnótica, desvariara en los ojos lácteos del morfinómano Tristán?"

Si en las interrelaciones de la estética y la ideología de la expresión poética moderna aceptamos las premisas de Paz que, 1) la poesía fue el primer lenguaje del hombre; 2) que el lenguaje es una visión que refleja un complejo de relaciones simbólicas; 3) que la modernización es una vuelta a los orígenes —una revolución—,<sup>31</sup> entonces, es lícito concluir que esta revolución se confunde con la poesía y constituye, como en el caso de Güiraldes, otra manera de desandar el camino de las desconstrucciones, y de unirse con "la semilla" del "arbolito". Las invenciones lingüísticas<sup>32</sup> del absurdo, la virulencia burlona de las expresiones en prosa y verso, (mezclados con frecuencia), son formas de rebasar las limitaciones impuestas por la penuria espiritual de la modernidad, era en que el artista sufre aislado y alienado.

### III

#### *Modernidad y tradición*

**C**RUCE, *vuelta, reconstrucción* son palabras que denotan el estilo de pensar y de escribir del artista moderno. Las barreras tradicionales se saltan o se destruyen. La prosa y el verso se funden; la prosa adquiere una alcurnia poética desconocida (en períodos anteriores): "La prosa. . . es natural y no como el verso, un artificio ajeno —anota Güiraldes—. La prosa es abierta a todo artificio personal; todo capricho de palabras —sonidos y palabras— significados caben en ella con la libertad de un vuelo."<sup>33</sup> A diferencia del verso, la prosa tiene su metro: "Son ambos en definitiva buscar correspondencia por color de sonido o por acento de sonido."<sup>34</sup> Estas innovaciones no las concibe Güiraldes en forma de una dicotomía entre vida (centro) y arte. Al contrario, en otras notas alusivas al tema, insiste sobre la relación de *vida-expresión-tema*:

<sup>31</sup> *Los hijos del limo*, p. 89.

<sup>32</sup> Güiraldes, consciente de este proceso, observó que "cosas nuevas traen nombres nuevos, y tantos instrumentos diversos, objetos que nos vienen de los indios, han necesitado la aceptación del vocablo con que ellos lo designaban. . ." Aunando la tradición cultural y la modernidad lingüística notó: "Nuestra pampa tiene un vocabulario especial nacido de la necesidad de crear nuevos vocablos y ellos son tan correctos —digo— necesarios como el que más. [O. C., 721.]

<sup>33</sup> O. C., 724.

<sup>34</sup> O. C., 725.

Ver la vida con criterio robusto e inteligente y traducirla en artística, y en ello incluyo, simple, es la misión que me impongo. . . Pulir, pulir, hasta llegar a la simplicidad que constituye lo grande. Por eso he buscado entre todos los temas y argumentos, los que me puedan prestar el gaucho o nuestras pampas.<sup>35</sup>

Desde *El cencerro de cristal* hasta *Don Segundo Sombra*<sup>36</sup> la vida campera es vista con cariño, y, a la vez, con la distancia suficiente para permitir las observaciones irónicas —aquella "burla de sí"—<sup>37</sup> que es, mediante el proceso de identificación subjetiva, la mofa del propio centro (v. las "Aventuras grotescas"). Pero en este proceso evolutivo de la tradición y la modernidad, se puede observar cómo, con los años, va perfilándose el acercamiento de Güiraldes a las tradiciones culturales convertidas en vivencia personal y expresadas con naturalidad y sencillez poéticas cada vez mayores: "Nunca," le escribió a Guillermo de Torre, "me propuse hacer algo moderno, ni clásico ni romántico; *hacia*. . . teorías nacidas de mis propias experiencias."<sup>38</sup>

En un plano sociocultural, la modernización es para Güiraldes una amenaza constante del *status quo antes*; es un elemento desconcertante, y, por lo tanto, el blanco de dardos irónicos plasmados a menudo en construcciones antitéticas. En *Rosaura*, éstas se manifiestan por medio del binomio *tradición campera x novedad foránea*: "Lobos tuvo su alma sencilla y primordial como el macachín de otoño. . . Mas vino la paralela infinitud de los rieles veloces, y el tren, pasando férreo de indiferencia. . ."<sup>39</sup> El novio es de fuera; llega con el tren, y, aunque Rosaura intenta el salto hacia la cultura foránea —con modales y dibujos de Buenos Aires— muere decepcionada y rechazada, víctima del tren, "la máquina potente y ciega, para cuyo ojo ciclópeo el horizonte no es un ideal."<sup>40</sup> Al contrario,

<sup>35</sup> O. C., 721. Respecto al pulimiento, sin embargo, está en contra del concepto del "trenzador" (O. C., 724): "Que la belleza esté más en la fuerza y la grandeza de los conceptos, las ideas, los sentimientos que en el pulido extremo de la frase."

<sup>36</sup> La actitud de Güiraldes frente a "lo criollo" cambia con los años, sobre todo, desde el momento en que llega a expresar sus emociones "sin veladuras humorísticas" [Ghiano, *op. cit.*, p. 65].

<sup>37</sup> Ghiano, *loc cit.* En *Rosaura*, obsérvese cómo Güiraldes caracteriza a los actores del idilio: "Rosaura. . . protagonista romántica, que languidece por el héroe caído de un país inverosímil, con la aureola de un fantástico origen ignoto. ¡Oh! . . . ser así de entre todas la elegida." [O. C., 261.]

<sup>38</sup> O. C., 29. El énfasis es mío.

<sup>39</sup> O. C., 244.

<sup>40</sup> O. C., 266.



simboliza la visión cerrada (*ojo ciclópeo x horizonte*) producida por la modernidad.

En *Raucho*, la antinomia está plasmada dentro de un proceso cíclico y poemático marcado por las estaciones del año y los capítulos de vida accidentada —“momentos” reza el subtítulo de la novela— de “una juventud contemporánea,” peripecias fragmentarias, que le devuelven al protagonista agónico a su centro cultural original: la pampa. La existencia y las costumbres de la vida moderna —europea— son para el agonista, primero un aliciente, y luego una decepción. Al final, el que se debate entre estos dos mundos dirá *en su interior* (“piensa”) que “quiso ser todo menos lo que era,” agregando: “Su *chiripá*, sólo desprendido de la faja, *se habrá envilecido* en el polvo de *caminos extranjeros*.”<sup>41</sup> La antítesis *tradición x modernidad* (*chiripá x caminos extranjeros*) ofrecida en las líneas finales de la obra propone, por medio de *envilecido*, el redescubrimiento del desteñido y desmemoriado centro cultural en la mística paz del campo: “el agua habla de misterios serenos;” “los brazos abiertos, crucificado de calma sobre su tierra de siempre.”<sup>42</sup> *Raucho*, reflejando un concepto expresado por Güiraldes en *El sendero* logra “la consecución del yo [que es el logro de] la conciencia del propio ser sin atributos.”<sup>43</sup> Alcanza la integración de su ser en un centro ideal armónico<sup>44</sup> después de haber pasado por etapas de vida cultural foránea, decadencia y degradación. El existente de la era moderna de nulidad espiritual, vía el proceso de la vuelta, abandona las costumbres y los escenarios del protagonista “moderno-modernista” —Buenos Aires, París, Monte Carlo— y regresa al asilo criollo, al hito primitivo de sus andanzas.

#### IV

#### *Criollismo y modernismo*

EN la conceptualización que hemos ido formulando en torno a Güiraldes y la relación de su creación con el modernismo, la vanguardia y el criollismo, su última y clásica obra *Don Segundo Sombra* (1926), representa la culminación de un proceso de reconstrucción cultural patente desde *El cencerro de cristal*. Desde la perspectiva de los patrones de la modernidad podríamos decir que representa la cúspide y, a la vez, la tentativa de “rebasar” y armonizar

<sup>41</sup> O. C., 235. El énfasis es mío.

<sup>42</sup> O. C., 235.

<sup>43</sup> O. C., 523.

<sup>44</sup> Sobre la importancia del yo armónico, v. *El sendero*, O. C., 520.

conflictos y contradicciones. En sus breves notas sobre "El gaucho y la nueva literatura rioplatense," Leopoldo Marechal observó con tino que cada hombre es "un recomienzo," "el reloj único destinado a marcar una hora única del tiempo."<sup>45</sup> Y, en consecuencia, el escritor contemporáneo —moderno— —despistado en cuanto a su centro cultural— "*busca en sí* los elementos fundamentales de su ser y cuenta *las aventuras de su espíritu*, frente a las cosas que siguen una vida paralela a la suya."<sup>46</sup> Esta visión de la vida interior (*busca en sí; las aventuras de su espíritu*) constituye la piedra angular del concepto existencial del hombre como autodeterminación, es decir, él como su propia existencia.<sup>47</sup> Sin un *sistema* trascendente sólo hay existentes cuyo universo "amenaza con romperse irremediamente en una dispersión de individuos aislados. . ."<sup>48</sup> Luchando en contra de las contradicciones, paradojas y normas de su época —recuérdese su repudio de los *ismos*— el descentrado Güiraldes, a diferencia de otros artistas de la modernidad hispanoamericana, insistió sobre la búsqueda de formulaciones o estructuraciones armónicas capaces de detentar la mutación constante de la existencia.<sup>49</sup> De ahí, la instauración del gaucho y de la cultura rural argentina como eje de su ser.

Su gaucho vive destemporalizado y mitificado; dentro de las limitaciones sistémicas de la ideología y de la literatura modernas este gaucho y su cultura constituyen una actualización desde el interior del creador, y válido para éste frente a la general desvalorización ontológica a su alrededor. Esta forma de evocar al gaucho, como señala Trinidad Pérez Valdés, revela una "sentida admiración," una metaforización que rinde "la imagen de una identidad" depurada "de toda condicionalidad histórica."<sup>50</sup> Es, si se quiere, un refugio, una reducción ética, sin base concreta coeval —histórica o sociológica<sup>51</sup>— pero, es, a la vez, el producto de una urgencia ideológica y cultural, un centro temporal sin tiempo,<sup>52</sup> rítmico, y

<sup>45</sup> *Martín Fierro*, No. 34, 5 de octubre de 1926, s. p.

<sup>46</sup> Marechal, *loc. cit.* El énfasis es mío.

<sup>47</sup> V. Mounier, *op. cit.*, p. 57.

<sup>48</sup> Mounier, *op. cit.*, p. 90.

<sup>49</sup> En su "Carta abierta," por ejemplo, leemos: "Saber es en el hombre un estado de relación con una ignorancia anterior. Todo saber, adquirido como conocimiento transitorio, se modifica por una duda y llega a ser una ignorancia de la cual se parte hacia un conocimiento futuro." [O. C., 650.]

<sup>50</sup> "Prólogo" a *Don Segundo Sombra* (La Habana: Casa de las Américas, 1971), p. xi.

<sup>51</sup> *Loc. cit.*

<sup>52</sup> Frase clave al respecto es la de la despedida de don Segundo: "Si sos gaucho en de veras, *no has de mudar*, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante. . ." [*Don Segundo Sombra* (Buenos Aires: Lozada, 1948), p. 184.]

poético en el sentido social que propone Paz: "cada sociedad está edificada sobre un poema".<sup>53</sup> Y, a la vez, revela un ciclo mítico, el del "gran ciclo solar de las estaciones";<sup>54</sup> el calendario moderno del movimiento de regreso de la sociedad a su origen. De ahí la trascendencia mítica de *Don Segundo Sombra* frente a su alegada falta de solidez histórica;<sup>55</sup> ésta se debe a la ordenación temporal moderna y el arribo aludido "regreso" que permite la estructuración de un nuevo sistema perdurable y coherente. Por consiguiente, más relevante nos parecen las cuestiones culturales y filosóficas que hemos planteado respecto a *Don Segundo Sombra* y la obra de Güiraldes en general, o las consideraciones estéticas, que los reparos negativos basados en lo que algunos han tildado la visión equivocada de un creador-patrón frente al explotado gaucho.<sup>56</sup>

Sería fútil negar la evidencia literaria y subestimar la presencia del *criollismo* o del *mundonovismo*<sup>57</sup> en esta novela; más erróneo sería negar la argentinidad de su expresión lingüística y cultural: *arros, domas, riñas de gallo, bailes, narraciones folclóricas, filosofía estoica campesina y costumbres rurales*. Pero, a nuestro juicio, igualmente falaz es la posición de la crítica tradicional de escindir la naturaleza de la creación de artistas quienes, como Güiraldes, vivieron la época de las rápidas y dramáticas evoluciones del pensamiento y las estructuras socioeconómicas hispanoamericanas, o sea la época que va del modernismo al criollismo, pasando por las etapas vanguardistas. Escindir consiste, en este caso, en separar de modo tradicional, arbitrario o absoluto, conceptos estéticos y formas de pensar y escribir que fueron cultivados de modo paralelo, simbiótico o superimpuesto por los artistas de la modernidad.

Con "alma de horizonte"<sup>58</sup> hay que aproximarse a obras como *Don Segundo Sombra*, cuyo eje central se entiende de manera más profunda si en lugar de encasillarla exclusivamente dentro de las normas del criollismo se le considera un producto de la modernidad cargado no sólo de una "realidad real," cultural e histórica, sino

<sup>53</sup> *Los hijos del limo*, p. 89.

<sup>54</sup> Ivonne Bordelois, *Genio y figura de Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1966), p. 148.

<sup>55</sup> Juan Marinello, con su acostumbrada perspicacia al volver sobre esta novela en 1970 insistió sobre su "infidel encarnación gauchesca" ["Treinta años después: notas sobre la novela latinoamericana," en *Tres novelas ejemplares*, p. 46].

<sup>56</sup> Marinello, por ejemplo (*op. cit.*), observa: "el sugestivo relato... irá desangrándose, como la clase social que hizo posible su llegada" [pp. 49-50].

<sup>57</sup> V. Cedomil Goic, *Historia de la novela hispanoamericana* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972), pp. 168-172.

<sup>58</sup> *Don Segundo Sombra*, ed. cit., p. 43.

de un ideal sin tiempo de la experiencia nacional<sup>59</sup> y universal. Desde esta perspectiva múltiple y abierta, el héroe y maestro viene a simbolizar no sólo al gaucho idealizado sino a la atribulada figura marginada por el mundo moderno en trance evolutivo: "Era —nos confiesa con dolor su creador— un espíritu *anárquico* y *solitario*, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable *cansancio*."<sup>60</sup> Visto de un modo conjunto Don Segundo se convierte en un signo de la libertad fallida o sin plenitud del *individuo*, del existente moderno. También representa el tradicionalismo gauchesco. Es, por consiguiente, un símbolo doble —el de la modernidad y el del criollismo.

Igual dialéctica de tensión doble preside las descripciones de la naturaleza; Güiraldes funde las innovaciones lingüísticas del modernismo, del impresionismo y del tradicionalismo criollo, creando un lenguaje poemático y original, pero enraizado en la tradición argentina:

Los postes, los alambrados, los cardos,  
lloraron de alegría.<sup>61</sup>

Sentí que la soledad me corría por el  
espinazo, como un chorrito de agua. La  
noche nos perdió en su oscuridad.<sup>62</sup>

... [el] campo, que poco a poco nos fue  
tragando en su indiferencia.<sup>63</sup>

Insertando a la naturaleza en el hombre, y al hombre dentro de la naturaleza; actualizando las tradiciones históricas y culturales de la experiencia nacional, logra Güiraldes rescatar la tradición para la modernidad americana.

<sup>59</sup> V. *Los hijos del limo*, p. 50.

<sup>60</sup> *Don Segundo Sombra*, ed. cit., p. 65. El énfasis es mío.

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 62.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 148.

## “COPERNICO”

(Cuento)

Por *Bernardo VERBITSKY*

TRES meses después del arribo de las Viking las evidencias sobre la vida en Marte no son concluyentes y en todo caso contradictorias. El título de la noticia le alegró, sintió una mezcla de alivio y tranquilidad. Tal vez y sin tal vez le hubiera inquietado lo contrario. La última experiencia que se había tratado de poner en marcha requería el arreglo del mecanismo que haría mover el brazo de metal de cierto aparato, un remedo de robot, que debía levantar una piedra debajo de la cual podrían encontrarse bacterias. Recogerían una muestra cuidando que la intensa radiación ultravioleta no las destruyera. Será la segunda vez que el brazo largo del módulo de aterrizaje de la Viking-2 se utilizará para remover un peñasco en la llanura llamada "Utopía". La primera fue para conseguir material cuyo análisis pudiese determinar si el suelo protegido durante millones de años contenía moléculas de carbón indicativas de que una posibilidad de vida había existido en algún momento en Marte. Pero sometido a temperaturas progresivamente más altas para lograr la liberación de gases, no se hallaron rastros orgánicos. La Viking-1, en el lado opuesto del planeta, trata de detectar cualquier proceso biológico que convierta el anhídrido carbónico en materia orgánica, que en la Tierra se realiza por fotosíntesis.

Bueno: las aspiraciones son cada vez más modestas. El hecho de que el paraje se llame Utopía, tiene algo de simbólico. Ya no se trata de comprobar si hay o no marcianos, los famosos marcianos imaginados por dibujantes de mal gusto a los que justamente faltaba imaginación. En el mejor de los casos los marcianos serían bacterias. Lo siento por Bradbury. ¿Tendrá que devolver las pilas de dólares que cobró a cuenta de una supuesta existencia? Que se conformen con averiguar si existe un primario sistema biológico o en todo caso químico con manifestaciones de una pre-biología, por así llamarla, no deja de tener gracia, pero además reconocen que los mínimos e inciertos indicios que aún permiten alentar alguna esperanza podrían atribuirse a reacciones que ninguna de las teorías ofrecidas hasta

ahora pueden explicar. Las cámaras tampoco han visto nada que se mueva o esté creciendo. Pero debe tenerse en cuenta —dicen los científicos— que se ha examinado solamente un décimo de una millonésima parte de la superficie de Marte. Cierto, no más que un pequeño lote, como quien dice. Entre los descubrimientos más positivos figura el hecho comprobado —no aclaran cómo— que el material más abundante en Marte es una arcilla rica en hierro, llamada "montmorillorite", un catalizador extraordinario para transformar aminoácido en proteínas, según investigaciones del desaparecido químico israelí Aran Katchalski. ¿Un tanto a favor de las posibilidades de vida? Pero, comenta el Dr. Carl Dagan, de la Universidad de Cornell: "la existencia de condiciones aptas para el surgimiento de la vida no significa lo mismo que el surgimiento de la vida". Este es un tanto en contra de los ilusionados como lo es también esta declaración del Dr. Harold Klein, uno de los sabios de la NASA: "Es interesante hacer conjeturas, pero es más importante conocer la verdad". Es lo que yo pienso. ¿Es que no quiero, de puro caprichoso, que haya vida en Marte? Hay algo más importante en juego. Conjetura por conjetura, tanto valen las de ellos como las que puedo elaborar yo. Sospecho que toda esta historia de la competencia espacial es un gran fraude al mundo para entretenerlo; que se distraiga con Marte mientras ellos se delimitan las respectivas zonas de dominio.

Los instrumentos de las dos naves espaciales que "amartizaron" (bonito neologismo) y las otras dos que se hallan en órbita quedaron sin funcionar o no llegan a Tierra las señales, debido al paso de Marte por detrás del Sol. La comunicación con las Viking no será posible hasta dentro de un mes, a mediados de diciembre, cuando Marte emerja. Apasionante ¿no? Veré hoy cuando oscurezca si distingo al planeta rojo. ¿O también de noche estará detrás del Sol? No puedo contestar a esta pregunta. Si las de ellos son elucubraciones de su sabiduría, las mías sólo pueden serlo de la ignorancia. Pero es incomprensible y llamativo que no se diga una palabra de Phobos y Deimos, Satélites de Marte.

La primera sospecha de una gran mistificación astronáutica la tuve cuando Estados Unidos ganó la carrera a la Luna. Todo hacía creer que los rusos llegarían antes, ya que fueron los primeros en tocarla y en fotografiar su cara oculta. Al menos así se anunció. Y de pronto son aventajados por los norteamericanos. Se dijo que llegaron. Varias veces. Claro que como todos vi las supuestas figuras de Armstrong y su compañero moviéndose pesadamente algunos pasos. Todo acabó en una escena confusa, blanca, inmovilizada, una escenografía peor de la que hubiera podido montar Meliés hace ochenta años, y sobre tal fondo, dos buzos fantasmas. Nos explica-

ron que se descompuso la televisión. ¡En la Luna! ¿Y quedó clavada la última imagen? Transmitía desde 350,000 kilómetros de distancia, y aquí cuesta sintonizar el Canal 2 de La Plata. Yo también estuve entusiasmado con esta llamada exploración espacial y vi por la TV la partida entre nubes y llamas infernales de los grandes cohetes llevando en la punta a los cosmonautas amontonados en una especie de sarcófago. Para volver, nos contaron, utilizaban una ruta previamente marcada en el cielo, lo que les permitía venir como por un tubo. ¿Qué diablos significa esto de trazar algo así como una carretera sideral? Una misión Apolo corrió gran peligro, se temió por los tripulantes. Su arribo se exaltó como una gran proeza, resultado de una valerosa tenacidad y una no menor pericia.

Según era costumbre, los lunautas fueron recogidos en el Océano Pacífico, en medio de un gran despliegue de barcos de guerra, portaviones, helicópteros, que rescataban la cápsula espacial, pescándola, para extraer a los colonizadores del cosmos a quienes luego encerraban en cuarentena, nunca comprendí por qué. Durante esas semanas de confinamiento, se iba diluyendo poco a poco el estruendo de la radio, de los diarios, la TV. Parece que los muchachos recogieron en bolsas especiales unas piedras lunares (qué bien suena esto, las imago con rebrillo de luciérnagas) y hasta algunas se exhibieron en Buenos Aires.

Pero si fuera cierto que llegaron ¿por qué se interrumpieron los viajes? Por caros y peligrosos —dicen—. Y los rusos que parecían tener al alcance de la mano la conquista de la Luna ¿cómo es que aceptaron, achicados, esa derrota? Esta resignación es lo que más me dio qué pensar, provocando mis iniciales dudas. Me resulta más fácil creer en un acuerdo secreto aunque no atine a penetrarlo. Parece que los soviéticos se reservaban mayores hazañas, la exploración de planetas, mucho más lejos que la Luna y, efectivamente, se anunció que una de sus naves llegó, la primera, a Venus, y si bien se inutilizó, hubo una segunda que "envió informaciones", pues atravesó una capa de nubes hasta entonces impenetrable —al telescopio, claro— y comprobó que la temperatura del suelo es de unos 500 grados, enviándonos otros chismes sobre el lucero, donde la vida no parece posible. Pero ¿cómo nos consta que todo esto es cierto? ¿Cómo se las arreglan los aparatos para enviar informaciones y antes, para obtenerlas? Los avances de la ciencia, es la respuesta. Palabras. ¿Cómo envían todos esos datos desde una distancia que se tarda tanto en recorrer? Creo que a Venus se llega en nueve o en once meses, y a Marte en siete, aunque no estoy del todo seguro. Podría averiguarlo y consignar el tiempo exacto y el número justo de millones de kilómetros, pero me basta que lo sepan Werner von Braun, y Mr. Asimov, que ha escrito algo así como 150 novelas de

fantaciencia, de las que sólo leí una, pues el género me aburre. Yo mismo, es cierto, participé de esa alucinación colectiva y creí ver un universo lleno de sistemas como el solar. Ahora me doy cuenta que desde hace décadas las historietas se adelantaron a todo esto hablando de mundos extraterrestres, de guerras interplanetarias, de naves aeroespaciales. Estas historietas han terminado por invadir la mente humana y lo que eran fantasías que actualizaban las de Julio Verne, para entretener niños más avisados de nuestra época, apresó en sus redes a los adultos, que toman en serio películas que son las mismas historietas llevadas al cine y leen novelas que son historietas llevadas al libro. El precursor de todo esto fue Herbert Wells, un hombre de gran imaginación, pero que no se movió de la superficie de la tierra. Por eso me basta recordarlo para perder toda ilusión sobre la verdad de estas nuevas invenciones que, estoy seguro, encubren alguna colosal maniobra de las grandes superpotencias. Se han dividido los papeles y cada uno representa el propio.

El último verano contemplaba en la playa ese asedio del mar contra la orilla, ese embate regular, incansable, isócrono, deteniéndose sin embargo en la invariable línea señalada desde el comienzo del mundo sin más modificación que el periódico y corto avance provocado por las mareas, seguido de su natural reflujo. La arena es llana y llano es el mar y la tierra no es esférica, aunque sea circular el horizonte por la sencilla razón de que la vista traza radios de la misma longitud pues su alcance es igual en todas direcciones, y la famosa prueba de que cuando el barco se aleja, lo primero que desaparece es su casco y lo último su tope, el del palo mayor, tampoco prueba la curvatura de la tierra, es apenas otro fenómeno óptico. Ocurre muchas veces que una lancha de pescadores muy próxima dejamos de verla a corta distancia, entre el oleaje. Es lógico que cuando un barco se acerca desde el horizonte aparezca el punto más alto, como el último rayo solar alumbrará el pico más elevado.

¿Qué quiero demostrar? Muy sencillo: que la Tierra es plana y no gira alrededor del Sol. Copérnico elaboró una metáfora poética y el mundo creyó en una teoría científica. Sólo fue el verdadero inventor de la ciencia-ficción. Y que me dejen de historias que han llegado a Marte o a Venus y que reciben fotografías. Sí, ya sé, la maravilla de la electrónica y todo eso. Pero la Biblia y Jesús, Sócrates y Buda son anteriores a Copérnico y fueron lo que fueron en una tierra plana. Se dirá que por alguna razón desconocida se me gastó la capacidad de imaginar un universo ilimitado constituido por gigantescas masas de piedra girando alrededor de sí mismas y en derredor de los soles de los propios sistemas. Es que nada de eso es cierto. No ignoro que más cerca que las estrellas lejanas están los llamados planetas, y sus movimientos ya los comprobaron no sé



si los caldeos o los egipcios hace milenios. Pero todo esto no quiere decir nada. Las estrellas y cuanto brilla en el cielo forman una alfombra mágica engarzada de gemas rutilantes. Siempre han estado allí, sin que de ello se deduzca que es de día cuando la tierra que supuestamente gira alrededor de sí misma muestra una de sus mitades al Sol y en la otra es noche porque en aquel movimiento queda fuera de su foco. Lo real y lo que todos sabemos es que el Sol sale por el Este y cuando se pone por el Oeste, los pájaros se van a dormir y la Tierra descansa. A la mañana siguiente el astro rey (¿por qué no llamarlo así?) reaparece por el lugar de siempre, trae la claridad del día, suscita la vida y la conforta y la hace posible con su luz y calor. Se me argüirá que eso es retroceder a los tiempos antiguos en que el Sol era adorado sin mayores preguntas, conformándose con las contundentes evidencias. Pero ya no sé qué es retroceder ni qué es avanzar.

La Tierra es plana, convicción con que la humanidad vivió milenios más tranquila y feliz que ahora. No tengo por qué creer a Copérnico ni a su aterradora pesadilla. También yo, es cierto, imaginaba hasta hace poco un universo infinito —es tan difícil imaginarlo infinito como finito— constituido por masas inmensas en perpetuo movimiento alrededor de sí mismas y en órbita dentro del sistema a que pertenecían (y que se reproduce infinitesimalmente en el interior del átomo), un universo incomensurable en el cual, al girar, entre todos se sostienen en el equilibrio de una atracción y repulsión magnética, y me maravillaba ante esa concertación que daba por real. Ya no creo en nada de eso. Estalla la mente si pretende concebir toda esa prodigiosa cantidad de materia, no lo acepta, lo rechaza, no lo soporta. Según un diario ruso el mito de los Ovnis fue lanzado por el Pentágono para que el norteamericano medio, asustado, no se opusiera al aumento de los gastos bélicos, y explica que los mitos de este tipo, a pesar de todas las desmentidas por parte de fuentes serias renacen en occidente porque la cultura de masas occidental llena de prejuicios no está en condiciones de suministrar una segura inmunidad a los misticismos de cualquier tipo. Me parece que aquí cometieron un error, pues haciendo creer que la rivalidad ruso-yanqui subsiste, confiesan al fin de cuentas la verdad. Pues esta especie de lapsus que Freud no pasaría por alto admite indirectamente la posibilidad de embaucar al mundo por parte de las superpotencias que pueden entretener al mundo con colosales espectáculos mientras convienen la forma de repartirse el planeta. Por favor, entonces, basta de fantasías. La Tierra es un hermoso milagro, pero es plana y sobre su llanura corren los ríos, se elevan las montañas, pero no insistan en que gira sobre su eje y alrededor del Sol. Yo únicamente creo en este rincón mío, un pequeño jardín, con

pocas plantas, pero firme y estable y no que rueda con todo lo que existe por espacios vacíos. Desde la ancha ventana del living veo el borde desordenado y crecido del ligustro del cerco que nos separa de la calle, y una parte de la retama que se le sobrepone con su espléndida y perfumada masa de flores amarillas. Veo a la izquierda la planta alta de la única casa que tiene dos en toda la cuadra. En su parte superior se dibuja la quebrada línea de las vertientes de su techo de tejas. Es un edificio sólido, y esa solidez me tranquiliza. Detrás, el cielo azul y unas nubes muy blancas. Esa masa del edificio llena un tercio de mi ventana y, repito, es sólida y firme. Las dos palabras se me reiteran, y ratifican una conclusión y ésta llega en forma de un sentimiento de calma. Estoy viviendo en un mundo estable, en contra de lo que hace un tiempo venía sintiendo. No me refiero a las perturbaciones políticas, sociales, y sus consecuencias que la prensa registra y a veces palpamos de cerca, una explosión, una sirena que en cualquier tarde hace llegar sus ecos al café en el cual uno está sentado. Me refiero a otra cosa, a la sensación de reposo que me trae la casa de enfrente que sigue estando bien plantada, siempre a la misma distancia del sillón que ocupo, lo que me infunde una convicción definitiva que desecha pequeñas alteraciones transitorias. Ya sé que si viajara en el Concorde la distancia entre el último asiento y el primero no variaría aunque el avión volase a tres veces la velocidad del sonido, pero esto es distinto. Salgo a la puerta, veo las casas bajas de un solo piso, los otros chalecitos que llenan la vereda de enfrente, allí está la esquina y la calle que cierra el pasaje en que habito, calle que también tiene sus casas inmóviles, fijas. Ya no puedo tener dudas: la Tierra es plana. El Sol sale por el Este, recorre todo el cielo y desaparece por el Oeste dejándonos a oscuras. Y entonces aparecen las estrellas que desfilan de noche ante nuestros ojos. Son luminarias eternas que el Creador colocó en su techo para nuestro conocimiento de una nueva y sin igual belleza. Y eso es todo, que no es poco.

## ASPECTOS ESTRUCTURALES EN LA NOVELA AL FILO DEL AGUA, DE AGUSTIN YAÑEZ

Por Manuel Antonio ARANGO L.

AGUSTÍN Yáñez nació en Guadalajara, el 4 de mayo de 1904, y allí vivió sus primeros años de juventud. Abogado, profesor y diplomático, representó a México en diferentes oportunidades en la vida diplomática. Se inició con relatos de sabor provinciano: *Llama de amor viva* (1923), *Flor de juegos antiguos* (1940), *Pasión y convalecencia* (1943). Posteriormente publicó *Archipiélago de mujeres* (1943), *Al filo del agua* (1947), *La creación* (1950), *Ojerosa y pintada* (1960), *La tierra pródiga* (1960), y *Las tierras flacas* (1962).

*Al filo del agua*<sup>1</sup> es, sin duda, la mejor novela de Yáñez y una de sus producciones literarias más difundidas. Estructuralmente se realiza en dos planos: uno, el conjunto de los personajes que constituyen la trama; y el otro que, en una especie de armonía, forman unísono coro que recoge las voces del pueblo en diversas tonalidades. En síntesis: melodía y armonía estructuran la novela.

La novela se desarrolla en un ambiente pueblerino en el que se dan circunstancias sociales, políticas y económicas, que le sirven a Yáñez como materia temática. Dos condiciones se destacan: la primera es la impersonal (como en el "*Acto preparatorio*"); la segunda, la temporalización, (por ejemplo, el primer capítulo de la novela).

*Al filo del agua*, se levanta sobre la base de un "*Acto preparatorio*" y dieciséis capítulos que tienen funciones estructurales de diversa índole. El "*Acto preparatorio*" marca el tono del ambiente físico y moral en que se desarrollará la acción novelable. El lector a partir de esta parte tomará conciencia del color del paisaje, de las calles tranquilas, de las casas austeras del pueblo conventual, los ladridos de los perros, el ruido de los cascos de los caballos en las calles empedradas, los cantos piadosos y el toque permanente de las campanas de la iglesia de ese "lugar del Arzobispado" en el año de 1909.

<sup>1</sup> Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, México. Editorial Porrúa, 1969.

La voz narrativa comienza mostrando al lector el vivir de la comarca, bajo una visión panorámica del conjunto y lo hace sentir desde su apariencia externa. Así vamos conociendo la vida del pueblo, el color, la silueta de sus moradores silenciosos y la atmósfera en general que impregna todo el ambiente.

"Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Áridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos".<sup>2</sup>

El "*Acto preparatorio*" es la base fundamental desde la cual contemplamos la parte ambiental, pero esa base no se percibe, en un comienzo, al mismo nivel del pueblo; la visión es panorámica. Lentamente Yáñez se enfrenta hacia una gradación descendiente hasta llegar al nivel pueblerino.

"El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hasta hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rostro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados y de los muchachitos pálidos".<sup>3</sup>

El "*Acto preparatorio*" tiene una función muy importante ya que el autor introduce rasgos del mismo dentro del transcurso de toda la obra, como si fuese una obertura que señalara los temas fundamentales que podrían ejecutarse dentro de un plan de una obra musical. Los temas del "*Acto preparatorio*" se convierten en verdaderos *Leitmotivs* a través de toda la novela.

Como el *Leimotiv* de una sinfonía, los temas del "*Acto preparatorio*" se repiten sincrónicamente para dar una visión al lector de la forma que el autor ha trazado dentro de la estructura de la obra.

"Pueblo de mujeres enlutadas... Pueblo cerrado... Pueblo solemne... Pueblo sin fiestas... Pueblo seco... Pueblo sin alameda... Pueblo sin estridencias..."<sup>4</sup>

Este *Leimotiv* tiene un carácter de letanía lenta y monocorde similar a una frase musical fúnebre, pesada y oscura, que domina todo el conjunto de la pieza musical.

La sección introductoria tiene doble función: a) Crear el escenario y b) establecer el tono. El estilo de este "*Acto preparatorio*" nos prepara para mostrarnos un sombrío retrato del anónimo "pueblo de mujeres de negro". El autor muestra la visión de una vida monó-

<sup>2</sup> Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, México. Editorial Porrúa, 1969. Décima edición, p. 4. Todas las citas subsiguientes serán tomadas de esta edición.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 5.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 4.

tona, dominada por el ambiente religioso y completamente estática. Además los elementos estructurales del "*Acto preparatorio*" están constituidos por elementos sensoriales y religiosos.

Grosso modo la novela consta de un "*Acto Preparatorio*", siete capítulos que constituyen el tema principal de la obra, que van desde "*Aquella noche*" hasta "*Los norteños*", un capítulo intermedio "*Canicas*", un capítulo que marca el tema de la segunda parte "*Gabriel y Victoria*" y siete capítulos finales que parten desde "*El día de la Santa Cruz*" hasta "*El cometa Halley*", capítulos que desarrollan la exteriorización de la primera parte.

Es importante señalar cómo la estructura de *Al filo del agua* convierte la progresión del tiempo en un fenómeno más complejo que la mera secuencia lineal, a pensar de que la narración tomó un orden eminentemente cronológico definido, de la estación de la cuaresma de 1909 a la revuelta de Madero de 1910. Todos los sucesos tienen completa relación con la progresión que se forma el TEMPO de la novela, así vemos cómo la sucesión de 1910 se estructura en un largo capítulo al final de la obra.

"Pero hay momentos en que Yáñez encuentra la secuencia no cronológica vital para el desarrollo de un tema particular o de un conjunto de relaciones. La continuidad de los capítulos, pasando del hilo de una trama a otra, y alternando entre la perspectiva individual y la colectiva, reestructura frecuentemente el orden temporal y trasciende sus limitaciones. La secuencia que se extiende desde el capítulo diez al trece proporciona un ejemplo interesante. "Día de la Santa Cruz", el capítulo diez, está ubicado entre el 2 y el 3 de mayo de 1909. Sus múltiples escenas apresan simultáneamente la situación de varias relaciones en este tiempo: el primer contacto físico entre Damián y Micaela, y el breve encuentro final entre Victoria y Gabriel. El capítulo once, centrado en el padre Islas, continúa hasta fines de junio, cuando el fanático capellán tiene una acalorada conversación con Damián acerca de Micaela. El capítulo siguiente, "Ascensión", vuelve a Gabriel y Victoria, narrando la sentida reacción que su partida suscita en Gabriel. Va del 6 al 20 de mayo. El capítulo trece retorna el hilo de Damián y Micaela del capítulo once (de más tempranas referencias que ya habían previsto su desenlace) y reseña los sucesos de julio y agosto, o sea el asesinato y sus consecuencias".<sup>5</sup>

Los primeros cuatro capítulos cubren más o menos 124 páginas o sea una tercera parte del libro, en los cuales describe una larga introducción de los caracteres de los personajes. Algunos reciben más

<sup>5</sup> Joseph Sommers, C. A., 1969. Caracas, Venezuela. 1969, pp. 68 y 69.

atención que otros como en el caso de Marta y Merceditas igual que Julián y María.

Los siguientes ocho capítulos los sitúa en forma de que nos muestre todos los problemas existentes de la época. "El viejo Lucas Macías", que corresponde al capítulo quinto tiene un papel muy importante en la novela ya que constituye la voz omnisciente y por él nos informamos de lo que ocurre y además predice los acontecimientos que pueden ocurrir.

Los ocho capítulos desde "El viejo Lucas Macías" hasta la "Ascensión" nos muestran una serie de crisis y de problemas que nos centran en una problemática que sólo desembocaría en una revolución.

"The last and longest chapter, "El cometa Halley", covers in its sixty nine pages the events of all of 1910. As we live through another year in the village, more and more mentions are made of names and events outside the immediate scope of activity; the Madero Vázquez Gómez tickets, the interview between Madero and Don Porfirio, Madero's arrest in Monterrey and his escape. Halley's comet (still connected with Madero's frightens many. In Lucas sees the coming of war, pestilence, famine. One can feel it will happen. The Cura, too, can sense that there is a change imminent: "...es casi una sensación, como la del viento caliente y terroso que anuncia la cuaresma, como el olor del humo en el tiempo de cosechas, como el aire frío que una mañana o una tarde anuncia el invierno". The change of pace, the feeling that matters are picking up speed and rolling more and more quickly toward some fereordained catastrophe is strong".<sup>6</sup>

La estructura de *Al filo del agua* es compleja pero como lo afirma Yáñez no es una idea completamente original de él: "busqué la forma de aplicar a un pueblo pequeño lo que Dos Passos hace en Manhattan Transfer".<sup>7</sup>

"Unlike Dos Passos work, which covers a long span of time (For example, we follow Elaine Oglethorpe from birth to her divorce from Jimmy Herf), *Al filo del agua* concentrate on a tow year period. Since Yáñez is not as interested in following the activities of his characters as in probin their personalities, the circumscription in time is advantageous. On the other hand, the social stress of Manhattan Transfer need the expanse of years to get its scope. The result is that *Al filo del agua* a compactness and depth

<sup>6</sup> E. Haddad, *The estructure of Al filo del agua*, Hispania, XLVIII, Sept. 1964, p. 528.

<sup>7</sup> Emmanuel Carballo, "Yáñez hace 1: defensa". . . México en la cultura, 7 de febrero de 1960, p. 3.

that makes it quite powerful whereas *Manhattan Transfer* has a diffuseness which, in its own way, is effectual".<sup>8</sup>

Enrique Anderson Imbert, refiriéndose a la estructura de esta novela considera que "La estructura de *Al filo del agua*, deliberadamente rota en planos paralelos, en planos entrecruzados, en planos yuxtapuestos o en dispersión, da notable fluidez a los acontecimientos. En el fondo no es la fluidez de la realidad sino la fluidez de la conciencia —y de la subconsciencia— lo que Yáñez procura presentar. De aquí que usa, y bien, los procedimientos del monólogo interior, directo o indirecto, del soliloquio, del diálogo en una cabeza atormentada de símbolos, alegorías y aun de sugerentes cambios tipográficos".<sup>9</sup>

Como síntesis de la estructura global consideramos que los diez y seis capítulos que componen el desarrollo de la acción, se pueden resumir en tres unidades narrativas de la siguiente manera:

- 1) Capítulos *Aquella noche a Pascua* los que contienen exactamente 130 páginas. Se inician en forma dramática, presentándose una serie de frustraciones, culpas, deseos reprimidos y sufrimientos.

El capítulo *LOS NORTEÑOS* se desarrolla como si fuera una transición a la unidad. La narración del capítulo se estructura, a diferencia del resto, sobre tres diálogos (voces del pueblo —voz de un norteño; padre Vidriales-Padre Mesa; Bartolo Jiménez, Salomé Torres) entre personajes periféricos. Se nota una serie de voces impersonales con valor de representatividad: pues el norte le contesta a un cura (quizá al párroco) cuya pregunta se desconoce, pero que el lector imagina que se trata del pánico popular de lo que se avecina. Esto ya nos da pie para conocer el tema dominante de la segunda unidad narrativa.

- 2) Capítulos *Canicas a La desgracia de Damián Limón*. Sucede entre abril y agosto de 1909. Esta unidad toma ciento dieciséis páginas. La acción se desarrolla por parejas: Victoria-Gabriel; María-Gabriel; Bruna-Bartolo. El afecto de las parejas se cubre de un aislamiento, a pesar de vivir bajo el mismo techo. Una y otra, la bulliciosa María, el silencioso Gabriel, desconocen sus afinidades y aun se sienten habitantes de opuestos polos.

Algo representativo en esta unidad es la incomunicación, incomunicación que termina en la desgracia, en el crimen. Damián re-

<sup>8</sup> Artículo citado de Haddad, p. 527.

<sup>9</sup> E. Anderson Imbert, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964, Vol. II, p. 211.

procha la conducta del párroco y por tal razón exclama: "—Déjeme: a usted le echo la culpa de este aire imposible de respirar que hay en el pueblo; a usted, pero principalmente a ese Pedro Islas".<sup>10</sup>

- 3) Tiene un ritmo acelerado, sobre el lapso de agosto de 1909 a noviembre de 1911 en pocas páginas (*capítulos Estudiantes y ausentes: y El cometa Halley*). Estos dos capítulos cubren 109 páginas. Es un final de *allegreto* de una obra musical, o mejor de un cuento sinfónico, pues hay una dualidad temática ya que mientras unos agonizan en la enfermedad (Luis González, Padre Islas) otros se destacan por la rebeldía (María y los revolucionarios). Además hay un hecho trascendental, o sea: que la muerte del vidente Lucas Macías coincide con el alzamiento armado a fines de 1910, marcando el fin de un triste período medieval y dar comienzo a un nuevo período histórico que lo define la famosa frase: "Estamos al filo del agua"!, o sea un momento revolucionario.

El último capítulo al que nos venimos refiriendo "*El cometa Halley*", nos muestra una serie de nombres al igual que múltiples acontecimientos. El ritmo se acelera en la narración y se percibe que algo inevitable se acerca con pasos gigantescos.

Rojas Garcidueñas comentando esta última parte de la novela dice: "... el ritmo se hace en extremo rápido. . . Claro que el novelista puede pasar ilimitadamente de épocas en espacio igualmente ilimitado, pero lo que juzgo censurable es el cambio de ritmo interno de la obra no exigido por ninguna circunstancia interna de la misma, sino exclusivamente impuesto por el autor; por ello me parece gravemente defectuosa la primera parte de este capítulo que, en cambio es muy bueno en la segunda mitad".<sup>11</sup>

Ese ritmo acelerado del que hace mención Garcidueñas se hace necesario, pues la Revolución aparece como hecho cumplido. La rapidez se impone a fin de aumentar la tensión de la historia de la Revolución que llega a su cometido.

"Llegaban las trémulas noticias al rincón de las casas: —"Que ya tienen presos a los Toledos, a los Rodríguez, a los Limones, y que no los van a soltar hasta que se junte el préstamo. . . que ya están sacando el maíz del diezmo. . . que a Pedro Torres le quitaron todas las piezas de manta que tenía. . . que no se conforman con tres mil pesos que ofrece juntarles el selor cura. . . que anda con ellos—

<sup>10</sup> *Al filo del agua*, obra citada, p. 271.

<sup>11</sup> José Rojas Garcidueñas, *Al filo del agua*. Anaya, New York, 1973, pp. 156-157.



¡dónde no! — la viuda de Lucas González y otros vecinos que parecían la mera verdad. . . que viene con ellos Pascual Aguilera. . . que no, que no viene Damián. . . que Damián se fue derecho a Chihuahua, que anda con Pascual Orozco. . . no, que anda con los pronunciadados de los cañones. . . que los peones de las haciendas de Cuquío son los más bravos. . . que piden saqueo general. . . que abrieron la tienda de Pablo Encarnación y la dejaron vacía. . . que las banquetas están regadas de azúcar, de arroz, de frijol, de maíz. . . que se quieren llevar a don Refugio el boticario. . . que quieren que se vaya con ellos el Padre Reyes. . . que le abrieron la panadería a Leónidas Islas. . . que dice que si no hay mujeres. . . que qué se hicieron tantas mujeres. . .<sup>12</sup>

Veamos un nuevo punto de vista sobre la estructura de "*Al filo del agua*", de Elaine Haddad quien dice al respecto:

"Sentido de una sentencia pendiente, en una escala regional y nacional, se sirve también para sostener lo que había sido una estructura sueltamente reunida. Las represiones y temores sexuales infiltrados por la iglesia con la persona del padre Islas, estallan abiertamente con la locura de Luis y el episodio Damián-Micaela. En una escala nacional, a medida que pasan los meses, se filtran más y más noticias en la aldea sobre los extraños sucesos de ciudad de México, San Luis de Potosí y los Estados Norteños. El crimen de Micaela y la rebelión de Madero, sin embargo, son acontecimientos anticipadamente conocidos cuyo impacto depende, no de un elemento de sorpresa, sino de la manera en que se construye la crisis. La relación entre estos dos acontecimientos separados es innegable. La rebelión de Madero significa la partida de una revolución que absorberá la actitud insalubre y circunstancial hacia la vida (que ha atrapado a Micaela) y que anunciará la llegada de una vida mucho menos llena de miedo. Se sabe también que la revolución será social —pero Yáñez ha decidido explorar su significación en un nivel psicológico. De allí surge su atractivo y profundidad".<sup>13</sup>

<sup>12</sup> *Al filo del agua*, obra citada, pp. 378 y 379.

<sup>13</sup> E. Haddad, *La estructura de "Al filo del agua"*. Anaya, New York, 1973, pp. 274-275.

## LA IRONIA Y EL MITO EN LA COMPARSA, DE SERGIO GALINDO

CUANDO queremos explicar la actuación de los personajes de *La com-  
parsa*<sup>1</sup> tenemos la impresión de que falta sinceridad en sus acciones tan  
convencionales. Bartolomé y Bárbara aparentan ser un matrimonio común  
y corriente. Su vida conyugal es la del matrimonio medio en que el marido  
sigue la pauta de la superioridad del sexo fuerte en el dominio de la  
conversación de las disputas, el uso de la bebida, y en el trato a los hijos.  
Alicia, el segundo personaje que aparece en la obra, también guarda su  
proporción de convencionalismo; se preocupa por sus padres mecánicamente  
tal si actuara su papel de hija, luego los reprocha. Carmela, íntima de Ali-  
cia, le repudia que su vida es "obvia", "pareces anécdota", le dice, "la pe-  
queña hija de rico abandonada por sus miserables y millonarios padres que  
recorren el mundo" (p. 39).

Clementina Pereda, Margarita y Luis, Arnaldo y Alma, Genaro y Ze-  
naida, don Pedro Ferrón y doña Hermilia, todos, son convencionales y  
artistas de la vida real. Convencionales en el sentido de que son los tipos  
de la solterona, de los amantes universitarios, del hombre mayor amante  
de la bella joven, del rico vulgar, de los matrimonios. Sin embargo, a cada  
uno de ellos le toca representar un papel, ya sea de religioso, de hija, de  
esposo fiel, de buen burócrata como don Genaro, de virgen inocente (Zenaí-  
da), o de hombre de hierro, como su nombre sarcásticamente dice: Ferrón.

Cada uno de ellos está retratado con exactitud en el detalle preciso. Se  
mueven en su estado social, en su vida diaria, con reacciones que no nos  
sorprenden por lo definitivamente delineados una vez se presentan. Solamen-  
te Clementina y Borrito nos sorprenden y nos engañan, pues creemos que  
piensan hacer algo ilegítimo, tal vez el amor, cuando lo que planean es  
vestirse de bailarinas, y eso lo sabemos al final de la obra.

A medida que avanza el carnaval vemos cómo cada uno de ellos se va  
desprendiendo de sus convencionalismos y se convierte en otro ser, con otras  
pautas y reglas. Irónicamente el carnaval los va haciendo encontrarse con sí  
mismos, con todo aquello que siempre han querido ser. Ya no tienen que  
representar aquel papel social asignado. Y es aquí, en la paradoja de que la  
vida es un disfraz y el carnaval una verdad, donde se monta la gran ironía  
de la obra.

La obra se desarrolla linealmente durante los tres días que dura el  
carnaval de Jalapa. Se presentan pequeñas escenas sucesivas de diferentes

---

<sup>1</sup> Joaquín Mortiz, México, 1973.

ambientes y niveles de los hechos que dan la idea de un todo, de un conglomerado que se mueve al mismo ritmo. Ese paso común para todos hace que se detenga el tiempo y se traslade a un lapso largo que no es el tiempo cronológico de los humanos.

La idea de esta otra medida temporal se logra, en parte, con la estructura de la obra que no responde a interrupciones temporales. La falta de interrupción da seguimiento a las escenas, escenas que continúan muy rápidamente en un círculo espacial que sirve de medida igualitaria para los personajes y los hace funcionar como un todo orgánico.

El autor casi no interviene entre escenas. El lector sabe determinar cada una por medio de la identificación de los hechos y los personajes, que se nombran muy objetivamente. La idea de la continuidad, que sirve a la del conjunto o todo orgánico, se obtiene con las frases introductorias a cada escena, frases que aluden precedente o encadenan los hechos como: "Alicia se puso el capuchón", "Con el disco a todo volumen", "Alma Rincón observaba", "Abrió los ojos". Ligar estas expresiones con antecedentes muy bien identificados tiende a no romper el equilibrio del todo.

Si el autor no quisiera darnos ese todo orgánico de una sociedad regida por los mismos principios y pautas, donde los personajes están al mismo nivel, hubiera creado un caos, un rompecabezas, a base de claves para la identificación y los hechos. Así habría que reconstruir la historia sincrónicamente, no espacialmente cual ocurre aquí. Aquí el espacio se quiebra en trozos, pero siempre dentro de un círculo, que es Jalapa, con un centro común, que es el carnaval.

Uno de los elementos unificadores más evidentes de la obra es la causa común seguida por el pueblo ante la muerte de las cuatro prostitutas y el arquitecto. La reacción se va polarizando ascendentemente hacia las prostitutas, y al final todo mundo comulga con la muerte a manera de religión o cruzada cívica.

Menos evidente que la muerte de las mujeres como elemento unificador, lo es el agua. El agua, que es origen de la vida, componente básico del cuerpo. Los personajes en general se vinculan con el agua de una u otra forma, por ejemplo: Jacobo está empapado (p. 78), Zenaida contempla la lluvia (p. 78), Luis y Margarita se aman en el agua (p. 88), el vestido de doña Pilares es azul agua (p. 93), Alicia se baña en la alberca (p. 12), Luis Rentería se empapa la cabeza de agua (p. 23), además de la lluvia que cae sobre las comparsas.

Los tiempos verbales que mayormente se reserva el narrador para hablar sobre los personajes son los pretérito indefinido e imperfecto, ello crea una brecha entre personaje y narrador, que se amplía más cuando los personajes se comunican entre sí en presente. Estos tiempos no sólo crean distancia entre narrador y personaje, sino que son a la vez la misma vara de medida para todos ellos. Al narrar las escenas masivas como la de la noche del

"Domingo de Carnaval" (p. 117), lo hace en presente acercándonos más hacia el bullicio y la inmovilidad de las comparsas.

El presente sirve entonces para dar mayor exactitud en la descripción (ya que sucede ahora mismo) y para dar acción y movimiento con un cuadro que está sucediendo ante nuestros ojos. El hecho de alejarse del personaje también da verosimilitud al efecto de la imparcialidad en la observación y la no manipulación de los caracteres.

En la citada escena del Domingo de Carnaval un nuevo elemento duplica la máscara de la liberación de la personalidad en el carnaval, y acentúa la función del todo, la niebla. La niebla es una máscara duplicadora:

... la gente se ha unido totalmente: bailan; bailan quién sabe con quién, quién sabe qué ritmo, pero bailan, se empujan, riñen, gritan, cantan, bailan, y la niebla los hace hermosos y efímeros.

La gente baila alrededor del totem (la Catedral) en un rito ancestral que renace en el presente como si el mito tuviera un culto estático en esa civilización.

Con la alusión del mito surge el paralelismo ahistórico de los viejos sacrificios humanos. La idea en este sentido es la de que la historia se ha detenido, no ha habido evolución con los viejos rituales. ¿Qué es sino mucho de antropofagia y culto a la profanación la forma en que el pueblo celebra la muerte de las prostitutas? En el pasado se escogía una o dos vírgenes y se sacrificaban vivas (aquí hay mucha ironía, no sólo moral); conforme al pueblo, se podía o no comer de la carne de esos seres. Ahora ello se disfruta nuevamente en la adoración y exaltación de su sangre, vestigio de canibalismo.

El culto a la virginidad se halla también en la presentación carnal de Zenaida, donde su cuerpo de falsa virgen (física y espiritualmente) se exhibe al pueblo como un manjar comestible y como un ejemplo de los más altos valores juveniles y morales.

Otro vínculo de la obra con lo primitivo es el círculo de viejas chismosas que son a manera del coro alrededor del cual se movía el corifeo en las fiestas dionisiacas, carnavales y bacanales que en un principio fueron canibalescos. Luego el sacrificio humano se cambió en la tragodia por el sacrificio de un macho cabrío, y tal vez, el esparcimiento y bebida de su sangre. La evocación del coro la hace Zenaida:

—¡Las viejas zurras! —exclamó Zenaida furiosa—. ¡No dejan lugar vacío!  
¡Debe uno encontrarlas en todo Jalapa!

Más factores se nos añaden a lo anterior con la incorporación de alusiones fálicas en canciones como "a la víbora de la mar" (p. 120), el mismo tabú universal en la alusión a la fruta prohibida en: "una mexicana que frutas vendía" (p. 120). Las yerbas, como la hierbabuena (p. 114), una

de las yerbas con más atributos curativos que ha existido en América. Finalmente el mito que los antropólogos rastrean hasta nuestros días con la huida de los novios en las bodas, el del rapto de la doncella, en el *affair* de Luis y Margarita.

Esta concepción ritual de anacronía y estaticidad en el tiempo se sugiere más directamente en la descripción de la sala del doctor Pereda (p. 90). Sala que con paredes de cosas rotas, repetidas, "desvaído", "anacrónico", y "excesivo", incluye "doce relojes", igual número de horas que tiene el reloj, pero con múltiple inutilidad e hincapié en el estatismo ya que ninguno marcha; abanicos (semi círculo y periodicidad); relicarios (la perpetuidad del culto religioso); espadas (símbolo pluriséptico: justicia, poder, maldad, sexo, guerra); jarrones (la preservación del tiempo, el espacio y el sexo); el espejo (lo estático y el espíritu desincorporado de la materia).

#### Resumen

Los personajes de la obra son muy convencionales en su conducta diaria. Actúan su vida, no son sinceros en sus actos. Esto hace que la gran ironía de la obra sea que el carnaval los haga comportarse como son en verdad, que paradójicamente el hecho de ponerse una máscara sea develar la personalidad.

Todos los personajes se mueven a un mismo nivel sin que haya diferencia en trato por parte del narrador. El pueblo completo reacciona como un todo durante los tres días que dura el carnaval. Esa idea del tiempo prolongado se aprecia en las escenas que varían espacialmente dentro del círculo de la ciudad de Jalapa.

Se unifican los caracteres mediante la muerte de las prostitutas, y elementos como el agua, que da a entender el origen común de todos. También la niebla los convierte en una masa orgánica.

La actitud del narrador hacia los personajes refuerza la idea de la nivelación, ya que habla de ellos casi siempre en pretérito indefinido e imperfecto, alejándoles su simpatía y llevándolos a distancia del lector. Esto le otorga imparcialidad a la narración.

La masa orgánica se vincula con un pasado que aún parece existir. Este pasado es el de los ritos ancestrales el bailar después de una procesión hacia el edificio con significado religioso de la catedral. La antropofagia y la profanación se sugieren en aspectos como el regodeo ante la sangre de los muertos. Se da culto a la virginidad, aunque irónicamente el autor nos presenta otra realidad diferente a aquella creencia con representantes no vírgenes. El sacrificio del mártir y su ejemplaridad moral se representa de igual forma en el culto a las prostitutas muertas.

También el autor hace uso de símbolos para sugerirnos su juicio del

estatismo ritual con la sala del doctor Pereda (doctor en el pasado era sinónimo de médico brujo) y sus doce relojes detenidos.

Culturalmente el autor se vincula al pasado con el coro de viejas chismosas hablando sobre todos los sucesos del pueblo, y con elementos míticos como la víbora y las frutas, las yerbas y el rapto o huida de los novios.

Una cosa resalta sobre todo lo anterior, y es la ironía sobre la que está montada la obra. Ironía de que el hombre actual da culto a ideales falsos, degenerados.

ANGEL MANUEL ENCARNACION

*Intelectuales  
de Nuestro Idioma  
y Cuadernos Americanos*





## INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

Por *Alfredo S. DUQUE*

**R**ECORDEMOS una vez más que en las cenas que el director de la Revista, don Jesús Silva Herzog, ofreció a sus amigos españoles, mexicanos y de otros países de la América Latina a lo largo de 30 años, fue costumbre pronunciar discursos sobre temas diversos por intelectuales españoles, mexicanos y de otros países latinoamericanos. Esta vez se insertan los pronunciados en 1953, 1954 y 1955.

8 de enero de 1953

*De: Arturo Arnaiz y Freg*

**U**NA vez más, en el aniversario de *Cuadernos Americanos*, la vieja guardia y los amigos recientes de la revista, nos reunimos en torno de esta mesa hospitalaria para conversar un poco sobre las cosas que pasan en el mundo.

Invitado por don Jesús Silva Herzog, para leer unas líneas en esta noche en que la revista que dirige inicia un nuevo año —el décimosegundo de su existencia—, quiero acogerme al fácil mecanismo de una confidencia personal.

Todos vosotros lo sabéis ya. Durante cerca de catorce meses he viajado, casi sin reposo, dentro del ámbito del mundo occidental. En soledad obligatoria he corrido de San Francisco de California a Bagdad y Babilonia; de México, al Niágara; del Sahara a Oxford; de la primera catarata del Nilo, a Estambul; de los jardines de la Isla de Chipre a los palacios decadentistas de la Viena de Francisco José.

Salí hace más de quince meses. Un poco más de un año después de aquella fecha, en el penúltimo número que *Cuadernos* ha publicado uno de mis amigos más serenos, Silvio Zavala, señalaba en las páginas de la revista que: "En la construcción del 'mexicano' emprendida no ha mucho en la Facultad de Filosofía y Letras, debiera haber un capítulo de relaciones exteriores".

Y en el mismo artículo veo ahora que pregunta; "¿Cómo sería?" Y se contesta: "México ha tenido vinculaciones con Europa y los Estados Unidos, Hispanoamérica, el Oriente y Africa". Zavala agrega: "De los contactos con Africa y el Oriente poco ha quedado, el mexicano de hoy no los tiene en cuenta como presencia viva".

Gracias a un conjunto de circunstancias favorables, puedo levantar aquí mi voz después de haber realizado precisamente ese periplo.

En años tempestuosos, un mexicano tenía que llegar a las tierras distantes dando disculpas. En mi viaje reciente, he tenido una fortuna excepcional; tan señalada y única que no podía perdurar. Antes de la última semana de octubre de 1952, parecía como si los mexicanos se hubieran puesto de acuerdo para presidirlo todo. Luis Padilla Nervo en la Organización de las Naciones Unidas; Jaime Torres Bodet, desde su gabinete de trabajador infatigable, la UNESCO. Amalia Caballero de Castillo Ledón, presidía desde Washington a las mujeres de América.

Un hecho básico rige y decide todavía la orientación de nuestro camino. Los mexicanos nacimos en el siglo XVI a la vida histórica, como producto de la fusión del imperio más poderoso de la Europa de entonces, con el imperio más poderoso de América. España, hija predilecta de Roma, luz del mundo árabe, no trajo a nuestras tierras un mensaje provincial. Los primeros frailes dieron a la Nueva España sólidos cimientos erasmistas. Desde el siglo XVI la convivencia de los pobladores de este país está teñida de una fuerte carga de humanismo cristiano. A ese mensaje generoso seguimos siendo fieles cuando vivimos atentos —cada día—, al esfuerzo de los hombres de pensamiento que alientan dentro y fuera de nuestras fronteras.

El español, síntesis vigorosa y agresiva de las victorias históricas del mundo mediterráneo, demostró en las tierras de América que podía tener la misma capacidad para aglutinar pueblos que distinguió al romano en las horas mejores del Imperio. De este lado del Atlántico, el hombre ibérico supo dar a los núcleos aborígenes la mejor oportunidad que hasta ahora se les ha ofrecido para entrar en convivencia plena a la cultura occidental. Desde que nacimos a este nuevo tipo de relación histórica, está visible en las páginas escritas por nuestros mejores hombres ese afán de equilibrado ajuste en lo universal.

En estos países que cada día se encaminan a su auge, seguimos viviendo como puertos libres abiertos a las más diversas y valiosas influencias culturales.

Es evidente que quedan todavía muchas cosas por hacer, pero a lo largo de todo este continente, una nota aparece como denominador común: todo señala para los años próximos como destino de

América, la obligación de llevar la opulencia económica y la grandeza política con naturalidad.

Acontecimientos recientes indican que nuestra nación se encamina con firmeza hacia una nueva madurez. Es verdad que, como hace ya muchos siglos, seguimos careciendo de la útil y constructiva pequeña codicia de todos los días. No es frecuente entre nosotros el hábito de ahorrar. Descendientes de mineros y de conquistadores, pueblos de loterías, sólo tenemos bien desarrollado el sentido del enriquecimiento fulminante.

Hace unos cuantos años, en una de las mejores páginas publicadas en CUADERNOS AMERICANOS, escribía Leopoldo Zea después del viaje que hizo a Sudamérica en 1945: "En México las grandes fortunas que se han hecho a la sombra de la Revolución no han podido lograrse por el simple medio de hacer que el trabajador del campo se agote, literalmente, en provecho de unos pocos, trabajando de sol a sol, como sucede en varios países. Las grandes fortunas se han obtenido en otra forma. Para obtenerlas se pueden hacer carreteras y especular así sobre millones; se pueden construir escuelas, hospitales, presas, etc. Con todo eso se puede especular, y está muy mal, lo reconozco. Pero siempre quedan las carreteras, las escuelas, los hospitales, las presas, mientras que en los pueblos donde la Revolución (Mexicana) se puede sentir por su ausencia, el hombre mismo es la materia de explotación y no quedan aquí ni carreteras ni escuelas ni hospitales ni presas ni nada".

En ese mismo artículo, agregaba después, a manera de consuelo: "En nuestra revolución se educa al hombre y con ello se le prepara para que en futuro inmediato reclame sus derechos; en esos países, el hombre no es sólo instrumento al servicio de castas privilegiadas. De aquí también el atractivo de la Revolución Mexicana".

Amigos míos, basta repasar la lista de los hombres que gobiernan hoy nuestro país para advertir que, con pocas excepciones, en nuestro gabinete presidencial la nota fundamental es la honradez. En muchos lugares de responsabilidad y de riesgo, se hallan ahora algunas destacadas capacidades mexicanas. Entre los honrados, se ha sabido escoger con acierto a algunos de los que en años anteriores han sabido servir con eficacia.

En estos seis años venideros, en que muy pronto llegaremos a estar a cien años exactos del Plan de Ayutla o de la gran victoria liberal de 1857, no estorba —para los fines de la buena simetría histórica—, que en los puestos de mayor distinción política y administrativa sean colocados hombres dispuestos a servir, con la vocación más honda, con honradez cabal, los mejores intereses de nuestra patria.

Todos sabemos que existe la urgencia de una moralización administrativa. Sería suicida permitir que aumentarse la pobreza de las clases trabajadoras. A nuestros compatriotas que ahora empuñan el timón les deseamos firmeza en el mando, mirada lúcida, y capacidad para las decisiones audaces en servicios del país.

El mexicano actual se complace en volver los ojos a su dramático pasado para sacar de él argumentos que refuerzan su amor por la libertad, por la distribución equitativa de los bienes materiales y por la convivencia pacífica con los demás pueblos de la tierra.

José Martí, figura señera en nuestro Olimpo americano lo supo ver muy claramente, y antes de iniciar su cruzada libertaria escribía para sus compatriotas: "No nos compunge andar un poco solos, en lo que se ve, sabiendo, como sabemos, que nuestro ejército está debajo de la tierra y saldrá a su hora, y bajará del cielo, pronto y bien armado". Y agregaba: "Para consolarnos no tenemos más que mirar al pueblo amigo de México que es el que nos queda más cerca, donde anduvo de fuga el indio Juárez con sus treinta locos, que llamaron "inmaculados", de fuga por los montes, con un imperio a la espalda y una república rapaz al frente". Y agregaba con su lucidez genial: "Levanten el ánimo los que lo tengan cobarde!: ¡Con treinta hombres se puede hacer un pueblo!"

A "la América de Lincoln", Martí la distinguía de "la América en que nació Juárez". El sabía bien que nuestro indio admirable enseñó a los mejores cerebros mexicanos de su tiempo a trabajar unidos, a convivir en paz. Fue el zapoteca quien supo llevar a victoria decisiva los principios enarbolados por el partido del progreso. Perdonó, cuando lo creyó necesario para el bien de la Patria. Por servir al país, supo también ser implacable. Mexicano universal, su figura rebasa por su magnitud los límites de México. El dio al mundo la noción precisa de que nuestra república había llegado a madurez.

Cada vez que los grupos privilegiados —los antiguos o los más recientes—, intentan recuperar agresivamente sus viejas posiciones o romper el cauce marcado por las leyes, la figura de Benito Juárez surge solemne, lista para librar de nuevo la batalla antigua en la que supo vencer. Su gran lección de integridad ayuda todavía al mexicano de hoy a entender una de sus dos mitades. Junto a las joyas de oro que en los sepulcros vestían los huesos de los viejos caciques; al lado de las máscaras de jade y de turquesa, de los vasos de obsidiana y de cristal de roca, la silueta heroica de Juárez contribuye a la revalorización histórica de lo indio. Por eso su vida alcanza ahora proporciones de obra de arte.

En días que tenemos todavía cercanos, hemos visto cómo algunos de nuestros más brillantes escritores jóvenes han realizado un es-

fuerzo descriptivo sobre el mexicano en el que por insistirse valerosamente en la descripción de vicios y defectos, ha provocado algunas protestas. La autocrítica rigurosa a que se entregan, es una nota alentadora. En tiempos como éstos, propicios a deformaciones vanidosas de matiz nacionalista, esa tarea nos da, mejor que cualquier otro hecho aislado, la medida justa de la capacidad de superación individual que, todavía intocada, llevan muchos mexicanos dentro de sí mismos.

Al volver a mi patria, a este México que es todavía hoy isla de libertades, me uno con el más vivo entusiasmo a esta conmemoración. La empresa gallarda de Jesús Silva Herzog, inicia ahora un nuevo año de existencia. Los *Cuadernos* han llegado a ser, como revista, tribuna de lo más distinguido del pensamiento continental. Seguro estoy de que, cuando se repasen sus páginas dentro de varias décadas, podrá valorarse su jerarquía de compendio de las respuestas que el mundo hispánico ha entregado a las más hondas inquietudes de nuestro tiempo.

Decidido a servir a la América Latina desde la cultura, Silva Herzog ha logrado unir en propósito común a los más notables escritores de Iberoamérica con un núcleo de algunos de los mejores espíritus de la España contemporánea.

Mi viaje me ha permitido confirmar cómo el mensaje se conserva con respeto en todas las grandes bibliotecas del mundo.

"La revista es hija de un milagro entrañable, de un milagro de la amistad"; nos ha dicho el propio Silva Herzog. En esta empresa que, con aliento de humanismo auténtico, ha tratado de poner la ciencia y el arte al servicio del hombre, logra desde hace varios años aplauso y reconocimiento en las latitudes más diversas.

En el esfuerzo cumple ahora once años completos. Por fortuna, todos somos testigos de que sigue resuelto a buscar los medios para que pueda realizarse uno de los sueños de Bolívar: lograr que la voz de nuestros pueblos pueda ser escuchada dentro del drama de la historia universal.

La revista ha estimulado en Iberoamérica el conocimiento de nuestras analogías y, por su parte, el editor admirable ha mostrado siempre su fe cabal en la capacidad creadora de los jóvenes. Todos lo hemos visto alentar docenas de valiosas vocaciones.

Por eso, al volver a México y estrechar la mano vigorosa de Silva Herzog, al hablar con este ilustre sembrador de amistades, he sentido que, de nuevo, se me aviva la confianza en las cosas limpias y nobles de la tierra.

*De: Max Aub*

UNA vez más, la voz doliente y agradecida de un español. Tan bien como cualquiera sé que no es éste lugar, ni ésta la hora para levantarla, ni ustedes público apropiado para un trono. Ni la convivencia amistosa, ni los manjares convidan a la tristeza, menos a la indignación, mas parando mientes en que los que aquí nos reunimos bajo la sonriente égida de don Jesús Silva Herzog, tenemos el buen denominador común del asco por el actual régimen español.

Mas esta repugnancia amenaza extenderse a gran parte del mundo, si es cierto aquello de que los amigos de mis amigos son mis amigos, así estuviera mejor decir, sin ambages, que los amigos de mis enemigos son mis enemigos; porque la España nacida de la traición ha ingresado en la UNESCO y se atilda para penetrar en la antesala de la ONU, digo en la antesala, porque me huelo que no ha de llegar al salón, por mor de algún veto. Pero en la UNESCO, sí —pese a los votos contrarios de algunos países que todavía no han perdido la virtud de la memoria ni de la justicia—. Pero el acceso a la ONU no sería, tal y como andan las cosas de nuestro mundo, tan denigrante como ha sido su ingreso en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. El solo enunciado completo del nombre de la UNESCO basta para sonrojar al más pintado.

Ustedes lo saben, lo han visto y oído, se han indignado de esta vergüenza. Sucedió hace pocos meses, ya no se habla de ello. La actualidad es gran comedora. Sin embargo, el hombre lo es porque, entre otras cosas, no olvida. Pero la política le lleva mil veces a borrar palabras y hechos de la memoria porque esa es la medida de las conveniencias. Los buenos políticos suelen tener mala memoria; mas el escritor vive de ella y por ella se hace. Divergencia fundamental que puede explicar el fracaso de tantos escritores, si lo son de veras, metidos a políticos. Las obras sólo quedan de la voz de la fama; y nosotros luchamos contra el olvido. Los políticos llegan al recuerdo —que es la Historia— a fuerza, muchas veces, de lo que llaman contemporizar; es decir, ser contemporáneo, olvidar lo pasado con tal de asegurar el paso inmediato, transigir, condescender, mentir. No son estas prendas del escritor, como no sea por juego.

Huela pues a pesadez, cargue la repetición —Franco en la UNESCO—, aburra la reiteración —Franco en la UNESCO—, muela el decirlo una y otra vez, fastidie nuestra perseverancia, enoje nuestra presencia, enfade nuestra tozudez —Franco en la UNESCO—, cause tedio nuestra esperanza, canse el reiterar —Franco en la UNESCO—, rinda el volver sobre el tema, ajetree el tornar del motivo de nuestras airadas quejas —Franco en la UNESCO—, abu-

rra la reincidencia en los motivos —Franco en la UNESCO—, reviente nuestro porfiar, no por eso hemos de callar, volviendo a la misma canción —Franco en la UNESCO— ¡y que no se nos caiga de la boca, dale que dale, dale, que le darás algún día!

El ingreso de Franco en la UNESCO es el florón de ignominia de toda una política, una paletada más de cieno que recibimos en la cara el sinnúmero de personas decentes que todavía nos empeñamos en andar por el mundo. He aquí que la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas se ponen de acuerdo y acogen con todos los honores al deshonor, a la mochería, a la más sangrienta cáfila reaccionaria, a la negación de los derechos del hombre.

¿Hasta dónde va a llegar el rebajamiento —y el relajamiento— del sedicente mundo libre? ¿Qué nos queda a los que repugnamos de todas las dictaduras? Sucede que el mundo ha perdido la memoria y por eso me permito, así os enfáde, machacar y volver a machacar este Inri en la puerta del año nuevo: Franco en la UNESCO, Franco en la UNESCO. . .

Tampoco es hombre el que desespera, y tampoco nos debemos cansar de repetir, para que no caiga jamás en olvido, que México se opuso, hasta donde más no podía, a tal ignominia; ni cansarnos de hacer presente nuestro fraternal agradecimiento.

*Cuadernos Americanos* tiene la edad de nuestra derrota, y es una de nuestras mejores victorias. México pudo, por nuestro pasajero vencimiento, dar, en cierto sentido, la medida de su grandeza.

"México crece" —dijo hace setenta y cinco años José Martí, ese gran valenciano; y para que no falte en su loor en estos meses en que será tan celebrado, las palabras de un español, así sea tan poco representativo como yo, concluyo con unas palabras suyas, que asombran por su clarividencia: "México crece. Ha de crecer para la defensa, cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo". Luego, sigue: "¡Abajo el cesarismo americano! Las tierras de habla española son las que han de salvar, en América, la libertad, las que han de abrir el continente nuevo a su servicio de albergue honrado. La mesa del mundo está en los Andes".

"Albergue honrado" es lo que nos ofreció México a nosotros los españoles honrados y no el deshonorado y deshonoroso que a la España del fango, y de manos del miedo, acaba de regalarle, en bandeja de lodo, la UNESCO.

Y mi mayor satisfacción es que estas palabras hubiera podido pronunciarlas cualquier mexicano.

9 de enero de 1954

*De: Rubén Landa*

CUANDO el Lic. Silva Herzog tuvo la bondad de invitarme para que os hablara, mi primer impulso fue no aceptar. Y es que invertía los términos de la situación a que yo estoy acostumbrado. Sois un auditorio de intelectuales, y lo que yo he hecho en mi vida es escuchar a los intelectuales, no pedirles que me oigan. Esto forma parte de mi profesión. ¿Soy yo un intelectual? Si un universitario es un intelectual, yo lo soy, porque, desde que ingresé en ella, la universidad es mitad de mi vida. Y mi profesión, la de enseñar, es intelectual. Pero hay intelectuales e intelectuales, profesores y profesores. Hay profesores que investigan, y mi tarea, es enseñar lo que otros han descubierto. Intelectual, en un sentido estricto, es un creador de verdad o de belleza, y mi misión, muy agradable por cierto, es enterar a los jóvenes de lo creado por otros. Nunca he pensado en escribir un libro. En resumen, no me considero un intelectual en sentido estricto. Pero, por eso mismo, tengo que buscar la ayuda de los intelectuales. Tanto es así, que si alguien quiere escribir la comedia de mi vida le propongo este título cómico: Un intelectual en sentido amplio en busca de muchos intelectuales en sentido estricto. De esta búsqueda mía os diré algo ahora, por si os entretiene oír hablar de colegas vuestros. Muy poco y rápidamente sobre cada uno.

Empiezo por dos cuyo nombre mismo apenas es conocido. Uno era francés, el otro inglés. Los dos evitaron la publicidad. El gran público no sabía de ellos. A diferencia de muchos héroes de Plutarco y de muchos románticos, no desearon la gloria, felicidad que depende de los demás: aspiraron a la dicha, más honda y segura, de tener conciencia de su obra realizada, aunque los demás la ignorasen. Su influjo enorme lo ejercieron mediante la conversación y el ejemplo, como los dos más grandes maestros que han existido: Sócrates y Jesucristo. Los dos se afanaron por conocer el extranjero. Los dos realizaron su obra sobre todo desde puestos que no les daban poder para dar órdenes, sino sólo para aconsejar e informar. Ninguno se encerró en su torre de marfil: los dos se preocuparon por los problemas sociales de su tiempo.

Monsieur Herr estudió filosofía, y publicó un libro sobre filosofía alemana. Pudo llegar a ser un profesor brillante de la universidad francesa. Prefirió ser nombrado, a petición suya, para un puesto que, oficialmente, tiene menos categoría: bibliotecario de la Escuela normal superior de la rue d'Ulm. Ya sabéis que en esta escuela de París se forma lo más selecto del profesorado de las



universidades y de los liceos. Como bibliotecario aconsejaba a los normalistas que preparaban sus tesis de doctorado, y éstas constituyen, también lo sabéis, parte muy importante de la producción científica francesa. De aquí el enorme influjo de Herr en la intelectualidad de su país. Añadid que él fue quien persuadió a Juarés para que se dedicase a la política, y quien más contribuyó a que el proceso Dreyfus fuese revisado; pero sin salir al escenario: dirigía entre bastidores.

Pasemos a Inglaterra, a Sir Michael Sadler. ¿Cuál es su significación? Nuestro siglo, en estados socialistas y en los que no lo son, tiende a acabar con las diferencias de clases sociales o a disminuirlas mucho. Esto no se conseguirá realmente mientras no exista la segunda enseñanza para todos, que en algunos sitios, muy pocos, ya es un hecho. Pues bien, Sir Michael Sadler fue uno de los técnicos más competentes en esta cuestión. Durante muchos años ocupó un cargo consultivo en el Ministerio de Educación. Más tarde fue rector de la Universidad de Leeds, ciudad de industriales puritanos con criterio estrecho en religión y en arte. Sir Michael quiso darles una lección. No era católico; pero en memoria a los estudiantes de Leeds que murieron en la primera guerra mundial, encargó un bajorrelieve a Eric Gill, católico y considerado como uno de los mejores escultores de su tiempo, que, como artista, era revolucionario. Ese bajorrelieve es también una lección para los intelectuales. Representa a Jesucristo blandiendo el látigo como en la expulsión de los mercaderes del templo; pero esta vez a quienes azota es a los estudiantes, para que salgan de la universidad y vayan a la guerra.

Einstein. Le he oído una sola vez en una reunión celebrada en su honor por la sociedad de filosofía de París, en la cual, a petición del público, hubo una impresionante intervención improvisada de Bergson. Einstein tiene un aire encantador de sencillez. Parece un niño. Acerca de Einstein me han contado que, inventada la bomba atómica y dispuesta para utilizarla e la guerra, Einstein pidió una entrevista al presidente Roosevelt, y le dijo que no era partidario de que la bomba atómica se empleara para causar víctimas humanas; que en todo caso, para que los japoneses se diesen cuenta del poder de esta arma, se podía lanzar en un lugar desierto. El Presidente Roosevelt se dice que estuvo conforme con él. Poco después murió.

Un intelectual de los EE. UU.: el escritor Thoreau. Tiene para nosotros un interés especial: en protesta a que su país hiciese la guerra a México en 1846 se negó a pagar los impuestos y lo encarcelaron. Que yo sepa es quien primero aplicó el principio de no violencia, de no cooperación, que luego, con Gandhi, había de ser tan eficaz. Como creo que ningún problema es hoy tan urgente como el de evitar la violencia y la guerra, permitidme que recuerde que,

sin violencia, Gandhi venció a la que era la mayor potencia financiera, política y militar de su tiempo: el imperio británico. Y que ahora, en África del Sur, los que luchan en contra de un gobierno, no ya conservador sino reaccionario, y en favor de los derechos de los negros, siguen el ejemplo de Gandhi. Y a los españoles que están presentes desco llamarles la atención sobre algo que considero muy importante: las dos únicas ocasiones en que se ha conseguido vencer al gobierno actual de España ha sido en la huelga de Bilbao de hace varios años y, después, en la que se inició en Barcelona y se extendió a Madrid, Bilbao y otras ciudades, y que se llevaron a cabo a base de no emplear nunca la violencia.

Y voy a seguir hablando de España, pero ahora para recordar a dos intelectuales: a don Ignacio Bolívar y a don Míquel de Unamuno.

La Universidad Nacional Autónoma de México concedió a don Ignacio Bolívar el título de Dr. *honoris causa*. Muy agradecidos debemos estar los españoles por ello. Don Ignacio Bolívar fue también de los que prefieren seguir la escondida senda. Las grandes masas no le conocían. En los periódicos no aparecía su nombre. No solía hablar en público. Con ser muy valiosa su labor como especialista, acaso lo sea aún más en otros aspectos. Uno de los pueblos que más avanzaron en el mundo desde principios de este siglo hasta el año 36, fue España; pero como había decaído tanto, esto no quiere decir que, aún después de este avance, hubiese alcanzado el nivel de Inglaterra, Alemania o Francia, ni siquiera el de Italia. Ese progreso de España no se debió ni a los políticos, ni a los militares, ni al clero, sino sobre todo a los intelectuales. Entre ellos, uno de los que realizó labor más sólida fue don Ignacio Bolívar. Por mi experiencia como alumno y como profesor puedo hablar de un aspecto de ella: la enseñanza de las ciencias naturales llegó a ser lo mejor de la enseñanza secundaria española, porque eran mejores los profesores, los libros de texto y los métodos. Pues bien, esto fue obra, sobre todo, de don Ignacio Bolívar; pero hizo algo aún de más trascendencia. Antes de este siglo, lo que en ciencias se hizo en España, fue obra de individualidades aisladas. Es sólo después de 1900 cuando se desarrolla el trabajo científico en colaboración como la escuela de Cajal, la de Menéndez Pidal y otras. Pues eso, trabajar en colaboración, lo hizo ya desde mucho antes don Ignacio Bolívar. Fue, como el doctor Márquez, que por fortuna convive con nosotros en México, de los que desde el primer momento pusieron generosamente su alma en la obra que, presidida por Cajal, realizó la junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas, que entre otras cosas se distinguía por hacer mucho con poco dinero.

Unamuno. En el curso de 1923 a 1924 Unamuno fue invitado a dar una conferencia en el convento de dominicos de Salamanca.

Asistí a ella. Presidía el prior P. Avellanosa. Unamuno empezó diciendo: Supongo, señor Presidente, que venimos aquí a investigar libremente la verdad. El prior hizo una inclinación de cabeza en señal de asentimiento, y Unamuno, partiendo de una cita de los evangelios, y sin nombrar al general Primo de Rivera, inició con aquel discurso su campaña contra la dictadura de éste. El prior dejó de serlo y, contra toda ley y todo derecho, Unamuno fue separado de su cátedra. Unamuno, por su obra, siempre es tema de actualidad. Ahora lo es por dos razones especiales: porque acaba de publicarse su obra póstuma titulada *Cancionero. Diario poético*, y por una noticia que días pasados publicó uno de los diarios más serios de México, tomándola de un periódico francés de prestigio, *Le Monde* de París. Cuenta el corresponsal de *Le Monde* en España que, al celebrar la Universidad de Salamanca su séptimo centenario, organizó un acto en memoria de Unamuno. Dos días antes de la fecha fijada, el arzobispo de Toledo, primado de España, llamó al Ministro de Educación y le ordenó que se suspendiese ese acto porque Unamuno era un hereje. Así se hizo. El arzobispo añadió: a Unamuno ni nombrarlo. Me he permitido recordar esto porque es dechado de ministros de educación bien educados y de estados imperiales, y porque puede servir de satisfacción a ciertos gobiernos que se llaman liberales y democráticos, e incluso se consideran campeones de la libertad y la democracia en el mundo.

México. Mucho tendría que decir de los intelectuales mexicanos; pero pienso que es mejor decirlo cuando no me dirija a vosotros. Voy, sin embargo, a hacer una excepción con el Lic. José Vasconcelos, y precisamente porque, a causa de ciertos juicios y actitudes suyos de carácter político, es uno de los intelectuales de este país con quien menos relación hemos tenido los republicanos españoles. Todo el mundo está conforme en que es un hombre de gran personalidad. También a él le he buscado y siempre que le he oído o leído me ha interesado grandemente. Si ahora le menciono es para recordar, agradecido, dirigiéndome a los españoles aquí presentes, que al terminar la guerra de España, el Lic. Vasconcelos, en una declaración pública, apoyó el proyecto de que México abriese sus puertas a los republicanos españoles. Esto da la medida de la gratitud que debemos a México.

De: Luis Cardoza y Aragón

**H**A entrado *Cuadernos Americanos* en su décimotercer año de vida. Como hispanoamericano deseo saludar tal acontecimiento debido al

espíritu de lucha, a la pasión por la verdad de nuestro noble amigo el doctor Jesús Silva Herzog, y al Consejo Editorial que le acompaña en este fértil empeño.

La revista ha sido una voz polémica en apoyo y defensa de los valores del espíritu y de la lucha de nuestros pueblos para superarse. Una tribuna excepcional en nuestro idioma, para servir nuestra cultura y nuestras libertades. Y pienso, como ustedes también, en España, la Gran Matrona Paridora de Naciones —como la llama José Moreno Villa. España, que es nosotros y nosotros ella —un ímpetu y una carne indivisibles. España vendida por Franco, para quien nuestro rico idioma ya no tiene palabras.

México ha dado a *Cuadernos Americanos* el clima para vivir y para desarrollar una labor editorial con nombres como el de Enrique González Martínez, León Felipe, Pedro de Alba, Andrés Iduarte, Rodolfo Usigli, Octavio Paz y otros. La tinta está fresca aún en *China a la Vista* por Fernando Benítez. *Cuadernos Americanos* es fruto logrado de México contemporáneo, situado universalmente por sus transformaciones sociales y las realizaciones artísticas y científicas que ha impulsado tal transformación. En sus puras y universales presencias, México es como una exaltada imagen de mi patria. Cuántos anhelos propios vemos encaminados o en plena realización en esta tierra. La experiencia mexicana nos ha servido para orientarnos y resolver no pocos problemas. Sus victorias y sus fracasos.

Conozco México —y lo conozco bien porque lo quiero como mi segunda patria— sé cómo la corriente de su genio creador es hermana gemela de la nuestra, porque es la misma en no pocos orígenes y desarrollos. Siempre he sentido a Guatemala pequeña tal un gran diamante: dura y definitiva, con su luz en tropel, hasta ayer maculada de lodo y sangre. Antes de la revolución de octubre de 1944, cuánto nos había dolido esta nativa fuerza suya sin salida y ese eterno vómito de sus malos hijos sobre su preciosa condición. Sabemos que su firmeza está hecha de luz unánime y que se halla intacta y llena de nobleza. Sólo una transformación profunda y generosa podía situarnos universalmente y restituirnos a nuestro destino.

La claridad con que la democracia guatemalteca ha cumplido sus etapas ha sido tan feliz que para muchos observadores es una de las revoluciones mejor dirigidas del Continente. La revolución mexicana, la guatemalteca y la boliviana, constituyen tres acontecimientos históricos de la mayor magnitud en lo que va del siglo. Estas tres victorias, con su pasión de justicia, son de Hispanoamérica e Hispanoamérica debe defenderlas. En México y en el resto de América, en los sectores progresistas de los Estados Unidos, que sufren hoy una represión típica de las etapas agudas de los fascismos peores en sus peores momentos —tan grave que sería ridícula si no fuese trágica—

se comprende que todos debemos defender estas tres revoluciones como parte importantísima de nuestro destino.

Hago un llamado a la conciencia de América para que se organice el apoyo necesario para la defensa de Guatemala, a tal punto amenazada que se ha pedido abiertamente la intervención y se hacen preparativos, de mil modos, para ensangrentarla y despedazar lo creado. El peligro es tan grave que Guatemala lo denunció oficialmente en abril del año que acaba de pasar, ante las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad. Una campaña de prensa, inusitada por su vileza, machaca el mismo punto, exactamente como aconteció en los años de mayor lucha de la revolución mexicana. También debemos fijarnos en que no hay declaración de altos funcionarios del Departamento de Estado, en que no se señale a la pequeña Guatemala con el lenguaje más insolente y calumnioso "como un riesgo para la civilización cristiana occidental". (!)

¿Qué hemos hecho? ¿Por qué tales acusaciones? ¿Qué ley, qué organismo, qué institución de Guatemala puede juzgarse en algún aspecto extremista? Lo exótico y extremista han sido el atraso y la miseria, el semifeudalismo en que hemos vivido. Entramos al siglo xx hasta 1944. Eramos un Estado dentro de una compañía extranjera. Una *banana republic* con la libertad de Jonás en el vientre del monstruo. Guatemala es hoy uno de los países más libres de la tierra. Nuestros crímenes son un código de trabajo, un seguro social, la reforma agraria, votar con dignidad de país soberano en las reuniones internacionales y no crear cavernarias inquisiciones macarthistas.

El peligro para Guatemala es hoy más grave aún. No son vanas palabras ni exageraciones. La lucha contra los grandes latifundistas, entre ellos la United Fruit Company —monopolio que reúne en grado sumo los rasgos más nefastos de tales empresas— explica la campaña contra Guatemala. No hemos hecho excepciones, hemos cumplido las leyes y al toparnos con la United Fruit Company, enorme roca en todos los caminos de la vida guatemalteca, hemos puesto a prueba, ineludiblemente, la razón de ser de nuestra lucha: antifeudal y antiimperialista. En nuestros pueblos una revolución que no resuelva el problema de la tierra, no es revolución.

El ex presidente Arévalo decía hace muy pocas semanas, en una conferencia en la Universidad de Santiago de Chile, que Guatemala es, con la Unión Soviética y los Estados Unidos, la nación más importante del globo, si nos guiamos por las informaciones internacionales norteamericanas. México también fue, por más de un cuarto de siglo, el "villano" continental.

No puedo olvidar, en esta ocasión, que México —ejemplar por su conciencia libre y universal— nos ha expresado su amistad frater-

na. En la directiva de la Sociedad de Amigos de Guatemala, que preside el doctor y senador Pedro de Alba, se destacan el director de *Cuadernos Americanos*, consejeros como el doctor Alfonso Caso, y muchos colaboradores que encarnan la conciencia libre y universal de México. La propia experiencia de México, pan nuestro de cada día —un pan amargo— así como el conocimiento de la realidad guatemalteca, nos ha dado no sólo parte de valores excepcionales de la inteligencia mexicana, sino de todo el pueblo, esta solidaridad.

Hispanoamérica ha tenido que luchar contra el feudalismo interno y contra el imperialismo, siempre aliados, para tomar posesión de sí misma. Los dos paladines de estas luchas han sido Emiliano Zapata —voz telúrica, espíritu de la tierra— aportación universal de la revolución mexicana, y un centroamericano asesinado por las fuerzas feudales al servicio del imperialismo: César Augusto Sandino.

La defensa del Continente no se organizará en Caracas sino con los pueblos mismos, por encima de las dictaduras. El peligro —diría Mark Twain— no es Guatemala. El enemigo tradicional, el interventor a cañonazos, el de las agresiones económicas y publicitarias, el mutilador de territorios, el interventor de aduanas, el desembarcador de marinos, el coaccionador en la vida interna y en la internacional, el acaparador de nuestros minerales y de la energía eléctrica, el cultivador y sostenedor de autócratas para el "mundo libre", el ametrallador de pueblos coloniales, ese país, señoras y señores, no es, ni ha sido nunca, Guatemala.

Me excuso de haber centrado en mi patria el problema de América en esta noche en que nos hallamos reunidos los amigos de *Cuadernos Americanos*. Lo creí necesario porque hoy encarna, agudamente, la lucha de América. Además, por medio de ustedes, hombres representativos, he podido agradecer el apoyo de México. *Cuadernos Americanos*, desde su primer número, ha tenido esa misión continental de creación y fraternidad. Dentro de tal espíritu —el más fecundo y el más noble de su tarea— he deseado decir estas palabras.

De: Octavio Paz

NOs reunimos aquí para festejar el Décimotercer Aniversario de *Cuadernos Americanos*. Muchas son las razones que nos mueven a manifestarle nuestra admiración y amistad a Jesús Silva Herzog. En primer término, la persistencia, la perseverancia en el esfuerzo: durante trece años *Cuadernos Americanos* ha mantenido la continuidad

del pensamiento libre entre nosotros. Este solo hecho suscita nuestra admiración. Mas esa admiración se transforma en amistad cuando se advierte que el verdadero nombre de la perseverancia de Jesús Silva Herzog es: fidelidad. A lo largo de estos trese años, *Cuadernos Americanos* se ha mantenido fiel a unas cuantas cosas que todos juzgamos esenciales y sin las cuales la vida y la cultura nos parecen, al mismo tiempo, impensables e invivibles.

¿Y a qué ha sido fiel Jesús Silva Herzog durante tantos años? A nada determinado, a ningún programa, sistema o filosofía, a ningún valor particular, sino a aquello que hace posibles todos los valores y filosofías. A una vieja palabra, usada, desgastada y manoseada, palabra alcahueta, con la que hacen gorgoritos retóricos los oradores, por la que se mata y la que se muere, por la que se encarcela y se fusila, palabra antifaz, máscara, venda, mil veces profanada y que parece no significar ya nada concreto y ser sólo mero sonido, humo, mentira. Pero esta palabra resiste y sobrevive a los usos perversos de la retórica, de la política y del poder. En ella muchos nos reconocemos. Como el alba en el poema de Hölderlin, la libertad nace todos los días con un ruido de armas. Jesús Silva Herzog ha sido fiel a esa vieja palabra y por esto merece el homenaje de nuestra admiración y amistad.

La libertad provoca y mantiene amores tan sin doblez y fidelidades tan enteras porque es algo más que una idea o una noción, algo más que una cosa o un bien que se da y se recibe y que está fatalmente condenado a la afrenta de la vejez y a la degradación de la muerte. Las ideas nacen y mueren, pero la libertad permanece. Y esta perenne vitalidad le viene de ser algo más antiguo que todas las ideas y los valores. La libertad es la condición misma de nuestro ser y, así, la fuente de todas nuestras obras. Inseparable del hombre, su ser se confunde con el nuestro. Es nuestra creadora, nuestra creación y el horizonte en donde se despliegan nuestras creaciones. De ahí, también, que no se pueda hablar de una libertad absoluta —ya que el ser hombres nos veda el ser absoluto— ni tampoco de una libertad abstracta, fuera de nosotros, ya que encarna en cada hombre y asume la diversidad infinita de los hombres. La libertad es esa posibilidad de ser que se nos da por el mero hecho de ser hombres. Mas es una posibilidad concreta e irreplicable. La libertad es una creación y una conquista. Creación y conquista: no de esto o aquello, y menos que nada de nuestros semejantes, sino de nosotros mismos. El ejercicio de la libertad es siempre una conquista de los territorios incógnitos del ser. Mientras aquel que ejerce el poder sobre sus semejantes quiere apropiarse del ser de los otros y así ser más, el hombre realmente libre quiere *más ser*.

La libertad abstracta es muchas veces la máscara del poder. Por ejemplo, en estos días, con el pretexto de defenderla, se atacan algunas medidas adoptadas por Guatemala. Ahora bien, todos sabemos que esas medidas sólo tienden, de una manera concreta y limitada, a liberar de ciertas trabas económicas y sociales a una pequeña y admirable nación. En este caso, la libertad abstracta es una palabra sin substancia, una noción sin ningún contenido real.

Recientemente se ha vuelto a hablar entre nosotros, también en nombre de nociones abstractas como la Revolución y la Libertad, del arte como un instrumento, un arma de combate o una herramienta. Nada más peligroso que esta bárbara confusión, destinada a justificar las peores abdicaciones del pensamiento libre. Esta falacia envilece y niega aquello mismo que pretende defender. Los útiles y herramientas viven en la esfera de la técnica. La técnica es procedimiento y vale por su eficacia, es decir en la medida en que es procedimiento susceptible de aplicación repetida. Su valor dura hasta que surge un nuevo procedimiento. La técnica es repetición que se perfecciona o se degrada. Es herencia y cambio: el fusil reemplaza al arco, el tractor al arado, el ferrocarril a la diligencia. La Eneida, en cambio, no sustituye a La Odisea, ni el Sagrario Metropolitano a un templo azteca. Cada poema, cada cuadro, cada obra artística, es un objeto único, irrepetible e insustituible, creado por una "técnica" que muere en el momento mismo de la creación. No hay recetas para escribir novelas o poemas. La llamada "técnica artística" no es transmisible, porque no está hecha de recetas sino de invenciones y descubrimientos que sólo sirven a su creador. Cada obra es una totalidad irreductible, irrepetible y autosuficiente. Por eso, la tradición artística, al contrario de lo que ocurre con la de la técnica, no es una herencia sino una conquista, algo que inventa cada creador. Todo artista escoge a sus abuelos, es decir, a sus modelos y arquetipos.

No son éstas, con ser decisivas, las únicas razones que nos prohíben considerar a la literatura y al arte como meros instrumentos o utensilios. Lo que distingue a todos los utensilios y lo que determina su valor, es su utilidad. La plena utilidad se logra cuando el utensilio no ofrece resistencia alguna a la mano que lo empuña. De ahí que todas las herramientas, desde las más simples hasta las más complejas tengan como cualidad primordial el ser manejables. Ahora bien, una de las características del hombre consiste en su capacidad de decir: no. En toda sociedad humana se presenta ese fenómeno que Marx llamaba "enajenación" y que consiste en reducir una parte del grupo social a la condición de instrumento, medio o cosa. Pero, a diferencia de lo que ocurre con las cosas de verdad, los hombres se rebelan contra su condición de herramientas. Los



obreros que acuden a la huelga, la mujer que escoge el amor —el "loco amor"—, el hijo pródigo, el suicida, el mártir que no se doblega, el héroe, son gente que se niega a ser herramienta. Todos los hombres, por el hecho de serlo, alguna vez nos hemos negado a ser cosas. Un martillo, en cambio jamás se rebela contra su condición. El hombre, por definición, es aquel ser que duda, reniega, abdica, cede y, en fin, se afirma frente a los otros, incluso cuando se niega. Y ese elemento imprevisible, núcleo secreto e incógnito siempre, es el que hace hombre a cada hombre. Pues bien, el arte no hace sino descubrir esa parte del hombre en donde se enlazan libertad y destino, posibilidad de ser o caída en el mundo de las cosas y los instrumentos.

Al decir que el arte revela la parte secreta del hombre, el nudo de su ser, me expreso de una manera imperfecta. En verdad no se trata de una revelación sino de una creación. Contra lo que comúnmente se cree, el arte no expresa al hombre, porque éste no es algo dado, una substancia ya hecha y que puede ser "expresada". El hombre —según se ha dicho muchas veces— es un continuo inventarse, un permanente hacerse, un serse. Expresión así, es creación (y no sólo de la obra, sino de su creador mismo y de aquel que después, por la lectura o la contemplación, la recrea). La obra de arte nos abre un destino que cumplir, una posibilidad de ser. Mas se trata de una posibilidad que ya está implícita en nosotros. El arte es descubrimiento de nuestras posibilidades vitales tanto como invitación a encarnarlas. Por eso una obra de veras valiosa se ofrece siempre como un modelo o arquetipo vital. El arte no es un espejo en el que nos contemplamos, sino un destino en el que nos realizamos. En esto radica su valor subversivo y creador. La tragedia no sólo nos "purga" de las pasiones; también, y acaso más profundamente, nos contagia, despierta nuestra simpatía, nos llama a realizarnos en el heroísmo.

Gran parte de la historia del arte no es sino la historia de la enajenación y confiscación de sus poderes de liberación y de contagio, puestos al servicio de un imperio, una política o un dogma. Pero, aun en sus momentos de mayor servidumbre, el arte trasciende los límites que los poderes históricos tratan de imponerle. Garcilaso sobrevive a Carlos V, Quevedo a la Contrarreforma. El arte sobrevive a los partidos, a los imperios y a los dioses. En su esencia última el arte no sirve a nadie, ni siquiera a la libertad, porque es la libertad misma, el hombre mismo, creándose infatigablemente, empezando siempre y siempre revelándose. Conquista y creación del ser, revelación y encarnación del hombre en una obra: acto irrepetible, único, total.

6 de enero de 1955

*De: Pablo González Casanova*

CUANDO leí, hace ya algunos días, que el canciller del tesoro o ministro de hacienda, Hugh Dalton, había dicho que los Estados Unidos tenían que "exportar o expirar", pensé que yo no podía menos de hablar sobre el asunto en esta cena tradicional de intelectuales progresistas. Porque, ¿qué significa eso de que los Estados Unidos exportan o expiran? Traducido al lenguaje de exportación significa que nosotros vamos a necesitar cada vez más ayuda material para nuestro sano desarrollo, más técnicos para nuestra salubre evangelización, y más tiranuelos para nuestra democracia y libertad. La cosa es de vida o muerte para ellos y lo será también para nosotros. Pero ¿nos damos bien cuenta del problema o nuestra apatía e incluso la retórica revolucionaria nos inclinan a pensar bajo los cánones conocidos de nuestra especulación habitual? La especulación suele convertirse en una manía, cuyo principal y doloroso ejemplo es el del matemático Hipatias, asesinado por un bárbaro que dejó inconclusa la ecuación. En nosotros, que pertenecemos a una cultura menos amable a las formas y números y mucho más a la historia, hay siempre la posibilidad de que especulando sobre la historia le volvamos del todo la espalda. Estamos acostumbrados a pensar que ya pasó 1521, que ya pasaron 1810, 1858, 1910, 1938. Estamos acostumbrados a pensar que la Conquista, las Guerras de Independencia y Reforma y la Revolución ocurrieron en el pasado. Por nuestra condición de intelectuales y nuestra iluminada capacidad para la historicidad, los mitos reversibles con que el pueblo imagina su presente nos dejan invulnerables. Y sin embargo el pueblo puede tener razón y otra vez viviremos la Conquista, la Independencia, la Reforma, la Revolución.

Para que el pasado fuera realmente un pasado como nosotros lo interpretamos se habría tenido que acabar la historia. En tal caso nos sería fácil tomar un plan, un proyecto de lucha, transformar los verbos, haciendo una conversión del futuro al pretérito y descubrir que el texto correspondía a la realidad. Así, por ejemplo, si tomáramos el primer plan de la Revolución Mexicana y lo leyéramos en esa forma, diría lo siguiente: "Todo cambió. Los puestos públicos ya no fueron para los aduladores y los intrigantes, sino para los que por sus merecimientos se hicieron dignos del cariño del pueblo; los funcionarios ya no fueron esos sultanes depravados y feroces que ayer protegía la dictadura y facultaba para que dispusieran de la hacienda, de la vida y de la honra de los ciudadanos; son, por el con-

trario, hombres elegidos por el pueblo, que velan por los intereses públicos, y que, de no hacerlo, tienen que responder de sus faltas ante el mismo pueblo que los ha favorecido; desapareció de los tribunales de justicia esa venalidad asquerosa que ayer los caracterizaba, porque ya no hay dictadura que haga vestir la toga a sus lacayos, sino pueblo que designa con sus votos a los que deben administrar justicia, y porque la responsabilidad de los funcionarios no es un mito en nuestra democracia; el trabajador mexicano dejó de ser, como era antes, un paria en su propio suelo: dueño de sus derechos, dignificado, es libre para defenderse de esas explotaciones villanas que ayer le imponían por la fuerza. . . y llega a disfrutar de comodidades que nunca podría disputarse con sus antiguos salarios. . . ; no está allí la dictadura para aconsejar a los capitalistas que roben al trabajador y para proteger con sus fuerzas a los extranjeros que contestan con una lluvia de balas a las pacíficas peticiones de los obreros mexicanos; hay tierras para todo el que quiera cultivarlas y la riqueza que producen es para el activo labrador que después de abrir el surco y arrojar la semilla con mano trémula de esperanza, levanta la cosecha que le ha pertenecido por su fatiga y su trabajo; arrojados del poder los vampiros insaciables que ayer lo explotaban, y para cuya codicia eran muy pocos los más onerosos impuestos y los empréstitos enormes de que estábamos agobiados, se han reducido considerablemente las contribuciones; antes las fortunas de los gobernantes salían del tesoro público; como esto ya no sucede se ha realizado una gigantesca economía, y los impuestos han tenido que rebajarse. . . ; ya no hay servicio militar obligatorio, ese pretexto con que los antiguos caciques arrancaban de su hogar a los hombres. . . ; el clero, ese traidor impenitente, ese súbdito de Roma y enemigo irreconciliable de las libertades patrias, encuentra leyes inflexibles, que ponen coto a sus excesos y lo reducen a mantenerse dentro de la esfera religiosa. . . ; todas las libertades han sido restituidas al pueblo y no sólo han conquistado los ciudadanos sus derechos políticos, sino el gran mejoramiento económico; no sólo se ha triunfado de la tiranía, sino también de la miseria".

Si leyendo el texto así, viéramos que correspondía a la realidad y que no era el necio discurso de un adulator inexplicable, podríamos legítimamente decir que ya nunca más vamos a vivir el pasado. Pero si esto no ocurre, quiere decir que el pasado es una simple abstracción, un grato formulismo intelectual y poético. En ese caso, vueltos los ojos al mundo, hay que ver qué posibilidades existen de que se repita nuestra historia universal. El descubrimiento puede resultar doloroso, sobre todo para quienes nos hayamos hecho la informe ilusión de que los grandes problemas históricos están razonablemente resueltos: el problema Conquista con Cuauhtémoc, el

problema Independencia con Hidalgo, el problema Revolución con Madero, o Zapata o Cárdenas, y así las culturas, los símbolos, las ideologías y las luchas que ellos representan. Yo veo que el pasado se va a repetir aunque bajo nuevos signos, no menos problemáticos, ni sangrientos, ni heroicos. Un día nos vamos a encontrar con que definitivamente estamos en el pasado. Vamos a ver que nos arrojaron de nuevo al pasado. Esto nos va a herir mucho, porque como intelectuales, estamos acostumbrados a arrojarnos sobre los problemas, pero no a que nos arrojen. Nos molestará más en tanto más sintamos que nos han arrojado.

No compadezco al hombre —si algún día llega a existir— que viva fuera de la historia y la considere legítimamente como pasado. Su visión estética de nuestra historia le será por lo menos tan apasionante como lo fueron para Zeus las batallas entre tirios y troyanos. Su visión estética le bastará para conservar su condición de un gran dios humano. Pero nosotros no podemos ignorar la posibilidad de ser realmente históricos, de que mañana nos haga la historia un efecto casi injustificado, de que mañana la historia deje de ser un hábito mental y se convierta en sí misma, primero bajo el aspecto sombrío de las nuevas conquistas y casi al mismo tiempo bajo la égida de la independencia, de la reforma, de la revolución. No me parece inconveniente que como intelectuales, anticipemos el problema que nos van a plantear, que sintamos vibrar el problema e imaginemos sus posibles vibraciones, y la repercusión que éstas pueden tener en nuestra filosofía, en nuestra política, en nuestra acción personal. Esta anticipación imaginativa nos impedirá sentirnos defraudados como intelectuales, y quizás la mejor forma de suscitarla radique en preguntarnos si lo que el canciller del tesoro o ministro de hacienda Hugh Dalton considera un dilema, esto es exportar o expirar, no va a ser algo todavía más radical: exportar y expirar.

*De: Ramón Xirau*

CON la amabilidad y la benevolencia que le son características, don Jesús Silva Herzog me pide que este año les dirija la palabra: como español y como mexicano; como español en México y como mexicano en esta España que sigue siendo nuestra: la España del exilio.

Me temo que tan sólo podré descubrirles el Mediterráneo. Pero, me pregunto, ¿no estamos aquí precisamente para descubrirlo y redescubrirlo? ¿No venimos aquí, año tras año, para volver a sondear nuestras ideas y nuestras creencias, para reafirmar nuestras esperanzas y nuestras tradiciones?

Los grupos reaccionarios de España y de América han vivido de esta palabra: tradición. Usando y abusando de ella, han llegado a hacer creer que nosotros no tenemos tradiciones, que somos los extranjerizantes, los que vivimos extraños a todo un pasado lleno de virtudes. Y lo peor del caso es que no pocos liberales del siglo pasado y aun de este siglo llegaron a dejarse convencer por los argumentos de los tradicionalistas. Al mismo tiempo que negaban el tradicionalismo, llegaban a negar sus propias tradiciones. Para ellos tan sólo existía la alteración de lo presente y la esperanza ambigua de lo futuro. ¿No ha llegado a decir un autor que España no ha existido nunca? El autor quería ser paradójico. Pero de la paradoja a la mentira muchas veces no media sino un paso. Los tradicionalistas querían conservar el pasado porque era pasado. Tal vez lo que debe diferenciarnos de ellos es que nosotros queremos conservarlo porque es nuestro, hermoso y vivo. No nos interesa una cultura arqueológica. Nos interesa un ayer que es hoy y que es mañana, un ayer que lleva el nombre de los humanistas de España y de América: Ramón Lull, teólogo de viva voz, poseído por el ideal de una sociedad ecuménica; Vives que niega los derechos de guerra y de conquista; Vasco de Quiroga que trae a la Nueva España las utopías de Platón y de los renacentistas; Bolívar que sueña en la unidad de la América Hispánica; Rubén Darío y Unamuno; Maragall y Alfonso Reyes.

Es la tradición de la libertad la que nos importa. La que se cifra en fechas y en momentos de nuestra historia común: la guerra de independencia española; la lucha, acaso civil, por la independencia americana; la Revolución Mexicana de 1910; la hora de España. Esta hora de España que es hora nuestra y que fue hora de todos: la de Caudwell y de Miguel Hernández y de García Lorca; la hora de Orwell de Malraux y de Paz; la hora del artista, del poeta y del hombre del pueblo. Y es precisamente esta tradición, esta historia, la que nos permite ahora afirmar y confirmar algunos puntos, realizar algunos actos de fe.

Nuestro tiempo es el tiempo de la reducción. Nuestra época es la *del nada más que*. El hombre es, para unos, tan sólo una serie de instintos primitivos; es, para otros, tan sólo el juego preciso y determinado de fuerzas sociales, históricas y políticas; es, finalmente, un técnico determinado por la técnica. Sociólogos, políticos, psicólogos, escritores o filósofos han trabajado en disminuir la dignidad

humana, en rebajarla y someterla a los varios determinismos calculados por la ciencia. La poesía, el arte, la libre expresión, no son más que sublimaciones, superestructuras, vanas y falsas ilusiones. Frente a esta reducción del hombre, afirmamos los valores del espíritu, la libertad del poeta y del artista, del pensador y del creyente. Negamos las tentativas de explicación que reducen el todo a una de sus partes. Afirmamos la posibilidad de explicar las partes por el todo. No desde una torre de marfil. Porque nos sentimos partícipes de este mundo en que vivimos; porque sabemos que también nosotros nos reducimos más de una vez al reducir al hombre; porque creemos que cualquier proceso de liberación debe empezar con la liberación del ser propio.

Una de las formas más típicas del reductivismo en las filosofías de nuestro tiempo es el nacionalismo. Día a día los Estados van cerrando sus fronteras. Crece, día a día, el falso sentimiento de superioridad que cada nación siente frente a la nación vecina. Lo bueno no es bueno por ser bueno sino tan sólo por ser mío. Lo malo es malo porque es de otro. Y este nacionalismo desciende a los grupos y a los individuos, y grupos e individuos llegan a sentirse medida de todas las cosas. Podemos erigirnos en jueces de los demás y podemos decir que un escritor, un artista, un poeta, son nuestros porque siguen la definición abstracta de lo que consideramos nuestro. Que son extranjeros porque no obedecen a nuestra definición dogmática.

Es evidente, claro está, que un tipo de nacionalismo es comprensible. Las pequeñas naciones tienen la obligación de reclamar sus derechos cuando las más poderosas quieren eliminarlas y destruirlas. Permítaseme citar el caso de Cataluña. Mi tierra catalana, la nuestra, también tierra de España y de Hispania, ha sufrido, bajo el régimen centralista del Estado español, una de sus más graves crisis. Han tenido que exilarse sus poetas, sus artistas, sus hombres de ciencia. Algunos de ellos han muerto en el exilio: Pompeu Fabra, Serra Hünter, Joaquín Xirau, Avelí Artís. Poetas y escritores llevan a cabo su obra silenciosa en México, en América, en Europa: Josep Carner, Agustí Bartra, Miquel i Vergés, Ventura Gassol, Pere Calders, Manuel Durán. Historiadores como Bosch Gimpera y Nicolau d'Olwer, filósofos como Roura Parella, Ferrater Mora y Nicol, hombres de ciencia como Augusto Pi Sunyer trabajan en tierras de América. Joan Junyer o Jiménez Botey, pintores y artistas viven también entre nosotros. Desde su voluntario retiro en el Pirineo, Pablo Casals, catalán, español, preside, símbolo vivo de la libertad, los destinos de su pueblo. Este es el caso de Cataluña. Es el caso de la mayoría de las tierras.

Pero si es evidente que hay un tipo de nacionalismo comprensible hay otro que nos es absolutamente necesario. El nacionalismo que es nacimiento y que es naturaleza. El nacionalismo, que, más allá de las fronteras, se acerca a la naturaleza del hombre y hace de la tierra su nación. Es el nacionalismo de nuestras tradiciones, el de Maragall, Oliveira Martins o Rubén Darío. El nacionalismo que ve en toda Iberia una misma y variada naturaleza. Este nacionalismo de frontera abierta es el que oponemos al nacionalismo de las reducciones.

Queremos un mundo sin fronteras y lo queremos cerca de nosotros y lo tenemos cerca de nosotros, en este México libre y en esta América que habrá de unificarse un día, que habrá de reclamar a la España de todos, a la España que es una parte de nuestra hispanidad americana.

De: Raúl Roa

SÓLITO es que vivan sin estrecheces ni sobresaltos los periódicos y revistas "vividores". Conozco uno que ha puesto a prueba la resistencia del cuerpo social durando más de un siglo al servicio de las peores causas. Lo que sí resulta insólito es durar desafiando el soborno, la estolidez, la calumnia y el cerco. Vivir muriendo de honradez y morir viviendo de abnegación suele ser el destino de los periódicos y revistas que prefieren la estrella que ilumina y mata, al yugo que engorda y degrada. De ese periodismo ejemplar fue ayer muestra señora el *Repertorio Americano* de Andrés Bello y son hoy luminosos dechados el *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge y *Cuadernos Americanos* de Jesús Silva Herzog. Para conmemorar el décimocuarto aniversario de esta gran tribuna —bastión y conciencia de la dignidad continental— nos hemos reunido esta noche un puñado de hombres libres de México, de España y de nuestra América, cuya representación me ha sido generosamente confiada.

Si es ésta la primera vez que un cubano tiene la honra de levantar su palabra en la cena anual de *Cuadernos Americanos*, no podía ser, en verdad, en más dramáticas circunstancias para los pueblos de nuestra tradición, lengua y espíritu. Nuestra América, la América de Bolívar, Juárez y Martí, está hoy avocada a la total extinción de su soberanía y a su feudal sometimiento a una estructura imperial roída por la codicia y la soberbia. No viene esa amenaza precisamente de Europa o de Asia: viene de tan cerca que la

sentimos gravitar sobre nosotros. Viene de una potencia sita en nuestro mismo vecindario allende un río que la separa de México. Su sigla es USA, su canto de sirena la democracia y su chivo expiatorio el comunismo. Un Leviatán aerodinámico disfrazado de Capercuta Roja con la bomba de hidrógeno bajo la manta. Hace ya muchos años lo advirtió solemnemente José Martí: "Por el norte un vecino avieso se cuaja". Ya cuajó y ahí está, presto a engullirnos en nombre de la libertad. ¿Cabe mayor afrenta a la semántica? No tendría eso al cabo importancia alguna si no anduviese por medio el decoro, la autodeterminación y la subsistencia de ciento cincuenta millones de seres humanos. Eso es lo que cuenta; y lo que no cuenta, ni puede contar, es el pensamiento aséptico, la literatura de balcón o el arte de nube.

El imperialismo norteamericano no es, por desgracia, una categoría metafísica, ni una invención soviética. Es un hecho como puño. Un fruto legítimo de la dialéctica histórica del régimen de la libre empresa. Ni es tampoco una invención soviética, ni una categoría metafísica la dictadura criolla que le brinda, a costa de nuestra sangre, sudor y miseria, sostén y riqueza. De ahí el abierto apoyo que el imperialismo le ha prestado siempre a los espadones del continente y el descocado respaldo de éstos a sus fechorías y depredaciones. Se entienden, auxilian y complementan. Cuando el cipaya falta, se fabrica, pertrecha e impone, con absoluto desprecio a todas las normas, usos y costumbres de la convivencia civilizada, como aconteció hace unos meses en Guatemala y está aconteciendo en Costa Rica, invadida, como aquélla, por una horda de mercenarios a paga de conocidos monopolios y del tristemente célebre Tacho Somoza. En la cena pasada de *Cuadernos Americanos*, mi querido amigo y eminente escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón hizo un cálido llamamiento a la conciencia hispanoamericana en defensa de su pequeña patria amenazada. Yo quiero hacerlo en ésta en defensa de la minúscula y casi inerme Costa Rica. La batalla de Costa Rica es también nuestra batalla. Pelear por ella es pelear por nuestro albedrío y sobrevivencia. Y es, además, insoslayable deber, pues "todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad dondequiera que la ve ofendida, porque es pelear por su entereza de hombre, y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden o no es hombre entero".

Ya se pueden contar con los dedos de una mano los pueblos hispanoamericanos que aún participan, en alguna medida, en la conducción de sus propios destinos. ¿Tres? ¿Dos? ¿Uno? En este caso, lo más seguro es quién sabe.

No es de ahora ciertamente la crisis del régimen democrático en nuestra América. Esa crisis data desde los albores mismos de la in-



dependencia. No es preciso acudir a interpretaciones biológicas, psicológicas, climáticas o éticas para explicarla. Basta apelar a nuestra propia historia y a sus factores condicionantes en el plano de la historia universal. Su razón última hay que buscarla en las supervivencias de la estructura colonial, en el desarrollo económico dependiente, en el predominio político de las oligarquías, en la concepción patrimonial de la administración pública, en el avaro atesoramiento de la cultura, en la pugna interimperialista por el control de materias primas esenciales y en la etapa de tránsito social que atraviesa el mundo. Ni Porfirio Díaz, ni Juan Vicente Gómez, ni Estrada Cabrera, ni Machado, ni Trujillo, ni Ubico, ni Somoza, ni Rojas Pinilla, ni Odría, ni Pérez Jiménez, ni Batista, ni Castillo Armas son el producto de un "destino manifiesto". Son el producto y la expresión de la alianza de la reacción, el cuartel y el imperialismo. Meros títeres de fuerzas políticas, sociales y económicas que se concertan y anudan para frenar, en beneficio propio, el desarrollo nacional de nuestros recursos y el ascenso de las masas populares a mejores condiciones de vida. En ese ya dilatado conflicto entre la reacción y el progreso, la dictadura y la democracia, el imperialismo y la nación, los pueblos hispanoamericanos han intentado, una y otra vez, encontrar la expresión de su propio rumbo y su acceso al banquete platónico. Mil veces han sido abatidos por la violencia, el engaño y la avaricia; mil veces se han alzado y proseguido la lidia. No en balde cuando "un pueblo entra en revolución no sale de ella hasta que la corona". Y aún está por coronar la epopeya iniciada en 1810.

Pero la crónica crisis del régimen democrático en nuestra América nunca ha sido tan profunda y generalizada como en los agitados días que corren. De sur a norte, espadones, gamonales y godos andan haciendo de las suyas con manifiesta complacencia del *State Department* y sin que a la Organización de Estados Americanos o a la Organización de las Naciones Unidas les importe un comino los desafueros, latrocinios y crímenes que se perpetran en esa vasta porción del llamado "mundo libre". El torvo mecanismo, lubricado con grasa nacional y extranjera, ha yugulado ya en casi todo el continente las libertades públicas, las conquistas sociales y los avances económicos obtenidos tras prolongadas y fieras contiendas. La cínica adulteración de la voluntad popular, o la violenta sustitución de gobiernos democráticos por minorías castrenses o civiles apoyadas en intereses extranjeros, caracterizan este borrascoso proceso. Ningún caso más ilustrativo, a este respecto, que el de Guatemala. La única democracia que tolera allí el *State Department* es el imperio de la *United Fruit*. Y aún están vivas en la memoria de todos las soterra-

das intrigas y las campañas difamatorias contra el gobierno revolucionario del general Lázaro Cárdenas al poner a disposición del pueblo mexicano, en acto de inalienable soberanía, la riqueza petrolera, hasta entonces usufructuada en beneficio exclusivo de consorcios foráneos.

Gravísima es la situación que afrontamos. Nuestra América quiso y quiere ser "el continente humano por excelencia, la mansión del hombre redimido, la tierra de la libertad personal, el laborioso taller donde se embotan las armas inútiles del soldado y se forjan las azadas conquistadoras del agricultor, la patria augusta del ciudadano inviolable, el refugio del oprimido, el mundo de la esperanza". Hoy es, en superlativa medida, campo de concentración, cementerio de vivos y reservorio del imperialismo. Pueblos agrarios sin suelo propio en su inmensa mayoría, económica y políticamente supeditados al capital extranjero, a merced de bárbaros coroneles, vecinos siempre a mano y sólo buenos a la hora del saqueo tolerado o de la entrega sin escrúpulos: he ahí lo que nos empareja, subyuga y abraza en esta coyuntura decisiva de la historia universal. La disyuntiva es clara y terminante: o satrapías por control remoto o naciones enteras y verdaderas.

Sólo hay una vía para ser lo que somos: pelear a pecho descubierto contra las dictaduras que nos oprimen y el imperialismo que nos succiona. Poco trecho se andaría si al derribar un déspota se dejase intacta la estructura económica y social que lo engendra y reproduce. El nacionalismo revolucionario es nuestro único camino en esta etapa de nuestro proceso de liberación integral. No importa que los signos luzcan adversos. Lo importante es recoger el guante y devolver el reto. Lo importante es que los pueblos sojuzgados y oprimidos están en pie de lucha, arrojando heroicamente el hambre, la persecución, la cárcel, la tortura y la muerte. Esa América en agonía es la que personifica hoy los más altos valores de la cultura. Nunca es tan culto un pueblo, por analfabeto que sea, como cuando mata y muere por la libertad atropellada, la soberanía perdida o la dignidad mancillada. Esa América en agonía es la América verdadera, la que sufre, resiste, sueña y espera, la que madura y crece en el dolor y la esperanza, la que será mañana lo que no ha podido y quiere ser, la América libre, unida y pujante de Bolívar, Juárez y Martí, la América a cuyo servicio brega, desde su fundación, sin vacilaciones ni compromisos, *Cuadernos Americanos*.

Por ella levanto yo mi copa de proscrito; por ella y por España invicta y por Cuba, mi isla sangrante, "almar vendido", presidio de cañas amargas, erguida toda en épico desafío.

## BIOBIBLIOGRAFIA DE AUTORES

*Arnaiz y Freg, Arturo*

**N**ACIÓ en la ciudad de México en 1915. Estudió en la Primaria 33 (1921-1926), en la Secundaria 4 (1927-1929), en la Nacional Preparatoria (ciencias biológicas; 1930-1931), en la Nacional de Medicina (1932-1933), en la Facultad de Filosofía y Letras (ciencias históricas; 1936-1942), en la Universidad de Texas (ciencias históricas; 1943) y en la Escuela Nacional de Economía (licenciatura; 1956-1960). Ha enseñado e investigado historia en instituciones de la UNAM (1933-1969), en el Colegio de México y en la Normal Superior. Ha publicado: "Estudio biográfico del Dr. José María Luis Mora" (1934), "Biografía de D. Andrés Manuel del Río" (1936), "D. Fausto de Elhuyar y de Zubice" (1939), "Síntesis histórica de México" (1960), "Ramón López Velarde y la pequeña propiedad" (1961), "La lucha del Pueblo mexicano por su libertad" (1962) y "Madero y Pino Suárez", en el cincuentenario de su sacrificio" (1963). Es autor de la selección y el prólogo de "Semblanzas e ideario" (1939) de Lucas Alamán y de "Ensayos, ideas y retratos" (1941) de José María Luis Mora; anotó la edición de 1949 de "Juárez, su obra y su tiempo" de Justo Sierra y escribió "Presencia y significación de México dentro de la vida de occidente" para la revista *Filosofía y Letras* (1949). Ha hecho una incansable labor de divulgación histórica como maestro y conferencista, dentro y fuera de México. Es articulista de *Excélsior*.\*

\* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Alvarez. Tomo I. Enciclopedia de México. Ciudad de México, 1977, p. 747.

*Aub, Max*

**E**SCRITOR español (París, 1903). Hijo de alemán y de francesa, se estableció en España en 1914. En sus primeras obras se advierte el influjo del surrealismo y dadaísmo: las narraciones "Geografía" (1929), "Fábula verde" (1933) y "Luis Alvarez Petreña" (1934) y las comedias "Narciso" (1928), "Teatro incompleto" (1931) y "Espejo de Avaricia" (1935). Al terminar la guerra española emigró a Francia; fue deportado en 1942 a Argelia, y desde fines del mismo año reside en México. La segunda y más fecunda etapa creadora de Max Aub se caracteriza por un mayor contenido histórico-social, y

por su incorporación a la corriente realista. Su obra más importante es "El laberinto mágico", serie narrativa en torno a la guerra civil española, de la que han aparecido, entre otras, las novelas "Campo cerrado" (1943), "Campo de sangre" (1945) y "Campo abierto" (1951). Posteriormente ha publicado "Las buenas intenciones" (1954), novela que evoca tipos y ambientes vividos por el autor; "Josep Torres Campalans" (1958), biografía y estudio de un imaginario pintor catalán, y la "Calle de Valverde" (1961), cuadro de la época de la dictadura, con referencia al mundo literario del momento. Pertenecen asimismo a esta segunda etapa diversas obras teatrales ("San Juan", 1943); "Morir por cerrar los ojos", 1944; "Deseada", 1950; "No", 1952), colecciones de cuentos ("Cuentos ciertos", 1955; "Cuentos mexicanos" 1959), estudios de crítica literaria ("Discurso de la novela española contemporánea", 1945; "La poesía española contemporánea", 1954) y una antología de "La prosa española del siglo XIX" (1952).\*

Vale la pena citar de otras fuentes, dos libros más: "Cara o cruz" (teatro) y "Poesía mexicana 1950-1960".

Por otra parte, Max Aub fue asiduo colaborador de nuestra revista, pues de 1947 a 1971 publicó 30 trabajos, entre los cuales vamos a mencionar: "Bases norteamericanas en España"; "Enrique González Martínez y su tiempo"; "Juan Ramón Jiménez"; "Corona de poetas muertos en el destierro"; "Homenaje a León Felipe"; "José Gaos", y "Una cena en Madrid en 1969". Este último se publicó en enero-febrero de 1971. Max Aub murió en la ciudad de México el 22 de julio de 1972.

\* *Gran Enciclopedia Larousse*, en veinte volúmenes. Tomo segundo. Larousse. París, Buenos Aires, México, 1967, p. 820.

*Landa, Rubén*

**P**EDAGOGO español nació en Badajoz en 1890. Catedrático de Filosofía en el Instituto de 2a. Enseñanza de Segovia. Consejero de Cultura en la etapa republicana. Director del Instituto Luis Vives (México, 1945) y profesor de la Universidad de Oklahoma (EE. UU., 1948). Obras: "La segunda enseñanza en Portugal"; "La reforma de nuestra enseñanza"; "La enseñanza de las lenguas vivas", etc.\*

\* Diccionario Enciclopédico U. T. E. H. A. en diez volúmenes. Tomo VI. Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana. México, 1953, p. 834.

Cabe agregar: profesor durante varios años de diversas asignaturas en el Colegio Madrid, particularmente en el departamento de Preparatoria. En *Cuadernos Americanos* escribió 13 artículos, de los cuales cabe anotar los títulos que se citan a continuación: "El arte de enseñar"; "Martí como maestro"; "Los mineros y la muerte"; "Sobre Eça de Queiroz"; "Don Francisco Giner como educador"; "El paisajista Velasco"; "Reflexiones sobre la enseñanza en México" y "Mis recuerdos de don Antonio Machado".

*Cardoza y Aragón, Luis*

NACIÓ en la ciudad de Antigua Guatemala en 1904. Allí hizo sus primeros estudios y pasó su niñez y adolescencia. En 1920 viajó a Estados Unidos. De 1921 a 1929 radicó en París, donde durante 2 años estudió la carrera de medicina, que abandonó para dedicarse totalmente a la literatura. En 1924 apareció su primer libro de poemas: "Luna Park", con portada de Antonio Salazar y una *entrée* de José D. Frías; y en 1926 su primer libro de relatos: "Maels-trom", prologado por Ramón Gómez de la Serna. Desde entonces su obra ha crecido hasta sumar varias decenas de títulos: poesía, ensayo, crónica, prosa poética, crítica literaria y crítica de artes plásticas. Fue fundador y director de la "Revista de Guatemala" (1945-1951). De 1932 a 1944 vivió en México y trabajó con Xavier Villaurrutia en el catálogo de la pintura europea para la Escuela de Artes Plásticas. Ya en octubre de 1929 había hecho su primera aparición literaria en México: en esa fecha se publicó un fragmento de su "Torre de Babel" en la revista *Contemporáneos*. En 1946 trabajó en el servicio exterior guatemalteco, nombrado, por el entonces presidente Arévalo, como ministro en Noruega, Suecia y la URSS. Su libro "Retorno al futuro" (1946) recogió el testimonio de su experiencia en la Unión Soviética. En 1947 fue ministro en Bogotá, donde contrajo matrimonio con Lya Kostakowsky, mexicana de ascendencia rusa. Los viajes han formado una parte medular de su vida. En 1952 llegó a México para radicar definitivamente en este país. En 1954, a raíz del drama guatemalteco, desplegó una intensa actividad en favor de su patria y en apoyo de las corrientes progresistas. En 1955 apareció el libro central de su obra: "Guatemala, las líneas de su mano" (reeditado por el Fondo de Cultura en 1976). En él se mezclan y conciertan varios niveles de expresión y de perspectiva: poesía, historia, autobiografía, erudición, incluso el reportaje directo y la anécdota. De este libro ha dicho Fernando

Benítez: "En las letras de América quedará como un libro clásico, como uno de los más bellos libros escritos sobre uno de nuestros países"; y Pablo González Casanova: "Desde un punto de vista literario y político a la vez, cumplirá el mismo destino que han tenido en la historia los libros de todos los expatriados y rebeldes, como la "Alemania" de Heine y el "Facundo" de Sarmiento. Su poesía fue recogida en 1977 por el Fondo de Cultura Económica en un volumen de más de 600 páginas, junto con algunos textos en prosa. De su amoroso e inteligente trabajo histórico y crítico sobre la pintura mexicana, son frutos, entre otros, los siguientes títulos: "Carlos Mérida" (1927), "Rufino Tamayo" (1934), "La nube y el reloj" (1940, uno de los mejores libros sobre el arte moderno en México), "Orozco" (1942) y "México: pintura activa" (1961).

Su obra poética se inscribe al principio en el impulso vanguardista de los años veintes; influido por el surrealismo, desarrolla más tarde un estilo personal de enorme riqueza verbal, que lo hace el más importante de los escritores guatemaltecos modernos. Sus libros poéticos son: "El sonámbulo" (1937), "Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo" (1948), "Poesía" (1948), "Dibujos de ciego" (1969) y "Quinta estación" (1972). En 1971 la UNAM editó un disco de su serie *Voz Viva de América Latina* (Núm. 18), con textos de Cardoza leídos por él mismo y con unas palabras de presentación de Juan Rejano, quien pone la obra toda de aquél bajo el signo de la poesía, "lo mismo cuando acude a las formas métricas de expresión, es decir, al verso, que cuando se ampara en las de la prosa". Cardoza y Aragón ha pasado en México casi la mitad de su vida; se ha dicho de él que, "sin despojo para su patria, México también tiene derecho a reclamarlo como suyo". Sus libros, descubiertos por las generaciones jóvenes, han vuelto a circular y a leerse con entusiasmo.\*

\* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Álvarez. Tomo II. Enciclopedia de México. Ciudad de México, 1977, pp. 740-741.

*Paz, Octavio*

**P**OETA mexicano (México, 1914). Inició en muy temprana edad su actividad literaria, con colaboraciones en diversas revistas y la publicación del libro de poemas "Luna silvestre" (1933). Viajó por España en 1937, donde participó en la Alianza de intelectuales antifascistas, y, de regreso en México, fue uno de los fundadores de *Taller* (1938) y *El hijo pródigo* (1943). Prosiguió estudios en E. U. A.

de 1944 a 1945, y a fines de este año ingresó en el servicio diplomático mexicano, al que perteneció hasta 1968, en que renunció como protesta contra la política de su gobierno ante el movimiento democrático estudiantil. Durante este largo periodo vivió en París —donde trabó amistad con A. Breton y B. Peret y colaboró con el grupo surrealista—, la India y Japón, experiencias que le familiarizaron con la poesía y el pensamiento de estos pueblos. En 1955 fundó el grupo "Poesía en voz alta". Posteriormente inició su colaboración en la *Revista mexicana de literatura* y en *El corno emplumado*, entre otras importantes publicaciones, con textos en que defiende y practica las posiciones experimentales del arte contemporáneo. Paz concibe al poeta como una voz disidente, crítica. En 1960 publicó el volumen "Libertad bajo palabra", recopilación de su obra poética escrita entre 1935 y 1958. Contiene este libro algunos de sus títulos más importantes: "Entre la piedra y la flor" (1941); "A la orilla del mundo" (1942); "¿Águila o sol?" (1951), poemas en prosa; "Semillas para un himno" (1954), exponente de su encuentro con el mundo oriental, y "La estación violenta" (1958), que incluye el vasto y gran poema "Piedra de sol", concebido como un orden cerrado según la estructura proporcionada por el Calendario azteca, y con el que se cierra la primera fase de su labor creadora. Son posteriores: "Salamandra—(1958-1961)" (1962) y "Ladera Este" (1962-1968) y dos libros de "poesía espacial": "Blanco" (1967) y "Topoemas" (1968), cuyo contenido se subraya visualmente mediante una peculiar disposición tipográfica. La prioridad otorgada al erotismo y la fusión con el mundo exterior, el carácter conflictivo de la palabra poética y la conciliación de los contrarios en la conciencia creadora del artista son algunos de los elementos y temas configuradores de su poesía. Paz es también un notable ensayista, autor de un importante análisis sobre la esencia de lo mexicano, "El laberinto de la soledad" (1950), y de varios libros de teoría y crítica literaria.\*

A los títulos anteriores, hay que agregar los que a continuación se mencionan y que aparecen en la Enciclopedia de México, dirigida por José Rogelio Álvarez: "Cuadrivio" (1965); "Los signos de rotación" (1965); "Viento entero" (1966); "Corriente alterna" (1967); "Conjunciones y disyunciones" (1969); "Posdata" (1970), y "Los hijos del limo" (1974).

Dirigió la revista *Plural* hasta agosto de 1976 y hoy dirige la revista *Vuelta*.

\* *Gran Enciclopedia Larousse*, en veinte volúmenes. Tomo decimoquinto. Larousse. París, Buenos Aires, México, 1970, p. 234.

*González Casanova, Pablo*

**N**ACIÓ en Toluca, Estado de México en 1922. Estudios universitarios en la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y Escuela Nacional de Antropología. Maestro en Ciencias Históricas (Magna Cum Laude) Universidad Nacional Autónoma de México y Escuela Nacional de Antropología. Doctor en la Universidad de París, especialidad de Sociología (Mention très Honorable). Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México. Profesor titular de sociología de México en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de México. Profesor Titular de Sociología General de la Escuela Nacional de Economía. Investigador B de Tiempo Completo del Instituto de Investigaciones Económicas de la Escuela Nacional de Economía. Universidad de México. Director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de México. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Libros publicados: "El misoneísmo y la modernidad cristiana" (1948); "Sátira Anónima del siglo XVIII". Antología en colaboración con José Miranda (1953); "Una utopía de América" (1953); "La literatura perseguida en la crisis de la Colonia" (1958); "La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras" (1955); "Estudio de la técnica social" (1958); "La democracia en México" (1a. ed., 1965, 2a. ed., 1967, 3a. ed., 1969, 4a. ed., 1971), edición en francés, 1969, edición en portugués, 1967 y edición en inglés, 1970. La segunda edición en inglés se publicó en paperback, por Oxford University Press en 1972; "Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales" (1a. ed., 1967, 2a. ed., 1970), edición en alemán en 1970, y "Sociología de la explotación" (1a. ed. y 2a. ed., 1969).\*

\* La redacción.

*Xirau, Ramón*

**N**ACIÓ en Barcelona, España, el 20 de enero de 1924. Llegó a México el 4 de agosto de 1939. Nacionalidad mexicana desde 1955. Estudios y títulos: secundarios en Barcelona, Marsella, París y México; universitarios en México y París. Maestro en Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 1946. Estudios de post-grado en La Sorbona, 1953. Actividad profesional: en México,



Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, desde 1949; Profesor y director de la Facultad de Filosofía en la Universidad de las Américas, 1947-1970; Profesor de Filosofía en el Liceo Franco Mexicano (1946-1972). En el extranjero ha sido profesor en: Pennsylvania State University (1949); Occidental College, Los Angeles (1959 y 1966); Trinity College, Oxford (1966); Universidad de Bolonia (1966); Columbia University, Nueva York (1975) y Centro de graduados de la City University of New York (1975). Director y fundador de la revista *Diálogos* (El Colegio de México). Libros publicados: "Método y metafísica en la filosofía de Descartes", ed. priv. (1946); "Duración y existencia", Terres Latines, México (1967); "10 poemas" (poesía en catalán), México (1951); "Sentido de la presencia", Fondo de Cultura Económica, México (1973); "L'espill soterrat", Los Presentes, Lletres, México (1955); "Tres poetas de la soledad", Robredo, México (1955); "El péndulo y la espiral", Xalapa (1959); "Poesía hispanoamericana y española", UNAM, México (1960); "Poetas de México y España", Porrúa Turanzas, Madrid (1962); "Genio y figura de Sor Juana Inés de la Cruz", EUDEBA, Buenos Aires (1967); "Introducción a la historia de la filosofía", México, hay 5 ediciones (1968); "The Nature of Man" en colaboración con Eric Fromm, MacMillan, Nueva York (1968); "Palabra y silencio", Siglo XXI, México (1968), 2a. edición aumentada (1971); "Octavio Paz: el sentido de la palabra", Mortiz, México (1970); "Ciudades", ediciones Dallal, México, 1970); "Mito y poesía", UNAM, México (1973); "Idea y quereña de la Nueva España", Alianza Editorial, Madrid (1973); "Poesía Iberoamericana, 12 ensayos", Sep/Setentas, México (1974); "Les platges" (poesía en catalán), Edición 62, Barcelona (1974); "De ideas y no ideas", Mortiz, México (1974); "El desarrollo y las crisis de la filosofía occidental", Alianza Editorial, Madrid (1975), y "Antología personal", Fondo de Cultura Económica, México (1976). Varias traducciones. La que más interesa señalar es la antología "Ensaïos crítics e filosòfics" publicada por la Universidad de São Paulo, Brasil (1975). Honores: Chevalier des Arts et des Lettres, Gobierno de Francia (1957); Chevalier de l'Ordre du Mérite, Gobierno de Francia (1965); "Comendatore", Gobierno de Italia (1973); "Palmas Académicas", Gobierno de Francia (1975). Miembro de El Colegio Nacional (1974).\*

\* De datos proporcionados directamente por R. X.

*Roa, Raúl*

**P**OLÍTICO y sociólogo cubano. Nació en La Habana en 1907. En 1927 se incorpora a la lucha estudiantil y cívica contra la dictadura de Machado, actuando al lado de los líderes Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena. Continúa en sus luchas políticas; sufre prisión con sus compañeros y perseguido se exilia en Estados Unidos en 1935; retorna a su país y se incorpora a la Universidad en 1940. En 1952, por sus actividades políticas de nuevo se ve obligado a exiliarse en México, en donde funda el periódico *Patria* y dirige la revista *Humanismo*. Dicta conferencias en las Universidades de México, San Luis Potosí y Nuevo León. Regresa a Cuba en 1955, haciéndose cargo del decanato de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana; mas al mismo tiempo colabora con el Movimiento 26 de Julio. Después de la revolución cubana, representa a su país en la O. E. A. y en la O. N. U. Ministro de Asuntos Exteriores (1960-1976) y miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Hoy, agosto de 1977, es Vice-Presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular, órgano Máximo del gobierno de Cuba. En abril de 1977 fue nombrado Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana. Su discurso versó sobre la vida y la obra del gran escritor cubano Enrique José Varona. Entre sus obras destacan: "Martí y el fascismo" (1937), "Historia de las doctrinas sociales" (1949), "Quince años después" (1950), "En Pie. 1953-1958" (1959), "Retorno a la Alborada" (2 vols., 1964), "Escaramuza en las vísperas y otros engendros" (1966) y "Aventuras, venturas y desventuras de un mambí en la lucha por la independencia de Cuba" (1976).\*

\* La redacción.

**Se terminó la impresión de este libro  
el día 24 de febrero de 1978 en  
los talleres de la Editorial Libros  
de México, S. A., Av. Coyoacán  
1035, México 12, D. F. Se impri-  
mieron 1 650 ejemplares.**



# Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu Tomo I, por Juan Larrea . . .	\$ 50.00	2.50
Tomo II . . . . .	\$ 50.00	2.50
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni . . . . .	\$ 20.00	1.00
Lluvia y Fuego, leyenda de nuestro tiempo, por Tomás Bledsoe . . . . .	\$ 30.00	1.50
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña . . .	\$ 30.00	1.50
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez Acosta . . . . .	\$ 50.00	2.50
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes .	\$ 30.00	1.50
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossío del Pomar . . . . .	\$ 50.00	2.50
Otro Mundo, por Luis Suárez . . . . .	\$ 40.00	2.00
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón . . .	\$ 30.00	1.50
Razón de Ser, por Juan Larrea . . . . .	\$ 40.00	2.00
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Alegria . . . . .	\$ 20.00	1.00
La Espada de la paloma, por Juan Larrea . . . . .	\$ 40.00	2.00
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples Arce . . . . .	\$ 40.00	2.00
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas, por Luis Sánchez Pontón . . . . .	\$ 30.00	1.50
La Exposición. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli . . . . .	\$ 30.00	1.50
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900-1950, por Frede- ric H. Young . . . . .	\$ 30.00	1.50
El Drama de América Latina. El Caso de México, por Fernando Carmona . . . . .	\$ 50.00	2.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet . . . . .	\$ 30.00	1.50
Pastoral, por Sara de Ibáñez . . . . .	\$ 20.00	1.00
Una Revolución Auténtica en nuestra América, por Alfredo L. Palacios . . . . .	SIN PRECIO	
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas . . . . .	\$ 36.00	1.80
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero . . . . .	\$ 20.00	1.00
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx, Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog . . . . .	\$ 50.00	2.50
Indices de "Cuadernos Americanos", por Materias y Autores, 1942-1971 . . . . .	\$180.00	9.00

## PRECIO DE LA SUSCRIPCION DE LA REVISTA:

México . . . . .	\$250.00	
Otros países de América y España . . . . .		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes . . . . .		18.25

## PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México . . . . .	\$ 50.00	
Otros países de América y España . . . . .		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes . . . . .		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

## N U E S T R O T I E M P O

- Francisco Martínez de la Vega* Dos caras de una misma moneda.  
*José Ferrer Canales* Marinello: Relieves de su mensaje.  
*Leopoldo Peniche Vallado* Evolución y actualidad del diálogo en teatro y cine.

## AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Martha Robles* Educación Mexicana: Una incógnita y tres programas.  
*Adalberto Noyola Vázquez* La voluntad como elemento jurídico en la contratación colectiva de trabajo.

## PRESENCIA DEL PASADO

- Gabriela Mistral* La cajita de Olinalá.  
*Fernando Ortiz* La "Leyenda Negra" contra Fray Bartolomé.  
*Rafael Altamira y Crevea* La mujer española a través de la historia.  
*Paul Rivet* Reflexiones sobre la América Latina.

## DIMENSION IMAGINARIA

- Betty Tyree Osiek* Ramón López Velarde: poeta vanguardista.  
*Lilvia Soto-Duggan* *El Acoso*: Análisis de motivos y correlatos.  
*Lucila Inés Mena* Estructura narrativa y significado social de *Pedro Páramo*.  
*Romualdo Brughetti* Naturaleza y belleza en la pintura latinoamericana.  
*Iván A. Schulman* La dialéctica del centro: Notas en torno a la modernidad de Ricardo Güiraldes.  
*Bernardo Verbitsky* Copérnico (cuento).  
*Manuel Antonio Arango L.* Aspectos estructurales en la novela *Al filo del Agua*, de Agustín Yáñez.

*La ironía y el mito en "La Comparsa" de Sergio Galindo,*  
NOTA por ANGEL MANUEL ENCARNACION.

## INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

- Alfredo S. Duque* Intelectuales de Nuestro idioma y "Cuadernos Americanos".